

Ensayos sobre la historia, la filosofía y la sociología de la educación

Carmina García de León C.C.

“Estudiábamos a la manera del juego de damas para aprender la aritmética y la geometría; pues quería mi padre hacerme gustar la ciencia por espontánea voluntad, por mi individual deseo, al par que educar mi alma con toda dulzura y libertad, sin trabas ni rigor. Y de hasta qué punto se cumplía conmigo tal precepto, puede formarse una idea considerando que algunos juzgan nocivo el despertar a los niños por la mañana con ruidos violentos, por ser el sueño más profundo en la primera edad que en las personas mayores, despertábanme con el sonido de algún instrumento. Tales ejemplos bastaran para juzgar de los cuidados que acompañaron mi infancia y también para recomendar la educación, la dulzura y prudencia de tan excelente padre.”

Ensayos

La educación de los hijos

Montaigne

(1533-1592)

Dedicado a Porfirio García de León González,
en el centenario de su nacimiento.

1910-1991

Mi dulce, bondadoso y entusiasta papá; mi maestro y amigo de siempre, que me enseñó la belleza de la amistad y del conocimiento, con confiado optimismo y sabor a fiesta. Pero que al mismo tiempo me mostró la fealdad de la ignorancia, por tediosa, áspera e ilógica; que causa desdicha y aburrición y no hace feliz a la humanidad. Por lo que había que criticarla, transformarla, cambiarla; por medio de uno de los más apasionantes, libertarios y nobles caminos: la amorosa amistad con el conocimiento, la philos-sophia, ser amiga de la sabiduría.

Saber, conocer, aprender son juegos muy divertidos, porque te dan gozo y contento, te ayudan a pensar, filosofar, analizar, interpretar; a dar sentido, orientación y deleite a tu vida; me enseñaba mi papá, que era maestro de matemáticas y de la vida.

Enseñanzas vitales que se las presento en diez ensayos que fui escribiendo durante varios años; por lo que en cada página, en cada idea, en cada ensayo, en mi filosofía, pedagogía, en mi ética, estética, lógica y dialéctica; se encuentra la orientación paterna; la educación recibida, la que moldeó mi alma, mis hábitos del corazón, con la que se formaron mis guías, mapas, brújulas.

Enseñanzas que quiero compartir con los amables lectores, porque siempre estamos aprendiendo. Iniciamos prácticamente desde nuestro nacimiento y continuamos a lo largo de toda nuestra vida. Siempre deseamos, como en la infancia, seguir aprendiendo los juegos del conocimiento. Por eso, este libro está dirigido a las niñas y niños de todas las edades: de quince, de treinta, de cincuenta, ochenta, ciento diez y más; porque como le dice Lewis Carroll a Alicia la del país de las maravillas, cuando después de muchos años se encuentran “al otro lado del espejo”: “Aunque tú y yo a más de la mitad de la vida estemos, solo somos niños más viejos querida mía”.

INDICE

Ensayo I

LA EDUCACIÓN EN LA FORMACIÓN DE LOS HÁBITOS DEL CORAZÓN

-la matriz cognoscitiva-

CAPITULO I

1.- Gestación de los hábitos del corazón en la matriz biológica, la matriz social y la matriz cognoscitiva.

CAPITULO II

Formación de los hábitos del corazón en la infancia y adolescencia: autobiografías, biografías, cuentos

1. Un chavo bien ahorcado.

2- Las niñas y niños que ni a chavos llegaban, ni a un nombre propio.

3- Los hábitos para dormir también forman hábitos del corazón.

3.1 Dormir en una cuna, hamaca, lecho o suelo, influye en los hábitos del corazón.

3.2 Los lechos de los niños y niñas en la época de los francos entre los siglos V y VII

4- Formación de los hábitos del corazón de la niña santa: un “ideal” católico en los siglos XVI y XVII.

5- Consejos a una niña mexicana para formar sus hábitos del corazón.

6- La sonrisa, un hábito del corazón: Mora una chica del humanismo renacentista

7- Espuma, olas, música y poesía para formar los ritmos y hábitos del corazón: Isadora, una niña que bailaba entre ostras y burbujas.

CAPITULO III

I- Los hábitos del corazón se enseñan por medio del lenguaje y sus significados.

1.1 El lenguaje: un juego de significados.

1.2 Enseñar, sembrar palabras, pensamientos, hábitos.

1.3 Buenos jardineros.

2. Tonalidades, coloraciones del lenguaje en la enseñanza.

2.1 Sensibilizar para formar dulces hábitos del corazón.

Ensayo II

LA EDUCACIÓN INSTITUCIONAL EN LA FORMACIÓN DE LOS HÁBITOS SENTIMENTALES EN TRES SIGLOS DEL MÉXICO COLONIAL

Introducción:

CAPITULO I

1- La ideología, el discurso oficial en la base de la educación institucional.

1.2 El pensamiento crítico, el cuestionamiento, la actividad filosófica en oposición al orden hegemónico

CAPITULO II

1.- Como, cuando, porque, con quien, se podía tener relaciones sentimentales en la Nueva España

1.1- Los Poderes: grupos dominantes y sus instituciones.

1.2- El Discurso Oficial.

2- La educación institucional: dogmas, normas y reglas.

2.1- El estado matrimonial.

2.2- El estado de perfección.

2.3- A perpetuidad.

2.4- La unión libre: una perversión y desviación.

2.5- El control de los cuerpos: comportamientos sexuales legítimos por razones de modo, tiempo, lugar, o frecuencia.

CAPITULO III

1.- ¿Qué hace el “Poder” en tu cama, en tu casa?

2.- ¿Qué hace el “Poder” en tu cuerpo, en tus sábanas, en tus pensamientos?

3.- ¿Qué hace el “Poder” en tus gustos o deseos?

4.- ¿Qué hace el “Poder” en tu vida sentimental, en tus decisiones vitales?

5.- ¿Qué hace el “Poder” en tus escritos, palabras, libros e ideas?

6.- ¿Qué hace el “Poder” en tus pinturas, dibujos, esculturas y retratos?

7.- ¿Qué hace el “Poder” en la expresión de tus sentimientos, de tu risa, en tu mirada, en tu andar?

8.- ¿Qué hace el “Poder” en tus cartas, versos y mensajes íntimos?

CAPITULO IV

Las Paredes Oyen

1.- Defensa y resistencia: secretos, silencios, apariencias, disimulos y verdades a medias.

1.1.- La historia oficial sentimental y la historia real sentimental.

Fuentes: secretos, rumores, chismes, cartas, diarios íntimos, novelas, literatura.

CAPITULO V

1- La Verdad y los Valores Sospechosos: visión y mentalidad colonial.

1.1.- ¿Acaso las leyes “divinas”, “naturales”, humanas, las normas, las constituciones expresan los sentimientos de toda la nación?

Ensayo III

LA EDUCACIÓN ES UNA BRÚJULA, UNA ORIENTACIÓN PARA LOS NAVEGANTES DE LOS SUEÑOS LA IMAGINACIÓN Y LA UTOPIÍA.

CAPITULO I

1.- Extraño mundo sin orientación ni brújula: los tiranos en los viajes de Gulliver.

2.- Tirano y su hada madrina

CAPITULO II

1.- Una brújula para orientar a los navegantes de los sueños, nostalgias y utopías.

1.1.-Ensayo de la utopía de Tomas Moro en la Nueva España, recreada por Vasco de Quiroga.

1.2.- Sueños y utopías siempre vivas

CAPITULO III

1- Una brújula para orientar la imaginación y la fantasía: educar también es enseñar a soñar.

1.2.- Artesanos de los sueños.

CAPITULO IV

1- Una brújula, una orientación para formar y educar por medio de cuentos, historias y sueños.

1.1 Una brújula inolvidable

CAPITULO V

Una confusa y desorientadora brújula: se confunde una relación comercial, una negociación, una cosificación, con una humana relación sentimental.

CAPITULO VI

Sueños y utopías para orientarnos hacia amorosas y armoniosas relaciones humanas

Ensayo IV

EDUCAR PARA RELACIONES SENTIMENTALES DIALECTICAS

-movimiento, cambio, interacción, interconexión-

CAPITULO I

I. Movimiento, cambio, interconexión, interacción dialéctica

2.- Movimiento dialéctico: del macrocosmos celestial al microcosmos terrenal.

2.1.- En movimiento la jerarquías divinas de los Papas, reyes y mini soberanos de la casa

2.2.- El cambio, el movimiento se detiene en el umbral del hogar.

CAPITULO II

“Y sin embargo se mueve”: Galileo Galilei

Viejos y nuevos inquisidores se oponen al cambio, al movimiento.

CAPITULO III

Cambio, movimiento, evolución: Charles Darwin

CAPITULO IV

1.- Las relaciones sentimentales en movimiento dialéctico: transformación, evolución, cambio

2.- Viejos y nuevos inquisidores e inquisidoras: una vez más, culpas, penas y castigos a los movimientos del alma

3.- Educar para las relaciones sentimentales dialécticas

Ensayo V

LA DIVISION DEL TRABAJO Y LAS TAREAS

PRODUCEN MUNDOS SENTIMENTALES DISTINTOS

1.- ¿Para qué educar para la aburrición, para una sola tarea principal: la espera?

2.- La división del trabajo y las tareas, generan mundos sentimentales distintos.

3.-Conocer la crisis, los mundos sentimentales de la generación anterior forma parte de la educación.

4.- La “Mística de la Feminidad” (fragmentos) de Betty Friedan.

- 4.1.- Preludio a la crisis.
- 4.2.- Aparición de la crisis que no tenía nombre.
- 4.3.- Tiempo de confusión, tiempo de dudas, de enigmas.
- 4.4.- Tiempo de reflexión, de análisis, de examen, de revisión.
- 4.5.- Obstáculos cognoscitivos que impiden develar enigmas
- 4.6.- La desconstrucción creativa, el desmontaje crítico.
- 4.7.- El enigma empezaba a develarse
- 4.8.- Nuevos sueños, nuevos deseos

CAPITULO II

“La señora de los sueños” (fragmento) de Sara Sefhovich

CAPITULO III

¿Para qué adoptar modelos educativos que causan agotamiento, tensión, fatiga y estrés, por múltiples tareas realizadas a la vez?

Ensayo VI

UNA EDUCACIÓN DE FUSIÓN CONFUSIÓN

LA PAREJA UNA LÓGICA DE CABEZA

Introducción

CAPITULO I

- 1. La pareja , una fusión confusión con una lógica de cabeza: dos que se convierten en uno**
- 2. La supraunidad, la fusión confusión, una carga muy pesada: “tú eres mi todo”.**
- 3. En la pareja se funden y se suman deficiencias y carencias**

4. La pareja, fusión y suma de dependencias: “No se vivir sin ti”
5. La pareja es “su guía y hasta el aire que respira” de quien depende, el responsable de su vida.

CAPITULO II

1.- Una educación que estimule: La autonomía, el proyecto creativo, la autorrealización, la autoestima, la autosuficiencia

1.1.- La autonomía personal.

1.2.- El proyecto creativo

1.3.- La autorrealización y la autoestima.

1.4.- La autosuficiencia doméstica: el ensayo de vivir solo

1.5 La autonomía económica

1.6 La autonomía física: espacios privados y comunes

CAPITULO III

- 1. Una lógica de cabeza: patas arriba, la escuela del mundo al revés**
- 2. La educación de fusión confusión con una lógica de cabeza: “la pareja” un modelo de relación sentimental en crisis**

Ensayo VII

EDUCAR TAMBIÉN ES ENSEÑAR A NO ESTAR ABURRIDA

NI ABURRIR A LOS DEMÁS

- los juegos de la creatividad -

1.- Educar para no estar aburrida ni aburrir a los demás.

2 .El ser humano al jugar enciende el fuego de la creatividad.

- 3.- El planeta se convierte en un gran juguete.
- 4. El trabajo creativo es un juego, un gozo, una diversión: A. Maslow
- 5.- La creatividad para construir mundos más armoniosos y sutiles.

ENSAYO VIII

LA AMOROSA AMISTAD ES UNA RELACIÓN SENTIMENTAL PEDAGÓGICA, ÉTICA Y ESTÉTICA

-una actividad que se disfruta y se afina practicando-

CAPITULO I

- 1.- La amorosa amistad creativa es una relación pedagógica, para “enseñarse los unos a los otros” con admiración y gozo

CAPITULO II

- 1.- La amistad creativa tiene el mejor instrumento de educación: la conversación.
- 1.1.-El placer de la palabra en la Nueva España: nuevas luces y nuevas ilustradas amistades.

CAPITULO III

- 3.- La amistad creativa comparte una pedagogía de “buenos modales para no ofender la delicadeza del otro”

CAPITULO IV

- 4.-En la amorosa amistad creativa se disfruta la armonía, la paz, la sabiduría y la concordia; lo opuesto a la agresión y la disputa.

CAPITULO V

1.- La amorosa amistad es una relación sentimental ética y estética.

1.1.-Hay una falsa amistad que es remedo de la amistad.

CAPITULO VI

Valores éticos vitales para cultivar la amorosa amistad: benevolencia, creatividad solidaridad, gratitud, compartir y dar.

CAPITULO VII

1.- La amorosa amistad es el encuentro de dos mundos que son al mismo tiempo cercanos y distantes con valores éticos semejantes y distintos

1.1.- En la amorosa amistad para no extraviarse se requiere aprender a interpretar.

1.2.- La amorosa amistad es una invitación para aprender y enseñar con tacto; lo opuesto a la invasión, la intolerancia y la dominación.

1.3 En la amorosa amistad se requiere traducir para comprender

CAPITULO VIII

1. La amorosa amistad es el encuentro entre dos mundos libres y autónomos con una ética del bien común.

1.1 La amorosa amistad nos es por presión, tiranía o mandato, no es por obligación, ni pacto, ni contrato

1.2 La amorosa amistad es por motivación, gusto, placer y agrado

CAPITULO IX

La amorosa amistad es una actividad que se disfruta y se afina practicando

CAPITULO X

La amorosa amistad creativa siempre florece no se jubila.

Ensayo IX

EDUCAR EL CUERPO Y EL ALMA CON DULZURA Y LIBERTAD

CAPITULO I

Los padres protestaban: “Es un atentado a la libertad”.

CAPITULO II

Enseñar a consentirse y a “sentir con” para construirse un libre, dulce y amoroso hábitat

CAPITULO III

“Educar el alma con dulzura y libertad”: Michel de Montaigne

Ensayo X

PENSAR, FILOSOFAR

PARA EL CULTIVO Y EL CUIDADO DE SÍ

-actividades solidarias para con uno mismo-

1.- Pensar filosofar para cultivar el alma

2.- Pensar es filosofar.

2.1.- Pensar por amor, admiración y gusto por saber.

2.2.- Pensar, saber, conocer, es motivado por un deseo.

2.3.- Pensar para saber y saber para vivir feliz

2.4.- Pensar, filosofar para llevar la teoría a la praxis.

2.5.- Pensar, filosofar para serenar las tempestades del alma y atender las perturbaciones del cuerpo

2.6.- Pensar para innovar, reformar y podar errores.

Ensayo I

LA EDUCACIÓN EN LA FORMACIÓN DE LOS HÁBITOS DEL CORAZÓN

-La matriz cognoscitiva-

CAPITULO I

1. Gestación de los hábitos del corazón en la matriz biológica, la matriz social y la matriz cognoscitiva.

Los seres humanos pasamos inicialmente por diversos procesos de gestación: la formación en la matriz materna, por medio de complejos mecanismos biológicos, una formación en la matriz social en la que nacemos y otra en la matriz cognoscitiva en la que nos criamos; por medio de complejos procesos de enseñanza y aprendizaje.

En la infancia, a la niña, al niño, prácticamente desde el nacimiento se le van formando hábitos, enseñando modos particulares de ser, de pensar, de relacionarse sentimentalmente, de comportarse, de mirar el mundo, de acuerdo a la composición de elementos que se encuentran en las matrices de que se nutre.

Desde esta metáfora podemos imaginar que una matriz social posee una compleja estructura compuesta por todo un tejido de relaciones políticas y económicas, determinadas por los modos de producción, por el grado de desarrollo de la ciencia y la tecnología.

Así también, la matriz cognoscitiva es un tejido, una malla conformada por toda una red de relaciones culturales, como son las costumbres, las ideas, las concepciones del mundo, las creencias, los mitos, las ideologías, las filosofías, los valores, etc.

En estas matrices se encuentran los alimentos con los que se nutrirán para su desarrollo y formación las niñas y los niños, los cuales absorben, chupan, asimilan. Este proceso de absorción, de asimilación

e internalización de conocimientos, que se da en la niñez, será vivido casi sin percibirlo, un poco inconsciente e independientemente de su voluntad.

Para comprender mejor estos procesos, podemos ayudarnos con la imagen que construye Pablo Fernández Christlieb en su texto “La afectividad colectiva”, en el que nos ilustra como “la cultura (los conocimientos) nos es literalmente inyectada”, con lo que podemos imaginar metafóricamente, que a los niños y a las niñas, al igual que se les inyectan vacunas, vitaminas o antibióticos, o se les introducen alimentos en su cuerpo, así también, se les alimenta, se les introduce, se les inyectan las ideas, los valores, las formas de comportarse, de relacionarse sentimentalmente, etc.

A partir de la primera infancia, cada uno de nosotros aprendió de lo que oía y veía, de lo que absorbió de las personas que le rodeaban, así como de sus propias experiencias, interpretadas según lo que podía comprender hasta ese momento.

La cotidianeidad de los niños y niñas, estará alimentada, con todo tipo de nutrimentos, que flotan en el ambiente de sus matrices, las cuales como a las esporas, aspirará, o también se le “pegarán” como con las canciones de un anuncio de radio, que de tanto oírlas, de tanto que se repiten se pegan, independientemente de la voluntad. Con todo este tipo de adquisiciones alimenticias construirá su visión del mundo y de sí mismo.

Todos estos nutrimentos, todos estos alimentos culturales, que se asimilan en la niñez, como nos lo hace notar Fernando Savater en su

libro “El valor de educar”, pueden ser alimentos que contengan una sustanciosa nutrición de conocimiento y valores que hacen hermosa la vida; pero en otros casos pueden introducir alimentos desfavorables: ideas, sentimientos, pensamientos que perjudican y hacen daño y que más tarde serán muy difíciles de eliminar.

Esta alimentación temprana, esta educación que se da en las primeras etapas de la vida, como señala Rafael Manrique: “es la más poderosa de todas, porque queda fijada fuertemente, ya que para el niño, la niña pequeña, la realidad en que vive es la única realidad, es toda la realidad, siente que su particular visión del mundo, es el mundo”. Esto es debido a que la vivencia inicial de encontrarse completamente inmerso, flotando rodeado, impregnado de una determinada matriz “cognoscitiva”, durante la infancia y gran parte de la adolescencia, le da la sensación de que no existen otros mundos, otras maneras de vivir, de ser. Las niñas y los niños creen que a todos los demás niños les enseñan las mismas cosas, que tienen los mismos mundos sentimentales, creen que por así decirlo, que la matriz de donde proceden es la única, la universal.

A través de la historia de la humanidad nos encontramos con diversas “matrices cognoscitivas” o “paradigmas”. Para T. S. Kuhn, un paradigma es lo que comparten los miembros de una comunidad y a la inversa, una comunidad consiste en unas personas que comparten un paradigma, que han tenido una educación similar, que en el proceso han absorbido los mismos conocimientos, lecciones, información. Que comparten conceptos, significados, modos de ver, las mismas “generalizaciones simbólicas”, que parten de la misma raíz. Todo ser

humano se encuentra desde el instante de su nacimiento circundado por una matriz cognoscitiva que contiene todo un universo, un imaginario, una filosofía que le sirve de brújula, de guía, con la que forma sus mapas, con el que organiza, orienta y da sentido al mundo y a sí mismo.

Debido a esta diversidad hay distintas formas de vivir la infancia, diferentes orientaciones en la enseñanza, en la educación, lo cual produce determinados hábitos del corazón, de acuerdo a la matriz cognoscitiva de la que proceden.

En la niñez, en la infancia, es la “matriz cognoscitiva”, el hilo conductor del desarrollo individual, es la guía fundante en la historia de los seres humanos, con la que cimenta la vida. Es a partir de esta brújula con la que comienzan a orientarse, a formarse, a gestarse los “hábitos del corazón”.

Capítulo II

Formación de los hábitos del corazón en la infancia y adolescencia: autobiografías, biografías, cuentos.

Las diversas formas de vivir la infancia, las podemos corroborar a través de la literatura, de la historia, de las biografías, de las autobiografías; las que nos conducen, nos guían e introducen a un viaje interior. Abundantes son los casos en que los y las escritoras vuelven hacia sus o las infancias, nos dice Nora Pasternac, coautora del libro “Escribir la infancia”, en donde analiza las obras de narradoras mexicanas contemporáneas nacidas en la primera mitad del siglo XX, entre 1900 y 1954, en la que nos da cuenta de cómo las diferentes procedencias de las autoras, traen consigo, una enorme diversidad en las costumbres, hábitos cotidianos, religiosos, alimenticios. Se narran infancias con tradiciones judías, libanesas, etc., autobiografías que comienzan con la historia desde antes del nacimiento del personaje, con el recuerdo de antepasados cercanos o lejanos, niñas que narran su infancia así como su paso a la adolescencia.

Nora Pasternac señala la importancia que tiene para muchas y muchos escritores, la necesidad de extenderse largamente en la infancia y adolescencia de los personajes, ya que para el escritor, existe el gusto, la necesidad de recuperar, de avivar un pasado desaparecido y particularmente querido. Así como también por el placer que el lector siente al reencontrarse, al reconocerse en otra niña o niño, al tranquilizarse de

saber que hay otro semejante y que no es el único, que no está solo. Esto armoniza con diversos gustos del lector, que al mismo tiempo que escucha la narración del autor, va participando en su propio proceso, acompañado con una segunda voz narrativa interior, como si el lector se convirtiera también en escritor de su propia infancia.

Escribir, narrar, leer, conocer otras infancias es escuchar las voces de otras niñas y niños, de otros mundos sentimentales, tal vez distantes, lejanos, diferentes, pero es al mismo tiempo escuchar la propia voz, es entrar en un diálogo, en un debate, es polemizar, es simpatizar o empatizar, es asombrarse, extrañarse o pasmarse, es poder ir entendiendo, descifrando, comprendiendo, otras maneras de vivir, de sentir. Pensar, narrar la infancia, es al mismo tiempo una reflexión sobre la gestación, el origen de nuestros cotidianos y actuales “hábitos del corazón”.

Visitemos la infancia, la adolescencia de otros niños, de otras niñas, en otros siglos, en otros tiempos, en otros lugares, en otros mundos sentimentales. Pero antes, primero que todo, realicemos una visita muy urgente, sí, a un chavo muy contemporáneo que necesita ser escuchado, que necesita ser alivianado.

1 Un chavo bien ahorcado.

Estos chavos “bien ahorcados” de los años noventa, son los que nacieron con la crisis de la crisis de la otra crisis, es esa generación que creció con el error, horror económico de diciembre, de enero, de febrero, de marzo, etc., etc. Errores, crisis, que les prometían solucionar a las generaciones que los antecedieron, como lo narra José Joaquín Blanco en su libro “Un chavo bien helado”. “De la Madrid iba a resolver la crisis

lopezportillista en tres etapas de dos años cada una: apretarse el cinturón, recuperarse, lanzarse al crecimiento. Ese era su placebo: ponerse al día del mundo occidental. Pero quince, veinte años después sólo sabemos de apretarse más y más el cinturón, aunque ya no queda mucha cintura que ahorcar. Ahora el cinturón se aprieta en el cuello, ahora estamos bien ahorcados”.

Habíamos dicho con anterioridad que la cotidianeidad de los niños, niñas, de los adolescentes, de los chavos y chavas se halla matizada, coloreada y muchas veces ensombrecida por las ideas que flotan en el ambiente y que como a las esporas, aspiran; las cuales determinaran la visión que tengan de la vida, del mundo, de sí mismos; con la que formará sus hábitos del corazón, como lo narra “un chavo bien ahorcado”:

“¿Pero cuánto puede durar esta crisis?, porque México no tiene estaciones. Aquí las crisis duran siempre, las hay de aguas y las hay de secas, de repente cae la crisis en tormenta, y todo explota que parece el fin del mundo.

Pensó entonces que, acaso, el que los tiempos fueran cada vez peores no justificaba por completo que el ánimo también lo fuera; pero no sabía ver el mundo, su país, su barrio, su casa, a sí mismo, su intimidad, sino en términos de crisis. Porque la crisis no era sólo una cosa exterior, sino también era uno mismo; educado en ella, crecido en sus largos años, ¿podría ver, aspirar, creer otra cosa?

Ya que no encuentro el modo de cambiar la crisis, más me valdría cambiar de tema, pero advirtió aterrado, que no tenía más tema que la crisis, que era incapaz de pensar en otra cosa, que desde hacía meses, ¿o

años?, casi todo lo que leía, de lo que conversaba, lo que imaginaba en sus disparatados entre sueños, tenía que ver con la crisis. Enumeró todas las noticias fatales, los artículos, las estadísticas.

Se le ocurrió entonces, no sin cierto escalofrío, que además de su realidad y de sus consecuencias materiales, la crisis fácilmente se estaba convirtiendo en una catástrofe mental, que aunque mal que bien todavía sobrevivía a la crisis objetiva, estaba sucumbiendo ante la crisis obsesiva, con una idea fija, paralizante. Estaba lleno de las letras, de las sílabas y de la palabra crisis, en cada uno de los nudos de la telaraña de su conciencia. Y sí hubiera otras cosas, pensó anhelante, pero no.

Sí, sí, sí, cruzó la avenida gritando en su interior: otras cosas, otras cosas..., aún con la íntima amenaza de caer en la misma obsesión tiránica, al menos asumió la vaga esperanza de esas otras cosas, que devolvieran a la vida su porción de sueño y paraíso, de entusiasmo y gusto del presente.”

2 Las niñas y niños que ni a chavos llegaban, ni a un nombre propio.

Como no revalorar y tener gusto por el presente, cuando en el horizonte histórico del pasado, las niñas y los niños, ni a chavos llegaban, bueno ni a un nombre propio; ya que desde la Edad Media era un hábito común, dar al niño recién nacido el nombre de un hermano mayor, práctica que continuó hasta la primera mitad del siglo XVIII, como nos cuenta el historiador inglés Lawrence Stone.

En esa época la visión que tenía el niño y la niña, la idea que se formaban de la vida, era que sólo estaba de paso por un muy breve tiempo

en el mundo, ya que la presencia de la enfermedad y la muerte era constante, a la que veía como algo inevitable, por lo que su sensible corazón se habitó a pensar en su precaria constitución.

“Cuando era niño, unos cuantos años después de mi nacimiento a la edad de ocho años en 1745, cuando habían nacido dos hermanos más, al ver mi padre que era tan débil mi constitución y tan precaria mi vida, que en el bautismo de mis hermanos, la prudencia de mi padre hizo repetir sucesivamente en ellos, mi nombre cristiano Edward, para que en caso de que yo partiera, su patronímico pudiera perdurar en la familia”, escribió Edward Gibbon.

En el siglo XVII fue muy frecuente la práctica de la sustitución, al dar al niño recién nacido el mismo nombre de uno que hubiera muerto recientemente. Cuando murió Christopher, el hijo mayor de Sir Christopher Wandesford, a la edad de ocho años, el siguiente hijo que nacería unos meses después, también se llamaría Christopher. Así también John Benjamien Wesley nacido en 1703, llevaría los dos nombres de hermanos mayores muertos en 1699 y 1700.

De acuerdo a la enorme mortalidad de los niños de esa época, los cuales podían morir en cualquier instante y con la mentalidad adaptada a ese hecho, un niño o niña era reemplazable por otro, y no representaba un individuo todavía particularmente identificado y amado como único. Esta práctica terminó a fines del siglo XVIII, lo que indica un reconocimiento de que los nombres eran muy personales y no podían transferirse con tanta insensibilidad de un hijo a otro.

Una de las características centrales de esa época, era la presencia constante de la muerte. Esta aparecía entre las personas de todas las edades, niños y niñas, no era algo que le sucediera principalmente a los muy viejos. Esto se debía principalmente al incipiente desarrollo de la salud pública, la medicina, la ciencia, la tecnología y los hábitos de higiene.

Las poblaciones de esa época corrían gran riesgo, había un gran desconocimiento de la higiene personal y pública, lo que daba como resultado que los alimentos y el agua contaminada fuera un peligro constante. Al parecer fue un periodo especialmente insalubre.

En el siglo XVIII, las acequias de los pueblos que a menudo estaban llenas de agua estancada, se utilizaban con frecuencia como letrinas. Los carniceros mataban a los animales y arrojaban los desechos de las reses muertas a la calle, en donde se pudrían. Se cavaban letrinas cerca de los pozos, contaminando así el agua. Además los cuerpos descompuestos de las personas enterradas en criptas detrás de las iglesias, provocaban malos olores.

En 1742 el doctor Johnson describió a Londres como una ciudad “en la que abundan tales montones de inmundicia que un salvaje la vería sorprendido”. Hay evidencia que corrobora que indudablemente se arrojaban grandes cantidades de excremento humano a las calles durante las noches cuando los habitantes cerraban sus casas. El excremento se aventaba a los caminos y zanjas de los alrededores, por lo que los visitantes que iban o venían se veían forzados a taparse la nariz para evitar el fétido olor.

Pero esto no solamente sucedía en Londres, sino también en la Ciudad de los Palacios, como nos cuenta Sara Sefchovich: “Nuestra hermosa capital estaba muy sucia y olía muy mal. Era también como todas las ciudades de la época, la ciudad de los desagües, de los baches y hoyos, la basura en las calles, pues todo mundo la arrojaba al arroyo incluido los excrementos a los que les llamaban “sus servicios” que caían desde las ventanas y puertas de las casas salpicando a quien en ese momento pasara por allí. El señor Mier y Terán le puso pleito a los habitantes de una casa en la calle de Puente Quebrado porque echaron sus inmundicias por la ventana en el preciso momento en que su coche cruzaba y mancharon el vestido de su esposa.” Las calles eran unos muladares todas ellas aun las más principales. En cada esquina y a cualquier hora, sin respeto a la publicidad de la gente, se ensuciaba en la calle a donde quería.”

En ese entonces, entre 1722 y 1734 el virrey Juan de Acuña y Manrique Bejarano, durante el tiempo de su gobierno hizo esfuerzos para limpiar la ciudad. Por las noches, ya muy tarde, gustaba salir de incógnito para inspeccionar las calles y así le daban las diez, las once, las doce, “Ave María Purísima, la una y sereno”. Iba cubriéndose la nariz y boca con su pañuelo de cambray espolvoreado de yerbas aromáticas que acallaban la fetidez que se levantaba en la ciudad. Era una costumbre necesaria, la de empapar pañuelos en benjuí y agua de rosas para cubrirse con ellos cada vez que tenían que salir, con tal de no oler la inmundicia.

Año con año había inundaciones que convertían a la Plaza Mayor en una laguna cuyas aguas estancadas además de mal olor, provocaban epidemias, como lo describe Artemio de Valle Arizpe: “La anchurosa Plaza

Mayor: un hacinamiento de puestos techados con petates podridos de los que salen fétidas emanaciones. Muchos perros hambrientos y cerdos gruñidores que se revuelcan en el agua acenegada. Y sobre toda la plaza una nube de moscas. No hay atarejas ni banquetas ni empedrados. En medio de las calles se amontona la basura y el agua de las lluvias no encuentra salida, forma charcos hediondos de donde salen las epidemias. No hay alumbrado. El agua de las fuentes públicas está espesa de mugre y allí la gente se lava y lava su ropa y así todos los aguadores van a sacarla para las casas que las echan en las tinajas. Abundan las pulquerías, cualquier jacalón basta para poner las tinas rebosantes. Cada quién edifica su casa donde le viene en gana. Algunas atraviesan en medio de la calle y otras se les plantan adelante o atrás. En los zaguanes hay orinales públicos y sus emanaciones tumban de espaldas. ¿Y qué decir del Palacio Virreinal? Eso es la flor y nata de la inmundicia. Allí guardan sus comestibles los porteros de la plaza, hay fondas y panaderías y juego y expendios de pulque y fritangas y muladares y charcos”.

El resultado de estas condiciones sanitarias primitivas fue el brote de infecciones intestinales por bacterias, el más temido fue la disentería. Los niños sufrían desórdenes estomacales crónicos, se quejaban de que “los atormentaban penosamente las lombrices”. En las áreas pantanosas con mal desagüe, provocaban frecuentes fiebres de malaria.

En esa época, nos cuenta L. Stone en Inglaterra había plagas, epidemias, pestes, pero una de las más temidas enfermedades fue la viruela, era tan terrible que algunas veces era difícil encontrar un clérigo que estuviera dispuesto a enterrar a cualquiera que muriera de ella.

Cuando algún niño contraía la enfermedad, lo tenían en aislamiento físico para no contagiar a los demás.

Cuando John Wandesford tuvo viruela en 1642, su hermana Alice de 16 años, estaba tan unida a él que rompió la estricta cuarentena impuesta por sus padres intercambiando mensajes, atándolos al cuello del perro de la casa, y como consecuencia también contrajo la enfermedad.

Pero al final del siglo XVIII se experimentó un gran avance médico, cuando con gran éxito se inventó la vacuna contra la viruela, la que llegó a territorio novohispano, gracias al doctor Balmis, despertando la oposición de muchos curas, que pensaban que la enfermedad y la salud eran cosa de Dios; mientras que algunos obispos ilustrados, por el contrario, instaron a la gente a que se presentara a la inoculación que se hacía brazo con brazo, pudiendo así salvar la vida de muchos niños y niñas y al mismo tiempo poder dar belleza y alegría a sus corazones.

3. Los hábitos para dormir también forman hábitos del corazón:

El niño, la niña nace, llega, sale al mundo, en un determinado suelo geográfico, en un tiempo, en una época, en una fecha, en un determinado suelo histórico. El niño tiene un espacio particular donde vive, donde habita, pero también un espacio donde duerme, donde sueña. Descansar, dormir en una cuna, en un iglú, o en una hamaca, influirá en la formación del niño, en su visión del mundo y de sus hábitos del corazón. Este espacio será muy distinto según las costumbres de dormir relacionadas con las diferentes sociedades, estratos económicos, sociales, culturales y sobre todo con los diversos climas geográficos.

En lugares calientes o tropicales uno de los principales enceres que utilizan las personas es “la hamaca”, un rectángulo de tela o red donde se anudan, entrecruzan y entrelazan a intervalos regulares hilos de algodón, formando el tejido de esta; la que se cuelga horizontalmente de sus extremidades, la cual sirve como mecedora, cuna o cama, en los climas cálidos, ya que permite la ventilación; usada sobre todo en América Latina y el Caribe.

Estas hamacas mecedoras servían de cunero para columpiar con suavidad a los pequeños, mientras se les arrullaba con alguna tonadita, casi susurrante para que se entregaran al sueño, que con el calor y el ondulante vaivén hacía dormitar a todos en la placidez del atardecer; cuando de repente se escucha un grito de alarma: ¡Ahí viene la tropa de Guerrero! Y entre bostezo y bostezo, se despiertan y se despabilan en la hacienda de La Calera, todos están alerta, pues están en plena guerra de independencia.

“Había sido una larga y sangrienta contienda civil con batallas, sitios, triunfos y derrotas, saqueo y pillajes y montones de muertos. La superficie toda del suelo mexicano convertida en un solo campo de desolación y muerte”, escribió el doctor Mora.

Sara Sefhovich señala que los novohispanos se levantaron en armas para defender lo que consideraban suyo, para no pagar tributos, para poder hablar con libertad, para liberarse del yugo extranjero “pagamos tributo por vivir en lo que es de nosotros, no disfrutamos de los frutos de nuestro suelo ni somos dueños aún de hablar con libertad”.

Tenía la Nueva España siete millones de habitantes, hubo quienes se opusieron al movimiento popular y se unieron al ejército realista, pero hubo también quienes apoyaron a los insurgentes y se sumaron a ellos, en una prolongada lucha, quienes con machetes y palos empezaron a tomar ciudades, saquear pueblos y haciendas, como La Calera, que se encontraba en tierra Caliente en Michoacán, en lo que después pasaría a formar parte del estado de Guerrero.

Fue en esa revuelta cuando un grupo de insurgentes encabezado por Vicente Guerrero, interrumpió el sueño del niño Francisco (mi tatarabuelo) que era hijo de españoles, cuando con un machete fue derribado un extremo de su hamaca, cayendo de golpe al suelo histórico, salvándose de milagro, junto con todos los demás, ya que los insurgentes se contentaron con llevarse todos los víveres y dejándolos con vida, pero con la bilis derramada y un bebé todo moreteado por el golpazo. En esas luchas que se dieron en tierra caliente, era una costumbre cortar las hamacas de los bebés para que se vinieran al suelo como parte de las agresiones. Así los niños y las niñas, en todas las guerras sufren por la violencia, en ambos bandos.

Sin embargo a pesar de todos los incidentes, mi tatarabuelo, pudo seguir creciendo, corriendo y desarrollándose para posteriormente al paso de los años, estar al frente de la hacienda, lo que le daría la oportunidad de conocer a otro niño, que nació años después de terminada la guerra de independencia.

Después de consumarse la independencia, posteriormente al gobierno de Guadalupe Victoria, tocaría el turno a Vicente Guerrero, quien tomó posesión en abril de 1829. En su breve período de gobierno, los

españoles intentaron la reconquista de su ex colonia, un día desembarcaron en el puerto de Tampico pero fueron vencidos por los militares mexicanos ayudados por el clima y la geografía de la región.

Sara Sefhovich nos cuenta que Guerrero estaba casado con Guadalupe Hernández: “una señora que no salía de su casa, ni acompañaba a su esposo en sus actividades públicas. Pero algo interesante debe haber sucedido en esa familia puesto que una hija del matrimonio de nombre Dolores, llegaría a ser una poetisa de cierta celebridad cuyos escritos aparecerían en el álbum de las señoritas mexicanas y además ella sería madre del escritor, historiador y cronista Vicente Riva Palacio”.

Vicente Riva Palacio, nieto de Vicente Guerrero, contaba entre sus anécdotas, que encontrándose en un serio apuro, cuando viajaba por allá por tierra caliente, en Michoacán, tocó a la puerta de la hacienda de La Calera, solicitando ayuda y hospitalidad para pasar la noche. El niño de la hamaca, mi tatarabuelo Francisco González, lo invitó cordialmente a pasar, en el calor de la cena, ambos se contaron las historias de su familia. Francisco le contó la historia de su hamaca y de cómo su abuelo llegó de España hasta esas tierras y Vicente le contó que él había nacido poco después de la muerte de su abuelo, por lo que no pudo conocerlo, pero su mamá le contaba muchas historias y cuentos de sus antepasados. Así ambos, como dos niños más viejos, siguieron de historia en historia, hasta que se hicieron amigos, dejando atrás las luchas que dividieron a los novohispanos en dos bandos, para que sólo quedara entre ellos la amistad.

En la última década del siglo XIX en esa misma hacienda de la Calera, allá en tierra caliente, mi abuelita paterna nacería y llevaría el mismo nombre de mi tátara abuelo pero en femenino: Francisca González.

3.1 - Dormir en una cuna, hamaca, lecho o suelo, influye en los hábitos del corazón.

Dormir en una cama, en un petate o en un coy; estar habituado a la almohada blanda, dura o no tenerla; dormir vestido o desvestido; tapado o destapado, son prácticas, técnicas corporales que tienen profundas repercusiones en la formación de los hábitos del corazón.

En virtud de la necesaria armonía entre la forma de nuestros descansos y la de nuestras casas, hemos inventado espacios y los hemos animado con la precisión de nuestro movimiento cotidiano, cada uno según sus costumbres –habitus- que varían con las civilizaciones, las sociedades, los tipos de educación, la comodidad y las modas. Moviéndonos, trabajando, caminando o aun inmóviles, de pie, sentados o tendidos en sitios contruidos teóricamente a nuestra medida, recorreremos las distancias íntimas que nos vinculan con los seres y las cosas, cercanos o lejanos, a derecha o izquierda, adelante o atrás, arriba o abajo, ocupados o libres conocemos el uso y el puesto de los lugares y de los objetos ajustados según referencias a nuestra civilización, y a nuestras tradiciones culturales, como no los enseñaron nuestros padres.

“Suelo practicar y refinar mis hábitos de dormir, acto tradicional por excelencia, que mis padres me enseñaron cuando era niño, según la tradición en la cual me formé. Por las noches, preparado para imitar a los que me rodeaban, fui adquiriendo prácticas de descanso de acostarse y de dormir especiales, que me diferencian de las mujeres y de los hombres de

esos lejanos lugares que he podido frecuentar”, nos dice Pascal Dibie. Cuenta que de niño aprendió de sus padres los hábitos del corazón junto con los hábitos de dormir, imitando a los que lo rodeaban adquirió las prácticas de descanso; desde entonces observaba con curiosidad y se preguntaba como seria el sueño de los demás, como serian sus casas, sus camas, sus lechos. Gracias a estas inquietudes, este soñador y perezoso niño, al crecer se propuso armar una historia de la parte dormida o somnolienta de la humanidad, la que nos regala en su libro “La Etnología de la Alcoba” (el dormitorio y la gran aventura del reposo de la humanidad).

En la niñez y en la adolescencia creemos en la mayoría de los casos, que en todas partes las casas, las recámaras y las costumbres para dormir son parecidas a las nuestras y siempre han sido así. De ahí la necesidad y la importancia de los estudios antropológicos y etnológicos, como el realizado por Pascal Dibie, que nos introducen a un conocimiento histórico y comparativo de muchas otras sociedades. Diversos seres humanos de otras épocas con diferentes modos de vivir, con distintos hábitos de dormir y descansar, que influyen profundamente en la formación de los hábitos del corazón, de los niños y las niñas.

Es sorprendente conocer otras civilizaciones del sueño y del descanso, como: “Las cavernas”, “Las casas de mamut”, “Las camas de Ulises”, “Los lechos a la sombra de los torreones” “El cuarto de los secretos en la época de los sentimientos”, “El despertar del rey”, “El dormir en el campo”, “El descanso africano”, “La casa china”, “Las hamacas de América” y “Los lechos colectivos de los Francos”, como los narra en su libro Pascal Dibie.

3.2 Los lechos de los niños y niñas en la época de los francos entre los siglos V y VIII.

La visión que podían tener los niños y niñas de esa época merovingia era que las casas, el descanso era un poco amontonado y un mucho apachurrado.

La época merovingia (de meroveo, merovingios, nombre de una tribu de francos salios), situada entre dos acontecimientos, el advenimiento de Clodoveo, en 482 y el de Pipino el Breve, en 751, no es la “noche bárbara” atacada sin razón por los historiadores, nos dice Pascal Dibie, sino un período de transición que daría como resultado la fusión del civilizado y del bárbaro, aunque no haya que exagerar su antinomia, en realidad ha producido una civilización profundamente original.

Los romanos llamaban bárbaros a todos los pueblos que no participaban de la cultura latina o helénica, muchos de estos pueblos fueron colonizados por Roma. Otros, como los germanos y los partos siguieron viviendo en las fronteras del Imperio; estas tribus practicaban algo de agricultura y de ganadería; vivían todavía en la fase de comunidad de bienes, aunque más tarde se transformarían en reinos.

Uno de estos reinos, fue el de los francos, encabezado por el rey Clodoveo que conquistó la mayor parte de las Galias. Estos Reyes eran un tanto nómadas, con un palacio ambulante, rodeados de los servidores y de los oficiales mayores de la Corona, con los cuales se desplazaban. A los reyes de esta época se les denominó como los “reyes holgazanes”, por su gusto de estar “echados”, retozando, durmiendo.

Estos reyes usaban una enmarañada barba y un pelo mal peinado, y tan olvidadizos de toda majestad que no temen hacerse transportar a las asambleas populares en esos toscos carros de bueyes conducidos por un mozo de cuadra. Estos carros de bueyes eran de uso corriente, entre la gente de condición más elevada.

En esta época los lechos de las casas de la mayor parte de la población eran colectivos, solo el rey y los grandes señores, tenían lechos individuales, los cuales estaban decorados de un modo magnífico, con tejidos preciosos, de arte suntuario, siguiendo con una tradición de comodidad, heredada del período galorromano, al que se añadían algunos refinamientos llegados del Norte.

Pero para el resto de los habitantes que formaban el poblado, incluidos los niños y las niñas, lo más natural y normal eran los lechos colectivos, era lo que siempre conocieron desde que nacieron y es a partir de esta costumbre que formaron sus hábitos del corazón y sus técnicas de dormir, seguramente muy parecidos a las costumbres de la prehistoria, en la época de las cavernas, en las “casas de mamut”.

Los lugares de descanso se encontraban en la “gran casa cubierta de bálago en la que el lecho es común a los padres, los tíos, las tías, los primos, las primas, los niños, las niñas, y los sirvientes, donde todos duermen naturalmente desnudos en una misma cama o lecho colectivo”.

Pero con la introducción del catolicismo en estos reinos, a la Iglesia le pareció insoportable y alarmante todos los desnudos en una misma cama, sobre todo porque estaba por llegar la orden de San Benedicto (480-543). Por lo cual promulga la estricta regla de San Benito, esta ordenaba a sus monjes que se acostaran totalmente vestidos y en una cama individual.

La desnudez del cuerpo que era considerada y mostrada a los niños y niñas, como un hábito natural, sencillo y cómodo; en adelante se enseñaría a mirar como una manifestación de “grave riesgo sexual y genital, que amenaza con quitar de la cabeza la honesta copulation”, ya que decían que la cama será común al hombre y a la mujer cuando no se haga otra cosa que procrear castamente.

4. Formación de los hábitos del corazón de la “niña santa”: un ideal católico en los siglos XVI y XVII

El discurso de la Iglesia Católica entre los siglos XVI y XVII, con respecto a la niñez, presuponía un ideal de santidad, de vida “ejemplar”, de “niña santa”, como señala la historiadora de las mentalidades Cristina Ruiz Martínez.

Este discurso religioso se enseñaba por medio de testimonios, biografías, en donde se relatan sucesos y vidas a seguir por su “ejemplar” virtud; el acontecer de éstas, se utiliza como soporte de una narración edificante, en donde los hechos son el vehículo para transmitir ideas morales, formar hábitos del corazón.

Se les daba consejos a los padres para inculcar este ideal de comportamiento, así como fomentar e influir en la niña el deseo de convertirse en religiosa cuando creciera. Además de estar pendientes, por si reconocían algunas virtudes santas con que Dios había dotado a sus hijas.

Entre los hábitos del corazón que debían desarrollar las niñas, era la devoción con veneración y fervor religioso, ocupando la oración y la penitencia un primer lugar. Se consideraba que para una vida religiosa,

como monja o como beata, no sería necesaria una educación escolar esmerada ya que sólo algunas monjas, como las del coro tenían que saber latín. Se ponderaba en cambio, que permanecieran en casa teniendo el menor trato y comunicación con la gente, dedicadas a la devoción y a las labores domésticas. Estas enseñanzas las aprendían a través de las lecturas infantiles que eran siempre libros piadosos, devocionarios y vidas ejemplares, unos de los más populares era “El espejo de la consolación”.

La historiadora Cristina Ruiz nos dice que se les enseñaba que por vía del martirio, de los auto castigos y las humillaciones, se convertirían en santas e irían al cielo a reunirse con Dios, como lo muestran algunas crónicas y testimonios que aparecen en la “Historia General de los religiosos descalzos de la Iglesia de San Agustín” (1560 a 1621), así como en algunas autobiografías

“Éramos tres hermanas y nueve hermanos; todos parecieron a sus padres por la bondad de Dios, en ser virtuosos. Tenía uno casi de mi edad: juntábamonos a leer vidas de Santos, como veía los martirios que por Dios las santas pasaban, parecíame compraban muy barato el ir a gozar de Dios y deseaba yo mucho morir así; para gozar tan en breve de los grandes bienes que leía haber en el cielo; y juntábame con éste mi hermano a tratar que medio habría para esto. Concertábamos irnos a tierra de moros pidiendo por amor de Dios, para que allá nos descabezasen; y paréceme que nos daba el Señor ánimo en tan tierna edad, si viéramos algún medio, sino que el tener padres nos parecía el mayor embarazo. Espantábamos mucho el decir que pena y gloria era para siempre, en lo que leíamos. Acaecíamos estar muchos ratos tratando de decir muchas veces; ¡para

siempre, siempre! En pronunciar esto mucho rato era el Señor servido me quedase en esta niñez imprimido el camino de la verdad”

Teresa de Cepeda y Ahumada,
1515 – 1582
Ávila, España

“Mi padre Francisco de Casteller era de Valencia, y mi madre Luisa de Ayala de Toledo, donde nací día de S. Antonio Abad a diez y siete de enero de mil quinientos setenta; fue mi madrina de bautismo una abuela de mi madre llamada Quiteria de S. Joseph, que estaba concertada de ser monja en un convento de la regla mitigada del Carmen, llamado de la Encarnación, y acabando de bautizarme se fue a tomar el hábito, que sólo esto la había detenido; buen pronóstico de que el Señor me prevenía de misericordias para ser suya. Paréceme el primer uso de razón que tuve fue amar a Dios, y deseo emplearme toda en servirle. Iba con mi hermana mayor a la maestra donde enseñaban a leer, y labrar, y aprendía muchas oraciones, y en brazos me llevaban por toda la vecindad, donde me daban muchos regalos para que les rezase; paréceme tendría entonces cuatro o cinco años, porque una cuesta que había bajaba a gatas por no caer. Aprendí con gran brevedad a leer, de codicia de saber la pasión de Nuestro Señor, y la lloraba mucho y como oía las vidas de los ermitaños me aficioné a imitarlos. No entendía que había más mundo que sólo Toledo, y que fuera de la ciudad era todo desiertos, y así determiné huirme ser ermitaña, y a pocas calles me perdí y no dejaba de andar pensando que saldría de la ciudad, hasta que fue de noche, y me recogieron en una casa muy lejos, y aunque me preguntaban quienes eran mis padres no lo supe

decir. Otro día me oí pregonar: ¿Que quién había visto una niña con un faldellín verde? Y nunca dije porque me había huido.

Aprendí muy presto a leer, y pasé todos los libros de “ Espejo de Consolación” y se me quedaron de memoria, y en los sermones gustaba mucho cuando oía tratar lo que yo sabía. Enseñóme mi padre a leer latín, y quiso aprendiera música; yo no tenía inclinación a ella, y tenía mala voz y desentonaba y así fue tiempo perdido, porque las lecciones que me daban se me volaban presto, porque tenía la memoria bien ocupada. Díjele al maestro me enseñara el arte de la música. Respondió que no era ciencia de mujeres y por lo mismo me dio más ganas de aprenderla.

Deseaba mucho la soledad y tenía por gran dicha cuando todos se iban y me dejaban sola en casa. Como oía decir que Dios no oye a los pecadores, no podía entender cómo era, y viéndome sola le daba de gritos, y lloraba tanto que sentía en el alma consuelo de que me había oído, y oyendo también decir que no ensuciasen las almas, determiné no comer ninguna cosa prieta; digo esto porque como en la niñez se descubren los naturales, se conozca el mío para las ignorancias.

Dormía en una cama con mis hermanas y acostada aguardaba aquellas se durmiesen y me levantaba, poniéndome de rodillas a tener oración; que era estar en una suspensión de voluntad embebida en Dios, sin discurso, que no podía tenerle, ni rezar vocalmente, y en esto me estaba muchas horas alegrándome en Dios con gran deleite.

Vivía junto a las descalzas y oía a un predicador en un sermón lo que S. Francisco había hecho cuando dejó el mundo, vine a casa, y córteme los cabellos, y di cuantos juguetes tenía, haciendo una

determinación de no ponerme cosa galana en mi vida, y así lo he cumplido, porque me ha hecho Dios merced de darme estabilidad, de tal manera, que conocida una cosa por buena, aunque todo el mundo y el infierno se me pongan delante no dejaré de cumplirlo con la gracia de Dios.

Cuando iba a las iglesias me descalzaba por devoción y alargaba el vestido que nadie me viese, que en esto tuve gran recato. Cuando alcanzaba, y me daban, daba en secreto a los pobres, y todo mi entretenimiento era poner altares. Me quedaba elevada considerando en los Santos lo que había padecido por Dios y lo mucho a que su Majestad los había amado, y no me podía quitar de junto a los altares, pidiendo a Dios fuese yo toda suya. Parecíame que me había Dios creado para Santa, y que en siendo monja le serviría, y como si yo sola hubiera de serlo me tenía por más dichosa que la Reina.

Llegados a México me desconsolé viendo no había ocasión de ser mártir ni convento de descalzas ni de entrar luego monja, por venir mi padre pobre. Supe que las monjas tenían mozas y estuve haciendo grandes trazas para sin ser conocida entrar por criada de alguna y mudarme el nombre y no decir de donde era, para que mi padre no me hallase, y así podría estar sin jamás ver a nadie, y estaría humillada, y me tratarían muy mal pensando que era alguna mala mujer, deseaba mucho me tuviesen en poco por tener qué ofrecerme como mártir a Dios, pero no hallé traza para cumplir esto. Y hallando burladas mis esperanzas no cesaba de dar quejas a nuestro Señor de que yo le buscaba, y se me escondía, y se iba con quien no le quería tanto como yo, que quería ser santa.”

Juana Inés
Toledo, España,
1570-?

5 Consejos a una niña mexica para formar sus hábitos del corazón.

La Corona española, desde 1528, estableció colegios para niñas indígenas, con la expresa intención de que ellas, al adoptar la nueva religión, propiciaron entre los suyos la fe católica. A mediados del siglo XVI se crearon nueve colegios, el primero de ellos en Texcoco, los cuales fueron atendidos por maestras españolas venidas al nuevo mundo con esa función específica.

La educación católica para las niñas indígenas, se sumaría a su educación mexica, quedando amalgamadas dos tradiciones religiosas. En el mundo mexica antes de la llegada de los españoles, las niñas eran educadas por sus madres en las labores domésticas y la religión. La cultura mexica era profundamente religiosa, toda la vida pública y privada se encontraba dominada por las creencias, mitos y ritos. Para conocer sobre la educación femenina de ese mundo, se cuenta casi exclusivamente con fuentes escritas por los cronistas religiosos, información que fue tamizada por la óptica de estos clérigos, con una intención catequizadora.

Las historiadoras María J. Rodríguez y Julia Tuñón, en sus respectivos libros "La Mujer Azteca" y "Mujeres en México", hacen un estudio de estas crónicas, destacando todo aquello que se relacionaba con la educación, así como muchos otros aspectos de la vida de las mujeres.

Entre las crónicas estudiadas esta "La Historia de los Indios de la Nueva España", escrito por Fray Toribio de Benavente, más conocido por Motolinía, que además de evangelizador fue un curioso investigador de la historia, vida y costumbres de los indios. Las crónicas de Jerónimo de Mendieta, en su "Historia Eclesiástica Indiana", también la "Historia de las Cosas de la Nueva España" de Fray Bernardino de Sahagún, quien fue uno de los primeros franciscanos que aprendió el náhuatl, por lo que "allí de boca de ellos", recogió abundantísimas noticias sobre las costumbres e instituciones de los mexicas. El vivió en el Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, centro destinado a la instrucción de los indígenas. Estos cronistas recogen los consejos que se daban a las hijas, lo que reflejaba una sociedad con severas costumbres.

A las niñas se les enseñaba que la vida era un duro tránsito en el que "Nuestro señor nos dio la risa y el sueño, y el comer y beber con que nos criamos y vivimos, diónos también el oficio de la generación, con que nos multiplicamos en el mundo; todas estas cosas dan algún contento en nuestra vida por poco espacio". (Sahagún).

Se consideraba que "Acá por este mundo vamos por un camino muy angosto y muy alto, muy peligroso, sobre gran profundidad y hondura sin suelo y si te desviares del camino caerás en aquel profundo; por tanto conviene con mucho tiento seguir el camino. Hija mía, muy tiernamente amada, palomita amada, guarda este ejemplo en tu corazón".

..."Que en este mundo no hay verdadero placer, ni verdadero descanso, más antes hay trabajos y aflicciones y cansancios extremados y abundancia de miserias y pobreza". (Sahagún).

“Mira hija, que de noche te levantes y veles, echa de ti presto la ropa, toma de presto la escoba para barrer, barre con diligencia, no te estés perezosa en la cama; levántate a lavar las bocas de los dioses y a ofrecerles incienso, y mira no dejes esto por pereza. Hecho esto, comienza luego a hacer lo que es tu oficio, a hacer cacao, o moler maíz, o a hilar o a tejer; mira que aprendas muy bien como se hace la comida o bebida, para que sea bien hecha”. (Sahagún).

Desde el momento de nacer, la placenta femenina se enterraba bajo el fogón, porque gran parte de su tiempo transcurría literalmente “sujeta al metate”, porque “la vida de la mujer es criarse, estar y vivir en ella”, “siendo niñas de cinco años las comenzaban a enseñar a hilar, tejer, y labrar y no las dejaban andar ociosas, a la que se levantaba de la labor fuera de tiempo, le ataban los pies, para que se sentara y se estuviera quieta, las hacían velar, trabajar, madrugar” (Motolinía)

Se les decía “no seas perezosa ni descuidada, antes diligente y limpia, endereza tu casa, ten cuidado de hacer bien el pan, guárdate de darte al sueño o a la cama o pereza, sentada que estés o levantada, queda o andando, haz lo que debes...” (G. De Mendieta)

Si eres hábil en la ejecución de las labores caseras “no habría ocasión entonces de que nadie te riña y si por ventura no hicieras nada bien te han de pelear, te han de maltratar”. (Sahagún)

“Las tenían tan recogidas y ocupadas en sus labores que casi nunca salían y si algunas veces era necesario que saliesen entonces lo hacían con mucha y grave compañía”. (Motolinía)

“Iban tan serias que no alzaban los ojos del suelo, y si se descuidaban, luego les hacían la señal que recogiesen la vista y si no obedecían con muy ásperas ortigas les castigaban las carnes cruelmente, las pellizcaban hasta que las dejaban llenas de cardenales”. (Motolinía)

“Para donde vayas hija, ve con mesura, no apresurada riéndote, ni mirando de lado como a medio ojo, ni mires a los que vienen de frente ni a otro alguno en la cara, si encuentras a alguien en el camino y se ríe contigo, tu no rías. (Sahagún)

6 La sonrisa un hábito del corazón: Mora, una chica del humanismo renacentista.

Pero conozcamos a otra chica, una criatura que nace a principios del siglo XVI, más o menos contemporánea de las anteriores niñas, pero ésta surge y se desarrolla en el seno del humanismo renacentista.

Los humanistas se dedicaban al estudio de la vida y de las costumbres del ser humano basándose en autores clásicos, en contraposición con los estudios medievales que ponían en el centro a Dios y a la religión. Los humanistas estudiaban humanidades, es decir se centraban en textos cuyo origen era declaradamente humano y no supuestamente divinos. Dichas obras escritas en griego o latín clásico poseían una gran elegancia literaria y sus contenidos de ciencia y conocimiento no eran los revelados por la fe.

“Los humanistas apreciaban las enseñanzas y el intelecto de nuestros ilustres ancestros, especialmente los greco-latinos, en lugar de esperarlos sólo de la divinidad por medio de sus portavoces oficialmente autorizados. Es cierto que también aquellos ancestros griegos y romanos

creían en dioses, pero en dioses que no pretendían escribir para imponer su dogmático copy right celestial, sólo escribían los hombres, por lo que sus textos, hasta los más teológicos, fueron siempre decididamente humanos. Y por tanto criticables, refutables y ante todo inspiradores de reflexiones tan decididamente humanos como la suya propia”, nos dice Fernando Savater en su libro “El valor de Educar”

Si los antiguos dioses no escribían ni habían promulgado ortodoxia alguna que debiese ser emulada, cumplida, imitada; de donde sacaban aquellos filósofos y sabios de tiempos pretéritos su credibilidad intelectual, pues sin duda del respeto racional que inspiraban, ya que dedicaban sus horas, su vida al estudio. Este respeto racional, que es respeto a la razón, al margen de la fe, configura el verdadero punto de partida de las humanidades y del humanismo.

El renacimiento humanista, nos dice el historiador Juan Brom fue relativamente corto, pero liberó por un tiempo al pensamiento humano. Desde la Antigüedad es el primer vuelo audaz de la humanidad hacia la alegría de la vida, hacia el saber, hacia la confianza en sí mismo. El ser humano vuelve a ocupar el centro de la atención.

Los humanistas se manifestaban por la libertad de la persona humana, en defensa de la dulzura y el deleite; en oposición al ascetismo medieval que alentaba la mortificación del cuerpo, la autoflagelación. Sus ideales educativos tenían como fin: “enseñar a los seres humanos a gozar completamente de la vida”, como proclamaba Erasmo de Róterdam

El humanismo trató de desarrollar y alentar la alegría de vivir, aportó un criterio de goce en esa época, al oponerse a la transposición del sentido

de la vida a la ultratumba, subrayando la necesidad de vivir aquí plenamente. Centró también la atención en la belleza de la naturaleza a la que se la consideraba amable para el ser humano.

Y así en esa época en pleno renacimiento humanista, nace en el campo a las cinco de las Idus de junio (9 de junio) del año de 1508, una criatura que llevará por nombre “Mora”, inspirado en el apellido de Tomas Moro, queridísimo y dulce amigo del creador de esta niña, Erasmo de Róterdam gran humanista holandés. Pero dejemos que sea ella misma quien nos narre sobre su nacimiento, sus primeros sentimientos, pensamientos y hábitos del corazón.

“Sin duda queréis saber en qué lugar nací, cuál es mi patria, puesto que hoy día se estima como principal timbre de nobleza la calidad de la tierra en que el niño da el primer vagido. Os diré que no procedo de la errática isla de Delfos, como Apolo, ni de las ondas marinas del mar undoso, ni de las profundidades de las cavernas, sino de las Islas Afortunadas, en donde todo crece espontáneamente, donde enamoran la vista y deleitan por doquier el olfato, la mejorana, la artemisa, la ambrosía, el lote, la violeta, la rosa y el jacinto. A cualquier lado que se volvieran los ojos podía una creerse en el jardín de Escolapio.

No procedo yo ni del Caos, ni de Saturno, ni de Júpiter, ni de ningún Dios, sino que descendiendo de mi muy humano padre, que hoy como siempre trastocase desde sus cimientos las cosas sagradas y profanas. Así es mi padre de quien estoy orgullosa, de él nací, pero no me sacó de su cabeza, como saliera de la de Júpiter la ceñuda Minerva sino que me engendró en Hebe, la ninfa más alegre y graciosa.

No, yo no vine al mundo por consecuencia de un obligado y forzado débito conyugal, sino de una manera más agradable y hermosa, del fruto de la conjunción del amor: soy hija del amor libre. Nacida entre delicias, no vine al mundo llorando, sino tan pronto como abrí los ojos, sonreí graciosamente a mi madre y a mi padre.

Diga la gente lo que quiera acerca de mi persona, pero pruébalo claramente que, apenas me he presentado en medio de esta numerosa asamblea para tomar la palabra, una alegría viva ha brillado en todos los rostros. De repente vuestras frentes se han desarrugado, habéis aplaudido con sonrisas tan amables, que seguramente todos los que aquí estáis me parecéis embriagados con el néctar de los dioses de Homero, mientras que hace un instante, sombríos y llenos de cuidados, os habría tomado cualquiera por individuos escapados del antro de Trofonio. Ahora estáis del mismo modo que cuando el sol matutino muestra a la tierra su áureo y hermoso rostro, o cuando, tras de un invierno crudo reaparece la primavera en alas de los céfiros y al punto todo cambia de aspecto y la Naturaleza rejuvenecida, se adorna con sonrientes colores, del mismo modo se han transformado vuestros semblantes.

Si deseáis saber la causa por lo que hoy comparezca ante vosotros, yo solo diré como no halléis enojosas mis palabras y queráis escucharlas. El discurso que vais a oír no dejara de ser verdadero porque sea improvisado. No creáis que digo estas palabras por hacerme valer y que con ellas me propongo solamente lucir las galas del ingenio, sino por lo que a mi toca siempre me ha causado gran placer y deleite decir todo lo que se me viene a la boca.

Yo soy como podéis ver Mora, pero, para qué necesito decirlo, si alguno se le ocurriera confundirme con Juno o con Hera, hubiera de convencerse al punto de su error con solo mirarme y sin necesidad de que me oyese pronunciar palabra, ya que la cara es el espejo del alma. En mí no hay lugar para el engaño, ni llevo una cosa en el corazón y otra en la boca. Yo no fijo sobre mi rostro un sentimiento que no comparte mi corazón.

Pero me he alejado demasiado y quiero volver sobre lo que me enseñó mi padre: la amistad y el deleite, los supremos bienes. ¡Que sería la vida, si es que pudiera llamársele así cuando se quitase de ella la parte deleitosa? ¿Merecería llamársele vida? Los nuevos dioses no teniendo ya censor de sus acciones se entregaron a la dulzura y el deleite, como Homero dice, viviendo a su placer.

Oh, oh, veo que me aplaudís. Bien sabía que ninguno de vosotros era lo suficiente cuerdo, o mejor dicho, que no había ninguno que hubiese dejado de perder el juicio hasta tal punto, o más bien quiero decir que no fuera extremadamente sensato que no se hallase conforme.

Pero ahora decidme, ¿Puede deleitar a los demás el que para sí mismo se es molesto e insoportable?, ¿Puede divertir a los demás el que está desesperado por su propio tedio? ¿Es posible acaso que esté de acuerdo con otro quien no lo esté consigo mismo? ¿Puede por ventura amar a alguien aquel que a sí mismo se aborrezca?

Tan cierto es que cada uno debe quererse a sí mismo y preocuparse de su estimación antes de buscar la ajena. La principal condición de la dicha, es que cada uno esté contento, satisfecho consigo mismo. De que

serviría la belleza de nuestro espíritu principalísimo valor sino supiésemos apreciarla en la mayor parte de nuestros actos, tanto los que se relacionan con los demás como los propios, sino estuvieran inspirados por el amor y la simpatía por uno mismo. ¿No es éste uno de los necesarios deleites?

Pero sigamos con uno de los supremos deleites de la vida, que es el complacerse con el amor y el trato con los amigos, diciendo que la amistad es lo más hermoso, porque es una cosa tan necesaria, que no lo son más el aire, ni el fuego, ni el agua; de la amorosa amistad brota la verdad, la bondad y la belleza. Tan placentera que prescindir de ella valdría tanto como prescindir del sol, y finalmente tan honesta, que los mismos filósofos no vacilan en colocarla entre los más soñados de los bienes, de donde nace la unión, la concordia y la armonía que son los más firmes lazos de la humanidad...”

Y así continuó hablando y sonriendo Mora, con gran placer y deleite, diciendo todas las palabras que se le venían a la mente, tantas y tantas que podrían llenar todas las páginas de este libro.

7. Espuma, olas, música y poesía para formar los hábitos y ritmos del corazón: Isadora, una niña que bailaba entre ostras y burbujas.

“Antes de que yo naciera, mi madre sufría una gran crisis espiritual; su situación era trágica. No podría tomar ningún alimento, excepto ostras y champaña helada. Si me preguntaran cuando empecé a bailar, contestaría, en el seno de mi madre, probablemente por efecto de las ostras, alimento de Afrodita, junto con la espumosa y burbujeante champaña.

Mi madre estaba en aquellos tiempos soportando una experiencia tan trágica, que solía decir con frecuencia: este niño que va a nacer no será normal, y esperaba a un monstruo. Y, de hecho, desde el momento de mi

natalicio, parece que empecé a agitar brazos piernas con tal frenesí, que mi madre exclamó: Ya ven que tenía razón; esta niña es maniática. Pero más tarde, colocada con mis andaderas en el centro de la mesa era el divertimento de toda la familia y de los amigos, y quería bailar todas las músicas que se tocaban.

Nací a la orilla del mar, y he advertido que todos los grandes acontecimientos de mi vida han ocurrido junto al mar. Mi primera idea del movimiento y de la danza me ha venido seguramente del ritmo de las olas. Nací bajo la estrella de Venus – Afrodita, que nació también del mar. Cuando su estrella está en ascensión, me sucede siempre algo agradable, en estos periodos, la vida se me hace más ligera y me siento capaz de crear. Creo también que existe una gran diferencia en la vida de un niño, según nazca junto al mar o en las montañas, el mar siempre me ha atraído, mi vida y mi arte nacieron del mar.

Tengo que estar agradecida al hecho de que siendo yo niña, fuera pobre mi madre. No podía tener sirvientes ni ayas para sus hijos, y a esto debo la vida espontánea que pude expresar siendo niña, y que no he perdido nunca. Mi madre enseñaba música para ganarse la vida, y como daba sus lecciones a domicilio, estaba fuera de casa todo el día y muchas horas de la noche. Cuando podía escaparme de la prisión de la escuela era libre; podía vagar sola, a la orilla del mar, y seguir mi fantasía. ¡Qué lástima me dan los niños seguidos constantemente por sus ayas, constantemente protegidos, cuidados y vestidos con elegancia! ¿Qué vida es la suya? Mi madre estaba muy atareada para pensar en los peligros que pudieran sobrevenir a sus hijos, y por eso mis dos hermanos y yo podíamos libremente seguir nuestros impulsos vagabundos. Por fortuna, mi madre

era deliciosamente descuidada. Digo por fortuna, porque a esta vida salvaje y sin obstáculos de mi niñez debo la inspiración de la danza que he creado y que no es sino la expresión de la libertad. Nunca estuve sujeta a esos continuos, niña no hay que hacer esto ni lo otro, que hacen miserable la vida de la infancia.

A la edad de cinco años fui a la escuela pública. Me parece que mi madre prevaricó sobre mi edad. Era necesario encontrar un sitio donde dejarme. Recuerdo que en la escuela se me consideraba como una chica asombrosamente lista, y a la cabeza de toda la clase, o como una estúpida sin remedio, en el último extremo de la cola. Todo dependía de un poco de memoria y de si yo me tomaba o no el trabajo de aprender a repetir los temas que se nos indicaba. Pero nunca tenía la menor idea de lo que aquello significaba. Estuviera a la cabeza o a la cola de la clase, el tiempo transcurría muy lentamente y yo no dejaba de mirar el reloj hasta que sonaban las tres, y nos sentíamos en libertad.

Las escuelas han debido cambiar desde que yo era chica. Lo que yo recuerdo de la enseñanza pública es una brutal incompreensión de lo que es la niñez. También recuerdo la tortura de permanecer inmóvil, sentada en un banco, con el estómago vacío y los pies helados en los zapatos húmedos. La maestra me parecía un monstruo inhumano que estaba allí para torturarnos. Los niños no hablaban nunca de estas angustias.

No recuerdo de ningún sufrimiento que tuviera por causa de la pobreza de nuestro hogar. A nosotros nos parecía muy natural esa pobreza. Donde yo sufría era en la escuela, únicamente. Para un niño sensible, el sistema de la escuela pública es tan humillante como el de un penal. Yo siempre estaba en rebeldía.

Mi verdadera educación se realizaba por las noches, cuando mi madre nos tocaba obras de Beethoven, Schumann, Schubert, Mozart o Chopin y nos leía en voz alta pasajes de Shakespeare, Shelly, Keats o Burns. Eran para nosotras horas encantadas. Gracias a mi madre, nuestra niñez estuvo impregnada de música y poesía. Por las noches se sentaba al piano y tocaba durante horas enteras; no teníamos horas fijas para levantarnos ni para acostarnos.

Mi arte ya estaba en mí, cuando era niña y si no quedó ahogado fue gracias al espíritu heroico y aventurero de mi madre. Estoy convencida que todo lo que una persona hace en la vida empieza cuando es muy niño.

Creo que lo que uno está llamado hacer en su vida es claramente expresado en la infancia, desde entonces ya me sentía una bailarina. Un día mi madre se encontró al llegar a casa, con un espectáculo inusitado. Había reunido yo a una media docena de chicos de la vecindad, todos ellos muy pequeños e incapaces de correr, y después de sentarlos en el suelo, los estaba enseñando a mover los brazos. Al pedirme una explicación, le dije que era mi escuela de baile. Mi idea le divirtió mucho y se puso al piano para tocar. Esta escuela continuó abierta y llegó a ser muy popular.

Traigo a colación estos detalles de mi vida porque estas impresiones de mis primeros años tuvieron una tremenda influencia en mis hábitos, en mi vida, en lo que sería mi carrera artística, en lo que yo soñaba que habría de ser la danza, y como debería ser enseñada.

Pensaba que el cuerpo era un instrumento armónico y sus movimientos no solo expresaban como en la gimnasia movimientos corporales, sino que expresaban también el lenguaje del alma.

Movimientos que coinciden con las aspiraciones más íntimas. Cada movimiento no era solamente un medio para llegar a un fin sino un fin en si mismo, el fin era hacer que todos los días de la vida fueran completos y felices. Todo esto quedaría expresado, cuando muchos años después funde la escuela de baile con que había soñado tanto tiempo.

En la escuela los alumnos comenzaban con una sencilla gimnasia de músculos, preparatoria de su elasticidad y fuerza, ya que la gimnasia es la base de toda educación física. Es necesario llenar el cuerpo de luz y de aire, extraer de él todas las fuerzas vitales que contiene, hasta llevarlas a su máximo desarrollo. Luego viene la danza, que consistía en aprender a caminar de manera sencilla, cadenciosa, avanzando lentamente con un ritmo que brotaba de los movimientos de la naturaleza. Los movimientos de las nubes arrulladas por el viento, los árboles que se estremecen, los pájaros que vuelan, las hojas que dan vueltas: todo debía tener para los alumnos un sentido especial. Todas las partes de su cuerpo elástico y bien preparado debían responder al melódico lenguaje de la naturaleza y cantar con ella. Después corrían, lentamente al principio y saltando más tarde seguían ciertos movimientos definidos por el ritmo, así aprendían el lenguaje de los sonidos y al mismo tiempo el lenguaje de los movimientos.

Los niños estaban siempre vestidos con trajes ligeros y graciosos que utilizaban para sus juegos y deportes, en clase y en el bosque. Saltaban y corrían libremente hasta que con la misma facilidad que los otros se expresan por el canto o la palabra, ellos aprendían a expresarse con el armónico lenguaje de la danza...”

Isadora Duncan
1887 – 1927

CAPITULO III

1. Los hábitos del corazón se enseñan por medio del lenguaje y sus significados.

El hecho de enseñar a nuestros semejantes, a diferencia de lo que comúnmente se le enseña a los animales, como a un atento chimpancé, que se le entrena para aprender ciertas destrezas, como empalmar dos cañas para alcanzar un racimo de plátanos; en las relaciones humanas, en las relaciones entre los semejantes, lo que enseñamos y aprendemos son significados.

La enseñanza de los significados se hace por medio de signos, símbolos, letras, palabras, lenguajes. La antropóloga Leslie White señala que la especie humana desarrolló su capacidad creativa para inventar números, letras, figuras, palabras, lenguajes, dotándolos de un determinado significado, para representar las ideas, los pensamientos, los sentimientos, los conceptos, las conductas, los sucesos, los hechos, los rituales, etc.

La vida humana como lo reafirma Fernando Savater, consiste en habitar un mundo en el que las cosas, los hechos, las conductas, las personas, etc., “no solo existen, sino que también significan, pero lo más humano de todo es comprender que si bien lo que es la realidad no depende de nosotros, lo que la realidad significa sí resulta competencia, problema y en cierta medida opción nuestra”.

Por lo que históricamente encontramos diferentes opciones, distintas matrices cognoscitivas en que se han elaborado diversos y particulares mundos simbólicos, con todo un sistema de significados; como pudimos observar en algunos de los ejemplos anteriores, en el que el universo de significados de una niña mexicana, era diferente al de una niña católica de la época colonial en México, diferente al de una chica renacentista, o al de una chava contemporánea. Para cada una de ellas, el mundo, la vida, las cosas, los hechos, las personas, las conductas, tienen un sentido y un significado distinto; cada una de ellas refleja en sus narraciones autobiográficas, su procedencia y filiación simbólica, a cada una de ellas se le enseñaron distintos significados, diferentes hábitos del corazón.

Los hábitos del corazón, están íntimamente ligados al lenguaje, porque para transmitirse, para comunicarse, para poder enseñarse, se requiere de una envoltura verbal que son las palabras.

Para Gramsci; “el lenguaje no es solo la suma de palabras gramaticales carentes de contenido, sino que en el lenguaje se halla contenida una determinada concepción del mundo”, una filosofía, una cosmovisión de la vida, de los hechos, de las cosas, etc. Por medio del lenguaje, nos enseñan a “nombrar el mundo”, a conocer lo que simboliza, lo que significa.

1.2 El lenguaje: un juego de significados.

En sus estudios sobre la infancia, J. Piaget, resalta las significativas modificaciones en la conducta, tanto en su aspecto afectivo como en el intelectual, cuando el niño y la niña han aprendido el lenguaje. Además de todas las acciones materiales que sigue siendo capaz de realizar, el infante adquiere gracias al lenguaje, la capacidad de reconstruir sus acciones

pasadas en forma de relato y de anticipar sus acciones futuras mediante la representación verbal, lo que posibilita un intercambio y una comunicación continua entre el niño y los demás, facilitando la enseñanza y acelerando el aprendizaje de los significados.

Aunque las relaciones de intercambio y de comunicación sin duda existen ya en germen desde la segunda mitad del primer año, merced a la imitación, cuyos progresos están en estrecha conexión con el desarrollo sensorio motor. El lactante aprende poco a poco a imitar, al principio por simple excitación, los gestos de los demás, los movimientos visibles del cuerpo. Así también, la imitación de los sonidos sigue un camino parecido, hasta llegar por fin a la adquisición del lenguaje propiamente dicho, como son palabras, frases elementales, las que asocian a determinadas acciones, conductas y significados.

Mientras el lenguaje no se ha adquirido de forma definida, las relaciones se limitan solo a la imitación de gestos y sonidos, así como a una relación afectiva global sin comunicaciones diferenciadas. Con la palabra en cambio se comparte la vida interior que se está construyendo en la misma medida en que comienza a poder comunicarse.

Con la adquisición del lenguaje por medio del aprendizaje, el niño, la niña se ve sumergido tan pronto como maneja la palabra, en un juego simbólico, ya no solo está ante un universo físico, sino ante un universo de significados. El niño y la niña empiezan a imaginar su propio jardín simbólico, juegan con los significados, con las palabras, juegan a nombrar el mundo, insistentemente preguntan; ¿y esto cómo se llama, y esto cómo se dice, y esto qué quiere decir...?

1.3 Enseñar, sembrar palabras, pensamientos, hábitos.

Las novelas sobre educación sitúan en un lugar central a una persona que sembró ideas, palabras, pensamientos, sentimientos, en momentos cruciales de la vida como es la niñez y la adolescencia. Agnes Heller resalta la necesidad de tener un buen jardinero junto a uno, ya que juega un papel determinante en la cimentación y modelación del suelo simbólico de nuestra personalidad.

En la experiencia cotidiana recordamos palabras, frases relevantes, pronunciadas en momentos decisivos que fueron determinantes en la gestación y desarrollo de nuestros hábitos del corazón; es cuando nos enseñan a dar nombre, significado, sentido a las conductas, a los hechos, a los pensamientos, a los sentimientos. Pero como habíamos señalado con anterioridad, el significado, el sentido de la vida, del mundo, de las cosas, etc, serán distintos, ya que los “jardineros”, los sembradores, los que enseñan a “nombrar” el mundo, proceden de diversas matrices cognoscitivas; por lo que sembrarán ideas, pensamientos, sentimientos, valores, hábitos del corazón, de acuerdo a sus creencias, ideologías, filosofías, etc, las cuales reflejan su filiación simbólica, como se puede constatar en la narración de las diferentes infancias, donde las niñas recibieron influencias diversas ya sea prehispánicas, católicas, humanistas, etc.

Cada uno, cada una de nosotras, recuerda algún concepto clave, una palabra que escuchó repetidas veces, que aprendió e internalizó en la niñez o en la adolescencia, pronunciadas por alguien que tenía una fuerte

influencia sobre nosotros, un jardinero que sembró semillas de ideas, pensamientos, hábitos del corazón, para que germinaran y se desarrollaran en nuestro jardín simbólico.

Una de las palabras que escuché por primera vez, cuando estaba por cumplir los siete años, palabra que escucharía repetida y constantemente, durante varios años, que ha sido crucial y significativa, que moldeó e influyó profundamente en la formación de mis hábitos del corazón y de las relaciones sentimentales con las personas, lo que motivó también parte de la escritura de este libro, fue la palabra “antipedagógico”, concepto que significa: lo que es contrario al buen arte de enseñar, de educar.

1.4 Buenos Jardineros.

Esta palabra antipedagógico la aprendí junto con muchas otras, cuando, siendo niña mi papá me enseñaba las letras, los números, lo que las cosas significaban. Aunque yo asistía a la escuela, mi papá se hizo cargo de mi educación, al igual que mi abuelito se había hecho cargo de la suya. Mi abuelito fue el principal jardinero que sembró en el jardín simbólico de mi papá, al igual que mi papá lo haría conmigo.

Mi papá fue de la generación de niños y niñas que nacieron junto con la Revolución Mexicana en 1910, los cuales por diversos motivos no pudieron asistir a la escuela primaria, algunos de ellos porque lo impedían las constantes luchas, revueltas que continuamente interrumpían las clases, pero otros fue debido a los problemas de salud que se presentaban en aquella época. Así como relatamos sobre los niños del siglo XVI y XVII, los cuales enfermaban de viruela porque todavía no se descubría la vacuna para prevenirla, en los inicios del siglo XX no se conocían ni se habían descubierto los antibióticos, por lo que si un niño tenía alguna infección no

había forma de combatirla; por este motivo muchos niños y niñas tenían que permanecer largo tiempo en casa sin poder ir a la escuela.

A los siete años, mi papá enfermó severamente, teniendo que estar en cama durante más de un año, seguido de otros más de convalecencia. Por lo que mi abuelito, amorosa y gustosamente se hizo cargo de su educación. Le enseñó, las letras, los números, las matemáticas, le contaba el cuento de la Independencia, de Miguel Hidalgo, de Voltaire, del siglo de las luces, de Melchor Ocampo, etc. Además le leía las novelas de Víctor Hugo y de Alejandro Dumas, que tanto le gustaban a mi papá. Así continuo mi abuelito como su maestro, hasta que mi papá a los trece años de edad, entró a estudiar al Colegio de San Nicolás de Hidalgo, la actual Universidad Michoacana.

Esta esmerada, entusiasta y amorosa atención que mi papá recibió de mi abuelito; mi papá la repitió conmigo. Aunque yo iba a la escuela como lo hacen muchos niños y niñas, lo que a mí más me gustaba, lo más significativo, lo que mejor aprendía, era lo que mi papá me enseñaba. Nuestro salón de clase era al aire libre, siempre mirando un pedazo de cielo, tendidos en el pasto del Parque Hundido, donde llegábamos con nuestros juguetes, que eran los números, las letras, los cuentos, los libros; así nos la pasábamos jugando muy contentos y entretenidos.

En ese tiempo, antes de cumplir los siete años, mi papá escogió “La Escuela de la Ciudad de México”, “The Mexico City Scholl”, donde cursaría la preprimaria, la primaria y la secundaria, ya que en ella había maestros republicanos, exiliados de España en México, a los cuales él admiraba mucho, además que también ahí me enseñarían inglés. Pero aunque tenía esas ventajas, había una serie de métodos y disciplinas con las que mi

papá no estaba de acuerdo, algo que se repetía en la mayoría de las escuelas.

Aquí se inicia la historia de la palabra “antipedagógico”: Para empezar la escuela me quedaba lejos, por lo que era una de las primeras que recogía el camión escolar, a las siete de la mañana, una hora antes de entrar a clases para posteriormente regresarme a las tres de la tarde, una hora después de la salida. Lo que sumaban ocho horas seguidas, para después de comer, por la tarde emplear otras dos horas para hacer la tarea, lo que representaba casi un total de diez horas. Al otro día por la mañana mi mamá con sus atentos y esmerados cuidados, me tenía que levantar, no digo despertar porque me vestía dormida, me sentaba en la taza del baño dormida, y por lo lenta que siempre he sido y por lo mucho que me tardaba en abrir los ojos, tenía que desayunarme a toda prisa para que no me dejara el camión que pasaba a dos cuadras y es hasta que abría la boca para tomar mi leche cuando ya despertaba. Mi papá estaba disgustadísimo y todos los días me iba a la escuela bajo su enérgica protesta, el repetía y repetía: “esto es antipedagógico”, como es posible que la obliguen a levantarse tan temprano, para tenerla sentada tantas horas, encerrada en el salón de clases. Siempre revisaba lo que me estaban enseñando para ver si cuando menos empleaban tanto tiempo para que aprendiera cosas importantes. También se molestaba muchísimo porque no me dejaban tranquila en la tarde, dejándome largas tareas que el consideraba “innecesarias”, porque me quitaban el valiosísimo tiempo para pasear y jugar, que es la mejor forma de aprender, me decía mi papá. Y así era día, tras día, año, tras año, hasta que termine la secundaria, antes de que la secundaria terminara conmigo.

En general a mi papá le contrariaban y le molestaban todos estos métodos, “todo eso es antipedagógico” repetía, esas no son las formas de enseñar, lo mejor es como dice Montaigne: “los niños aprenden jugando y divirtiéndose”. Además de esta palabra antipedagógico, por primera vez escuché el nombre de Montaigne, al que muchos, pero muchos años después, conocería a través de sus escritos, con quien sentiría una profunda identificación, cercanía y gran afecto.

El significado de la palabra antipedagógico, desde esos años de mi niñez quedó relacionada a la idea que tenía de mi tiempo, de la cantidad de horas que alguien pudiera pretender tomar de mis días para obligarme a hacer largas tareas, trabajos, cosas “innecesarias” que te puedan quitar la libertad para jugar y aprender. Posteriormente años más tarde estas ideas las harían extensivas hacia todos los campos de la vida, por lo que siempre estaría alerta, para que no se me impusiera nada que fuera antipedagógico, como me lo enseñó mi papá.

Con anterioridad, definimos la palabra antipedagógico, como aquello que asociamos a todo lo que es contrario al arte de enseñar, de educar, por lo que, tenemos que agregar también, otro elemento muy importante a considerar con respecto a los métodos, formas, modos de enseñar: como es la “tonalidad”, la coloración del lenguaje que empleamos para enseñar, tonalidad que puede transmitir tonos muy pedagógicos así como otros decididamente antipedagógicos.

2. Tonalidades, coloraciones del lenguaje en la enseñanza.

Además de los contenidos de la enseñanza, existen los métodos, las formas, los modos, los tonos para enseñar. Para Fernando Savater, el tono con que se debe realizar la tarea educativa, la transmisión del

conocimiento, es en tono optimista: “Si bien se puede escribir con verdadero pesimismo, criticar al sistema educativo, a sus contenidos, a la falta de recursos económicos destinados para la educación, así como también podemos sentir algunas veces, como individuos y como ciudadanos que las cosas están del color característico de la mayor parte de las hormigas negras, muy negras; cuando se trata de educar, hay que ser optimistas. Porque educar es creer en la capacidad de aprender y en el deseo de saber que la ánima, es creer que los seres humanos podemos mejorarnos unos a otros por medio del conocimiento”

Además del muy pedagógico tono optimista, existen muchos otros, como lo muestra Julián Marías en su libro “La Educación Sentimental”, el nos dice que al hablar nos expresamos con diversas tonalidades; si esto lo aplicamos al tono con que transmitimos el conocimiento, se puede decir, como nos indica el autor, que enseñamos: “fríamente, opaca, cordial, irritada, autoritaria, apasionada, amorosa, destemplada o entusiastamente.”

Como se mencionó anteriormente, los pensamientos y sentimientos, para poder expresarse con mayor claridad y nitidez, requieren de una envoltura verbal que es la palabra, pero además el tono con que se pronuncian éstas, les da un acompañamiento, una textura, una coloración que nos hace ver la vida en rosa, optimista brillante, alegre, o azul triste, verde esperanza, negra apesadumbrada, o completamente gris opaca, etc.

Esto implica un amplio repertorio de variedad de tonalidades, de matices; por lo que se puede enseñar con: alegría, tristeza, adustez, jovialidad, severidad, broma, aspereza, suavidad, sequedad, afectuosidad, etc.

A lo largo de la historia en las diferentes matrices culturales, encontramos distintas tonalidades en la enseñanza, como en la novela sobre la educación de José Joaquín Fernández Lizardi, escrita en 1819, donde contrapone los métodos de la educación tradicional, a los métodos de la educación “ilustrada”, que se proponía como lo ideal, derivado de algunas ideas pedagógicas de la Ilustración con los que sería educada la niña Pudenciana, en el cuento de la Quijotita, que mi papá me contaba.

La Quijotita y su Prima
José Joaquín Fernández de Lizardi
(Primera Edición, México 1819)

“Cada instante tenía yo con que divertirme y que notar en la diferencia de dos educaciones dadas a un tiempo, en una misma casa a dos niñas iguales en edad y parentesco. Cada familia de estas dos gobernaba su casa y educaba a sus hijas a su modo. La niña Pomposita fue enviada a la amiga (a la maestra) bien temprano, y la niña Pudenciana permaneció en casa hasta los cinco años cumplidos, en cuyo tiempo la puso su papá al cuidado de una señora que unía a sus finos principios un talento no vulgar, una virtud sólida y un carácter propio para aya o maestra de niñas.

Tenía pocas alumnas, porque sabía que el cuidado repartido entre muchos discípulos o educandos, tocables a nada y vale más educar y enseñar a diez, que mal a veinte; lo que no se aprende bien nunca se sabe bien y más vale ignorar una cosa del todo que saberla mal; porque el que aprende mal, tiene dos trabajos cuando quiere aprender bien; uno es saber bien lo que le enseñan y otro olvidar lo que aprendió mal; esto cuesta

mucho trabajo; pues lo que se imprime primero, especialmente en la niñez, con dificultad se olvida, por lo que la maestra basada en estas máximas, estaba en continua observación sobre sus pocas discípulas.

Para enseñarlas jamás empleaba el rigor ni la dureza. Su carácter afable era propísimo para inspirarles amor, confianza y respeto. Las niñas tratadas con método tan suave, pocas veces dejaban de corresponder a los deseos de esta buena señora, quien no las hacía estar sentadas muchas horas, como era la norma general, lo que podía llegar a ser una verdadera tortura. Porque había maestras que amarraban a las niñas con cuerdas a sus sillas para que no se levantaran hasta que aprendieran la lección.

Ya se deja entender que allí no se conocía el azote ni la palmeta para nada; mucho menos había la pésima costumbre de picar a las niñas con las agujas ni lastimarlas con el dedal cuando por falta de aplicación o de talento no hacía bien su tarea. Estas niñas estaban acostumbradas a sólo ser tratadas con dulzura.

Tal era la conducta y modo de pensar de la maestra a cuyo cuidado fió la enseñanza de su hija Pudenciana. Difícil es concebir el trabajo que le costaría hallarla, porque de estas maestras no hay abundancia. Pero ¿qué trabajo no se debe emprender para que se eduquen las hijas dignamente?”.

Podemos notar después de leer este fragmento, como el corazón de estas niñas se acostumbró, se habituó, a sólo ser tratado con dulzura y suavidad, tonalidad muy pedagógica, que bien empleó su maestra para enseñar.

Habituarse, acostumbrarse a ser tratada desde la niñez en tonos pedagógicos: cordiales, amables, suaves, entusiastas, joviales, dulces,

afectuosos etc., es aprender a no aceptar, en las diferentes áreas de la vida, ser tratada antipedagógicamente, con tonos autoritarios, gélidos, ásperos, ácidos, amargos, etc. Al igual que estas niñas, mi corazón se habituó a ser tratado en el tono suave, amable, dulce y entusiasta con que me enseñaba mi papá.

Como refiere el refrán castellano: “Más se consigue con una gota de miel, que con una tonelada de hiel”.

2.1 Sensibilizar para formar dulces hábitos del corazón.

Sensibilizar es estimular la formación de hábitos del corazón “de miel y no de hiel”, es enseñar a ser sensible, es hacer un llamamiento, una invitación a sentir, pensar, actuar de acuerdo a este ideal educativo.

Existen algunos proyectos de sensibilización, uno de los más significativos es el que impulsó la UNESCO. Con la colaboración de investigadores, educadores y organizaciones civiles, elaboró diversos materiales didácticos, carteles, folletos, películas, guías de apoyo para los maestros de primaria y secundaria, para facilitarles la enseñanza de hábitos del corazón que fomenten la paz y la no violencia, que promuevan la miel y no la hiel.

Dado que en los últimos años de la infancia y los primeros de la adolescencia, es el periodo en el que surgen con más frecuencia desencuentros, conflictos, que por imitación, se expresan en forma violenta, es imprescindible, poner énfasis en el aprendizaje de soluciones dulces y constructivas, que no lastimen a los demás, ni a sí mismos, ni a la naturaleza, ni al entorno que se comparte.

Para este propósito se han diseñado diversos materiales educativos como el de “Parachoques contra la violencia” de Arthur Kanegis, en el que propone la enseñanza de una canción para que los niños y niñas puedan cantar, bailar, reflexionar y aprender hábitos dulces y pacíficos y no enfrentar con violencia los conflictos.

“Escápate de la pelea/ si te quieren lastimar/ y nublar el corazón/
recuerda que de la oscuridad/ surgen los colores/ y del día nublado/ cae la
lluvia/ que hace crecer flores/ cuídate de los provocadores/ usa la razón/
congélales el bastón/ si no haces caso de las bobadas/ poco a poco/ se
irán quedando en nada/ ponte el parachoques contra la violencia/ no
acceptes los ataques/ observa al perturbador/ a veces la ocasión/ se
presenta en el momento peor/ y hasta los que atacan/ nos dan vigor/ haz
un esfuerzo de imaginación/ mejor que la fuerza y la provocación/ busca la
potencia de la razón/ así tendrás una fuerza infinita/ muchísimo mayor que
la dinamita/ ponte el parachoques contra la violencia/ no creas nunca en la
dominación/ invéntate una solución feliz/ mantente firme, sin armas, ni
estacas/ mejor haz la paz con un juego de palabras/ escribe un cuento en
que al final/ todos puedan gozar y reír.”

Ensayo II

LA EDUCACIÓN INSTITUCIONAL EN LA FORMACIÓN DE LOS
HÁBITOS SENTIMENTALES
EN TRES SIGLOS DEL MÉXICO COLONIAL

Introducción:

Así como pasamos de una matriz biológica a una matriz social y a una matriz cognoscitiva, en un determinado suelo geográfico, arribamos también a un tiempo histórico. Aparecemos en un mundo donde ya está vigente la huella humana de mil modos, con sus creencias, ritos, mitos, ideologías, filosofías, ciencias y tecnologías. Nacemos en una fecha, en cierto día, mes, año, en un periodo histórico y en cierta época sentimental.

Agnes Heller señala que en toda época, sea estancada o dinámica su estructura social y cultural tiene sus formas dominantes de relaciones sentimentales, donde se da prioridad a ciertos sentimientos, como en la antigua Grecia en la que el sentimiento más valorado era la amorosa amistad por las personas y por el conocimiento, de ahí el concepto de filosofía: como amigo de la ciencia y de la sabiduría.

En el humanismo renacentista, los sentimientos que más se deseaban cultivar eran: el deleite estético, el gusto por la naturaleza, la sencillez, la concordia, la paz, la dulce amistad y la alegría de vivir. En el siglo de las luces, hay un profundo sentimiento de entusiasmo por el conocimiento, un anhelo de ilustrarse y una pedagogía emancipadora: “Aude sapere”, “Atrévete a saber”, era el lema de la Ilustración.

No todos los sentimientos están presentes en todas las culturas, en ciertas épocas algunos sentimientos no florecen, ni hay condiciones que favorezcan su desarrollo, porque las estructuras económicas, políticas y sociales dominantes obstaculizan su aparición. Así por ejemplo los sentimientos de amor al conocimiento y de tolerancia, no siempre han

existido en las diversas sociedades, sino al contrario; como sucedió en la época del México colonial, en que el sentimiento de tolerancia, el “tolerantismo”, como le llamaban, era considerado una doctrina y práctica heterodoxa, fomentada por los filósofos herejes, los cuales estaban condenados por el Santo Oficio, al igual que sus libros, como el “Tratado sobre la Tolerancia” de Voltaire. Este texto se encontraba entre las obras prohibidas, clasificadas en el rubro de subversión al orden establecido, inductoras de la anarquía, contra la monarquía, contra las instituciones, contra la religión, sediciosas, que atentan a la paz y quietud pública. Está excesiva condena al tolerantismo se debía a que el sentimiento de intolerancia y el dogmatismo, eran las bases de la ideología sustentada por la Iglesia Católica y la Corona Española.

CAPITULO I

1. La ideología, el discurso oficial, en la base de la educación institucional.

En cada época, cultura y sociedad predominan determinados sentimientos y formas de relacionarse sentimentalmente basadas en la educación institucional que expresa la ideología de los poderes dominantes, en el caso de la época colonial, era el de la Iglesia Católica y la Corona Española.

“La ideología de la clase dominante, es la ideología dominante en el conjunto de la sociedad, las ideas (y los sentimientos) dominantes en cualquier época han sido las ideas (y los sentimientos) de la clase dominante”. En estas afirmaciones Marx y Engels constatan que la clase dominante lo es, entre otras cosas por su capacidad para elaborar visiones de la sociedad, de la cultura (sentimental) y de la historia, según sus propios intereses. Las ideologías son reelaboradas por los grupos sociales hegemónicos desde sus instituciones, así las ideologías expresan visiones cuya representación del mundo, es producto de la conveniencia y convergencia de todo los grupos dominantes.

Estas interpretaciones, visiones, concepciones del mundo sentimental, expresadas en normatividades, reglamentaciones, que representan los intereses de los grupos poderosos, son transmitidas e internalizadas a través de la educación institucional, por medio patrones, modelos sentimentales, discursos oficiales.

El discurso oficial, es un discurso ideológico, porque como señala Luís Villoro, se trata de “un pensamiento, de una creencia utilizada como

instrumento de dominio”, que responde a intereses particulares de una clase o un grupo de poder. Pensamientos, creencias que tratan de legitimar y justificar por medio de la manipulación de los mitos, de las religiones y de las filosofías; discurso ideológico que se presenta velado para poder ocultar su doble mensaje, su intención de dominio.

Este discurso oficial, sobre cómo deben ser las relaciones sentimentales, no se fundamenta en razones morales, éticas o estéticas, lógicas o dialécticas, sino que éste obedece a razones de Estado, razones de mercado, de estrategias políticas, económicas, demográficas, etc. Por lo que la educación institucional fundamentada en la ideología del poder, en ningún momento está planeada, diseñada, proyectada con el objeto de enseñar a satisfacer las necesidades de las personas. No están pensadas en función de su bienestar, sino que los modelos “los ideales” educativos, tienen que estar en concordancia a los “ideales” políticos y culturales, que convengan y coincidan con el proyecto económico planeado por los poderes dominantes; el objetivo es imponer una regulación, un control que favorezca los intereses de los grupos hegemónicos en vez de estar pensados con el propósito de procurar la felicidad y la tranquilidad de las personas que integran la sociedad

1.1. El pensamiento crítico el cuestionamiento, la actividad filosófica en oposición al orden hegemónico.

Así como existe la ideología de los poderes dominantes y la educación institucional; aparecen también en diversas épocas y culturas, la filosofía y la pedagogía crítica, que cuestiona, que disiente frente a los modelos impuestos, que impiden el bienestar, el gozo y felicidad de las personas.

A lo largo de la historia ha surgido un pensamiento crítico disruptivo, expresado en diferentes movimientos filosóficos, como el humanismo renacentista, el racionalismo, la ilustración, el romanticismo, el socialismo utópico, el anarquismo, el socialismo romántico y también los movimientos llamados “contraculturales”: feministas, homosexuales, pacifistas, ecologistas, que disienten y cuestionan el orden hegemónico.

Cuestionar, es una actividad filosófica, un ejercicio del pensamiento que interroga, que en su preguntar mismo y por su operación crítica, es un pensamiento disruptivo, es decir de ruptura de las creencias, por lo que se le considera un ejercicio corrosivo del poder. Desde Sócrates, que corría por las calles de la ciudad para sacudir la seguridad de sus conciudadanos en sus opiniones, el filósofo se ha adjudicado la tarea de poner en cuestión todo supuesto, toda opinión aceptada sin discusión. Es por este motivo que en la época colonial se condenaron y se prohibieron las obras de los filósofos de la Ilustración, ya que en sus textos no sólo criticaban a la monarquía, a la religión, a la inquisición, sino que también criticaban y cuestionaban el orden sentimental, la forma de relacionarse sentimentalmente, impuesta por la Iglesia Católica.

Desde Grecia, el filósofo genuino aparece como una persona inconforme, cínico o extravagante, o bien desdeñoso de la cosa pública, distante y distinto. “Escondido en un rincón... murmurando con tres o cuatro jovenzuelos”, con frecuencia es tildado de corruptor, de disolvente, de introductor de peligrosas novedades. A lo largo de la historia casi todo filósofo innovador ha merecido alguno de estos epítetos: disidente, negador de lo establecido, perturbador de las conciencias, sacrílego, hereje, reacio, independiente, anárquico, libertino. La actividad filosófica auténtica como

afirma Luis Villoro, la que no se limita a reiterar pensamientos establecidos, la que se ejerce en libertad de toda sujeción a las creencias impuestas, es por lo tanto una actividad de ruptura y de liberación.

Por lo que si la ideología de los poderes dominantes con su discurso oficial está en la base de la educación institucional, en oposición a este orden, la actividad filosófica, la crítica, el cuestionamiento estaría en la base de una educación de liberación. Esta propuesta educativa estaría en concordancia con los objetivos que plantea Fernando Savater en su texto “El Valor de Educar”, en el que nos señala que uno de los propósitos fundamentales de la educación es desarrollar la capacidad crítica, el sentido del razonamiento lógico, el análisis, la curiosidad que no respeta dogmas ni ocultamientos; pero sobre todo también desarrollar la sensibilidad para apreciar las más altas realizaciones del espíritu humano, así como la visión de conjunto ante el panorama del saber”.

Otro de los fundamentales propósitos que tiene este tipo de educación de liberación basada en una actividad filosófica, es despertar, provocar el azoro frente a lo aceptado sin discusión, frente a lo obvio, suscitar un permanente asombro, una perplejidad ante cualquier opinión no revisada, ante cualquier creencia compartida, o hábito sentimental heredado, como son los que se formaron en los trescientos años del México colonial, basados en la ideología de la Iglesia Católica y la Corona Española, que por medio de todo un proceso histórico de enseñanza y aprendizaje, fueron transmitidos de generación en generación.

Hábitos heredados, conceptos, lenguajes que perviven aún después de quinientos años, hábitos sentimentales que se mimetizaron, con ropajes

a la moda de los tiempos laicos, hábitos con los que nos tropezamos, tanto a la derecha como a la izquierda de la sociedad.

Para Gramsci, parte de la actividad filosófica consiste en criticar, analizar lo heredado como producto de un proceso histórico, en que se transmitieron infinidad de conceptos, lenguajes, reglas, normas, costumbres, hábitos (sentimentales) aceptados sin beneficio de inventario. El inventario es una fórmula por la cual el heredero declara que acepta la herencia “a beneficio de inventario”, es decir, luego de haberse verificado el activo y el pasivo de la herencia, después de haber hecho el inventario de los bienes (más bien males sentimentales) de la (supuesta) difunta Colonia, la Nueva España.

CAPITULO II

1. Cómo, cuándo, porqué, con quién, se podía tener relaciones sentimentales en la Nueva España.

En la sociedad novohispana hubo un discurso oficial sobre como deberían ser las relaciones sentimentales, difundido por la Iglesia Católica, como el único, el verdadero y universal.

Este discurso expresaba un mandato, una imposición cultural, por medio del establecimiento de un sistema de controles eclesiásticos; posición que coincidía con la política del poder español, en cuanto a la sujeción y control de los pueblos. Este no era sólo el discurso oficial de la Iglesia, sino también el discurso ideológico de la Corona Española con el cual apoyaba su proyecto imperial.

Este discurso establecía las normas, las reglas del nuevo orden sentimental, indicando con toda precisión: cómo, cuándo, porqué, con quién, se podía tener relaciones sentimentales en la Nueva España. No se toleraba modificación alguna, ya que cualquier variación a la norma, se calificaba de “perversa”, de “pecado”, de conducta “desviada”, “mala”.

La aparición de un discurso oficial sobre las relaciones sentimentales, fue uno de los fenómenos de imposición cultural, ligados al proceso de conquista y colonización.

El Imperio español, como nos da cuenta el historiador Sergio Ortega Noriega: “no sólo abarcaba territorios tan extensos como dispersos, en los que jamás se ponía el sol, sino que estaba poblado de súbditos de gran diversidad cultural, desde el flamenco hasta el fueguino, del tirolés al chichimeca, del “chino” filipino al napolitano, entre tantos otros”. Todos

ellos debían ajustarse a los modelos, normas, patrones y reglas impuestas por el nuevo orden sentimental; todos los súbditos debían sujetarse a este orden, no importando cualquiera que hubiera sido su antecedente de cultura sentimental.

La expansión del Imperio español, se caracterizó por la creencia de la Corona y de la Iglesia Católica, de que las tierras, así como también los cuerpos y las almas desconocidas por ellos, les pertenecían por derecho divino; argumento por el cual se sentían con el poder de dictar como deberían comportarse sentimentalmente, estas almas y estos cuerpos.

Esta lógica de pensamiento la aplicaban también a sus propios coterráneos, ya que la nobleza del Reino de Castilla, junto con el alto clero de la Iglesia Católica, que representaban el 1% de la población, se había apropiado del 95% de la tierra castellana, dejando a los campesinos, pequeños propietarios rurales, mercaderes, artesanos, bajo clero y algunos funcionarios, que eran el 99% de la población con sólo el 5% de la tierra, por lo que también quedaban sujetos a la dominación no sólo económica, sino también de cuerpo y alma, por medio del estricto orden sentimental impuesto por el discurso oficial del poder; el cual se apoyaba en el Santo Oficio de la Inquisición, cuya función consistía en prevenir y reprimir las desviaciones respecto a la normatividad oficial, así como vigilar el cumplimiento estricto de los mandatos y castigar a quien no lo hiciere. Este Discurso oficial, con sus normas y reglamentaciones fue trasladado de España al resto de los territorios conquistados.

1.1. Los Poderes: grupos dominantes y sus instituciones.

El discurso oficial sobre las relaciones sentimentales, con sus reglas y normatividades, no tenía como objetivo satisfacer las necesidades sentimentales, ni los deseos de las personas, si no que las relaciones sentimentales debían estar en concordancia a los intereses políticos, económicos y culturales de los poderes dominantes; el objetivo era imponer un control, en vez de procurar la felicidad y el bienestar de las personas.

Después de que la Corona y el alto clero de la Iglesia Católica fortalecieron su control físico y político sobre las nuevas colonias, iniciaron el control de los cuerpos y de las almas, así como de sus relaciones sentimentales, control que se prolongaría durante los trescientos años que duró la dominación española.

La supervisión y control de los cuerpos y de las almas, obedecía a intereses económicos y demográficos de la Corona, ya que era necesario poblar las nuevas tierras, máxime cuando el descenso demográfico había mermado la mano de obra.

Desde los primeros años de la colonización, se les exigió a los españoles casados llevar con ellos a sus esposas, o contraer nupcias de inmediato, de lo contrario perdería sus encomiendas. En ese tiempo había una escasez de mujeres españolas, las que pronto empezarían a llegar.

La Corona prohibió las relaciones sentimentales interraciales, especialmente entre la República de indios y la República de españoles, los cuales no se debían mezclar. Las únicas relaciones y uniones

sentimentales interraciales que se permitieron fueron las de las mujeres de la nobleza indígena, que se casaron con españoles.

El matrimonio era un mecanismo social, cultural y económico, mediante el cual se unen intereses familiares, objetivos de grupo, clase o raza; más que afinidades, gustos o sentimientos individuales, más que una relación con un significado personal, es el establecimiento de vínculos que crean intereses entre familias, como la extensión del patrimonio, así como la legitimación de la herencia.

En la medida que el matrimonio tenía relevantes consecuencias económicas, culturales y hasta sociopolíticas, representaba una estructura muy importante de vigilar, por medio de las principales instituciones de control político, social y sentimental, como era la Iglesia, la burocracia eclesiástica y la burocracia real.

La Corona se interesaba básicamente en los aspectos legales, relacionados con la institución matrimonial, con objeto de asegurar la herencia y la división de bienes. En cambio el control eclesiástico era más amplio, pues se inmiscuía no sólo en los bienes de las almas, sino también en la vida íntima de los individuos, vigilando el estricto cumplimiento del orden sentimental, para beneficio de ambas instituciones.

Para los historiadores, como señala Patricia Seed: “la relación entre Iglesia y Corona, en España y sus colonias, ha sido descrita a menudo como la de dos socios iguales y mutuamente dependientes, simbolizados por dos espadas. Los funcionarios del gobierno español se referían a dos cabezas: la eclesiástica y la secular, o a las dos jurisdicciones: la espiritual

y la temporal, el gobierno depende de ambas, es decir de la Iglesia y de la Corona”.

Esta dependencia mutua dio lugar a una compleja relación política y económica. Los funcionarios reales por ejemplo, recolectaban diezmos para la Iglesia, pero preservaban una porción de los fondos para la Corona. A su vez la Corona obtenía ingresos de una variedad de fuentes eclesiásticas, pero ésta pagaba los salarios de varios curas locales.

La Iglesia se convirtió en gran prestamista, la riqueza eclesiástica representaba una importante fuente de crédito que la Corona utilizó al enfrentarse a gastos extraordinarios. Pero por otro lado políticamente la Corona controlaba las designaciones a puestos en la jerarquía eclesiástica en el Nuevo Mundo, un sistema conocido como patronato real. El rey preservaba el poder para designar a los obispos en el Nuevo Mundo, mientras que el virrey en la Nueva España podía elegir a los eclesiásticos por debajo del rango de obispos.

El gobierno virreinal como nos cuenta Sara Sefchovich, estaba formado por una serie de funcionarios: gobernadores, secretarios, alcaldes, regidores, corregidores, jueces, visitadores y oidores, que conformaban una enorme burocracia ineficiente, corrupta y siempre escasa de recursos, que dirigía y administraba las provincias, los ayuntamientos y los cabildos. “Quienes fueron enviados a gobernar las colonias venían para hacerse ricos, para acumular el oro y la plata que tanto les gustaba y para asegurar que se enviaran a Su Majestad el rey de España”. Con la misma fuerza y poder, estaba la autoridad eclesiástica organizada también en una rígida jerarquía encabezada por los obispos, quienes dictaban la ortodoxia no sólo en materia de acciones, sino hasta de pensamientos (y sentimientos),

vigilando su estricta observancia y cumplimiento, ayudados por el tribunal del Santo Oficio de la Inquisición, gran censor y castigador. El trabajo de ambos se cumplía con apoyo de un aparato militar.

1.2. El Discurso Oficial

El Discurso Oficial de la Iglesia Católica sobre el nuevo orden sentimental, surgió a partir de amplias discusiones que se dieron sobre este tema y muchos otros, en el Concilio de Trento, aproximadamente entre 1545 y 1563. Los Concilios eran reuniones de la alta jerarquía católica, de obispos y teólogos, donde se discutían cuestiones de doctrina y disciplinas eclesiásticas.

Entre los muy delicados temas a discutir en este Concilio, ya sea sobre el Viejo Mundo o el Nuevo Mundo, era si a la mujer se le podía adjudicar alma, ya que dentro de las creencias católicas, se le consideraba como un objeto que formaba parte de la naturaleza, un ser instintivo, irracional y no espiritual y por tanto sin alma. La otra polémica versaba sobre si los indígenas recién descubiertos tenían o no alma, y si se les podía otorgar calidad humana. Es en medio de este ambiente donde se decidieron las reglas y normas del orden sentimental, tanto para el Viejo Mundo católico como para el Nuevo Mundo recién conquistado.

Normas que tenían el carácter de dogmas incuestionables, condenando bajo pena de excomunión a los teólogos que negaran o dudaran de la infalibilidad de la autoridad y competencia de los resolutivos del Concilio. La autoridad ejerció un rígido control sobre los teólogos que tuvieron una opinión distinta, ya que hubo teólogos que debatieron en las universidades, cuestionando la legitimidad de la conquista, así como la injusticia que para los indígenas representaban las encomiendas.

Enjuiciaron el proceder de los militares y encomenderos, en defensa de los indígenas sojuzgados, poniendo en tela de juicio la legitimidad del dominio español. Además examinaron y analizaron las ordenanzas impuestas sobre el matrimonio, la familia y los comportamientos sexuales.

Como señala Sergio Ortega, el control que se ejerció sobre el discurso teológico afectó el quehacer de los teólogos y de las universidades de la época, que giraban en torno a la facultad de Teología, cuyas enseñanzas ejercían determinada influencia sobre el derecho, la filosofía y otras áreas del conocimiento humano. Las autoridades reales y eclesiásticas se adjudicaban el derecho a vigilar la ortodoxia de la teología, función que ejercían a través del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición. Para el caso del Imperio Español, dicho tribunal dependía de la jurisdicción real, por lo que de hecho funcionó bajo las directivas del Papa y del rey. Los obispos también ejercían el control del discurso teológico en sus respectivas diócesis, principalmente a través de la censura previa a los libros por publicarse.

Otro medio de control fue la vigilancia de los mismos teólogos quienes se constituyeron en los más puntillosos censores de la obra y de las opiniones de sus colegas. La desviación respecto a la norma de la ortodoxia era el pecado de herejía, para el Imperio español un delito religioso y civil, penado con la hoguera en caso de reincidencia. Lo que significó la supresión, por parte de las autoridades, de la manifestación de un pensamiento autónomo y crítico, así como de una reflexión analítica sobre la normatividad, y reglamentación del orden sentimental impuesto, tanto en el Concilio de Trento, como en las discusiones llevadas a cabo en los sínodos regionales y pastorales.

Dentro de las diferentes corrientes teológicas, en el Concilio de Trento sobresalía la obra de Santo Tomas, escrita aproximadamente doscientos años atrás, en el siglo XIII. Esta obra tuvo como objetivo principal la síntesis y sistematización del discurso católico conocido en su tiempo. Sergio Ortega destaca que el autor elabora una obra ecléctica, una síntesis de las diferentes fuentes del pensamiento católico, dándole diverso valor según lo establece el magisterio de la Iglesia. En primer lugar la Biblia y los documentos dogmáticos de los Concilios ecuménicos, luego los padres y doctores de la Iglesia. Recurrió también a pensadores no cristianos, como Aristóteles. Usó como fuentes las enseñanzas de los Papas, el Derecho Canónico, los textos litúrgicos y las obras de los teólogos coetáneos, así como de otros pensadores latinos, judíos y musulmanes.

El pensamiento teológico de Santo Tomás de Aquino, sobre la normatividad de las relaciones sentimentales, el matrimonio, la familia y los comportamientos sexuales, se adecuó y se manipuló de acuerdo a las necesidades ideológicas del discurso oficial de la Iglesia y la Corona. Este discurso fue trasladado de Europa a la Nueva España en el siglo XVI, los poderes reales y eclesiásticos lo proclamaban como el único discurso universal, que debía aplicarse a todas las personas de todos los tiempos y de todas las culturas. Las normas del nuevo orden sentimental debían obedecerse y eran intolerantes con cualquier modificación, que calificaban de perversa y desviada.

2. La educación institucional: dogmas, normas, reglas

Las instituciones religiosas impusieron una educación dogmática, estrecha, incuestionable y autoritaria, a la sociedad novohispana, limitando y reduciendo las formas y los modos de relacionarse sentimentalmente.

A las personas que les tocó nacer en esa época colonial, se les enseñaba que al llegar a cierta edad conveniente, tenían que “tomar estado”, optando por cualquiera de las dos formas de relaciones sentimentales institucionalizadas: “el estado matrimonial” o “el estado de perfección”.

2.1. El “estado matrimonial”

La estructura del “estado matrimonial”, debía ser de la siguiente forma: “La cabeza del grupo es el varón, a quien están sometidos la mujer y los hijos con sujeción civil y no servil. Esto significa que al varón compete la protección y gobierno del grupo, que tiene potestad para dar órdenes, pero no de manera arbitraria sino para el bien de la mujer e hijos. En el ejercicio de esta función puede el varón hacerse obedecer, aún en contra de la voluntad de la mujer. La sujeción de la mujer al varón se justifica por el orden de la creación, ya que Dios creó a la mujer para el varón no viceversa. Esta sujeción es también en pena del pecado original y por la debilidad del sexo femenino.

Hombre y mujer son iguales en lo esencial de la personalidad humana, pero el sexo masculino tiene preeminencia por sus cualidades intelectuales y físicas. De aquí que la mujer esté sujeta al varón en lo que atañe a la vida doméstica y civil; su misma naturaleza impele a señalar distintas tareas, al varón se reservan las tareas de gobierno, las intelectuales y el ejercicio del culto religioso.

Los hijos estarán sujetos a la autoridad paterna y deben obedecer a ambos progenitores en lo que atañe a la disciplina doméstica. La dependencia termina cuando los hijos contraen matrimonio, cuando

ingresan al estado religioso o cuando alcanzan la mayoría de edad a los 25 años. Para las mujeres no se prevé circunstancia alguna en que dejen de estar sometidas al varón.

La cópula carnal entre esposos es una obligación a cumplir es una “deuda” o “débito” conyugal, ambos tienen la obligación de pagarse el débito en todo tiempo y lugar, salvo la debida honestidad; no sería lícito pagar en público el débito conyugal. Por esta misma razón no pueden los cónyuges hacer voto de continencia sino de común acuerdo.

Como el débito conyugal es una medicina contra la “concupiscencia” (deseo inmoderado de los goces sensuales) de la mujer, el marido debe dárselo aunque ella no lo pida. En cambio la mujer solo tiene obligación de pagar el débito cuando su marido se lo demande.

El estado matrimonial se caracterizaba por el sacrificio y la renuncia a la satisfacción personal.

2.2. El “estado de perfección”.

El estado de perfección podía ser el clerical o el religioso. El estado clerical implica el voto de continencia perpetua desde que el individuo recibe las órdenes mayores, por el que renuncia a ejercer cualquier acto sexual y al matrimonio. El estado clerical no conlleva necesariamente a la ruptura con la familia, pues puede el clérigo vivir en compañía de sus parientes.

El estado religioso se caracteriza por el triple voto: de continencia, obediencia y pobreza, que además de la renuncia al matrimonio obligan a la vida en común en dependencia y obediencia a un superior; así pues el religioso renuncia también a la vida en familia. Entre los religiosos puede

haber varones que han recibido las órdenes sagradas o simples religiosos entre los cuales se admite también a las mujeres.

2.3. A perpetuidad.

Ambos estados el matrimonial y el de perfección, eran como las tumbas de un panteón: a perpetuidad. El tomar estado ya sea matrimonial o de perfección eran actos públicos ante testigos autorizados, en que por medio de un contrato se registraba un acta por escrito en los libros correspondientes, quedando como testimonio perpetuo e irrevocable, que sólo se extinguía por la muerte de algunos de los cónyuges, así también el voto de castidad era irrevocable y la continencia perpetua.

La Iglesia Católica defendía la perpetuidad del estado matrimonial, aunque los motivos para tomar estado hubieran sido por obligación, ya sea por interés económico de los padres o debido a las circunstancias como era “cubrir el honor” de la familia. Los sentimientos de las personas no importaban aunque quisieran separarse, se les obligaba a una permanencia forzosa.

2.4. La unión libre: “una perversión y desviación”.

La unión libre y cohabitación de un hombre y de una mujer sin haber “tomado estado matrimonial” era lo más condenable para las instituciones reales y religiosas.

El vivir juntos sin estar casados se consideraba una perversión, en el sentido de la palabra latina “per verteré”, que significa revolver, trastocar el orden sentimental impuesto, por lo que cualquier intento de modificarlo, se consideraba una desviación, una práctica perversa, porque difería del modelo sentimental institucional, ordenado por la Iglesia.

La unión libre era un “delito de concubinato” que se trató de reprimir con mayor insistencia, pues se dictaron catorce disposiciones para castigarlo. Para la Iglesia, la unión libre era un comportamiento que se opone a la ley natural, por lo tanto nunca puede ser lícito y es considerado un grave pecado. Pero para los historiadores, la máxima condena por parte de las autoridades, con respecto a la unión libre, más bien tenía un trasfondo que obedecía a intereses políticos, económicos y culturales. La unión libre equivalía a negar la utilidad de la Iglesia en las relaciones sentimentales, ya que con la “unión libre”, quedaba demostrada la innecesaria intervención eclesiástica sobre los cuerpos y las almas de la sociedad. Es por tanto de esperarse que este fuera un delito especialmente perseguido y reprimido, específicamente porque significaba la pérdida del control de las alianzas políticas y económicas que se derivaban del matrimonio, junto con la regulación de bienes patrimoniales, herencias, etc.

Así por ejemplo le sucedió a Josefa Antonia Saldaña y a José de la Peña que había nacido en Coyoacán en el año de 1682, quienes decidieron irse a vivir juntos sin estar casados, motivo por el cual fueron acusados de “concubinato” como se les denominaba a las uniones libres. Por lo que decidieron huir a otro lugar, así que el Tribunal Eclesiástico, emprendió la captura de los fugitivos, para obligarlos a legalizar su unión y con ello dejar de “vivir en pecado”. Los infractores sentimentales viajaron a la ciudad de México, refugiándose en la casa de “una mujer llamada Petrona, donde estuvieron como quince días hasta que los prendieron, a él lo pusieron en la Cárcel Eclesiástica y a ella en las Recogidas”.

2.5. El control de los cuerpos: comportamientos sexuales legítimos por razones de modo, tiempo, lugar o frecuencia.

El discurso oficial, afirmaba que es misión de la Iglesia impedir todo coito ilegítimo y por tanto separar aquellas personas entre las cuales no puede ser válido; esto debe procederse por vía del juicio y corresponde a la Iglesia llevarla a cabo.

El coito sólo es honesto entre casados y sólo si este es apto para la generación. En cambio se consideraba pecado mortal las relaciones sexuales entre dos personas solteras, a lo que se le denominaba “fornicación simple”.

Fray Alonso de la Vera Cruz en su tratado de teología en 1556 escribió sobre el coito ilegítimo, afirmando que éste podía revestir cierta malicia por “razones de modo, tiempo, lugar o frecuencia”. El modo natural de copular era aquel en que la mujer yacía de espaldas y el varón estaba encima; toda desviación de esta postura era pecaminosa, sin una razón que la justificara. Señaló que los indios acostumbraban diversos “modos innaturales y libidinosos”, como el estar los cónyuges de pie, sentados, en posición lateral, “al modo de los brutos”, o estando la mujer encima del varón. Sin embargo, Fray Alonso aconsejaba a los confesores que no fueran rigurosos con los indios, ya que por su propia experiencia no podían saber que las posturas deshonestas eran contrarias a la naturaleza; pero les advirtió de las precauciones a tomar, porque los indios eran afectos a la simulación.

También se consideraba pecado, realizar el coito durante los tiempos sagrados, pues disminuía la capacidad para atender las cosas espirituales; también era pecado en tiempos de preñez o de menstruación.

La excesiva frecuencia de la cópula era pecado venial, pero el coito realizado de manera lujuriosa (con placer sensual) debe ser rechazado como pecado mortal, así como el consentimiento en la delectación (deleite) venérea (sexual) constituye en sí un pecado grave, lo mismo que los besos y las caricias libidinosas (sensuales). Ya que la lujuria (afición a los placeres) incrementa el apego a la vida terrena y el desprecio a la futura vida celestial. Por lo que también hay que moderar los impulsos hacia los placeres de la comida y de la bebida.

Un acto de lujuria constituye sacrilegio si en el acto venéreo participa una persona consagrada, por voto de continencia y castidad.

El pecado de lujuria contra la naturaleza consiste en emitir el semen de modo que no pueda ser utilizado para la procreación, este acto viola el orden natural que el coito tiene en la especie humana. Esto puede acontecer de varias maneras: si se emite el semen sin cópula (masturbación) se tiene el pecado de “inmundicia” (impureza), de “molicie” (regalo, deleite, comodidad, ocio). Respecto al derrame de semen durante el sueño, (polución nocturna), no es pecado en sí mismo, pero puede serlo si el individuo aceptó voluntariamente actos libidinosos (sensuales) durante la vigilia; en cualquier caso impide recibir con decencia el sacramento de la eucaristía.

El coito entre personas del mismo sexo constituye el pecado de “sodomía” (homosexualidad), que merece la excomunión.

Si no se guarda el orden natural del coito, ya sea por no realizarlo por el órgano destinado a la generación o por otros “monstruosos modos” de copular, se incurren en un pecado que no recibe nombre específico, ya que si la ley canónica no lo menciona es porque tal vicio ni siquiera debe nombrarse entre católicos.

El pecado se agranda cuando en el mismo acto se conjugan diversas especies de lujuria, desviaciones o perversiones, por lo que los hijos productos de este acto no se les puede ofrecer legitimación, aunque los padres pueden proveer a éstos de todo lo necesario para la vida, están excluidos de toda participación en actos y oficios que exigen honestidad, así como de la herencia paterna.

Casarse con una mujer que no es virgen se consideraba una actitud desviada como si fuera un acto de “bigamia”.

CAPITULO III

1. ¿Qué hace el Poder en tu cama, en tu casa?

Los poderes eclesiásticos se atribuían el derecho de vigilar el cumplimiento del estado matrimonial y el estado de perfección, así como los comportamientos sexuales legítimos, aplicando las llamadas “normas de coacción”, persiguiendo a los que cometían “desviaciones o perversiones”, tarea que cumplía el Santo Oficio de la Inquisición, auxiliado por las autoridades reales.

Aproximadamente por 1580 se estableció en la Nueva España el Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición, con el fin de vigilar el cumplimiento estricto de la normatividad, castigando a quien no lo hiciere. Los inquisidores encargados de ventilar las circunstancias atenuantes y las agravantes, se regían por una serie de instrucciones que desde el siglo XVI se habían fijado; en ellas se señalaban los pasos que se debían seguir para investigar el cumplimiento de las normas. Había instructivos para interrogatorios de testigos, así como detallados cuestionarios, cuyo objetivo era indagar acerca de las circunstancias que rodeaban la desviación, y sobre todo conocer los pormenores de las relaciones sentimentales.

Era de vital importancia indagar si habían hecho “vida consorcial (vida juntos) y que por tal marido y mujer era habido, tenidos y reputados en el concepto común”. Muchas de las respuestas de los testigos, se iniciaban con “sabe y le consta de vista”, lo que era anotado por los notarios inquisitoriales, que eran personas instruidas en su oficio; se registraba “el habersele visto hacer vida maridable y en que paraje, si al presente viven juntos y si no saben de su paradero”.

Contra los infractores sentimentales o sensuales, participaban una serie de instancias de poder, tanto funcionarios eclesiásticos como reales, el Santo Oficio, el Tribunal Provisorato, el Tribunal de la Real Sala de Crimen de los ramos Matrimonio, etc., etc.

Para la historiadora Patricia Seed, uno de los apoyos con los que contaban los funcionarios eclesiásticos para ejecutar las “normas de coacción”, había sido la capacidad de llamar a la policía real. La Corona otorgó a los funcionarios de la Iglesia la autoridad para requerir asistencia real para lograr el cumplimiento de las órdenes eclesiásticas, dándole una libertad considerable para determinar los procedimientos que habrían de seguirse, y para definir cuales funcionarios reales le proporcionarían asistencia. Los funcionarios eclesiásticos llamaron al brazo secular en toda ocasión en que lo consideraban oportuno, desde el alto tribunal, hasta los representantes reales locales, o los corregidores. Los funcionarios reales que portaban la vara larga y negra aparecieron en docenas de casas en los siglos XVI y XVII.

Pero esta intervención de las instituciones religiosas católicas en la vida privada de la sociedad, no sólo sucedía en el Nuevo Mundo, ya que por esa misma época, las instituciones religiosas protestantes del Viejo Mundo no se quedaban atrás, con respecto a la vigilancia y coacción, como nos da cuenta el historiador Lawrence Stone, en su libro “Familia, sexo y matrimonio en Inglaterra 1500-1800”.

El avance constante del protestantismo y la cada vez más intensa censura al “pecado”, provocaron que aumentara el papel que desempeñaban las autoridades eclesiásticas, apoyadas por los vecinos y

los funcionarios parroquiales, para hacer que todos los habitantes se ajustaran a las nuevas normas.

La vida doméstica en la comunidad fue conducida a la luz pública, los vecinos murmuraban sobre los detalles más íntimos de las relaciones sentimentales, quejándose rápidamente en los tribunales eclesiásticos de cualquier cosa que violara la normatividad. Eran rápidos para denunciar casos de unión libre (concubinato); espiaban para sorprender a un cura en la cama con alguna mujer, vigilaban si se daba fornicación (relaciones sexuales) entre los jóvenes. Este medio de vigilancia obligaba a cumplir las normas impuestas, así como las denuncias que se hacían en los tribunales del archidiácono para castigar a los trasgresores.

A fines del período Isabelino, cualquier alguacil tenía autoridad para irrumpir en una casa en la que sospechara que había alguna desviación o perversión, por lo que si confirmaba sus sospechas, se llevaba a los infractores a prisión o ante el juez de paz. En el siglo XVII (en Inglaterra) se ordenaba azotar a los transgresores sensuales y sentimentales. Se utilizó esta facultad hasta aproximadamente 1660, aunque se conservó en el Manual Común de Justicia Local.

Experiencias tan íntimas, tan personales, como las relaciones sentimentales y sensuales, se han visto interferidas, intervenidas, vigiladas, a través de controles religiosos y sociales, al inmiscuirse arbitrariamente en la vida privada de las personas.

1.1. ¿Qué hace el Poder en tu cuerpo, en tus sábanas, en tus pensamientos?

El poder y el control eclesiástico era más amplio que el real, pues quería penetrar en las profundidades más íntimas de los individuos. Por medio de los confesionarios, sondeaban todos los rincones de la mente,

querían fiscalizar, explorar e invadir los terrenos del alma y del cuerpo ajeno. Sylvia Marcos en su libro “Mujeres e Iglesia”, considera a la actitud fiscalizadora que se daba en los confesionarios, una especie de acto de “voyerismo” clerical, como ha quedado registrado en las preguntas que se hacían en los confesionarios de esa época. Estas preguntas detalladas e inquisidoras estaban destinadas a exponer la conducta de los confesados, para obtener la calificación del confesor, el que se abrogaba el derecho a decidir lo que era desviado, perverso, “mala conducta”, pecado. Se le llamaba “pecado” a cualquier comportamiento que fuera diferente al modelo sentimental y sexual oficialmente impuesto. Pecado era cualquier incumplimiento o modificación a la normatividad católica. Los confesores imponían un mandato de enunciación: “ordena tus pecados”, “menciona en orden tus pecados”.

Dime hijo mío:

¿Te acostaste con una mujer sin estar casado? ¿Cuántas veces? ¿Te acostaste con tu mujer evitando la procreación de hijos? ¿Cuántas veces? ¿Te acostaste con tu mujer mientras tenía su mes? ¿Cuántas veces? ¿Te acostaste con tu mujer por el canal apropiado? ¿Cuántas veces? ¿La tomaste por el canal trasero cometiendo así el pecado nefasto? ¿Cuántas veces? ¿Has cometido el pecado contra natura? ¿Cuántas veces? ¿Has hecho algo impropio y sucio contigo? ¿Cuántas veces?

Dime hija mía:

¿Eres mujer casada, viuda o virgen o perdiste tu virginidad? ¿Deseaste a alguien? ¿Cuántas veces? ¿Has tenido malos pensamientos? ¿Has tocado las partes bajas de un hombre con

placer, deseando cometer pecado? ¿Cuántas veces? ¿Muchas?
¿Has tenido relación venérea con algún hombre? ¿Cuántas veces?

Estas son parte de las preguntas que aparecen en el “Confesionario mayor en lengua mexicana y castellana” de Alonso de Molina de 1565, en el “Confesionario de lengua mexicana y castellana” de Fr. Joan Baptista de 1599 y en el “Manual de administrar los Santos Sacramentos” de Fray Ángel Serra de 1697.

Esta clase de preguntas minuciosas y repetidas, se hicieron cientos de veces en los confesionarios, y a partir de las respuestas, los confesores imponían diversos grados de castigos, amenazas y penitencias.

1.2. ¿Qué hace el Poder en tus gustos y deseos?

En las investigaciones que realizó Patricia Seed sobre las relaciones sentimentales de los jóvenes de esta época colonial, señala que existía un ejercicio arbitrario del poder de los padres, apoyados por las autoridades, sobre los hijos e hijas en cuanto a sus deseos, gustos y decisiones sentimentales.

Existía un gran control sobre las elecciones matrimoniales, con el objeto de reforzar e incrementar las propiedades, así como los derechos sobre las herencias, por lo que los padres se oponían a los deseos de los hijos e hijas cuando éstos iban en contra de los intereses económicos y sociales de la familia.

Patricia Seed nos cuenta como se recurría con frecuencia a la autoridad institucional para impedir los matrimonios, además de las acciones personales directas, de parte de padres y familiares: como amenazas, palizas, intimidaciones.

Apelando a los funcionarios tanto reales como eclesiásticos, desde el virrey hasta los tribunales reales o municipales; los familiares y tutores buscaban impedir los matrimonios, y así poder controlar la elección matrimonial de sus hijos, por la fuerza si fuera necesario. Los hijos eran encarcelados, deportados o reclutados por decretos virreinales; las hijas eran encerradas en recogimientos, o en conventos.

Los padres presentaban denuncias de sus hijos por desviación y perversión como el delito de vivir juntos en unión libre sin casarse (concubinato), o presentaban quejas de “vagancia”, “pereza” y “desobediencia” contra sus hijos, ante los jueces del más alto tribunal criminal. Como en el caso de Ignacio de Rosas que había sido condenado a un servicio militar involuntario en las Filipinas por “vago”, cuando se descubrió que su principal delito era querer casarse con Luisa de la Paz. Así también Vicente Hernández fue encarcelado sobre la base de la denuncia de su madre, en el sentido de que era “ocioso”, cuando de hecho lo que ocurría era que deseaba casarse con María González.

En otros casos los padres recurrían a otras artimañas, un padre resucitó una orden de arresto contra su hijo, por la querella con un primo suyo y así evitar que se casara.

En 1628 un joven fue perseguido por el hermano de su prometida, armado de espada, a través de los corredores del Hospital de Nuestra Señora, hasta que un paseante se apiadó del joven y logró esconderlo de su posible ejecutor.

En 1641 Nicolás Ortega, quería casarse con Doña Francisca Tolosa, pero la dominante madre de Francisca deseaba elegir por sí misma un

marido para su hija, por lo que había jurado ante numerosos conocidos que si su hija se casaba en contra de sus deseos le cortarían el cabello o incluso la ahogaría; ya que cortar el cabello de una persona era en esa época cuestión seria, pues era un método español tradicional para deshonar a las mujeres.

Había también otros métodos, muchas veces los parientes o tutores encerraban a las jóvenes, privándoles de comida o las incomunicaban transportándolas a otra residencia.

Existían casos en que había conflictos añejos, pleitos de intenso odio entre familias, las que impedían el trato entre los jóvenes de ambos lados, como sucedía con los Nieto y los Sandoval. Así fue cuando en 1629, Simón Nieto quiso casarse con Sebastiana Sandoval, ambas familias reaccionaron a las noticias de la futura boda con una ira explosiva. El 5 de junio de 1629 el padre de Nieto irrumpió en la casa de un amigo de su hijo y juró que si Simón se atrevía a casarse con Sebastiana, demandaría a su hijo por 8,000 pesos o haría que lo arrestaran y sentenciaran a ocho años en alguna de las fortalezas de su majestad. Otro testigo escuchó el padre de Nieto amenazar a su hijo con enviarlo a la colonia penal en las Filipinas y golpearlo personalmente. Los padres de Sebastiana reaccionaron con igual violencia, la insultaron y amenazaron con quemarla y emparedarla viva antes de verla casada con Simón. Sebastiana huyó de casa de sus padres a la de su prima. Su madre la descubrió unos días después intentó sacarla de la casa, arrastrándola a empujones y jalones. Pero afortunadamente Sebastiana y Simón finalmente encontraron la forma de huir y lograron escapar.

Impedir las bodas de los hijos e hijas por medio del encarcelamiento o el exilio, o ejerciendo alguna otra coacción, como lo señala Patricia Seed, no se restringía a una sola clase o grupo étnico, los padres que detenían las bodas de esta manera iban desde los que se encontraban en la cima del poder colonial, como por los sectores medios de la sociedad, incluso entre algunos indígenas.

No prevalecía un solo motivo para los impedimentos, estos eran por razones de desigualdad económica, disparidad en el estatus social, diferencias raciales, o rencillas familiares.

La historiadora Lourdes Villafuerte en su investigación sobre los “Problemas de novios en el siglo XVIII”, nos ilustra con los siguientes testimonios tomados de las informaciones matrimoniales presentadas ante el Provisorato Ordinario del Arzobispado de México.

En la declaración que presentó la madre de Clemente de Menes el 2 de noviembre de 1628, dijo que estaba enterada del adelanto que llevaban las diligencias para el matrimonio de su hijo con Isabel de Salinas sobre la cual alegó que:

“... lo suso dicho resulta en perjuicio mío y del dicho mi ijo, por lo que suplico se impida dicho casamiento por ser la suso dicha muger mui umilde y el dicho mi ijo ixodalgo y onbre noble y de diferentes calidades, que es una de las causas por donde los matrimonios semejantes a este se inpidan”.

En otro testimonio, el 18 de mayo de 1628, Pedro de Lezama y Orejón presentó su información matrimonial, pues pretendía casarse con Luisa de Salinas. En la petición inicial solicitó dispensas, ya que sabía de

cierto que si su padre se enteraba lo impediría, ya que según el contrayente las razones que tenía su padre para oponerse era:

“... a causa de que yo no le pida la hacienda que la dicha mi madre llevó en dote a su poder y ser pobre y guérfana la dicha doña Luisa de Salinas”.

En muchos de los casos como medida de coacción se desheredaba a las hijas e hijos, retirándoles el apoyo social y económico. Si esto sucedía en la Nueva España, en el Viejo Mundo tanto católico como protestante se ejercía también el poder y control sobre las decisiones sentimentales de los jóvenes.

En la Francia católica en 1579, el matrimonio de los hijos sin consentimiento de los padres, era definido como una violación, para la cual había pena de muerte. Casi todas las sectas protestantes apoyaron la prioridad de los deseos de los padres en las decisiones matrimoniales por encima de sus hijos. Martín Lutero y la mayoría de los demás líderes protestantes, subrayaron que los hijos debían obedecer a sus padres aún si el matrimonio era contrario a lo que el hijo deseaba o quería.

1.3. ¿Qué hace el Poder en tu vida, en tus relaciones sentimentales, en tus decisiones vitales?

Aunque los cónyuges decidieran separarse, se les obligaba a una permanencia forzosa. Las instituciones de poder y control social, tanto religiosas como reales, tenían como mandato la indisolubilidad del estado matrimonial, éste debía ser hasta que la muerte los separe. Querer disolver el vínculo matrimonial que los unía, se consideraba una acción perversa, desviada, de lo único que se les podía eximir era de la obligación de cohabitar, pero aún esto era muy difícil que se les otorgara, ya que se

requería de una declaración judicial por parte de las autoridades. Lo más que se podía permitir y solo en raras excepciones era la separación de cuerpos, pero quedando ambos cónyuges impedidos de emprender una nueva relación sentimental, ya que si lo intentaban su conducta era calificada de “mala” de “escandalosa”, causándoles grandes padecimientos y vicisitudes como le sucedió a Josefa Ordóñez.

La empresaria de teatro Josefa Ordóñez, tomó estado matrimonial con el músico Gregorio Panseco, pero poco tiempo después de casarse tuvieron múltiples conflictos matrimoniales, que le hicieron insufrible la convivencia; encontrando en cambio, mimos y afecto en el Conde de Fuenclara. Esta relación tenía que ser secreta, ya que era imposible terminar con el vínculo matrimonial, sólo era posible la separación de cuerpo y según las normas oficiales, ella tendría prohibido tener una nueva relación. Pero el secreto fue descubierto y en un descuido Gregorio se enteró, por lo que éste se presentó ante el Arzobispado de México, acusando a Josefa de tener relaciones con un familiar del virrey, por lo que en 1750, la empresaria fue reclutada en castigo al recogimiento de la Misericordia.

En la época colonial había diferentes tipos de Casa de Recogimiento, unas eran para depositar a las mujeres cuando quedaban huérfanas, o estaban enfermas, o para hacer retiros temporales, pero también hubo casas de recogimiento de carácter correctivo, para encauzar a las mujeres que se habían desviado de las normas sentimentales oficiales.

Después de permanecer un tiempo en el recogimiento, le permitieron salir, pero Josefa se negaba a volver a vivir con su esposo, pero las autoridades la obligaron a regresar a la vida conyugal.

Josefa tuvo que seguir aguantando los problemas y conflictos cotidianos con su esposo; hasta que él dejó de molestarla por un largo tiempo; cambio que se debió a que siendo ella empresaria de teatro y comediente, le fue muy bien económicamente, además de que se hizo famosa, por lo que Gregorio se dedicaba a disfrutar del trabajo y de los beneficios materiales que proporcionaban las actividades de Josefa, por lo que no dio más señales de descontento.

Pasado el tiempo los conflictos se manifestaron, ya que Josefa se quería librar de Gregorio, además que deseaba continuar con la relación sentimental que se vio interrumpida por el castigo que se le impuso en la Casa de Recogimiento; por lo que Josefa cuidadosamente se entrevistaba en secreto con el conde de Fuenclara, pero nuevamente fue descubierta por el esposo. Por lo que Gregorio Panseco puso una demanda en contra de Josefa acusándola de tener relaciones ilícitas, pero lo que en realidad le importaba al esposo era poder despojar a Josefa de sus bienes y de sus hijos, para quedarse con todo. La demanda prosperó y Josefa sería nuevamente castigada.

Josefa ante tal decisión huyó a Puebla, en donde contaba con amigos, pero fue localizada rápidamente por las autoridades del Arzobispado, por lo que Josefa fue recluida en calidad de depositada, sucesivamente en casa de varios vecinos, durante dos años. Esta práctica consistía en que a las mujeres de “mala conducta” sensual o sentimental, se les dejaba depositada en una casa de “buena honra”, para que las vigilaran.

Josefa nuevamente fue obligada a regresar al domicilio conyugal, en la casa que era propiedad de ella, con su esposo Gregorio. Pero ya que no le permitían judicialmente la separación de cuerpo así como la de librarse

de la cohabitación con el marido, Josefa se defendió por cuenta propia; razón por la cual su esposo Gregorio Panseco la acusó ante las autoridades de no cumplir con el débito conyugal, quejándose de que ella se negaba a reiniciar los deberes conyugales, pues además de encerrarlo a él en la pieza donde dormía, ella misma se encerraba en su recámara "... por cuyo motivo no podía acariciarla de parte de noche ni de día, por las continuas visitas a todas horas, que permanecían hasta las once de la noche, y luego procuraba ella estar acompañada de otras personas de su familia hasta que entraba a su recámara y se encerraba sin que tuviese lugar, coyuntura alguna de estar a solas y cumplir con lo que el Señor Provisor le había mandado". El declaró que "esta reunión sólo ha sido aparente y exterior, pues aunque ha estado en la propia casa de ella, ha sido con tal separación de lecho y durmiendo retirado en la última pieza de la casa y encerrado y sin que se haya contenido en su libertad, haciendo lo que ella ha querido y visitada de muchas personas de particular distinción, como si no fuera mujer casada".

Pero como la queja anterior no era suficiente para los planes de Panseco, que desde tiempo atrás, buscaba la forma de despojar a Josefa de sus bienes, urdió una intriga, pero esta vez fue más lejos en sus acusaciones y fue así como en 1766, inició un proceso en contra de la empresaria de teatro, pero esta vez ante la Real Sala del Crimen, denunciando que su esposa había permitido la práctica de juegos prohibidos en su empresa. Por lo que como consecuencia de ello, después de un proceso que duró casi un año, se le condenó a Josefa a abandonar la ciudad de México. Panseco sospechó que su mujer aprovecharía tal ocasión para librarse de él, partiendo con sus hijos y todos sus bienes. El reaccionó presentando una denuncia, mintiendo que su esposa no tenía la

intención de cumplir con la sentencia señalada y que desobedeciendo la orden permanecería en la ciudad.

Por orden del arzobispo fue encerrada nuevamente como correctivo, en el recogimiento de la Misericordia, pero además sus bienes fueron entregados a su marido.

Tiempo después fue enviada al recogimiento de Santa María Egipcíaca en Puebla, en donde después de estar un año, emprendió los trámites para salir, no sólo de ahí sino del país, para dirigirse a España, donde era originaria. Pero se le permitiría salir a condición de que se reuniera de nuevo con su esposo.

Josefa consiguió que el arzobispado aceptara la propuesta, pero para entonces Gregorio el esposo de Josefa, había desaparecido, llevándose el dinero de la venta de los bienes de la empresaria, lo que impidió llevar a cabo tal proyecto, además no se le permitió salir hasta que su esposo apareciera y fuera por ella.

Josefa seguía retenida en la casa de recogimiento, pero ahora se encontraba enferma y afectada por la reclusión y por la pérdida de todos sus bienes, por lo que puso un recurso de fuerza ante la Real Audiencia, que era un derecho de apelar ante las autoridades civiles, en contra de la decisión del arzobispo de mantenerla recluida.

Finalmente el virrey Bucareli le dio su apoyo para salir, ya que entonces Gregorio Panseco, su esposo apareció, pero se le condicionaba a volver a retomar la vida conyugal. Josefa quería salir pero protestó, negándose a regresar con el hombre que dilapidó todos sus bienes producto de su trabajo, argumentando también que éste no le proporcionaría lo necesario para el sostén.

Las autoridades le ordenaron regresar a la vida matrimonial amenazándola que si seguía protestando y desobedeciendo, entonces sería encerrada, pero esta vez, a perpetuidad en un recogimiento.

Así fue como Josefa perdió su salud, su tranquilidad, su tiempo, sus bienes y todo por la intervención del poder real, social y eclesiástico, en su vida, en sus decisiones.

Y así fue también en muchos otros casos donde se aplicaban estas normas de coacción por demás absurdas, ridículas y contradictorias, pues no dejaban salidas para vivir en paz ya que en caso de que los hombres o las mujeres quisieran separarse, no se permitía el rompimiento del vínculo, ya que el divorcio era considerado una ofensa grave a la ley natural, argumentando que de permitirse su “efecto de contagio lo convertiría en una plaga social”. Por lo que cualquier nueva relación sentimental se vivía en secreto en forma clandestina, o en algunos casos se iban a otro lugar donde no los conocían, para así poder iniciar una vida en unión libre, pero cuando se descubría que cohabitaban sin estar casados, se les acusaba y se les perseguía por concubinato; pero el problema no tenía solución porque si se casaban de nuevo y esto se llegaba a saber en su ciudad de origen, entonces a él se le acusaba de bigamia y a ella de “casada dos veces”, porque los antiguos cónyuges todavía vivían. Y si mantenían su relación sentimental no pudiendo separarse ni divorciarse previamente, entonces se les acusaba de adúlteros, finalmente todo era una verdadera tragicomedia.

En algunos casos las madres denunciaban a sus hijos como es el caso de la madre de Bernardo Ursa y García que abrigada una fuerte aversión hacia Ana María Machuca, concubina de su hijo desde mucho tiempo atrás y madre de su nieto; por lo que puso una denuncia contra su

hijo por vivir en unión libre (concubinato), acusándolo de concubinato y de adulterio porque el lazo matrimonial con la antigua cónyuge no se podía romper. Se pensaba que contraer una nueva relación mientras vivan los cónyuges legítimos, contradice las enseñanzas de la Iglesia y la “ley natural”. La madre de Bernardo logró que el virrey lo sentenciara al exilio en la guarnición de la Habana por cuatro años, para sí poder separarlo de Ana María.

Así también en el caso de Agustín Pérez, que tampoco podía divorciarse, tenía que vivir secretamente en unión libre lejos de su ciudad de origen, con Juana Barragán. Pero la madre de Agustín se oponía violentamente a esa unión, por lo que utilizando sus conexiones políticas, se puso en contacto con uno de los principales jueces de alto tribunal, pidiéndole que encarcelara a su hijo Agustín y a Juana por haber cometido por largo tiempo pecado de concubinato y de adulterio. Agustín se puso furioso con su madre, sobre todo por el encarcelamiento de Juana, abogando que ella fuera depositada en una casa de recogimiento pero no en la cárcel. Finalmente tiempo después Agustín enviudó y pudo casarse con Juana, para que finalmente los dejaran en paz.

1.4. ¿Qué hace el Poder en tus escritos, palabras, libros e ideas?

El Santo Oficio de la Inquisición por orden de la Corona Española y la Iglesia Católica, era la institución encargada, entre otras cosas de la censura literaria de libros relacionados con el matrimonio, la familia y los comportamientos sexuales, así como también de la literatura relativa a la política y a la filosofía.

En la investigación realizada por José Abel Ramos Soriano, sobre “Los criterios inquisitoriales en la prohibición de la literatura relacionada con la comunidad doméstica en la Nueva España”, nos proporciona toda una

información detallada, para conocer la manera en que se realizaba la censura.

El Santo Oficio contaba con la guía de las 16 reglas que aparecían en los Índices españoles de libros prohibidos, en las cuales se especificaban las distintas categorías de obras condenables, de acuerdo a los “calificadores”. Ya que había teólogos dentro del Santo Oficio, encargados de emitir una calificación que era “el puntual y prudente reconocimiento de alguna cosa o persona, para declarar sus buenas o malas calidades y la testificación y juicio que se hace de las proposiciones reparables por heréticas, erróneas, escandalosas.”

Según la gravedad de las proposiciones, las condenas aplicadas a los escritos fueron de tres tipos:

La primera “la expurgación”, se refiere al hecho de suprimir los párrafos considerados nocivos, para lo cual se pedía a los poseedores de libros, presentarlos al Tribunal; aunque tal medida varió durante la segunda mitad del siglo XVIII, pues en varios edictos de esta época se previene que cualquiera puede hacer la expurgación por sí.

La segunda “la prohibición” se refiere a las obras condenadas en su totalidad por contener gran cantidad de proposiciones desviantes o por ser de autores herejes.

Sin embargo, algunas obras prohibidas podían ser leídas o retenidas por personas o instituciones que requerían de su consulta, debido a las actividades que realizaban o para refutar lo que se decía en ellas, por lo cual se extendía una licencia que permitía la lectura de libros prohibidos, y es a causa de esta medida que se menciona una tercera categoría de obras: las “prohibidas aún para los que tengan licencia para leer libros prohibidos”.

Lo que definía el tipo de prohibición no era sólo la gravedad o peligrosidad de las proposiciones perniciosas, sino su frecuencia en la obra, por lo que en la calificación también se anotaba la frecuencia, la cantidad de veces que una obra era condenable, según el caso, por ejemplo: porque había criticado o atacado diversos aspectos del orden sentimental, cultural y político, escribiendo 4 veces en contra del Santo Oficio, 3 en contra de la Iglesia, 2 en contra de la autoridad divina y humana, 2 en contra del clero, 6 en contra de la castidad religiosa, 5 en contra de la virginidad, 2 en contra de la moral y las costumbres, 3 en contra de las beatas, 4 en contra de los dogmas, 5 en contra del matrimonio, 2 en contra de la familia.

En las calificaciones, además de la frecuencia había los grados de calificación como: obsceno, obscenísimo, muy obsceno y sumamente obsceno. Así por ejemplo la obra condenable era: 5 veces obscena, 3 veces obscenísima, 3 veces indecente, 5 veces lujuriosa, 2 impura, 2 profano, 3 sensual, 1 vez lasciva, 3 libidinosa, 2 pasional, 4 veces torpe.

La sensualidad era condenada por la Iglesia aún dentro del matrimonio, ya que lo consideraban contrario a lo sagrado, la sexualidad sólo debía de estar encaminada a la procreación y no al placer, ni a la lujuria.

Otros de los calificativos que se daban a una obra era: 9 veces pestilente, 5 excretable, 3 escandalosa, 3 errónea, 2 falsa, 3 impura, 3 desenfrenada, 3 deshonesto, 3 desviante, 2 sediciosa, 3 pernicioso, 4 calumnioso, 6 herético, 5 veces en favor de autores herejes.

La herejía estaba considerada como el más grande de los crímenes eclesiásticos porque ataca los fundamentos de la religión y por lo mismo

está penada con los máximos castigos canónicos; deposición para los clérigos, excomunión para todos y privación de sepultura eclesiástica.

Salirse de las enseñanzas oficiales con respecto al matrimonio, la familia y los comportamientos sexuales, que eran la base de la educación institucional, era considerado como herejía, como una desviación y perversión. La palabra herejía significaba “error pertinaz y porfiado, cualquier afirmación contraria a alguna verdad propuesta por la Iglesia a la creencia de los fieles”.

Todas estas calificaciones y exageraciones eran criticadas por Erasmo de Rotterdam, como lo expresa en una carta enviada: Al muy Reverendo Padre en Cristo, Alberto, Cardenal arzobispo,

“En otros tiempos se escuchaba al hereje con atención. Si daba una explicación satisfactoria, se lo absolvía; si se obcecaba después de haber sido convictos de herejía, la pena máxima era para él la exclusión de la comunión eclesiástica. Ahora el crimen de herejía ha cambiado de carácter, por cualquier razón fútil de inmediato todos dicen, ¡es una herejía! ¡Es una herejía! En otros tiempos se veía como hereje al que se apartaba del Evangelio, de los artículos de fe o de lo que tuviese una autoridad análoga. Hoy, si alguien se aparta de Santo Tomás por poco que sea, es un hereje; o incluso si alguien señala su desacuerdo con la falsa teoría de cualquier sofista de la última escuela inventada, es un hereje. Lo que no agrada, lo que no se comprende es una herejía. Saber griego es una herejía. Hablar con un lenguaje pulido es una herejía...”

Erasmo de Róterdam, 1519

Había también libros prohibidos por: Subversión del orden establecido, contra el poder estatal, en favor de doctrinas y prácticas heterodoxas, a favor de filósofos herejes.

Aunque estos libros eran relativos a la política y la filosofía, Abel Ramos en su investigación, nos señala que varias de estas obras fueron escritas por filósofos que no sólo criticaban la monarquía y la religión, sino también eran críticos a las enseñanzas de la Iglesia con respecto al matrimonio, a la familia, al voto de castidad, a la virginidad y a los comportamientos sexuales. Estas obras eran clasificadas en el rubro de: subversión al orden establecido porque eran: 10 veces sediciosas, 5 veces revolucionaria, 1 contra la legislación, 5 inductoras de la anarquía, 5 subversivas, 4 veces contra la paz y quietud pública.

A favor a de filósofos herejes: 3 veces a favor de Voltaire, 2 a favor de Espinosa, 1 de Rosseau, 2 de Helvecio, 2 de Hobbes. En favor de doctrinas y prácticas heterodoxas: materialismo, ateísmo, paganismo, tolerantismo.

Esta práctica heterodoxa “la tolerancia”, era una de las más condenadas por el Santo Oficio, porque la intolerancia era la base de la ideología católica, ya que el orden sentimental institucional, proclamado en el discurso oficial, respecto al estado matrimonio, al estado de perfección, a la familia y a los comportamientos sexuales, era considerado, como la única forma de relacionarse sentimentalmente, la única aceptada como verdadera y universal, sin tolerancia de otra, a la que deberían obedecer todas las personas, católicas o no católicas, de cualquier lugar, de cualquier tiempo, no importando sus antecedentes culturales. Por lo que ser tolerante era considerado una desviación, una perversión, un pecado, una subversión del orden.

En ese período histórico, los escritos sobre la tolerancia, fueron promovidos por los pensadores europeos de los siglos XVII y XVIII; John

Locke pública la Epístola acerca de la Tolerancia en 1689 y Voltaire el Tratado sobre la Tolerancia, impreso en 1763.

En 1769, el fiscal de la Inquisición informa al gobierno español: “El libertinaje se extiende en la Nueva España, se habla y se lee impunemente cualquier obra contra la autoridad pontificia; son vulnerables los respetos de los obispos y el carácter eclesiástico es objeto de la maledicencia, esta libertad es originada por la introducción de los libros de Voltaire y la Mettrie.”

Para algunas obras se daba un diagnóstico general, promulgando su prohibición en algún edicto por: “Contener proposiciones heréticas, erróneas, blasfemas, injuriosas a la majestad de Dios, a sus soberanos atributos y a la Iglesia; subversivas de la revelación, sediciosas y contrarias no solo a la Religión, sino también al bien y quietud de los Estados y Reinos y a la paz interior de las familias, con desprecio de las Sagradas Escrituras y de toda autoridad divina y humana”.

2

1.5. ¿Qué hace el Poder en tus pinturas, dibujos, esculturas y retratos?

Ante el Santo Oficio de la Inquisición se presentó el conde Santa María de Guadalupe del Peñasco, para poner una denuncia en contra del pintor y escultor don Francisco Rodríguez, según lo narra Artemio de Valle Arizpe, en su novela histórica “La Güera Rodríguez”:

“Estaba este señor timorato y tolondro (el denunciante) lleno de mil escrúpulos ridículos y ajenos de razón. Todo se le hacía pecaminoso y protervo (perverso, malo) a esta estólida (falto de inteligencia) rata de sacristía, y sin que el caso le fuera ni le viniera, ni al necio tontón le importara cosa alguna, creyó era negocio digno, a su parecer, de grande

consideración y para salir del horrendo pecado en que había caído por ver, ¡horror, santo cielo!, lo espantoso que vio y salvar así a su pobre alma de las lumbres del purgatorio, fue de prisa y corriendo, casi desolado, al Oratorio de San Felipe Neri a buscar el Prepósito de este Instituto, doctor don José Antonio Tirado y Priego, comisario del Santo Oficio de la Inquisición.

Ya ante él dijo el Conde que iba hacerle una muy importante denuncia y entonces el Prepósito llamó al doctor Juan Bautista Calvillo, presbítero del mismo Oratorio, para que sirviese de notario en las diligencias que se harían en la acusación que iba a presentar el conde de Santa María de Guadalupe del Peñasco, en virtud, dijo, de la cosa horrenda que habían contemplado sus pobres ojos mortales que se habían de comer la tierra no supo como no cegaron al ponerlos encima de aquella nefanda espantosidad. Al decir esto se daba furibundos golpes de pecho y después se santiguaba. Preguntaron para que había pedido esa audiencia, dijo que después de jurar y perjurar por la Santa Cruz, iba a decir la pura verdad y que, además, guardaría el secreto. Que estaba presente en aquel bendito lugar para denunciar al Santo Oficio un retrato en cera de medio relieve que representaba a doña María Ignacia Rodríguez de Velasco; el cual llevó a la casa del denunciante el autor don Francisco Rodríguez, fabricante de los dichos retratos, que vive en la calle de la Amargura No. 10. Que no se acuerda del día pero que sí fue en la semana de este mes que comenzó el día siete, después de la oración de la noche, estando el exponente en su gabinete en compañía de la señora su esposa, la prima de éste, doña María Manuela Sandoval y Moscoso. Que aunque el citado fabricante llevaba otros retratos, el de la Rodríguez solo lo enseñó al declarante con reserva, y los demás también a las otras,

que manifestaron escandalizarse de los de la Panes, y una de Valladolid que no sabe quién es, porque los pechos estaban muy descubiertos. Que el de la Rodríguez los tenía enteramente fuera, de suerte que hace memoria el declarante, aunque no puede afirmar si se le veía el ombligo. Y porque cree no haberse explicado bastante, dice que: el retrato era de medio cuerpo, toda ella estaba desnuda y sin vestido hasta el estómago, en donde empezaba un drapeo azul hacia lo inferior. Que preguntaron al declarante para quien era este retrato, respondió el autor que para la misma Rodríguez retratada. Que no es este el único retrato indecente que ha fabricado el citado Don Francisco, pues el declarante ha visto muchos y entre ellos el de la señora Mariscala de Castilla, los cuales son como los que he referido antes. Que el dicho fabricante Rodríguez contó al declarante que el señor Inquisidor Prado, había hecho pedazos otro retrato de la misma Rodríguez fabricado por él.

Y con todo esto que soltó el Conde, sintió un dulce descargo en su conciencia atribulada, un bienestar incomparable, respiró hondo y acentuósele el alivio.

El Prepósito le hizo una pregunta al denunciante: “¿Si sabéis que alguna otra persona haya dicho o hecho cosa que sea o parezca ser contra Nuestra Santa Fe, buenas costumbres, o recto proceder del Santo Oficio?” Y contestó que no sabía.

Le fue leída su denuncia y manifestó muy complacido que estaba bien escrita y asentada y que en ella se afirmaba, no por odio o mala voluntad, sino en descargo de su conciencia atribulada. Y después de esto puso su firma y el señor Comisario también echó la suya”.

Nos cuenta Artemio de Valle Arizpe, que muchas señoras mexicanas de aquel entonces, de las más altas alcurnias y distinción, tenían a

inocente gala el hacerse retratar con la menor cantidad de ropa posible sobre sus carnes o si acaso se las cubrían, haciánlo, lo que no era taparlas, con una ilusión de tul o una tenue túnica de vilanos. Con esto seguían con fiel obediencia los dictados de la moda que andaba entre las damas europeas, a las que afamados escultores y pintores las trasladaban al mármol o al lienzo sin que siquiera cubriese la clásica hoja de parra una mínima parte de su persona. Para clara muestra allí está nada menos en el Museo del Prado de Madrid el retrato que pintó don Francisco de Goya y Lucientes de la manolesca doña María Teresa Cayetana de Silva, duquesa de Alba, que se halla como salió del vientre de su madre, y en el fresco traje edénico el de la hermana de Napoleón I, Paulina Bonaparte, a quien retrató Canova como “Venus Victoriosa”. La escultura se conserva en el Museo de la Villa Borghese, de Roma.

1.6. ¿Qué hace el Poder en la expresión de tus sentimientos, en tu risa, en tu mirada, en tu andar?

Los poderes eclesiásticos y reales, no sólo imponían el orden sentimental y los comportamientos sexuales, sino que también la normatividad con respecto a la expresión de los sentimientos, por lo que parte de la educación institucional consistía en aprender los reglamentos, así como las prohibiciones de ciertas manifestaciones: como sonrisas, risas escandalosas, ruidosas, carcajadas, en algunos lugares públicos y en ciertas circunstancias; la expresión de los sentimientos mediante actos corporales, como cierta forma de andar o de mirar. Incluso la normatividad y reglamentación para el movimiento, para la circulación, para el andar de las mujeres; ya que estaba prohibido andar solas en la calle, a menos que éstas salieran acompañadas de sus “padres, maridos, dueñas o modrigón”.

Toda esta reglamentación de la época colonial, coincidía con la estricta normatividad que también hubo en la época prehispánica, como nos dan cuenta los cronistas Sahagún, Mendieta y Motolinía. Las mujeres apenas y salían a la calle, “las tenían tan recogidas y ocupadas en sus labores que por maravilla salían y entonces con mucha y grave compañía”. Debían ser “muy honestas en el hablar y el andar y en la vista y el recogimiento”. Enseñándoles como tenían que comportarse: “Por donde vayas, ve con mesura y honestidad, no apresurada riéndote, ni mirando de lado como a medio ojo, ni mires a los que vienen de frente ni a otro alguno en la cara, sino irás tu camino derecho, mayormente en presencia de otros. De esta manera cobrarás estimación y buena fama, si encuentras a alguien en el camino y si se ríe contigo, tu no rías, más pasa callando, no haciendo caso de lo que te diga, no tengas trato poco honesto con los hombres, no sigas los deseos de tu corazón”.

Por lo que las mujeres cuando salían a la calle estaban obligadas a “no alzar los ojos del suelo, si se descuidaban, luego les hacían la señal que recogiesen la vista y si no obedecían con muy ásperas ortigas les castigaban las carnes cruelmente, las pellizcaban hasta que les dejaban llenas de cardenales o les pinchaban las orejas y les aplicaban humo de chile en la nariz”.

Todos estos castigos, dicen los cronistas, se los imponían a la mujer para que aprendiera a comportarse, para que “no ensucie la honra y de fama con su buena conducta”.

Pero pasando a la época colonial, esa normatividad e intromisión del poder real y eclesiástico en la vida, sentimientos, expresiones del sentimiento, andares y risas de las personas, queda bien ilustrado con la narración de Artemio de Valle Arizpe, en su ya citada novela histórica sobre

la vida de la “Güera Rodríguez”, muy interesante personaje, a la que haremos referencia en algunos otros capítulos.

Pero antes de empezar la narración de uno de los pasajes de la biografía de María Ignacia Rodríguez de Velasco y Osorio, conozcamos, algunos datos de un personaje central en este episodio, Juan Vicente de Güemes Pacheco y Padilla y Horcasitas segundo conde de Revillagigedo, hijo del virrey del mismo apellido que había gobernado la Nueva España hacía poco más de cuarenta años, como nos da cuenta Sara Sefhovich: “El conde nació en Cuba y había vivido siempre en la corte entre nobles, fiestas y halagos. Su padre Francisco de Güemes y Horcasitas, primer conde de Revillagigedo tuvo fama de gobernante “ilustrado” y capaz, así como de “buen administrador” porque mandaba muchas riquezas a la Madre Patria porque como nunca la Nueva España las producía. Más de la mitad de toda la plata del mundo salía de estas tierras, además de otros metales preciosos y productos diversos como el azúcar, el cacao, el café, el algodón y el trigo, el cáñamo, el lino, la seda, los aceites y el vino, según escribiría poco después el barón de Humboldt”. Su madre Antonia Ceferina Pacheco de Padilla y Aguayo, primera condesa de Revillagigedo, tenía fama de ser severa y altiva y de vivir en el mayor de los lujos. Le gustaba la música y hacer paseos en jardines y conventos acompañada de su hijo J. Vicente y sus cinco hijas.

J. Vicente fue nombrado virrey por Carlos IV por el período de 1789 y 1794, al igual que su padre fue muy activo. Entre las cosas que realizó fue el primer censo de la Nueva España, que le permitió saber que había cerca de cinco millones de personas, pero al mismo tiempo estaba también muy activo y atento para censurar y para aplicar todas las

absurdas normatividades respecto a las manifestaciones sentimentales de todas las habitantes, como lo narra Artemio del Valle Arizpe:

“Había dos hermosas doncellas, cuyo gusto las llevaba a diario al cuartel de Granaderos, por la acera de cual iban y venían muy gentiles con asiduidad constante, tarde con tarde, para que en ellas se fijaran los ojos de los oficiales. Estos eran mozos de la nobleza o de los encumbrados de México, los de más gallardo porte, los de mejor parecer.

Por fin dos de aquellos galanes y lucidos oficialitos les hicieron el gusto; las galantearon con exquisitos conceptos y ellas, con las miradas, correspondían ampliamente la fineza, después con la palabra.

Pero los rapagones no salían a buscarlas, sino que, antes bien, las muy atrevidas mozas eran las que iban al cuartel de Granaderos todas las tardes sin que faltase ni una sola, a tener pláticas con los apuestos mancebos.

Con ellas pasaban buenos ratos muy al descubierto. Los cuatro tenían regalo y contento, divirtiéndose el ánimo deliciosa y regaladamente.

Con sus constantes coqueterías daban las dos doncellas recreo a las almas de sus bizarros amadores y éstos se deleitaban con la gala y frescura del hablar florido de las novias. Sus conversaciones se hallaban siempre regadas de risas caudalosas.

Al pasar una tarde por ese cuartel el virrey don Juan Vicente de Güemes Pacheco de Padilla, conde de Revilla Gigedo, vio a las dos damiselas en conversación retozona acompañadas de dos oficiales, cuya esbeltez airosa realzaba bien el brillante uniforme de múltiples rojos y dorados. Otra tarde tornó a ver Revilla Gigedo a través de los cristales de su carroza a las dos gentiles doncellas vestidas con refinada gracia, que parloteaban bulliciosamente con los mismos buenos mozos y otro

atardecer, y otro más, volvió a contemplar Su Excelencia a las elegantes y alegres muchachas muy metidas en pláticas con los gallardos oficiales y de fijo sería muy gustoso lo que éstos les referían, porque las risas de las dos tintineaban en el aire argentinas e inacabables.

Chocó al Virrey el irreflexivo atrevimiento de esas doncellas de andar solas por las calles sin dueña ni modrigón que las cuidara y les diese respetuosa compañía. Le chocó más aún que fuesen a buscar a los apuestos oficiales.

Preguntó Revilla Gigedo cómo se llamaban esas gentiles damiselas de tanto bullicio y belleza.

- Doña María Josefa Rodríguez de Velasco y Osorio y su hermana menor doña María Ignacia.

Tornó a preguntar el Virrey quiénes eran los padres de las muchachas.

- Era la madre doña María Ignacia Osorio y Bello de Pereyra. Don Antonio Rodríguez de Velasco Osorio Barba y Jiménez, el padre. Pertenecía al Consejo de su Majestad y era Regidor Perpetuo de la Ciudad de México.

- Pues que llamen el acto, aquí, a Palacio, a ese buen señor don Antonio Rodríguez de Velasco Osorio Barba y Jiménez. Que venga pronto a mi despacho.

Apenas un gentilhomme manifestó a don Antonio Rodríguez de Velasco la orden del Virrey, fue casi corriendo a la Real Casa en donde entró muy ceremonioso, repartiendo saludos y caravanas hacia todos lados junto con las largas mieles de sus sonrisas. Revilla Gigedo le dijo:

- Dígame, mi señor don Antonio Rodríguez ¿qué es lo que hace usted por las tardes?

- ¿Por las tardes, Excelentísimo Señor?

- Si, sí, por las tardes, me parece que lo he dicho bien claro, por las tardes, señor don Antonio.

- Por las tardes acostumbro, invariablemente, Excelentísimo Señor, ir a la Profesa a rezar el santo rosario, después voy a la Catedral a orar en la linda capilla de Nuestra Señora de las Lágrimas. ¡Ay, pero qué bien estoy allí! Es una antigua devoción que viene de mis antepasados contar nuestras cuitas a esa Señora y pedirle sólo a ella por el bien de nuestras necesidades. En seguida me marchó al locutorio de la Encarnación, que es tan oloroso. ¿Por qué serán así, Excelentísimo Señor, de fragantes todos los locutorios de monjas? Allí estoy buen rato, rato venturoso, de parleta deliciosa. Deliciosos son también los dulces y pastelillos con que siempre me regalan esas santas mujeres; Dios se los pague en gloria. En seguida parto a toda prisa al convento de San Francisco a conversar un poco con Fray Fernando de Arévalo y con Fray Lucas de Berlanga, mis buenos amigos, y nuestra plática siempre es sabrosa y provechosa, porque yo, aquí donde me ve Su Excelencia, gusto mucho de las buenas conversaciones, y si no hablo con esas monjas y con esos benditos frailes franciscanos, me parece a mí como que no me satisfizo la comida. De la santa casa franciscana me voy al Parián, a sentarme un par de horitas en la agradable tertulia que hay en una de las relojerías que están sitas frente a la Catedral. Es mi preferida la de Simón de Olmos, en donde se murmura con moderada maledicencia, porque dicen que en la conversación la maledicencia es...

- ¡Basta, señor don Antonio! ¡Basta ya! En vez de ir a rezar a la Profesa esos rosarios, a orar en la capilla de Nuestra Señora de las Lágrimas, de estar las horas muertas en el locutorio de la Encarnación y en el convento de San Francisco a gustar pláticas de frailes sabios que no dudo le aprovechen, y de irse a sentar a la chismorrera tertulia de ese habladorísimo Olmos, debería usted de rezar en su casa y cuidar más del honor de sus dos hijas.

- ¡Ay, ay! ¿Pero qué es lo que dice, Excelentísimo Señor? ¿El honor de mis dos hijas?

- Si, señor, he dicho y repito el honor de sus dos hijas, don Antonio.

- ¿Dice Su Excelencia que cuidar el honor de mis dos hijas? ¡Válgame Dios! Pero, ¿qué es lo que le acontece a ese honor del que me enorgullezco? Aclare esto, señor Virrey, se lo ruego, porque estoy en un puro ¡ay! En mi linaje el honor se ha mantenido limpio como una patena, la más reluciente.

- Pues lo que es ahora, señor don Antonio, se anda empañando esa patena y seguirá más su opacidad si no se pone pronto y eficaz remedio.

- Acto seguido el Virrey le explicó muy bien explicado, al prócer señor Rodríguez de Velasco para que lo entendiera pronto, pues no regía muy de prisa su cerebro, cómo contemplaba tarde a tarde, en qué lugar y con qué compañía a sus dos bellas hijas. Y agregó que era de todo punto necesario y aún urgente, para detener las hablillas maliciosas que andaban corriendo por toda la ciudad disparadas en diáspora maligna, que casara cuanto antes a sus lindas damiselas con esos oficiales a los que no tenía pero qué ponerles en cuanto a lo ilustre de sus casas.

- El regidor Perpetuo de la Ciudad de México se quedó alelado con semejante noticia. La sorpresa le cuajó las facciones de seriedad pétrea. Cuando volvió en sí no hacía sino acongojarse, apretábase las manos contra el pecho y alzaba, desolado, los ojos al cielo. La pena lo atravesó de parte a parte y no balbuceaba más que palabras incoherentes. Al fin pudo decir con voz opaca:

- ¡Ay, Dios me valga! ¿Eso, Excelentísimo Señor, mi María Josefa y eso también mi María Ignacia? ¡No, no, no!

- Si, sí, sí, eso hacen sus hijas, don Antonio. Y ya márchese, váyase a arreglar pronto las bodas de la linda doña María Josefa y de doña María Ignacia, que también es muy hermosa, con esos dos jóvenes militares.

- Yo concertaré esos casamientos y les juntaré las manos a esos muchachos. ¡Ay, pero no salgo de mi sorpresa! ¡Mire usted que mis niñas!... ¡Caramba con los militarcitos esos! No, si le digo a Su Excelencia que en estos tiempos... ¡Ay, Dios!

- Trastabillando salió el pacato caballero del Palacio Virreinal. Andaba el pobre señor, como se suele decir, que no le calentaba el sol.

- Su disgusto subió más de punto al oír a los padres de los mozos que oponían tenaz y altiva resistencia a las bodas con las “loquillas” de sus hijas. Se negaban con obstinada firmeza y no oían razón alguna, solamente respondían por negaciones. De una vez cerraron la puerta a la petición. Decían que no y que no y que era por demás tratar de ello.

- Fue menester que el virrey Revilla Gigedo antepusiera ante ellos todo su valimiento y aún con energía toda su autoridad, para que, sólo por

darle gusto, se dejaran vencer. Perdieron lo estirado de su firmeza. Ya llevados al parecer ajeno otorgaron de mala manera y refunfuñando con lo que se les pedía, que era pactar los enlaces para con ellos echar un velo negro de tinieblas y olvido a los devaneos locos de esos mancebos. Recibieron lo que no creían digno de ser admitido.

- Muy a regañadientes fue dado el consentimiento para esos matrimonios.

- Doña Maria Josefa casó con don Manuel Cossio Acevedo, hijo consentido de los marqueses de Uluapa.

- Doña María Ignacia II, con don José Jerónimo López de Peralta de Villar Villamil y Primo”.

1.7. ¿Qué hace el poder en tus cartas, en tus versos, en tus íntimos mensajes?

Cartas, poesías, mensajes secretos, llegaban a manos del Santo Oficio, como prueba, que acompañaba la denuncia de todos aquellos que mantenía relaciones ilícitas, desviadas, perversas, sensuales, profanas, prohibidas, de acuerdo a las calificaciones y normatividad del orden sentimental impuesto por los poderes reales y eclesiásticos.

Como era el caso de los sacerdotes y monjas que se les prohibía relacionarse sentimentalmente con los hombres y las mujeres terrenales, el único amor que podían realizar, era con su Dios celestial. Aunque muchos se quejaban calladamente, en secreto, en silencio, sólo con su voz interior, como el personaje, de una novela de Juan Valera, un recatado seminarista de 22 años. Don Luís, educado en la abstinencia y comprometido con el sacerdocio, el cual se enamora perdidamente de Pepita Jiménez, hermosa

viuda. El desesperado don Luís pensaba en sus adentros: “procuro hacer aborrecible el amor a esta mujer; pongo en ese amor mucho de infernal y es horriblemente ominoso; pero es como si tuviere dos almas, dos entendimientos, dos voluntades, y dos imaginaciones, pronto surge en mí la idea contraria; pronto me niego lo que acabo de afirmar y procuro conciliar locamente los dos amores (a Dios y a la mujer)”.

A los sacerdotes y a las monjas les obligaban a renunciar a sus sentimientos, aunque muchas de ellas habían tomado el estado religioso coaccionadas por sus padres, encontrándose en el convento por obligación.

Al Santo Oficio, le llegaban principalmente denuncias de relaciones ilícitas entre religiosos, la que era acompañada con algunas pruebas, como cartas, poesías, versos, recados, mensajes.

Las cartas constituyeron uno de los medios de comunicación más utilizada por quienes sabían leer y escribir durante la época colonial. Ante la falta de otros medios de comunicación, fue el instrumento privilegiado para transmitir los mensajes a las personas. Pero entablar una correspondencia sentimental era multiplicar las posibilidades de dar a conocer la relación, además de que constituían una prueba irrefutable de la transgresión, por lo que muchos de los enamorados implicados, tuvieron normalmente el cuidado de no dejar testimonio de sus relaciones. Algunos otros optaron por no enviar cartas debido a la estrecha vigilancia ejercida por el padre o la madre, los hermanos u otros parientes, o el esposo cuando ésta era casada.

Otro problema al que se enfrentaban era que muchas mujeres de esa época no sabían leer con excepción de las religiosas que nunca carecieron de esas facultades. Por lo que si la destinataria no sabía leer y escribir o al

menos leer, implicaba la intervención de una tercera persona, circunstancia que obviamente multiplicaba los riesgos de la relación.

Los sacerdotes difícilmente podían recibir una carta sin que otras personas se enteraran de ello, porque era el caso contrario, la correspondencia sentimental se enfrentaba a otras dificultades. Ya que los sacerdotes estaban rodeados por personas que en su mayoría sabían leer y escribir. Por lo que vivían bajo una estrecha vigilancia por sus superiores e incluso por sus mismos compañeros y otras personas relacionadas con ellos, como maestros, porteras, enfermeros, etc.

Jorge René González Marmolejo, realiza un trabajo de investigación sobre “La correspondencia amorosa de clérigos del siglo XVIII”, por medio de documentos encontrados en los archivos del Tribunal del Santo Oficio, la cual es de gran ayuda para que podamos conocer las vicisitudes a que se enfrentaban. Toda esta correspondencia estaba escrita con la ortografía de la época, en el español antiguo que se escribía en esos siglos

Con fecha 1714 se encuentra en los archivos de la Inquisición, un mensaje enviado por el Agustino Ignacio de Escobar, a la monja Manuela de Theresa:

“... mi alma ¿cómo te sientes? Anoche estuve pensando en ti porque me desvelé, ¿tú no te acuerdas de mí?, ¿no me quieres?, porque yo te quiero mucho, y no quiero otra cosa más que a ti, y sólo por ti vengo a confesar a este convento a ti te pueden agradecer el que venga, sino no viniera porque no tengo más consuelo que venirme a confesar”.

Este otro mensaje era del capellán del Real Hospital de Indias, el presbítero Francisco Reyes, dirigido a doña Manuela Alemán, en el año de 1789, el cual también estaba en poder del Tribunal del Santo Oficio.

Amadísima de mi vida,
mándame a decir como has
pasado la noche, como te
sientes de las muelas, cara
y demás enfermedades; y
te noticio que mañana Canto
la Misa en Monserrat a
Santa Gertrudis, la que la aplicare
por la Santa por Nuestras Almas y
salud.

Otra carta de este tipo fue la enviada por el fraile dominico Francisco Antonio, que fue acusado por haber enviado unas cartas amorosas a sor María de los Dolores. En la misiva se observa la preocupación por los males que padecía la religiosa y la intención de infundirle valor a la amada para superar la crisis.

Amada de mi vida, todo mi
querer mi único i solo pensar.

Resibí la tuya con gran gusto,
que puedas, con ber tus
letritas lindas que son mi único
Recreo, pero sintiendo mucho aygas
estado malita, yo mi bida quedo
bueno, bendito sea Dios y mui
gustoso de que bayas prosiguiendo en
tus buenos exersisios, Dios por
quien este mantenga asi.

En su investigación Jorge René González Marmolejo, nos presenta el caso de José Ignacio Troncoso, fraile de la orden de San Francisco, y de María de Paula de la Santísima Trinidad, religiosa de la orden, con el objeto de conocer, lo más cerca posible, el medio y las circunstancias que dieron lugar a la correspondencia sentimental entre estos dos religiosos, los problemas y las vicisitudes que tuvieron que enfrentar y los recursos que las autoridades inquisitoriales implementaron para conocer su “conducta desviante”.

El proceso se inició cuando María del Corazón de María, otra religiosa del Convento de Santa Clara, envió, por medio de un confesor, una denuncia al Tribunal de la Inquisición.

El 20 de marzo de 1798 José Ignacio Troncoso asentó ante el Tribunal del Santo Oficio que a partir de Junio del año anterior había comenzado a frecuentar el Convento de Santa Clara para confesar a algunas conventuales, y de esta manera había tenido la oportunidad de conocer a sor María de Paula, una religiosa que por aquel entonces estaba a punto de profesar. A raíz de esta comunicación comenzó a nacer una relación sentimental, ante esta situación los dos procuraron entrevistarse furtivamente. Lo primero que acordaron fue encontrarse en el confesionario, pero pronto decidieron encontrarse en otros sitios del convento. Probablemente pensaron que el confesionario era un lugar secreto y discreto, pero tanta recurrencia podía despertar sospecha entre las demás monjas. Así optaron por entrevistarse en la reja del convento, donde por cierto, además de tener largas conversaciones, intercambiar frases cariñosas y caricias, también se dedicaban a fumar los cigarros que él se encargaba de llevar.

Algunos meses más tarde, por el tiempo de la epidemia (viruela) María de Paula, fingió estar enferma y pidió sus servicios espirituales. Pocas horas después el religioso llegó a la celda de la monja, y a pesar de intuir que se trataba de una farsa, ordenó a las otras religiosas que acompañaban a María que abandonaran la celda para poder efectuar la confesión. Según el franciscano, cuando se encontraron solos la religiosa le dijo que todo era mentira. Al no tener otro medio para verlo, decidió fingirse enferma. Luego de escuchar estas palabras, José Ignacio la comenzó a confesar, pero cuando terminó el acto sacramental los dos se recostaron sobre la cama y empezaron a decirse palabras cariñosas y hacerse caricias.

Transcurridos unos días nuevamente se encontraron en el confesionario. En esta ocasión María de Paula le dijo al franciscano que en realidad ella no quería ser religiosa, pero que sus padres la habían obligado pero en cuanto tuviera la oportunidad se escaparía del convento. Al escuchar estas palabras el religioso le contestó “que solicitase los medios por parte de adentro, y que él le ayudaría por parte de fuera”. Acto seguido la monja le comentó que ella podría arreglar la fuga, ya que contaba con la ayuda de una moza, María Gertrudis, quien se encargaría de conseguir las llaves para abrir una puerta que las conduciría a la parte posterior del convento, y de ahí saltarían la barda. Luego acordaron que el lunes 4 de marzo, por la noche, se escaparían las dos y él las esperaría en la calle. Hasta aquí todo iba funcionando bien, pero lamentablemente María de Paula entregó parte de la correspondencia que le había enviado José Ignacio a la criada, la cual por no saber leer, tuvo el descuido de dejarla sobre la mesa de la celda de Sor María Francisca Pozos, quien al conocer el contenido de esos papeles se lo hizo saber a la superiora y ésta a su vez se lo comunicó a las autoridades del Santo Oficio.

Como consecuencia de lo que había sucedido en el convento de Santa Clara, las autoridades del Santo Oficio mandaron llamar a la moza para conocer su testimonio. La moza señaló que en el mes de enero de año 1798 había entrado al convento de las clarisas para servir a la monja María Aguilar del Pozo. Poco tiempo después comenzó a tratar a María de Paula de “tu”. Pasados tan sólo unos cuantos días, la sirvienta apuntó que la religiosa le confió un secreto: se tuteaba con Ignacio Troncoso.

El respeto a los clérigos comenzaba desde la misma manera como las personas se dirigían. No cualquiera les podía hablar de “tu”. Tutear a los clérigos implicaba una relación formal y de amistad.

Ese mismo día María Gertrudis le prometió a la monja acompañarla al confesionario cuantas veces ella quisiera o tuviera necesidad de su compañía.

La moza agregó que en varias ocasiones se prestó para llevar y traer recados de los religiosos; además, a manera de confidente, el confesor le preguntaba por “Mariquita”. En otras ocasiones los tres se encontraban en sitios poco transitados del convento y ahí conversaban, pero para permitir que conversaran libremente ella pronto se retiraba y los dejaba solos.

Respecto a la fuga, el testimonio de María Gertrudis fue el siguiente: luego de que María de Paula le comentó que Troncoso estaba dispuesto a ayudarla para fugarse del convento, ella se comprometió a conseguir las llaves. En cuanto al día y la hora de la fuga, ella apuntó que el franciscano les propuso que la hicieran por la noche y de preferencia que no hubiera luna llena. Para desgracia de los enamorados y de la moza la huida no se llevó a cabo por las causas que ya comentamos. En cuanto a su suerte en el convento, la madre superiora, al tener noticia del caso, inmediatamente la mandó llamar y la expulsó.

Ante el cúmulo de testimonios que las autoridades inquisitoriales lograron reunir, el 7 de febrero de 1799 el fiscal giró la orden de aprehensión contra Troncoso, sin embargo, por causas que no aparecen en los documentos, su ingreso a las cárceles del Santo Oficio se retrasó

poco más de un año y fue hasta el 23 de abril de 1800 cuando fue recluido en el Convento Grande de San Cosme.

El acusado fue encontrado culpable, por lo cual el 10 de marzo de 1801 los inquisidores Juan de Mier y Villar y Antonio Bergosa y Jordán: "...lo privaron perpetuamente de confesar hombre y mujeres, desterrado de México, Puebla, Guaquechula y de Madrid, y sitios reales veinte leguas en contorno por espacio de diez años, de los cuales cumpla los seis primeros meses en la misma reclusión de San Cosme, haciendo con ellos quince días de Ejercicios Espirituales, y al fin de esos confesión general con el Director que su Prelado le señalare, y cumplimiento haga constar al Tribunal, que por el mismo tiempo de su reclusión rece los viernes los Salmos Penitenciales y los sábados por una parte del Rosario a María..."

Esta es parte de la correspondencia que José Ignacio, en el destierro, envió a María Paula:

Querida, ¿dónde estás prenda cielo de mis pensamientos?

¿A dónde que no percibes mis suspiros y mis lamentos?

A Dios carita de cielo

por tiempo de nochebuena

pareció la luna llena,

que alumbras a mi desvelo.

No seas ingrata conmigo,

mátame siempre mirando,
y si no puede ser,
mátame de quando en quando

Con los ojos al Alma
te miro siempre
aunque con los del cuerpo
no pueda verte.

Ay supe, supe,
del poder de tus ojos
no hay quien se escape.

Muerta me tienes el Alma
y estoy con tan buena fe
que aunque me mata el mirarme
siempre te quisiera ver.

seguidillas

No hay dolor ni tormento
 más insufrible
que el que tiene quien ama
 a un imposible.

La duda le atormenta
 y el temor le aflige,
remedio no encuentra
a el mal que le persigue.

Si prosigue amando
 su mal no corrige
 si olvidar pretende
se le hace imposible.

Y en tan duro combate
como este que resiste
solo resuelve amando
 padecer triste.

Por evidencia
el amor si acrisola
con una ausencia
la duda le atormenta.

No lloréis, ojos hermosos
no lloréis, que os hacéis mal,
y es lástima que dos soles
queden turbios con llorar.

No lloréis, que me dáis pena,
tanta, que puedo apostar
que hoy repasando yo
las lágrimas que lloráis.

No lloréis, que es compasión
que las perlas que brotáis
las desperdicias de modo

que no se puedan lograr.

No lloréis, que sois espejos
donde me suelo mirar,
y no me miraré bien
si está empañado el cristal.

No lloréis, tened el llanto,
que aunque tenéis causa tal,
pasan ya de sentimientos
los efectos que mostráis.

No lloréis, que vuestras niñas
son estrellas, y podrán
biendo eclipsados los soles
eclipsare de pesar.

No lloréis, que vale mucho
lo que tan de valde dáis,

y reliquias de una vida
no se suelen así dar.

No lloréis, y quedar cierto
que primero faltará
la voluntad para mí
que os pierda la voluntad.

Las autoridades del Santo Oficio pusieron en práctica varias acciones para controlar a los clérigos y evitar los amores, las poesías y las caricias. Promulgaron un edicto en el que se ordenaba que en la confesión, las mujeres sólo pudieran ser escuchadas a través de unas puertecillas cerradas, de tal modo que el confesor no tuviera ni la menor oportunidad de tocar ni de forma accidental a la penitente. Se dispuso colocar rejillas en la parte lateral del confesionario y que sus orificios o tornos fueran tan pequeños que ni siquiera los dedos del confesor o de la mujer pudieran penetrar por ellos.

El Santo Oficio también ordenó que las mujeres efectuaran la confesión únicamente por la parte lateral del mueble y bajo ninguna circunstancia por delante, es decir, frente a frente.

Por otro lado, las autoridades dispusieron que sin ningún pretexto los confesionarios no fueran ubicados en lugares oscuros o apartados, para, de esa manera, evitar cualquier tipo de sospecha.

Cuando las mujeres estuvieran enfermas o imposibilitadas físicamente, se recomendó que el lugar donde se llevara a cabo la confesión debería encontrarse a la vista de cualquier persona y en caso de que fuera un lugar cerrado, las puertas deberían de permanecer abiertas.

Respecto a los confesionarios que daban al interior de un claustro, como en el caso de los conventos religiosos, se estableció que todos aquellos que tuvieran puertas de torno o giratorias deberían suprimirlas, pues podían dar lugar a sospechas o a conversaciones ajenas al acto de la confesión.

En caso de que faltaran confesionarios o los que existieran fueran insuficientes, sobre todo en la época de festividades religiosas, se recomendó utilizar tablas a manera de cancelas, para de esta forma aislar la penitente, como al confesor, el cual quedaba completamente encerrado, cautivo.

Cautivos en soledad, aislados, encerrados como el presbítero Josef Gil, que fue denunciado ante el Santo Oficio el 12 de noviembre de 1787, por enviarle unos versos a doña Mariana Trijoroca de la Fuente Simbrón, casada con don Manuel de Nova, comerciante de la ciudad de Toluca, Mariana fue citada por las autoridades para declarar, señalando que una ocasión acudió a la Iglesia de la comunidad para confesarse con el presbítero Josef Gil, quien después de enterarse en confesión que su marido, además de darle mala vida, constantemente la golpeaba, la invitó a

su casa para conversar con más tranquilidad. Ella accedió a la petición del confesor y acudió a su domicilio. Según Mariana a raíz de esta conversación la relación entre ella y el presbítero comenzó a cambiar. Josef empezó a tratarla con más familiaridad e incluso con cariño, con lo cual se empezó a sentir aliviada de los problemas y la pena que la aquejaban.

En su investigación Jorge René González M. afirma que las mujeres que correspondieron a los requiebros de los confesores lo hicieron por la necesidad humana de sentirse queridas, comprendidas. En un mundo donde la mujer fue considerada las más de las veces un objeto (de la naturaleza), el galanteo poético de un clérigo, debió ser impactante. También habría que ponderar la fuerza de la confesión ya que muchas mujeres se podían enamorar de sus confesores por el simple hecho de tener alguien quien oyera sus penas, sus dudas, sus confusiones. Además los clérigos a diferencia de la mayor parte de la población masculina, eran hombres instruidos que podían despertar el gusto y confianza de las mujeres.

Como es el caso de Josef y Mariana, la cual inspiró los versos, que en una ocasión le hizo llegar el religioso.

En aquesta soledad
yoro el bien que no poseo
pues sin libertad no beo
tuyo con fiel voluntad.

Yoro el bien que tierno adoro
porque de verlo me privo
yoro porque me veo captivo
y porque no miro yoro
yoro porque no me yoro
las ansias de mi deseo
yoro espero y no te veo
y de temer un olvido
en tus alles como perdido
yoro el bien que no poseo
para tu hermosura no miro
pues si tu libertad me beo
yoro el bien que tierno adoro
porque de verlo me privo
yoro porque me veo captivo
y porque no miro yoro.

Jorge René González M. en su investigación concluye, que los eclesiásticos que entablaron una correspondencia sentimental a pesar de la prohibición impuesta, lo hicieron por una necesidad de cariño, de

ternura, de comprensión, de afecto. Pero esta necesidad no les interesaba a los inquisidores, quienes asumieron una actitud de celosos vigilantes del voto de castidad y del estricto cumplimiento de las normas, porque para los inquisidores, lo más relevante era fortalecer y defender los intereses de la institución eclesiástica; las necesidades humanas afectivas, los sentimientos no les importaban, no los conocían.

CAPITULO IV

1. Las Paredes Oyen

Defensa y Resistencia: secretos, silencios, apariencias, disimulos, verdades a medias.

Algunos historiadores estudiosos de esa época consideran que no obstante la imposición del Discurso Oficial Católico con respecto a las relaciones sentimentales y al comportamiento sexual, sobre la sociedad novohispana; una buena parte de los diversos grupos sociales no se comportaron como víctimas pasivas de la ideología dominante, que por medio de sus normas de coacción, los obligaban a obedecer. Sino que fueron artesanos de diminutas revoluciones a escala íntima, individuos deseosos de desenvolverse con más libertad en un mundo en que la transgresión pareció a muchos la única salida a una norma rígida, sin alternativa y desadaptada, respecto a la realidad que pretendía regir.

La única defensa, y resistencia en contra de la normatividad, era la de transgredir, la de subvertir (de subvertere, que significa trastornar, omitir, revolver) la norma. Pero esta subversión, esta discrepancia con el orden sentimental impuesto, no podía hacerse abiertamente, en una forma directa, clara y frontal ya que hacerlo así podría significar: la marginación, el repudio, la exclusión, la pérdida de los bienes, y a veces hasta la vida.

Por lo que los métodos de transgresión eran: los secretos, las verdades a medias, el silencio, la apariencia y disimulo. Como pudimos observar en el caso de los sacerdotes y las religiosas en el que las relaciones sentimentales, los encuentros, las cartas, las poesías, las citas,

las caricias tenían que hacerse en forma clandestina, en sigilo, con discreción, con prudencia, con disimulo, cuidando los detalles, las apariencias. Lo mismo sucedía en todos los casos en que la normatividad, el orden sentimental consideraba que se trataba de relaciones ilícitas desviadas, profanas, sensuales.

Por lo que para librarse de tan absurdas y ridículas normatividades, los lemas, las divisas de la resistencia y defensa contra el Discurso Oficial sentimental impuesto era: “Del dicho al hecho hay un trecho” y “Obedézcase pero no se cumpla”. Si bien este último lema sirvió como método libertario en la vida privada; en la administración política y económica de la vida pública, fue causa de una mayor ineficiencia y corrupción, pero sin embargo, fue de gran ayuda en la vida íntima de las personas, puesto que les permitía abrir un espacio ante la estrechez y angostura de los cauces en que la absurda y errónea normatividad, derivada de la ideología dominante, quería encerrar a los sentimientos.

Se podía decir que existía una especie de acuerdo tácito, en el que la sociedad aparentaba que todo se cumplía al pie de la letra, tal como lo dictaba el orden sentimental. Se hacía como que se obedecía, como que se cumplía, pero en la oscuridad, en el silencio, en la clandestinidad, en el secreto, se podían dar los versos y los besos furtivos.

Gran parte de la población guardaba secretos de unos y otros, aunque a veces se podían convertir en secretos a voces, pero que de alguna manera permanecían ocultos para proteger o para protegerse de alguien. En algunos casos se decía que no era verdad, sino que sólo era un rumor, un chisme inventado; pero como de cualquier manera unos y

otros se conocían sus mutuos secretos, generaba toda una red de complicidades, de apariencias, de disimulos.

1.1. La historia oficial sentimental y la historia real sentimental.

Fuentes: los secretos, rumores, chismes, cartas, diarios íntimos, novelas, literatura.

Se podía decir que una era la historia oficial sentimental de la sociedad, que era de acuerdo al discurso oficial del orden sentimental impuesto, y otra era la historia sentimental que las personas en realidad vivían y experimentaban en la cotidianeidad.

Lo que se conocía como historia oficial era la ficción, en cambio lo que nos permite conocer lo que sucedía en las historias sentimentales reales de los personajes que componían la sociedad novohispana eran los secretos, las cartas, la correspondencia familiar, los chismes, los rumores, la revelación de diarios íntimos, muchos de ellos transformados en literatura, en novela que si correspondía a la realidad sentimental vivida por las personas.

La literatura es hasta cierto punto una verdad traducida a una mentira llamada novela. “Una mentira que no es más que un modo indirecto de revelar una verdad profunda, oculta, a veces indecible directamente”, afirma Vargas Llosa.

Por lo que la literatura ha sido una fuente muy importante para conocer la verdadera historia sentimental y no sólo la ficción oficial. Como es el caso de Artemio de Valle Arizpe, historiador, escritor, que con su novela sobre la vida de la Güera Rodríguez nos recrea parte de la vida real del México colonial, en su narración nos devela los secretos, los chismes,

los rumores, las costumbres de estos tiempos de finales de siglo XVIII y principios del XIX.

Costumbres de las que dieron testimonio en sus cartas, los viajeros que describen el mundo de América, entre ellos la marquesa Calderón de la Barca que estuvo en México en una etapa posterior a la Colonia y la independencia entre 1839 y 1842, donde se puede observar como continuaba la misma resistencia para evadir la absurda y estricta normatividad heredada de la época colonial. Ella expresaba en una de sus cartas, "...es cierto que ha de pasar mucho tiempo antes que un extranjero pueda darse cuenta como es el comportamiento íntimo entre las personas de este país, pues cualquiera que sea la condición privada de estos individuos, prevalece el decoro más absoluto en la conducta exterior, mientras una mujer asista a la Iglesia asiduamente, patrocine alguna institución de caridad y no cause escándalo en su conducta exterior, bien puede hacer lo que le venga en gana privadamente". En esto se daba cuenta que existía un desfase entre los comportamientos requeridos, ostentados y aquellos que se ejercían en la vida diaria.

Pero gracias a la defensa y resistencia del "obedézcase pero no se cumpla", la vida cotidiana se desarrollaba de acuerdo con escalas más permisivas y flexibles, más cercana a los gustos y deseos de las personas, con el único método de transgresión en ese momento posible: la apariencia, el disimulo, el secreto, el silencio ya que de no hacerlo así, las personas podían ir a dar a la cárcel, al panteón o a la inquisición.

Como nos lo ilustra Artemio del Valle Arizpe, en otro pasaje de su novela histórica sobre la vida de la Güera Rodríguez, a quien el Virrey J.

Vicente Guemes segundo conde de Revillagigedo, obligó a casarse, cuando ella era todavía muy joven.

“La donairosa y vibrante Güera Rodríguez, duró en la sujeción de casada con el calatravo (de Calatrabia) don José Jerónimo López de Perlada de Villar Villamil y Primo, hasta once largos años. En los primeros años fue toda agradable a su marido, de hermosura verdaderamente viril, en esos tiempos no tenía más querer o no querer que el de don José Jerónimo; que cumplía con gusto sus antojos.

Pero en los últimos años de ese enlace ya no hubo buenos tratos ni menos felicidad, por lo que no estaban muy avenidos la Güera y su marido.

Aparte de esta relación bendecida por la santa madre Iglesia Católica, Apostólica y Romana, tuvo otros galantes devaneos en lo que no terciaba Dios, pero era lo que le pedía su alma con sed de amor.

(vicisitudes de los enamorados; única solución, disimulo y apariencia.)

Tuvo la Güera Rodríguez, sentimental relación con don José Mariano Beristaín de Souza, que ejercía de canónigo en la Santa Iglesia Metropolitana, que también tenía el título de Doctor, como se pone en la portada de su magnífica “Biblioteca Hispano Americana Septentrional, o Catálogo y Noticias de los Literatos que nacidos, o educados, o florecientes en la América Septentrional Española, ha dado a luz algún escrito o lo han dejado preparado para la prensa.

La Güera llevó a vivir a su casa al señor canónigo dizque (aparentemente) para que trabajara con sosegada calma en aquellas largas listas que hacía de escritores mexicanos y de la América Septentrional, ya que en la suya propia dizque (aparentemente) no tenían

sosiego para dedicarse a sus pacientes estudios bibliográficos. Estas listas eran seguidas por una pormenorizada enumeración de las obras que compusieron.

Para realizar este trabajo movía el señor canónigo un sin fin de papeles polvorientos y de volúmenes en donde se les mencionaba. Leía insaciablemente mucho de lo que produjeron esos escritores, para emitir un juicio certero y no sólo se echaba a pechos sus libros sino hasta los manuscritos que dejaron sin que fueran a las imprentas, por lo que estaba siempre atareado para componer su extensa Biblioteca Hispano Americana Septentrional, con la que ha engrandecido más el nombre de México.

¿Cómo para hacer este dilatado y pacienzudo trabajo iba a tener José Mariano Beristaín de Souza más sosiego y tranquilidad en la casa de doña María Ignacia Rodríguez que en la suya propia, esquina que hacían las calles de Tacuba con las de Santo Domingo?, ¿Qué a caso para trabajar a gusto, traslado a la residencia de la gentil Rodríguez gran parte de su biblioteca o, al menos los numerosos cuerpos de libros para no suspender su acuciosa, larga y meritísima labor? No, por Dios, allí trabajaba contento, contentísimo, con lo que eficazmente le daba con su fuego, la incomparable y linda señora. Teniendo ella y el señor canónigo perdidos los sentidos, estando en un puro embelesamiento; siempre despiertos y ágiles, vivos sus ojos que les relumbraban saltarines de puro gusto.

(en secreto, en silencio, las citas y los besos furtivos.)

Una tarde se citaron la Güera y el Canónigo en el anchuroso templo de la Casa de la Profesa, un atardecer ya rebosante de noche, sólo el

fulgor de una que otra vela de promesa y de alguna lamparilla veladora delante de una imagen, ponían su amarillo trémulo en la vasta oscuridad. La llamita de estas lámparas veladoras, se debatía temblorosa entre aquella sombra fragante de incienso y de rosas. En esto acertó a pasar por una nave el Prepósito don Matías Monteagudo y por un rincón en el que se amontonaba más la tiniebla, no sé que oyó, no sé que vio el bueno del filipense, que parece que tenía ojos como los de la lechuza, para los que la oscuridad es luz que los alumbran, o que sus oídos eran los de un tísico, que dicen que estaban tan afinados que perciben claramente el leve volar de una mosca lejana. El caso que con lo que oyó y miró dijo el inevitable: “¿Quién anda por ahí? Y sin contestar a la pregunta salieron de lo oscuro dos cuerpos rapidísimo como impelidos por un fuerte resorte que se distiende, y sobre ellos cayó de pronto la claridad trémula de una amarilla votiva y vio azorado el Prepósito quienes eran los que se ocultaban en aquel impropio refugio.

Se embraveció don Matías con un gran coraje, y dijo a los fugitivos unas palabras duras y exactas y los dos salieron de estampida corriendo más veloces que disparada saeta, por la ancha puerta que caía hacia San José del Real.

¿Para qué ir a platicar en la incomodidad de la Iglesia, si tenían para esto la muy tranquila soledad de la casa en la que siempre estaban con rostro halagüeño como si trataran de cosas naturales y fáciles? Tal vez don José Jerónimo, el marido de la Güera no los dejó con su enfadosa presencia estar solos, y por eso se fueron a refugiar en la Profesa, frontera a su casa, para proseguir conversaciones interesantes.

Por lo que pronto el chisme y los rumores, le llegaron a don José Jerónimo. Supo tal y cuales cosas, de seguro mentiras, y vio tales y cuales otras, de seguro amplificadas a figuraciones, y malició algunas más, que esas si podían ser, ya que la imaginación no tiene riendas que la detengan, y como este señor era dueño de un temperamento impulsivo y claderoniano, le dio de golpes a su gentil esposa.

La Güera impertérrita no soportó los malos tratos de su marido que le dejaban moretones en el rostro y en otras partes del cuerpo, por lo que la Güera pidió la separación.

Así también el marido demandó a la Güera Rodríguez, formándose un abultado expediente, este mamotreto, de varios folios es el tomo 582 del ramo Criminal, en donde se pide la separación conyugal.

La Güera se encantó con esa inquebrantable y buena determinación de su marido que más oportuna y excelente no podía ser, pues ansiaba romper la coyunda que le tenía unida a su esposo.

Pero don José Jerónimo dio las razones por las que solicitaban la separación, y ninguna de ellas era un grano de arroz. La acusó por “sacrilegios adulterinos excesos que con el más lamentable abandono de su conciencia y honra había cometido” diciendo que la Güera no guardó el debido decoro en su matrimonio y que salía las más de los días y las más de las noches, a quien sabe que negocios y afanes, por lo que él se llenó de inquietudes, nacidas del irregular manejo que su mujer tiene en su casa, en la que muchas veces lucía trajes escandalosos e indecentes.

(verdades a medias)

La Güera negó todo, pero denunció a su esposo porque éste intentó matarla dándole un tiro con una pistola. A lo que el marido contestó que en realidad lo que quiso era darle sólo un simple susto, pues la pistola con la que disparó no tenía balas, únicamente pólvora y tacos de sebo, nada perjudiciales fuera de que ensucian un poco donde caen y ni siquiera al tirar del gatillo dio chispa, no sonó el disparo con el que quería hacer temblar las carnes de espanto.

El proceso se prolongó varios meses, en el que uno y otro se inculpaban mutuamente, sin que se diera la sentencia. Pero la que sentenció este escandaloso asunto, que fue la comidilla en los estrados, rebóticas, en las tertulias del Parián y en las alacenas del portal de Mercaderes y de Agustinos, fue la señora muerte, ya que mientras se llevaba a cabo el pleito, se envió a Querétaro, comisionado con su regimiento, a don José Jerónimo, pero estando allá, éste cayó enfermo de un mal del hígado, que poco a poco lo hicieron rendir la vida, con lo que ya la separación con doña María Ignacia Rodríguez fue definitiva.

(las apariencias, el disimulo)

La Güera al enterarse padeció con una muy “moderada pena”, la muerte de don José Jerónimo su marido, pero para no dar más tema a las fáciles chismeras, la tuvo que rebozar con un poco de tristeza y con luengos lutos, porque:

“La mujer ha de ser buena,
y parecerlo, que es más”.

(Hace decir Miguel de Cervantes a Ocaña en la jornada I de la Entretenida).

Las novelas, la literatura, reflexiona Hortensia Moreno, tratan de los personajes que se han salido del orden sentimental impuesto, de su normatividad. Por eso las buenas novelas no están comprendidas en la lista de enseñanzas que se ha elaborado para dirigir la educación institucional. Las buenas novelas son buenas porque se mueven en múltiples direcciones, porque exponen diversas maneras de ser, de tal forma que la literatura en lugar de orientar el sentido de las relaciones sentimentales, dentro del terreno de lo “adecuado”, “ideal” y “correcto” en concordancia con el discurso oficial; en lugar de describir la sumisión a una norma impuesta, nos habla precisamente de las dificultades que ciertos seres humanos experimentan para evadir absurdas y ridículas imposiciones.

Por lo que las “buenas” novelas forman parte de esa otra educación, la de ruptura con el orden sentimental, que en la época colonial se enseñaba en silencio, discretamente, sobre entendida, soterrada con la escasa literatura prohibida, que llegaba clandestinamente a las manos de la sociedad novohispana. Dentro del índice de libros prohibidos por la Inquisición del Santo Oficio, se encontraban un gran número de novelas, sobre todo francesas.

CAPITULO V

1. La verdad y los valores sospechosos: visión y mentalidad colonial

El discurso oficial de la Iglesia Católica sobre las relaciones sentimentales y los comportamientos sexuales, proclamado como el único orden sentimental que debe regir, la única forma verdadera y universal que vale para todos los hombres y mujeres de todos los tiempos, católicos o no católicos, no importando los antecedentes de su cultura sentimental, sin tolerancia de ningún otro, fue trasladado de España a la Nueva España.

Esta visión del mundo, esta forma de pensar, de sentir, estas costumbres, hábitos, esta educación impuesta sobre las almas y los cuerpos recién descubiertos era la visión católica del mundo, cerrada, intolerante y dogmática, que imponía la obediencia ciega a su “verdad” y a sus “valores”.

En España la educación era dogmática, señala Sara Sefhovich, de modo que mientras el Renacimiento abría las mentes europeas, la Corona española y la Iglesia Católica se aferraban a modos de pensamiento, en que sus verdades teológicas eran irrefutables, de manera absoluta y definitiva. En el momento que Europa se abre a la crítica filosófica, científica y política, que prepara un Nuevo Mundo, España se cierra y encierra a sus mejores espíritus en las jaulas conceptuales de la escolástica.

En el siglo XVII se da la decadencia de España, en el momento del despertar de la modernidad en otros países. Las ideas bullían y se apelaba a la razón. Se escuchaban propuestas para limitar el poder de los monarcas, se habla de la soberanía del pueblo y de los derechos de las personas. Pero el país que había sido la gran potencia colonial, era en ese momento el imperio anacrónico de Europa.

En el siglo de Galileo y Newton, de Descartes y Kepler, el Santo Oficio de la Inquisición sólo veía herejías por doquier y castigaba a quienes se atrevían a asomarse por alguna rendija a los nuevos pensamientos. La mentalidad seguía siendo cerrada y saturada de religiosidad, intransigente e intolerante en materia de opiniones y creencias.

Para el siglo XVIII, la razón, el pensamiento se iluminaba, se liberaba, convirtiéndose en el Siglo de las Luces. En Francia surgen los llamados filósofos libre pensadores, los enciclopedistas que pretendían resumir todo el saber de la época, abogando por la tolerancia y la no intervención de la Iglesia en cuestiones de ciencia.

Pero a la Nueva España los conocimientos siguen llegando con muchas restricciones y se hace todo por impedir que entre algo de ese fermento. De todos modos la luz que se coló dio lugar a que en estas tierras surgiera una corriente de estudiosos que produjo tratados sobre geografía, botánica y matemáticas, historia y literatura.

En el último cuarto del siglo XVIII, en la Nueva España, nuevas ideas empiezan a conocerse, gracias a los libros que a pesar de prohibiciones y castigos circulaban profusamente. Se lee a los franceses que escribían

sobre la soberanía del pueblo, la limitación del poder real y los derechos del hombre.

De Montesquie, Voltaire, Diderot y Rousseau a la Revolución Francesa; de los avances de la física a la Revolución Industrial; de la crítica de las ideas religiosas al Enciclopedismo; de la independencia de Norte América a la Declaración de los derechos del Hombre; hay un movimiento intenso y fecundo que recorre el siglo.

Fueron momentos de reflexión y búsqueda, se abrieron los causes, las dudas y los deseos de darle primacía a la razón sobre las “verdades teológicas impuestas”. Se empieza a pensar en liberarse de las trabas mentales que imponía el modo de pensar rígido, ortodoxo y viejo de la escolástica y en acercarse a los razonamientos filosóficos y a los avances científicos.

Inicia el siglo XIX, las nuevas ideas y los descubrimientos científicos abren una época para la mente humana, al introducir la perspectiva de que la historia ha de llevar a un constante mejoramiento de la vida. Las colonias logran su independencia, en las nuevas naciones se discute y se pelea por los sistemas monárquicos o republicanos, centralistas o federalistas, liberales o conservadores. México apenas independizado de España se debate en el más largo y difícil de los nacimientos.

Se había adquirido la soberanía política pero todavía no se había modificado la mentalidad colonial, había elementos de continuidad que permeaban la vida cotidiana. Los hábitos, los valores rígidos impuestos por las tradiciones y las enseñanzas de la Iglesia Católica, van más allá de los cambios políticos; vinculan a la Colonia con el estado nacional, en la

manera que se piensa, se vive, se come, así como también en el mundo de las relaciones sentimentales que se recrean en el ámbito de lo privado. Hay cambio en el orden político y económico de la naciente nación mexicana, pero el orden sentimental aún no empezaba a cambiar.

1.1. ¿Acaso las leyes “divinas”, “naturales”, humanas, las normas, las constituciones expresan los sentimientos de toda la nación?

Si bien durante la guerra y consumación de la independencia en México por medio de proyectos de Constitución, decretos, artículos, congresos constituyentes, se hacían proclamas por la independencia, la libertad y soberanía política de México, no se pronuncian por la libertad y soberanía de los pensamientos y sentimientos personales, sometidos por el dogma y la intolerancia.

En los diversos documentos, en las constituciones de las primeras décadas del México independiente así como en los puntos dados por Morelos para la Constitución, el 14 de septiembre de 1813, en el documento que se conoce como los “Sentimientos de la Nación”, si bien enuncia importantísimos artículos sobre la independencia, la abolición de la esclavitud y la tortura, en otros apartados se muestra un aspecto de continuidad con el rígido, dogmático e intolerante pensamiento católico.

1. Que la América es libre e independiente de España y de toda otra Nación; Gobierno o Monarquía, y que así se sancione, dando al mundo las razones.
2. Que la Religión Católica sea la única, sin tolerancia de otra.
3. Que el **dogma** sea sostenido por la jerarquía de la Iglesia, que son el Papa, los Obispos y los Curas, porque se debe arrancar toda planta que

Dios no plantó: ominis plantatis quiam non platabit Pater Meus Celestis Cradicabitur. Mat. Cap. XV

Recordemos que el dogma es una enseñanza que debe ser aprendida de memoria, que no admite ni tolera cuestionamientos, y se le considera verdad indiscutible. Muchos pensadores avanzados como Giordano Bruno, Miguel Servet, y otros más pagaron con sus vidas el atrevimiento de cuestionar los dogmas; otros como Galileo Galilei sufrieron persecuciones.

Así también, estando Agustín de Iturbide en el poder, por Decreto del 24 de febrero de 1822, se instala el Congreso y se señalan las bases constitucionales y las autoridades que deberían de ejercer los poderes; se declara que la religión católica romana sería la única permitida y que la forma de gobierno consistiría en la monarquía moderada constitucional.

Posteriormente a raíz de la caída de Agustín de Iturbide, el Congreso constituyente por decreto del 31 de enero de 1824, proclama el Acta Constitutiva de la Federación, cuyos postulados se plasmarían concretamente en la primera constitución de la república.

Así el 4 de octubre de 1824, en “nombre de Dios Todopoderoso, autor y supremo legislador de la sociedad”, el Constituyente decretó una Carta Federal, compuesta por siete títulos y 171 artículos, de los cuales destacan:

1. La nación mexicana es para siempre independiente del gobierno español y de cualquier otra potencia.
2. Su territorio comprende el que fue el virreinato llamado antes Nueva España.

3. La religión de la nación mexicana es y será perpetuamente, la católica apostólica, romana. La nación la protege por leyes sabias y justas y prohíbe el ejercicio de cualquier otra.

El inicio de un cambio de mentalidad, de forma de pensar, de sentir, en algunos aspectos empezaría a gestarse con las generaciones precursoras de la Reforma, como José Ma. Luis Mora y Valentín Gómez Farías, seguido por la segunda generación de liberales políticos e intelectuales, como Melchor Ocampo, que sería uno de los principales impulsores del proyecto de Reforma, junto con Benito Juárez y Lerdo de Tejada.

El plan liberal tenía como objetivos fundamentales:

1. La separación del Estado y de la Iglesia
2. Ruptura del monopolio económico de la Iglesia
3. Extinción de los privilegios del clero y del ejército
4. Ruptura del monopolio de la educación del clero
5. Enseñanza gratuita y obligatoria
6. Fundación de escuelas en todos los poblados
7. Reforma de los programas de enseñanza.
8. Libertad de cultos.
9. Libertad de pensamiento y de expresión, para acabar con la censura eclesiástica.

Sin embargo a la censura eclesiástica, se le agregó también la censura civil, con respecto a la expresión de ciertas formas de

relacionarse sentimentalmente y a ciertos aspectos de las relaciones matrimoniales ya que en el Código Civil promulgado en 1870, como lo señala la historiadora Sara Sefhovich, los liberales no se atrevieron a contradecir las imposiciones de la Iglesia. Así que en algunos puntos fundamentales de la Ley del Matrimonio Civil, se copió a la letra parte del discurso oficial de la Iglesia Católica, en el cual el matrimonio era un acto público, ante testigos, por medio de un contrato, que se registraba en un acta por escrito, en los libros correspondientes quedando como testimonio perpetuo e irrevocable, se asentaba que el vínculo matrimonial no se disolvía por medio del divorcio, solamente se suspendían algunas de las obligaciones civiles. Lo que resultaba era más bien separación de cuerpos, y se asentaba claramente que ninguno de los cónyuges podía volver a casarse mientras el otro estuviera vivo, por lo que ambos cónyuges estaban impedidos socialmente para volver a relacionarse sentimentalmente.

Así también la unión libre, la cohabitación de un hombre y una mujer sin casarse, sin estar bajo control del Estado, antes, de la Iglesia, también seguiría considerándose ilícita, inmoral, como lo expresa el artículo 15 de la Ley del Matrimonio Civil: “El matrimonio es el único medio moral de fundar la familia, de conservar la especie y de suplir las imperfecciones del individuo...” Esto significaba que se sumaba la censura civil a la religiosa, con respecto a la libre expresión de esta forma de relación sentimental.

Aunque si hubo planteamientos muy importantes por los liberales más radicales, una vez iniciada la reforma educativa, al querer propiciar el fomento de la ilustración para ambos sexos: hombres y mujeres, pues este era un principio del liberalismo: “la idea de generar igualdad de

oportunidades para que destacara el individuo más capaz, conlleva el de la libertad de aprender”. La educación era también un camino para ingresar a las mujeres a la nación, al país civil y laico de la Reforma, frente a la importante influencia que en ellas había tenido la Iglesia Católica. Esta propuesta recibió fuertes críticas entre los conservadores, como era de esperarse, pero también entre los liberales moderados, como Ignacio Ramírez que en 1860, argumentaba que estaba a favor de que la mujer tuviera una educación similar al hombre, pero para que fungiera más eficientemente en las labores de maternidad, como preceptora de los hijos, “no nos ocuparemos de la mujer como ha existido en los siglos pasados, máquinas para hacer hijos, vestidos y comida; o como un positivo mueble de lujo para los ricos; o el primero de los animales domésticos para los pobres. Pero tampoco la consideramos en el porvenir que desean los reformadores más radicales y audaces: igual al hombre en las cátedras, en la tribuna y a caso en los mismos campos de batalla. Nos fijaremos en la mujer tal cual hoy alumbra nuestro hogar, brilla en los festines y en los bailes, desciende del altar para formar una nueva familia como se encuentra terminantemente clasificada por las “leyes divinas y humanas”.

Tanto en la época de la Reforma, como a finales del siglo XIX, ya en la época porfiriana, oponerse a las leyes naturales, divinas o humanas, de la Iglesia o el Estado, se le consideraba una rebelión, como podía leerse en la revista “El hijo del Trabajo” en un artículo titulado “La misión de la Mujer”.

“...Existe una rebelión abierta contra todas las leyes naturales, en algunas mujeres, ¡pocas felizmente! Parecen atacadas de una especie de enfermedad que podría llamarse el vértigo de la libertad, ellas en lugar de

limitarse a la justa ambición de igualarse al hombre en la ilustración y talento, quieren atribuirse otros derechos, reservados al sexo fuerte. ¡Ay! Deberían acordarse de que existe para la mujer una más noble tarea que la de afanarse para conseguir la libertad de votar y sentarse entre los legisladores para gobernar una nación, cuando tienen que gobernar su casa. En lugar de reclamar unos derechos cuyo uso sería para algunas de nosotras pernicioso, para otras imposible, y para la mayor parte ridículo, deberían acordarse de vuestra misión de madre, cuando Dios creó a la primera fémina del género humano...”

Modificar la mentalidad, la forma de pensar, las costumbres, los hábitos sentimentales, la visión del mundo y por tanto la educación, ha sido un largo y lento camino. Alejarse de las tradiciones, de los valores, de las enseñanzas heredadas de la Colonia tanto en México como en otros países de América Latina, se ha dado con pequeños pasos, con algunos saltos, y otras veces con estancamientos o con fuertes intentos de retrocesos, como nos da cuenta Ana María Portugal, sobre lo sucedido en Lima Perú, de donde es originaria. En su artículo “Educación para la culpa: formación y deformación”, hace una narración de lo acontecido en 1958, cuando al subir al poder un partido de derecha muy conservador, se produjo el primer intento nostálgico por retornar a las antiguas normas, tradiciones, costumbres y valores de la Colonia.

Este hecho se manifestó cuando un grupo de damas limeñas de las fuerzas vivas conservadoras, saco de los viejos arcones de la familia las sayas y mantos, que era vestimenta que se usó en la época colonial, para ponérselos durante las festividades de Santa Rosa de Lima. Suspirando por retornar a los valores de antaño, cuando las mujeres eran púdicas y

recatadas. Se quería revivir los consejos de Luis Vives: “lo ideal para las mujeres es salir lo menos posible a la calle, pero si habría que hacerlo llevando una vestimenta discreta y poco llamativa, descubriendo apenas un ojo para poder ver el camino”. Esta vestimenta de influencia islámica, constaba de un sayo y un manto que cubría por completo el rostro y sólo permitía una abertura a la altura de los ojos. Esta reminiscencia islámica se usó en el siglo XVII en Lima, dando origen a “la velada”, a “la tapada”. Pero afortunadamente las mujeres obedeciendo, pero no cumpliendo, haciendo del dicho al hecho algo muy estrecho, veladamente, silenciosamente, secretamente, con el método de transgresión posible, pusieron resistencia, convirtiendo esta vestimenta en moda. En la que sin faltar, sin desobedecer a la normatividad impuesta por la Iglesia, vestidas completamente, apenas con una rendija de luz en los ojos iban veladas, pero eso si bien entalladas, al punto que se estrecharon tanto la falda que fueron objeto de críticas, ya que muchas tapadas iban prácticamente enfundadas, mostrando nada “púdicamente sus formas”. Pero además no sólo eso, sino que muchas aprovecharon la posibilidad de salir de incógnitas, por lo que comenzaron a tejerse historias alrededor de las aventuras de las tapadas, como iban ocultas, veladas, podían esconderse con facilidad, acudiendo a una clandestina cita amorosa, ya que no se podía saber bien de quien se trataba. Por lo que la saya y el manto resultaron contraproducentes para los púdicos propósitos de la Iglesia, por lo que se dio la orden de que se prohibiera el uso de esa vestimenta.

Pero la propuesta de los conservadores como nos cuenta María Portugal, no sólo era regresar a la “vestimenta púdica y decente”, sino a las costumbres, tradiciones, valores y hábitos sentimentales, por lo que

suspirando con nostalgia, el periódico conservador “El Comercio”, publicaría en su página principal:

“La Colonia fue un edén, salvemos lo que de ella nos queda, reverenciemos lo que desapareció por nuestra culpa. Conservémosla, como tal, copiando los modelos de antaño”.

Finalmente que mejor para cerrar este ensayo, que unas sabias palabras de Miguel de Cervantes de Saavedra:

“A mucho obligan las leyes de la obediencia forzosa; pero a mucho más las fuerzas del gusto”.

Recordemos que la educación institucional, basada en la ideología del poder colonial, expresada en su discurso oficial, en que por medio de leyes, normas y reglamentaciones, imponía un determinado orden sentimental, no estaba pensada para el gozo, bienestar y felicidad de las personas. Al contrario, abiertamente la obstaculizaba ya que su función era inculcar un ideal educativo que favoreciera los intereses y proyectos políticos y económicos de la Iglesia y la Corona. Por lo que cuando el conde Cabarrús publicó: “LAS CARTAS SOBRE LOS OBSTÁCULOS QUE LAS LEYES NATURALES, DIVINAS, HUMANAS Y COSTUMBRES PÚBLICAS OPONEN A LA FELICIDAD”, su obra fue prohibida en España por el edicto del 10 de octubre de 1819, por contener máximas y doctrinas: “subversivas, sediciosas, revolucionarias, escandalosas, injuriosas, erróneas y heréticas, nocivas a la religión y a las buenas costumbres”.

Ensayo III

**LA EDUCACIÓN ES UNA BRÚJULA
UNA ORIENTACIÓN PARA LOS NAVEGANTES DE
LOS SUEÑOS, LA IMAGINACIÓN Y LA UTOPIA**

CAPITULO I

1. Extraño mundo sin orientación ni brújula: Los tiranos en los viajes de Gulliver.

Gulliver había viajado por muy lejanas tierras, como las de Liliput, donde sus habitantes eran del tamaño de su dedo meñique. Había desembarcado después de una tormenta, en Brobdignag, donde se encontró con hombres del tamaño de los cerros, por lo que fue necesario acondicionar la cuna de una muñeca para que pudiera pasar la noche. Había arribado a varias islas, entre ellas Laputa, que era una isla voladora, en completo movimiento que flotaba en el cielo, por lo que fue necesario subirlo con poleas, para poder llegar a piso firme. Pero de todos estos extraños lugares y extraños habitantes, ningunos eran de tan extrañas costumbres como los tiranos, que habitaban en la misma tierra donde Gulliver había nacido; como le relataba a su querido amigo, del país de los Houyhnhnms, que lo escuchaba con gran atención.

Los houyhnhms tenían forma de caballo y poseían hermosas cualidades: eran hospitalarios, benevolentes, amistosos y prudentes, por lo que Gulliver se encontraba tranquilo y contento con ellos, pasando una feliz, larga y placentera estancia en su país, como el mismo nos lo cuenta:

“Conforme yo iba progresando en la lengua houyhnhms, con mucho gusto, puede hacer un relato que satisficiera la gran curiosidad de mi amigo. Sobre mi lugar de origen, quería saber todos los detalles. Mis dudas eran grandes en cuanto a si me sería posible explicarme con claridad respecto algunos asuntos de los cuales los houyhnhms no podía formarse ideas, pues en su país yo no había visto nada similar para usar a manera de ejemplo o comparaciones. Sin embargo, no escatimaría ningún medio y me esforzaría por expresarme lo más claramente posible, recurriendo a ciertas semejanzas entre cosas y situaciones, pidiéndole hu que me ayudase cuando viese que me faltaba el vocablo adecuado.

Le expuse lo mejor que pude la situación y el estado del mundo; las respuestas que recibía de mí a todas sus preguntas sobre las diversas materias, se convertían en un fondo inagotable de conversación. Pero nada más voy a consignar la sustancia de lo que tratamos poniéndolo en el mejor orden posible, sin atender al tiempo u otras circunstancias, con tal de no apartarme un ápice de la verdad. Mi único temor estriba en que no sé si podré hacer justicia a los argumentos e ideas expuestos por mi amigo que habrán de resentirse necesariamente por mi falta de capacidad, así como de la traducción a nuestro bárbaro idioma.

Le dije que había nacido de padres honrados, en una tierra que se hallaba muy lejos de su país, la cual estaba dominada por los tiranos. Le relaté la prolongada guerra a que los tiranos se lanzaron, en la cual todavía se empeñan y aparecen comprometidas las más grandes potencias. A sus requerimientos, hice un cálculo de que en su curso ya habían muerto un millón de personas y quizá sucumbido cien o más ciudades, e incendiado o hundido barcos por cinco veces ese mismo número.

No pude evitar el mover ligeramente la cabeza y dejar dibujarse en mi rostro el horror y la tristeza. Y como la guerra no me era desconocida, le describí los cañones, culebrinas, mosquetes, carabinas, pistolas, balas, pólvora, espadas, bayonetas, batallas, sitios, asedios, retiradas, ataques, minas, contraminas, bombardeos, batallas navales, barcos hundidos con un millar de hombres dentro, veinte mil hombres muertos en cada bando, gemidos de moribundos, miembros volando por los aires, humo, ruido, confusión, muertos por aplastamiento bajo las patas de los caballos, huidas, persecución, victoria, campos cubiertos de cadáveres que sirven de alimento a perros, lobos y aves de rapiña: pillaje, despojo, estupro, incendios y destrucción. Le aseguré que yo había visto hacer volar a cien que quedaron cercados, y otros tantos en un barco; y que había contemplado cómo caían desde las nubes, despedazados, los cuerpos de las víctimas, con gran exaltación de los tiranos.

Me preguntó cuáles eran las causas o motivos corrientes que hacían que un país fuese a la guerra enfrentándose a otro. Le contesté que eran innumerables, pero que sólo mencionaría algunas de las más importantes.

A veces la ambición de un tirano, que cree no tener nunca bastante tierra y gentes sobre quien gobernar; otras, la corrupción de los ministros, que comprometen a su señor en una guerra para sofocar o desviar el clamor de sus súbditos contra su mala administración. La diferencia de opiniones ha costado muchos miles de vidas.

Algunas veces las disputas entre dos tiranos se suscitan por ver cuál de los dos despojará a un tercero de sus dominios, y sobre los cuales ninguno de ellos tiene el menor derecho. Hay ocasiones en que un tirano riñe con otro por miedo de que el otro riña con él. A veces entra en una guerra

porque el enemigo es demasiado fuerte, y a veces porque es demasiado débil.

Una causa que justifica a perfección una guerra es la invasión de un país cuyos habitantes acaban de ser diezmados por el hambre, destruidos por la peste o divididos por las banderías. Es justificable para un tirano mover a guerrear al más íntimo aliado cuando una de sus ciudades está enclavada en un punto estratégico para él, o una región o territorio que haría sus dominios más redondos y completos.

Es una práctica frecuente que cuando un tirano pide la ayuda de otro para defenderse de una invasión, el favorecedor, cuando ha expulsado a los invasores, se apodere de los dominios y mate, encarcele o destierre al tirano a quien fue a ayudar. Los vínculos de sangre o matrimoniales son una frecuente causa de guerras entre tiranos, y cuanto más próximo es el parentesco, más grande se hace la tendencia a pelear.

Las naciones pobres están hambrientas y las naciones ricas las quieren saquear; la miseria y la riqueza estarán siempre en discordia. Por esas razones, el oficio de mercenario es el de un tirano asalariado, entrenado para matar a sangre fría, en el mayor número que le sea posible, a individuos de su propia especie que nunca le ofendieron.

Asimismo existe una especie de tiranos miserables que alquilan sus tropas a las naciones más ricas por un tanto diario a cada hombre, de lo cual guardan para su provecho tres cuartas partes, y en esa forma obtienen la mayor parte de sus haberes; tales son algunos en muchas partes del mundo.

Existe la costumbre que cuando algún súbdito, descubre alguna tierra desconocida, ésta pertenece a la Corona. Por lo que un tirano envía fuerzas a esa nación, donde considera que las gentes son pobres e ignorantes, por lo que puede legítimamente matar a la mitad de ellos y esclavizar a las restantes para supuestamente “civilizarlas” y “redimirlas” de sus bárbaros sistemas de vida. Como lo hicieron sobre americanos semi desnudos.

Por ejemplo: una banda de piratas es arrastrada por la tempestad no se sabe a dónde; por fin un grumete descubre tierra desde el mastelero; desembarcan para robar y saquear; encuentran un pueblo inofensivo que les reciben con amabilidad; toman de él formal posesión en nombre de su tirano; erigen como señal un tablón podrido o una piedra; asesinan a dos ó tres docenas de indígenas, y se llevan consigo, por la fuerza, a una pareja como muestra; regresan a su patria y obtienen el perdón. Aquí comienza un nuevo dominio, adquirido con título de derecho divino. Se envían barcos a la primera oportunidad; se expulsa o se destruye a los naturales; los torturan para obligarlos a declarar dónde tienen su oro; se concede plena autorización para todo acto inhumano y lascivo, y la tierra despide vaho de sangre de sus moradores. Y esta execrable cuadrilla de carniceros, empleada en aquella piadosa expedición, viene a ser una colonia moderna, destinada para convertir y civilizar a un “pueblo idólatra y bárbaro”.

Mi amigo me escuchó con grandes muestras de inquietud en su semblante, había duda e incredulidad, son cosas tan poco conocidas en aquel país. Iba a continuar mi relación con nuevos detalles, cuando mi amigo me pidió callar, no podía creer posible que existiera un animal como

el tirano, que fuera capaz de llevar a cabo todos aquellos actos tan viles que le había descrito.

Añadió que ya me había oído hablar demasiado sobre ese horrible asunto de la guerra tanto en ésta como en otras ocasiones, y existía otro tema que la causaba cierta perplejidad: el dinero. Me costó trabajo poder explicarle el uso del dinero, el material de que estaba hecho y el valor de los metales. Que cuando un tirano lograba atesorar una cantidad de este metal, podía comprar, las mejores casas, grandes extensiones de tierra, las comidas y bebidas más costosas, por tanto, los tiranos nunca creían poseer bastante para gastar o atesorar, según fuesen sus inclinaciones al despilfarro o a la avaricia. Le expliqué cómo los tiranos se apropiaban del fruto del trabajo de los pobres, siendo estos últimos en proporción de diez mil a uno con relación a los primeros; que la gran mayoría de la gente se veía obligada a vivir en forma miserable, trabajando diariamente por pequeños salarios, para que unos cuantos viviesen en la opulencia. Me extendí en estos y otros muchos detalles encaminados al mismo fin. De ahí se derivaba, fatalmente, que nuestra gente, en gran número, se encontraran en la necesidad de buscar un medio de vida en la mendicidad. Pero mi amigo continuaba sin entenderme, ya que partía del supuesto de que todos los animales tenían derecho a una participación en los rendimientos de la tierra, y mucho más aquellos que superan numéricamente sobre todos los demás. Intenté aclararle dándole algunas ideas sobre la ambición del poder y de riquezas.

Todo esto me vi forzado a describirlo, poniendo ejemplos y haciendo suposiciones. Después de lo cual, como sí su imaginación hubiera recibido el choque e impresión de algo jamás visto ni oído, alzó los ojos asombrado

y lleno de indignación. No encontraba palabras equivalentes en su idioma que pudiesen expresar el significado del dinero, la avaricia, la guerra, el poder, el gobierno y mil cosas más, por lo que tropecé con grandes dificultades casi insuperables, para dar a mi amigo una idea de lo que quería decirle.

Pero como él poseía un entendimiento excelente y despierto, desarrollado por la observación y buen discurso, llegó por fin a un conocimiento suficiente de lo que es capaz de hacer un tirano en los lugares del mundo que nosotros habitamos. Ya había tenido antes ocasión de discurrir con mi amigo sobre la naturaleza del Gobierno en general, pero al haber mencionado por casualidad la palabra Presidente, me pidió, poco después, que le informase a qué especie de tirano me refería en especial con aquel apelativo.

Le respondía que el tirano que iba a describirle, era un ser exento de alegría, amor, piedad, que no tiene sentimientos, solo un imperioso y violento deseo de riquezas, poder y títulos. Emplea y aplica sus palabras a todos los conceptos, menos para indicar cuál es su propia opinión, nunca dice la verdad sino que trata de probar con múltiples y confusas palabras, que lo blanco es negro y lo negro es blanco, según su conveniencia. Como durante toda su vida ha tenido inclinación a ir contra la igualdad y la verdad, va ser para él necesario favorecer el fraude, la humillación y el perjurio; con lo cual ha conseguido confundir y ofuscar totalmente la esencia de la verdad y la mentira, la razón y la sinrazón.

Para que alguien pueda elevarse y alcanzar el cargo de tirano Presidente, existen tres métodos: el primero, traicionar y desprestigiar a su predecesor; el segundo, saber usar con prudencia de una esposa, una hija

o una hermana; el tercero, mostrar en asambleas públicas un celo furioso contra las corruptelas de la Corte. Aunque casi siempre preferirán a este ultimo; porque aquellos celosos críticos, siempre resultan ser los subordinados más rendidos a la voluntad y a las pasiones de su señor Presidente. Como estos tiranos tienen todos los empleos a su disposición, se mantienen en el poder corrompiendo a la mayoría de un Senado o un Gran Consejo, y por último, valiéndose de un expediente llamado Acta de Indemnidad –cuya naturaleza expliqué a mi amigo-, quedan a salvo y se aseguran de cualquier revisión o ajuste de cuentas que pudiera sobrevenir, y se retiran de la vida pública cargados con los despojos de la nación.

El palacio del tirano Presidente, es un seminario donde otros se educan en el mismo oficio. Pajes, lacayos y porteros, por imitación de su señor, se convierten en tiranos de sus jurisdicciones respectivas, y aprenden a distinguirse en tres importantes componentes: embuste, altanería y soborno. De esa manera estas cortes subalternas graduadas en corrupción y desvergüenza, llegan después de diversas etapas a ser sucesores de su señor.

Cuando le aseguré que los tiranos eran los únicos que gobernaban en mi tierra, mi amigo declaró que iba más allá de lo que pudiese concebir. Me dijo que se daba cuenta de que mi disertación había llenado su mente de angustia e inquietud por aquellas cosas que hasta entonces le habían sido desconocidas.

Es fácil para nosotros los que viajamos por países remotos, rara vez visitados inventar descripciones de animales maravillosos, así de mar como tierra, siendo que el fin principal de un viajero debe ser el lograr hacer seres mejores y más sabios, perfeccionando sus criterios y sus

juicios por medio de los malos y los buenos ejemplos derivados de aquellos relatos que se refieren a lugares y seres extraños diferentes.

Así amables lectores he tratado de hacerles una narración fiel y verídica de mis viajes, que duraron dieciséis años y más de siete meses; y en la que no me he cuidado tanto de la galanura de su presentación, como de ajustarme siempre a la verdad. Hubiera podido tal vez asombrarte con extraños cuentos inverosímiles; pero he preferido relatar llanamente los hechos, usando del modo y estilo más sencillos”.

Gulliver

Pocos días después de la aparición del libro “Los viajes de Gulliver”, noviembre de 1726, el poeta John Gay le escribe a su gran amigo Jonathan Swift:

“Hace algunos días que salió publicado el libro sobre los viajes de un tal Gulliver; y a partir de entonces se ha convertido en el tema de todas las conversaciones. La edición completa se ha vendido en el espacio de una semana, y nada resulta tan divertido como escuchar los diferentes comentarios y juicios que ha provocado. No hay quien no haya leído esta obra con verdadero placer o interés. La voz pública desliza y desearía que el autor del libro fueras tú; pero me han informado que el librero declara no saber absolutamente nada. El entusiasmo por leerlo es enorme. Todos los políticos están de acuerdo en que, si bien es verdad que en él no se pueden hallar alusiones satíricas personales, en general todos han sido tratados con gran severidad.

Algunas gentes encuentran en cada página alusiones veladas, pero inconfundibles; y es más que probable que las nuevas ediciones, que no tardarán mucho en publicarse, vendrán acompañadas de notas en las cuales se aclarará lo que Gulliver quiso decir maliciosamente, en tal o cual párrafo.

Nuestro amigo Harcourt, hace grandes elogios de este libro; pero opina que en algunos pasajes se ha ido demasiado lejos. Hay quienes han desaprobado totalmente la obra, no hay que sorprenderse ante su desagrado, pues ellos se destacan en forma notable dentro de esa fauna de tiranos.

Espero con emoción noticias tuyas...”

2. Tirano y su hada madrina

Entre esta fauna de tiranos, procedentes de mundos extraños, incomprensibles, sin razón, ni orientación, ni brújula, está el personaje de un cuento, escrito por Joseph C. Vincent Marqués.

“Dicen que aquellos que nacen en luna llena, cuando en ningún lugar de la tierra sopla el viento y los lobos no aúllan porque tienen faringitis, reciben el don inapreciable de tener una hada madrina, que les concede un deseo cada diez años.

Al cumplir diecisiete años, Tirano se internó por primera vez en el bosque al encuentro de su hada madrina. La encontró bromeando con unas flores a las que cambiaba de color en medio de sus risas y a pesar de sus protestas.

- Hola, Tirano, ¿cuál es tu deseo?

- Quiero ser poderoso
- Ya lo eres
- Quiero decir todo un hombre poderoso, un auténtico hombre poderoso.
- ¿Y eso en qué consiste, Tirano?
- Quiero ser un gran guerrero.

El hada madrina lo convirtió en un gran guerrero. Durante años Tirano derrotó ejércitos, rindió fortalezas inexpugnables, mató hombres de todos los colores y tamaños.

Pero cuando volvió a encontrarse con el hada lo encontró triste.

- No estoy seguro de que eso sea ser un hombre poderoso, un auténtico hombre poderoso, madrina.
- ¿Cuál es entonces tu deseo?
- Quiero tener mucho poder, quiero que todos me obedezcan.

El hada lo convirtió en un hombre muy poderoso dotándole de gran riqueza, con lo que Tirano se hizo de un ejército de empleados, que sólo le obedecían a él.

Diez años después acudió cabizbajo a la cita con su hada madrina.

- No estoy seguro que eso sea tener un auténtico poder.
- ¿Cuál es entonces tu deseo?
- Quiero ser un hombre prestigioso y poderoso.

El hada se lo concedió, lo envió a estudiar a prestigiosas universidades pero a Tirano no le interesaba aprender, solo quería poder para corromper, lo que le gustaba era utilizar su astucia para juntar y dividir, para comprar y sobornar, así como la indiferencia suficiente para no sentir jamás escrúpulos.

Diez años después, el hada madrina lo encontró en el bosque con barba de tres días, sin comer y deprimido.

- Te has adelantado a la cita.

- Estaba inquieto. No estoy seguro de que ser un hombre prestigioso sea lo que distingue al verdadero hombre poderoso.

- ¿Qué quieres que te conceda?

- Quiero ser un conquistador, quiero que las mujeres se acerquen a mí.

- El hada madrina suspiró, podrías haber pensado eso hace veinte años, me hubiera resultado menos difícil que ahora, pero vale.

Cuando se alejaba, Tirano oyó que le llamaba el hada.

¡Ah! Tirano, supongo que también querrás ser muy fogoso y sexualmente poderoso y todo eso. Antes de que me lo tengas que pedir dentro de diez años más, te lo concedo ahora.

Marchó Tirano agradecido y antes de salir del bosque encontró a una bella campesina que al verle suspiró y dejó caer el cántaro de leche que portaba, y se iniciaron así diez años en los que Tirano aprovechó de cuanta doncella encontró, pero a todas hizo infeliz y causó tristeza..

Años después el hada madrina lo encontró verdaderamente cabizbajo, delgado, por los días de ayuno.

- Esperaba verte contento esta vez.

- Es que todavía no me siento un verdadero hombre poderoso.

- ¿Qué quieres pues ahora?

- Eso, ser verdaderamente poderoso.

- Yo quiero ser todo un hombre poderoso, un hombre auténticamente poderoso.

Mira, ¿por qué no te olvidas de eso? Has matado, has reprimido, has causado dolor, miedo, tristeza y me has estado molestando, para que te convierta en un verdadero hombre poderoso. Y no has sido feliz. Puedo concederte que seas feliz y puedas hacer feliz a los demás.

No quiero ser feliz. Lo que quiero es ser un verdadero hombre poderoso.

Pues, mira estoy harta de tu torpeza, de tu desorientación, de tu falta de brújula, corazón y razón, y aunque sea tu hada madrina jamás me volverás a ver”.

CAPITULO II

1. Una brújula para orientar a los navegantes de los sueños, nostalgias y utopías

La educación al igual que una brújula tiene una orientación, afirma el pedagogo Paulo Freire; esta orientación tendría que estar dirigida hacia la realización de un sueño, señalando el camino que conduce hacia la utopía. La educación orienta, transmite ciertos valores, ciertos ideales y conocimientos; elige, verifica, presupone, convence, descarta, y elogia, no es neutral, sino como una brújula apunta a favor del desarrollo de un modelo de sociedad, de cierto tipo de relaciones sentimentales, de cierto tipo de ser humano frente a otro.

A diferencia de los tiranos, que en su afán de poder y riquezas, como una pesadilla arrasan el planeta, causando sufrimiento, opresión y tristeza; así también hay navegantes que a su paso por la tierra, son inspiradores y artesanos de dulces sueños y generosas utopías.

El dulce sueño de construir relaciones entre los seres humanos más generosas, armónicas y solidarias, ha sido como lo expresa el historiador Enrique Semo: “terreno fértil para el florecimiento del pensamiento utópico”.

Oscar Wilde afirmaba “que un mapa del mundo que no incluye la utopía no es digno de ser mirado”. Alain Touraine escribió que “el pensamiento utópico es indispensable como estadio en el proceso de cambio social y cultural”.

“Utopía” es un término ideado por Tomas Moro, un dulce navegante de los sueños, que entre 1515 y 1516, diseña un nuevo modelo de sociedad, en la isla de “utopía”, que en griego significa “no hay tal lugar”, por lo que en su libro que lleva este nombre, la inventa y le da vida. Tomas Moro no acepta las injusticias de la época, que condenaban a las personas a la pobreza, a la guerra y al trabajo agobiante, por lo que somete a una severa crítica al orden existente y eleva sus ojos hacia un mundo imaginario. En sus sueños y utopías, crea una comunidad imaginaria en donde no hay guerra y solo reina la paz y la armonía. No existe la pobreza, ni el trabajo esclavizante, lo que permite a los habitantes dedicarse al estudio del arte y de las ciencias. Aquí en esta imaginaria isla de Utopía, no existe el dinero, la propiedad de la tierra es comunitaria, la cual se cultiva colectivamente para obtener el sustento que se distribuye en forma igualitaria. En su boceto de dulces sueños y utopías, dibujaba los rasgos de una sociedad feliz, que se pudiera recrear en la realidad. Sueños y utopías que influyeron profundamente en los movimientos sociales y culturales, incluso en la colonización de América; utopías que inspiraron sobre todo a otro artesano de dulces sueños: Vasco de Quiroga.

1.1. Ensayo de la utopía de Tomas Moro en la Nueva España, recreada por Vasco de Quiroga.

“Hacia el Nuevo Mundo, la nación española envió los hidalgos, representantes desesperados de un feudalismo caduco, burócratas y

funcionarios ambiciosos de un poder despótico; pero paradójicamente envió también a los misioneros humanistas portadores de los sueños y utopías renacentistas de una Europa en ebullición”, como nos narra Enrique Semo, en su libro “México, un pueblo en la historia”.

Las conquistas españolas del siglo XVI casi siempre se trataban de una expedición en la cual un grupo de comerciantes o financieros suministran fondos, bardos y pertrechos, y un capitán aventurero recluta a los participantes y dirige la empresa, obligándose a compartir el botín con sus promotores. En suma, una alianza temporal accidentada y pasajera entre comerciantes e hidalgos. Los primeros buscan ganancias comerciales; los segundos quieren enriquecerse pero sobre todo, revivir la sociedad feudal de la cual se sienten herederos, en la que se acumulaban títulos, señoríos y poder, que terminada la Reconquista no pueden ya obtenerse en España.

Cortés sabía que sus victorias militares solo eran el primer paso en el establecimiento del poder español. Por eso, ya en sus cartas de relación pidió al rey que enviara urgentemente religiosos para que se hicieran cargo de la conversión de los indios. Pidió que no se enviaran canónigos sino frailes misioneros “de buena vida y ejemplo”. Esta solicitud fue bien recibida por Carlos V, en respuesta a una petición suya, el Papa autorizó por medio de una bula, a los franciscanos y otras órdenes mendicantes a realizar su obra misionera en la Nueva España. Fue entonces cuando llegaron los misioneros cuyas ideas concordaban estrictamente con sus hechos. La garantía de la veracidad de sus predicas serán sus propias vidas. Los frailes eran como Cortés y sus soldados, hombres blancos y barbados, pero su pobreza y humildad contrastaban profundamente con el

porte soberbio y la codicia de los soldados que habían conquistado a la Nueva España. Pobrementemente vestidos compartiendo el alimento y la vivienda de los indios, los frailes se ganaron el respeto y la confianza de estos. Los franciscanos arribaron en 1525, los dominicos en 1526 y los agustinos siete años más tarde. Gran parte de ellos habían sido preparados para servir como misioneros, en sus filas abundaban las personas hábiles, decididas y armadas de una resistencia física y espiritual excepcionales. Muchos de ellos habían recibido una excelente formación renacentista en las universidades de Salamanca y Alcalá, contando además con una larga experiencia de trabajo misionero entre los gentiles por lo que estaban entrenados en el estudio de idiomas extranjeros, antiguos y modernos. Además de los misioneros, llegan también, hombres excepcionales, como Bartolomé de las Casas y Vasco de Quiroga, imbuidos de los más elevados ideales humanistas, con una excelente formación renacentista. Ellos vinieron a América no para lucrar, sino para realizar sus ideales, sus sueños y utopías, marcadas por la aspiración de un regreso a los ideales del cristianismo primitivo.

En el viejo continente europeo se desarrolló un movimiento de cristiandad renovadora, un deseo vehemente de renovación, que empieza a manifestarse con intensidad, en protesta contra la conducta de la Iglesia y contra las costumbres observadas por un gran número de clérigos que olvidando por completo el espíritu evangélico, se habían sumido en la corrupción. Muchos espíritus selectos como Buenaventura, recordaban con nostalgia los viejos tiempos apostólicos en que entre los primeros cristianos “lo que tenían era en común y para ello vendían sus bienes, que se repartían entre todos según las necesidades. Aquellos cristianos habían

renunciado a la mentira, a las truhanerías, a la codicia, al hurto, a la ira y a la maledicencia; querían instaurar en su comunidad: la bondad, la justicia y la verdad; también la igualdad entre todos, sin distinción de judío ni griego, ni de sierva ni libre, ni tampoco de hombre y mujer”.

Vasco de Quiroga estaba profundamente influenciado por este movimiento de renovación cristiana y por la Utopía de Tomas Moro, que debía según su parecer, constituir la carta magna de la civilización europea en el Nuevo Mundo. Consideraba que la tarea civilizatoria no era trasplantar el sistema social vigente en el Viejo Mundo sino crear nuevas comunidades indígenas, amalgamando las tradiciones del calpulli, las ideas utópicas de Moro, el cristianismo primitivo y los ideales renacentistas. El historiador Enrique Semo señala que los sueños y utopías de Vasco de Quiroga, no se quedaron en papel, llegaron a ser realidades florecientes en las comunidades que fundó en Santa Fe de México y en Michoacán a las orillas del lago Patzcuaro, en donde prosperaron durante más de treinta años, sobreviviendo cuarenta años después de la muerte de su inspirador.

En su libro “El pensamiento de Vasco de Quiroga: génesis y trascendencia”, Julio Cesar Moran Álvarez, nos proporciona toda una valiosa información sobre el humanista del Madrigal de las Altas Torres, de sus obras y fundaciones, señalando que Vasco de Quiroga llegó a la Nueva España como uno de los juristas que integraban la segunda audiencia y que en 1537 fue nombrado obispo de Michoacán, o mejor dicho el obispo de Utopía. Inicialmente Vasco de Quiroga planeo realizar sus comunidades experimentales instalándose en terrenos baldíos, pero se dio cuenta que eso no era posible porque los españoles no los dejarían florecer, y en cuanto prosperaran en alguna parte se las quitarían a los

indígenas. Era necesario agruparlos en comunidad y basar su derecho de propiedad en los usos conocidos tanto en España como en la América española.

Sobre sus proyectos y sus adquisiciones, Quiroga informo al rey a la vez que le pidió ayuda y así el 13 de noviembre de 1535, el monarca otorgo una cedula en que ordenaba se le dieran tierras para los “hospitales” . Tal vez la intención de llamar hospitales a las comunidades de indios, haya sido la de conseguir el respaldo de las autoridades, sobre todo del monarca español. La palabra hospital aplicada a estas comunidades alude a la noción de “hospitalidad” de ayuda y buen acogimiento para quienes lo requieren.

Quiroga soñaba con extender su obra a más indígenas, por lo que “con su propio salario que era de seis mil maravedíes y mil quinientos de ayuda de costas empezó a comprar tierras a los españoles para entregarlas a los indígenas para formar sus hospitales. El 30 de agosto de 1532 compró a Pedro de Meneses dos partes de una estancia; luego una tercera parte de la estancia de Alonso Dávila. Dos años más tarde a Juan de Fuentes le compró una estancia y al mismo Dávila otro pedazo en la misma zona, luego, Juan de Burgos le vendió “una heredad de huertas y tierras de pan y árboles de Castilla y palomar para ensanchar y engrandecer el hospital pueblo para albergue y reparo de indios pobres.” En 1535 Quiroga adquirió dos estancias más que compro a Alonso Paredes.

Era patente su afán, su entusiasmo para realizar sus anhelados proyectos de comprar tierras para las comunidades indígenas, esa poderosa convicción podía llevarlo a gastar cuanto ganaba, privándose de

sus salarios y aún más endeudándose, como lo confirma el obispo Zumárraga, en una carta que envía al Consejo de Indias: “Creo que el gran amor que éste buen hombre les muestra a los indígenas se prueba bien con las obras y beneficios que de continuo les hace y con tanto ánimo y perseverancia, que nos hace ventaja a los prelados de acá, que siendo oidor gasta cuanto S.M. le manda de salario, a no tener un real y vender sus vestidos para proveer a las congregaciones cristianas que tiene...”

Algunas veces, sus amigos y compañeros intercedían para el beneficio del hospital; por ejemplo, el obispo Ramírez de Fuenleal, presidente de la Audiencia hizo una briosa defensa del hospital, cuando aprovechó la ocasión para pedir al monarca que apoyara anualmente con “mil y quinientas fanegas de maíz, que costaban mil quinientos reales”, obteniendo la merced real durante los años 1533 a 1538.

Hay una cédula de la reina de 1535 dirigida al virrey Don Antonio de Mendoza en la que ordena repartir “entre ellos la parte de las dichas tierras que vos pareciere”. El virrey ordenó entregar dichas tierras “para que los vecinos de dicho pueblo la puedan romper y plantar y cultivar ahora este para siempre jamás como cosa suya, e propia”. Carlos V hizo otras donaciones de tierras y eximió de tributos a sus moradores.

Vasco de Quiroga realizó también un viaje a España con la finalidad de conseguir ciertas mercedes para su hospital-pueblo. Y así gestionó y le fueron otorgados los mismos privilegios e indulgencias que los del hospital de la Concepción de México; obtuvo un privilegio real para que los indios que allí vivieran no fueran enviados a las minas, además de que de alguna manera quedaran emancipados de las autoridades coloniales, y sólo siguieran las ordenanzas del hospital.

Con grandes gastos recibió cientos de familias de mexicanos, les había comprado tierras y dado orientación, para su gobierno. Vasco de Quiroga redactó todo un tratado de “ordenanzas” para el ideal funcionamiento de la comunidad, inspirado por la Utopía de Tomás Moro, orientó su organización, con base a los siguientes fundamentos:

Comunidad de bienes: En Utopía encontramos el régimen de comunidad de bienes, en donde la distribución se realiza con arreglo a la igualdad y la justicia. Nadie es propietario de las casas que habitan ni de sus huertos, sólo usufructuarios. Los utópicos “considerábase como simples cultivadores y no como propietarios de las tierras. De igual manera, los bienes recolectados como consecuencia del trabajo se distribuían entre todos. Cada familia entregaba los productos de su labor, los que son repartidos, según su especie, en almacenes distintos y cada uno de los padres de familia va a buscar lo que necesiten él y los suyos, y se lleva lo que sea, sin que por esto tenga que entregar dinero o cosa alguna”.

Al igual que en Utopía pero en Michoacán, Vasco de Quiroga en sus ordenanzas señala que: “Los frutos del trabajo común se reparten entre todos, según lo que cada uno por su calidad, necesidad, manera y condición lo haya menester para sí y su familia, de manera que ninguno padezca en el hospital la necesidad. De los bienes producidos por el trabajo debe quedar un remanente para hacer frente a cualquier eventualidad, hay que guardar aquel en una caja o cofre barreteado provisto de tres llaves donde se recoja, que no se dañe ni se pierda, el trigo o el maíz y las otras semillas y granjerías que se recogieren en común, como es dicho, para que después allí se dé y reparte por todos, como lo hayáis todos y cada uno por sí menester, como queda dicho arriba. Y en

cada familia también tengáis donde, así mesmo, guardéis a buen recaudo, lo que así se os repartiere y en particular tuviere”.

Aprendizaje del cultivo de la tierra y de las letras: Uno de los principales frutos del trabajo se obtiene de la agricultura, por lo que Vasco de Quiroga empezó dando una primordial importancia a la agricultura, que sitúa por encima de todos los trabajos, oficios, artesanías e industrias. “La agricultura es el oficio común a todos; cada uno debe realizarlo según sus fuerzas y con toda buena voluntad y posibilidad, salvo enfermedad u otro legítimo impedimento”.

“También a los niños que se criaren en el Hospital juntamente con letras del ABC, y con la doctrina cristiana, se les ha de enseñar la agricultura, porque todos habéis de saber bien hacer y ser ejercitados, y diestros en el oficio de la agricultura desde la niñez”.

Su maestro debe acompañarlos al campo, llevarlos a alguna de las tierras más cercanas de la escuela, y allí realizar su trabajo “a manera de regocijo, juego y pasatiempo, una ó dos horas cada día. Lo recogido y cosechado se repartirá entre ellos de acuerdo con la edad y el trabajo realizado”.

En las tierras que se habían adquirido, los indígenas cultivaban trigo y cebada; araban la tierra con yuntas de bueyes; plantaban huertas de albaricoques, membrillos y duraznos. Desarrollando una actividad incansable, Vasco de Quiroga aceleró la introducción de la técnica de los conquistadores en sus comunidades. Gracias a él, en Michoacán, la manzana, la pera, los cítricos, los plátanos y las uvas fueron introducidos

en forma temprana. Solicitó además dos cerrillos para plantar olivos y viñas en la misma provincia, los cuales le fueron concedidos.

Organización económica: El proyecto de Vasco de Quiroga no se contentaba sólo con poder cubrir las necesidades de alimentación básica y vivienda para todos los miembros del hospital sino que de diferentes lugares de la Nueva España traía maestros especializados, españoles e indios que realizaban dentro de los hospitales de Santa Fe su misión de enseñanza. Eran una especie de escuelas de artes y oficios. Una de las creaciones de Don Vasco más importantes fue el establecimiento de trabajos de artesanías y oficios en los hospitales, así como el impulso que supo darles en otros lugares de su diócesis en Michoacán.

Tuvo el acierto Quiroga de percatarse y de utilizar la particular disposición que de antiguo habían mostrado los indios de Michoacán para las labores de artesanía. Efectivamente, en la "Relación de Michoacán", se dan abundantes datos sobre la organización que los purepechas habían establecido para el desarrollo de este tipo de trabajo. Warren resalta entre las habilidades de estos indígenas el laqueado de vasijas de maderas, adornados con dibujos, los trabajos en cobre y los métodos de fundición empleados. Añade el mismo autor que entre los regalos que en 1521 envió el monarca purépecha a Cortés había muchos objetos de artesanía local, como diademas, zapatos y brazaletes de cuero, mantas de algodón y jícaras policromadas entre otros. Había, inclusive, en la organización purépecha un sistema de sucesión para los oficios semejante al que más tarde estableció Quiroga, ya que el hijo o hermano del artífice fallecido le sucedía en el oficio.

Se encontró Vasco de Quiroga en Michoacán con una tradición artesanal, valorando enormemente estas particulares disposiciones; y les dio tan grande impulso que durante siglos constituyeron la base del sostenimiento de muchos indígenas. El sistema con el que Don Vasco organizó estos trabajos está lleno de sabiduría y prudencia. Francisco Javier Alegre relata que Quiroga mandaba traer de otros lugares arquitectos, carpinteros, herreros, fundidores y gran variedad de artífices en calidad de maestros, y a cada especialidad asignaba un pueblo o lugar determinado, de suerte que en unas comarcas se especializaban en la fabricación de loza, en otras en trabajos de hierro o de cobre o en sogas y cordeles o en telas. En diferentes lugares tenían que establecerse los curtidores, los pintores, los alfareros y los artífices en plumas. Merced a estas disposiciones era inevitable la intensificación del comercio entre unos y otros. Los conocimientos de las diferentes especialidades se transmitían de padres a hijos, llegando a constituir un verdadero patrimonio familiar. Bravo Ugarte da más datos y nos dice que del barro corriente hacían adobes en Santa Fe de la Laguna y del fino, loza en Tzintzuntzán; del cobre fabricaban anzuelos en Janicho, fundían cazos y otros objetos en Santa Clara de los Cobres; las campanas eran elaboradas en Pátzcuaro y Valladolid. En Tiricuaró se cortaban tablas y tejamanil; en Santa Fe de la Laguna y otros lugares, se hacían sillas y muebles; baúles y jícaras en Uruapan. Fueron famosas las redes de Janicho. Los artífices de petates, colchas, mantas y rebozos estaban diseminados por la comarca. En Paracho se hacían guitarras, en Pátzcuaro mosaicos de plumas.

Vasco de Quiroga estableció talleres para hilar y tejer bajo la supervisión de artesanos españoles, confeccionaban varias clases de

paños corrientes, jergas, sayales, frazadas, mantas y algunas telas finas. Para proveerse de lana tenían rebaño que no alcanzaba a satisfacer las necesidades. Pedro de Solís declaró que “habían vendido gran cantidad de lana al sacerdote encargado del pueblo. Tanto los residentes de Santa Fe como los extraños, utilizaban un batán situado en la huerta”

Organización política: Su proyecto era que todos pudieran vivir en “armonía, sin ambiciones ni querellas”. Esta armonía se podría lograr estableciendo formas democráticas en la conducción de los hospitales-pueblos, integrado por los regidores y el principal, todos ellos elegidos entre los naturales. Los padres de familia eligen al principal. El procedimiento de elección es el siguiente: las familias del Hospital se dividen en cuatro partes o cuadrillas, cada cuadrilla elige un representante, y los cuatro así nombrados, después de oír la misa del espíritu Santo, eligen mediante votación secreta a uno de ellos por principal. La duración de este cargo del elegido es por tres años. Es de la competencia de los principales y de los regidores el nombramiento de los demás cargos necesarios para el Hospital. El principal debe procurar, según palabras de Vasco de Quiroga, “ser amado y honrado por todos, más por razón y amor, que por temor y rigor”.

La persuasión, no la coacción: V. de Quiroga era un hombre ligado estrechamente a los más nobles ideales de su tiempo. Siempre demostró su inclinación hacia la búsqueda de soluciones pacíficas a los conflictos sociales, ajeno en absoluto a las medidas de fuerza que solían emplear otros funcionarios, y personas eclesiásticas. Logró liberar a sus hospitales-pueblo de toda intervención del poder público.

A diferencia de la isla de Utopía, en que el desacato a las normas se sancionaba con la intervención de los poderes públicos. En los hospitales pueblo, la protección de las normas era competencia de la comunidad, que actuaba mediante la persuasión y no por coacción. Don Vasco aunque jurista, aconsejaba a los indios que resolvieran sus diferencias entre sí sin acudir a los jueces. Los pleitos y quejas internas, se resuelven entre los interesados, a lo más con el consejo de las autoridades del Hospital. Con esto, se elimina la intervención de los jueces, pues “vale más perder con paz y concordia que ganar pleiteando y aborreciendo al prójimo”.

También en la enseñanza religiosa se empleaba la persuasión y no la coacción, como señala Tomás Moro, en la isla de Utopía se practica la tolerancia religiosa: “Sería temerario insensato pretender con violencia y amenazas que lo que tú crees verdadero parezca como tal a todos. Sobre todo porque si la verdadera religión es una y todas las otras son falsas, en el futuro solamente con que se procediese con racionalidad y moderación, la verdad se abriría paso de una vez, imponiéndose por su propia virtud. Si en cambio la controversia se desarrolla entre armas y combates, dado que precisamente los peores son los más obstinados, la religión mejor y más santa está destinada a ser superada en la contienda por las supersticiones más vacías, como grano entre las zarzas y los espinos”.

Quiroga en los hospitales-pueblo, tiene un criterio similar al de Moro, coincide en que el evangelio se debe enseñar a los indios con el ejemplo y las buenas obras, con “moderación, dulzura y argumentos racionales”, eliminando la violencia y el uso de las armas; así podrían sustituir la crueldad de los sacrificios humanos, por el amor y abrazar sinceramente la religión cristiana. Para enfatizar más esta idea Quiroga se apoya también

en el texto de Tomás de Vio: “Para convertir a judíos, herejes y moros, que nunca habían sido súbditos del imperio ni habían oído el nombre cristiano, siendo señores de sus dominios y estando gobernados por reyes con un régimen de policía, señala la doctrina de que estos infieles ni de hecho ni de derechos están sujetos en lo temporal a la jurisdicción de los príncipes cristianos, ni pueden ser privados de sus dominios a causa de su infidelidad; añadiendo que ningún rey, emperador ni la iglesia romana puede mover guerra para ocupar sus tierras para convertirlos a la religión, porque no hay causa de guerra justa, ya que Jesús Cristo Rey de reyes a quien fue dada toda potestad en el cielo y en la tierra envió a tomar posesión del mundo no a ejércitos con soldados armados, sino a santos predicadores como ovejas entre lobos”.

El Colegio de San Nicolás: Para poder consolidar su obra, Vasco de Quiroga, funda el Colegio de San Nicolás, en donde, como señala, Gonzalo Pedrero, se formarán los “cuadros” que le servirían para ir extendiendo parte de la experiencia de los pueblos hospitales a otros territorios. El número de alumnos del Colegio dependía del rendimiento de los bienes destinados a su sostenimiento. Además de las estancias de Xaripitío y sus instalaciones de molino y batán, los dos hospitales de Santa Fe reconocían la obligación de entregar trescientos pesos de oro de minas, cada uno ciento cincuenta cada año, para el pago de salarios.

El Colegio de san Nicolás era considerado de educación superior, tenía como característica que sus alumnos elegían a su rector, lo cual sentaba una práctica democrática poco común aun para las universidades de Europa que estaban más conectadas con la ciencia y las ideas modernas. En este Colegio se formaron sacerdotes reformadores de la

iglesia, con una fuerte influencia del humanismo renacentista unido a un gran compromiso social de carácter comunitario.

El Colegio en su calidad de seminario, no solo acogía a los españoles, sino también a los indígenas, que podían ser instruidos en lo elemental y básico de los conocimientos, además tenían asignado dentro del Colegio un papel de suma importancia, de carácter que puede considerarse magisterial. Ya que Quiroga les asignó la misión de enseñar las lenguas vernáculas a los colegiales. Solamente asimilando las enseñanzas lingüísticas de los naturales, podrían salir del Colegio evangelizadores aptos para realizar el proyecto de formar una nueva sociedad como la que planeaba Vasco de Quiroga.

En una cláusula testamentaria V. de Quiroga establece que en el Colegio de san Nicolás “se enseñe a leer y a escribir a todos los hijos de los naturales, que vayan a oír y aprender nuestra lengua y a enseñar a los de nuestra nación, la suya, así también que los colegiales aprendan también gratis todo”. Y como reconocimiento especial de la ayuda que los indios de Michoacán le prestaron en los trabajos para la fundación del Colegio, hace especial mención de ellos, disponiendo que todos sus hijos “sean perpetuamente en él gratis, enseñados así como cualquier otro heredero de Canzonci (rey purépecha)

Julio César Morán nos señala que no olvidemos que Don Antonio Huitzimengari, hijo del último rey de Michoacán y ahijado de bautismo de Don Antonio de Mendoza, fue alumno de este Colegio, el cual llegó a tener un profundo conocimiento de las lenguas hebreas, griega, latina, castellana y michoacana (purépecha).

El Colegio recibió como legado todos los libros de Vasco de Quiroga, esta biblioteca estaba integrada por 626 libros y por algunos mapas geográficos, ya que Quiroga era muy afecto a la cosmografía.

El Colegio de San Nicolás, es actualmente la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.

1.3. Sueños y utopías siempre vivas

Vasco de Quiroga con una obra de tal autenticidad y sensibilidad, influyó profundamente en su tiempo cuando erigió los pueblos hospitales siguiendo de cerca la Utopía de Moro, basta recorrer Michoacán para advertir, en muchas partes su presencia viviente, no sólo en las artesanías y en las construcciones sino en la memoria de la gente.

Vasco de Quiroga, nos dice E. González Pedrero, no es pues, una figura de cera del museo novohispano del siglo XVI sino un hombre actual, un orientador lleno de imaginación creadora. Hereda la idea clásica de una Edad de oro, una utopía remota, situada en el principio de los tiempos, “en que había en todo y por todo la misma manera e igualdad, simplicidad, bondad; cuando el hombre se proveía, según la fertilidad que la tierra le daba”. Pero no se conforma con volver un sueño del futuro, esa felicidad del principio, quiere volverlo real aquí y ahora, en su aquí y en su ahora, es para él un proyecto y un tiempo concreto, no es otra cosa que la fundación de sus hospitales pueblo. Todos los tiempos coinciden en el deseo humano de aplicar en su tiempo la justicia y la libertad, lo que demuestra Vasco de Quiroga es, justamente, que la Utopía o “Edad de Oro, está en nosotros, lo que dos siglos después formularía Rousseau: “La Edad de Oro que una ciega superstición había colocado atrás de nosotros, está en

nosotros". La Edad de Oro, el sueño utópico, se está rehaciendo siempre, se construye en cada instante con la humanísima esperanza de encontrar caminos mejores. Pero se hace constantemente con el aluvión del pasado; que no es peso inútil sino sedimento vivo y enriquecedor que todos podemos retomar. No se trata de copiar los modelos, sino de retomar y aplicar a nuestro tiempo y con elementos que ahora están a nuestro alcance, el espíritu y la orientación que animan los sueños, las utopías y la imaginación creadora.

CAPITULO III

1. Una brújula para orientar la imaginación y la fantasía: educar también es enseñar a soñar.

Enseñar a soñar es enseñar a imaginar. El sueño es una condición imprescindible para orientar la imaginación, lo que facilita su materialización. En los sueños se descubre con claridad la relación de la fantasía con las necesidades. La imaginación aparece durante la situación problemática, en aquellos casos en que se buscan nuevas soluciones, motivadas por las necesidades de la persona. Cuando la situación problemática se distingue por alto grado de indeterminación, cuando sus datos iniciales se someten con dificultad a un análisis exacto, en este caso entra en acción la imaginación. De esta manera, la imaginación cumple con una función importante en el estudio de un problema y a menudo conduce a suposiciones maravillosas. Con la imaginación y la fantasía se diseñan nuevas e inesperadas combinaciones y conexiones, extraídos de experiencias anteriores y que son resultado intencional o no intencional de infinita cantidad de hechos, de análisis, que constituye la primera etapa de la fantasía creadora.

La actividad creadora implica fantasía, sin embargo, el proceso de imaginación, no siempre encuentra materialización inmediata en las

acciones prácticas de la persona. A menudo toma la forma de una actividad interior, que consiste en la creación de las imágenes de lo que el ser humano quisiera realizar, estas imágenes del futuro deseado se llaman sueños.

A lo largo de la historia, los seres humanos han realizado hermosos sueños, en cada objeto, en un foco, en una pluma, en una máquina de escribir, en una hoja de afeitar, etc., podemos comprobar los sueños materializados, gracias a la imaginación de muchas generaciones que experimentaron enorme necesidad de tales objetos. El pedagogo ruso A. Petrovski nos indica que mientras más larga es la historia de algunas cosas, más variaciones ha experimentado, por lo tanto, contiene mayor cantidad de sueños humanos. El sueño hecho realidad provoca una nueva necesidad y la nueva necesidad, genera un nuevo sueño. Al comienzo, cada logro nuevo de la actividad creadora, cada cosa nueva parece perfecta, pero a medida que va siendo asimilada, se van descubriendo insuficiencias y la persona empieza a soñar en algo mejor, estimulando de esta manera el proceso de materialización.

1.1. Artesanos de los sueños

Hace varios siglos, el vidrio común para ventanas era un sueño irrealizable, las ventanas eran cubiertas con vejigas de vacunos, que apenas dejaban penetrar la luz. En aquel tiempo sólo era posible soñar con un material transparente, como el agua o el aire, que dejara pasar la luz. Perfeccionando los sueños y la tecnología, fue posible la producción de vidrio, para obtener la ansiada luminosidad. Pero el vidrio serviría no solamente para poder mirar las calles a través de las ventanas; las miradas y los sueños volarían aún más lejos, por el universo, hasta los planetas,

hasta la luna; como alguna vez en sus sueños imaginó Galileo Galilei, que desde niño aprendió a soñar como su padre, como su abuelo, y también de un antepasado de la familia; el muy soñador Galileo Bounaiuti, un famoso científico, que enseñó y ejerció la medicina a comienzos del siglo XV en Florencia, del cual heredó su nombre.

Cuando Galileo tenía diez años atravesó Toscana para unirse a sus padres y a Virginia, su hermana mayor. Al llegar a Florencia a los trece años recibió clases de gramática cerca de su nueva casa y después fue al monasterio benedictino de Vallombrosa para estudiar griego, latín y lógica. Una vez allí, ingresó en la orden como novicio con la esperanza de convertirse algún día en monje. Tiempo después cambió de idea, por lo que Vincenzo, su padre sacó a Galileo y lo llevó de nuevo a casa alegando una inflamación en los ojos del joven que precisaba tratamiento médico.

Vincenzio planeó enviar a Galileo a Pisa, al colegio de la Sapienza, como uno de los cuarenta jóvenes toscanos que tenían garantizada la enseñanza y el alojamiento gratuitos, pero no pudo conseguir escolarización. Un buen amigo de Vincenzo en Pisa ofreció entonces hacerse cargo de Galileo en su propia casa con el fin de reducir el costo de la educación del chico.

En septiembre de 1581, Galileo se matriculó en la Universidad de Pisa, intentando emular la trayectoria de su famoso antepasado. Aunque inició la carrera de medicina, se apasionó abiertamente por las matemáticas cuando conoció la geometría de Euclides en 1583.

Galileo empezó a soñar con la idea de ser matemático, su padre lo ayudaría a realizar su sueño, transmitiéndole sus conocimientos. Vincenzo

se ganaba la vida dando clases de música en la misma casa alquilada en que Galileo nació, tenía modestos ingresos, pero era considerado un especialista en música, en una época en que la música era entendida como rama especial de las matemáticas. Vincenzo enseñó a Galileo a cantar y a tocar el órgano y otros instrumentos, incluyendo el recientemente mejorado laúd, que acabó siendo su favorito. En el transcurso de su formación, el padre enseñó al hijo la teoría pitagórica de las proporciones musicales, las propiedades numéricas de las notas en una escala y como afinar los instrumentos aplicando sus estudios sobre la física del sonido, estableciendo una fórmula para afinar el laúd acortando los intervalos entre los trastes.

Galileo estudiaba con atención un libro que escribió su padre Vincenzo, en el que definía la nueva técnica de afinación donde concedía más importancia a la armonía del sonido de los instrumentos que a las tradicionales y estrictas relaciones numéricas entre las notas. Este libro desafiaba abiertamente al antiguo profesor de música del propio Vincenzo, que impidió que se publicara en 1578 en Venecia. No obstante, Vincenzo perseveró hasta que tres años después vio impresa su obra en Florencia.

“Me parece – afirmaba Vincenzo en su Diálogo sobre la música antigua y moderna – que aquellos que recurren simplemente a la fuerza de la autoridad con el fin de demostrar cualquier afirmación sin aducir ningún otro argumento para fundamentarla actúan de un modo verdaderamente absurdo. Por el contrario, yo deseo que se me permita preguntar y responder libremente como lo hacen aquellos que buscan la verdad”.

Galileo aprendió todas las lecciones de su padre, además de estudiar cuatro años en la Universidad de Pisa, iniciándose también en la física

experimental. Posteriormente, obtuvo un puesto en la Universidad cercana a la desembocadura del río Arno. La crecida del río retrasó la llegada de Galileo al campus, de modo que perdió las seis primeras clases y recibió sendas multas por estas ausencias. Pero cuando terminó el año, las autoridades universitarias redujeron su salario por una infracción de otra naturaleza: su negativa a llevar siempre las vestimentas establecidas por la disciplina académica.

Tiempo después murió Vincenzo, su admirado y querido padre. Al año siguiente Galileo abandonó Pisa para hacerse cargo de la cátedra de matemáticas de la Universidad de Padua, además de proseguir los estudios que había iniciado sobre las propiedades del movimiento, puesto que los sabios de ese tiempo consideraban el movimiento como la base de la filosofía natural.

En esa época imaginaba, soñaba y diseñaba el que sería su primer invento científico: un compás geométrico. Su aspecto era el de un par de reglas marcadas con una escala graduada, unidas por una bisagra con una tuerca y con un arco móvil que permitía mantenerlo abierto hasta casi cualquier ángulo. Después de varias modificaciones, el dispositivo funcionaba como una rudimentaria calculadora con la que se podía resolver el interés compuesto y los porcentajes de los intercambios monetarios y obtener raíces cuadradas.

Al principio entregaba el manual de instrucciones escrito de su puño y letra que servía de apoyo para el aprendizaje y uso del compás, pero en 1603 contrató los servicios de un amanuense que le ayudaba a reproducir las copias necesarias, hasta que tres años más tarde pudo publicar un folleto que se vendía con el aparato, llamó a este tratado, "Operaciones del

compás geométrico de Galileo Galilei”, la portada de 1606 indica que el libro fue impreso en casa del autor.

Siguió en Padua dedicado a la enseñanza y a sus investigaciones, soñaba con establecer los principios matemáticos de una máquina simple como el péndulo, o determinar la aceleración de los cuerpos durante la caída libre, uno de los problemas más importantes, que la ciencia de la época, aún no había resuelto.

Galileo se apartó de sus experimentos acerca del movimiento porque en su fantasía apareció un nuevo sueño motivado por los rumores sobre una nueva curiosidad holandesa llamada catalejo o anteojo, que era capaz de conseguir que los objetos lejanos aparentaran estar más cerca de lo que en realidad estaban. Los ópticos de París los estaban vendiendo en grandes cantidades aunque el instrumento mismo, compuesto de una serie de cristales de gafas, era en su primera encarnación poco más que un juguete.

Galileo imaginó lo que se conocería después como “telescopio”, tratando de mejorar lo que había oído sobre el catalejo para aumentar su alcance, calculó la forma y disposición ideal de las lentes, fabricó y pulió el mismo las lentes principales y continuó perfeccionando aún más el ingenio óptico, fabricando lentes de veinte aumentos.

Galileo soñaba con alcanzar el cielo, hasta que una noche de invierno, acosado por el frío y por las dificultades de mantener fijo el telescopio a causa del temblor de sus manos y de los latidos de su emocionado corazón, limpiando las lentes de su telescopio con un paño una y otra vez, porque de lo contrario se empañaban con su aliento, con la humedad del

aire brumoso o incluso con el mismo vapor que exudaba de su ojo. En esa oscura noche tuvo la oportunidad de dirigir uno de sus telescopios hacia la superficie de la luna y como algo extraordinario pudo mirarla cara a cara. Sus rasgos mellados le saludaron por sorpresa produciéndole un gran júbilo. Fascinado por sus descubrimientos nocturnos pasó la mitad del mes de diciembre haciendo una serie de bocetos detallados de la Luna en diferentes fases. “Es igual que la superficie de la Tierra – concluía Galileo - que está jalonadas aquí y allá de cadenas montañosas y profundos valles”.

De la Luna pasó a las estrellas, dos tipos de estrellas poblaban el cielo en la antigüedad. Las estrellas “fijas” dibujaban imágenes en el cielo nocturno y giraban alrededor de la tierra con un ciclo diario (una vez al día). Las estrellas “errantes” o planteas – Mercurio, Venus, Marte Júpiter y Saturno – se movían en dirección contraria a las estrellas fijas según un ciclo muy complejo. Galileo fue el primero en describirlos. “Los planetas muestran un contorno bien definido, con la apariencia de pequeñas lunas esféricas inundadas de luz; las estrellas fijas nunca pueden verse delimitadas por un contorno circular, sino que tienen el aspecto de grandes resplandores cuyos rayos vibran alrededor de ellas y centellean muchísimo”.

Enseguida plasmó sus descubrimientos en un nuevo libro titulado, “Sidereus Nuncius o El mensajero sideral”. Estos descubrimientos revolucionaban el estudio de la astronomía con la demostración de la verdadera disposición de los cielos y la refutación de la concepción de Aristóteles, largo tiempo incuestionada, de que todos los cuerpos celestes eran esferas completamente perfectas.

Un nuevo sueño humano, el telescopio, que causó gran expectación junto con el libro que se vendió a la semana de su publicación, de modo que Galileo sólo pudo recibir seis de los treinta ejemplares que le había prometido el editor mientras las novedades de su contenido se esparcían rápidamente a lo largo y lo ancho de todo el mundo.

Pocas horas después de que “El mensajero sideral” saliera de la imprenta el 12 de marzo de 1610, el embajador británico en Venecia, sir Henry Wotton, remitió una copia a su país para el rey Jaime I. “Os envío junto con esta carta, el más extraño conjunto de noticias, que jamás habéis recibido de cualquier parte del mundo. Se trata del libro que os adjunto, aparecido este mismo día, de un profesor de matemáticas de Padua, quien, con ayuda de un instrumento óptico que al mismo tiempo agranda y aproxima los objetos, ha descubierto estrellas desconocidas. Ha encontrado también la mismísima Vía Láctea, buscada durante tanto tiempo, y, por último ha descubierto que la Luna no es una esfera lisa, sino que está cubierta de muchas prominencias y, lo que es más curioso de todo, iluminada por el Sol mediante la reflexión de la luz en la Tierra, tal como parece decir él mismo. Así que, ha derribado la astronomía anterior, debemos de encontrarnos bajo una nueva bóveda celeste. Todo esto que me he atrevido a contaros, llena por completo todos y cada uno de los rincones de este lugar. Le envió uno de los instrumentos antes citados (un telescopio), en el próximo barco tal como ha sido perfeccionado por este ilustre hombre”.

En Praga, el astrónomo Johannes Kepler escribió a Galileo: “Puedo parecer imprudente al aceptar vuestros descubrimientos con tanta rapidez sin ningún fundamento procedente de mi propia experiencia; pero ¿por qué

no habría de creer a un matemático experimentado cuyo buen etilo acredita la sonoridad de sus afirmaciones?”

Galileo fue nombrado maestro matemático y filósofo de la Universidad de Pisa. Galileo había señalado expresamente que se añadiera el título de “filósofo” a su nombramiento pero insistió también en que se mantuviera “matemático” porque quería poner de relieve la importancia de las matemáticas en la filosofía natural, porque el afirmaba que: “La filosofía está escrita en ese gran libro que es el Universo y que está constantemente abierto ante nuestros ojos. Pero el libro no puede comprenderse a menos que uno aprenda antes a leer el alfabeto y las palabras con que está escrito, ya que está escrito en el lenguaje de las matemáticas y sus caracteres son triángulos, círculos y otras figuras geométricas, sin las cuales es humanamente imposible comprender una sola palabra; sin ellos, uno vaga sin rumbo por un oscuro laberinto”.

La Academia Lincea, expresó que se requieren filósofos como Galileo, “que ansían el conocimiento verdadero y se entreguen al estudio de la naturaleza, especialmente de las matemáticas; al mismo tiempo, no desperdician el valor de la filología y la literatura elegantes que, como graciosas prendas, adornan el cuerpo de la ciencia por entero...”.

Se ofreció un banquete en su honor en la colina más alta para disfrutar las imágenes que ofrecía la innovación. Para despejar cualquier posible duda sobre la exactitud del aparato, Galileo dirigió la mira del telescopio hacia el muro exterior de la Iglesia de San Juan de Letrán, en el que todos pudieron leer fácilmente una inscripción atribuida al Papa Sixto V que estaba a más de un kilómetro de distancia. También tuvieron el placer inigualable de divisar barcos en el horizonte, dos o tres horas antes de que

pudieran verlos las miradas de los jóvenes con la vista más aguda, mediante el soñado telescopio.

Aproximadamente medio siglo después de que Galileo realizó sus sueños, al poder mirar la bóveda celeste, otros sueños también se cumplían: los de Hooke, Malpighi y Leeuwenhoek, cuando a través del “Microscopio” tuvieron por primera vez el privilegio de mirar el universo hasta entonces invisible, de los organismos diminutos. Robert Hooke (1635 – 1703) fue el primero en descubrir la estructura celular de las cosas vivas. Hombre de gran creatividad y laboriosidad, se hallaba ansioso de demostrar cuanto mejor puede ver el ojo humano cuando se ayuda de las lentes, utilizándola para observar con deleite todo lo que se hallaba a su alcance. Observó gotas de agua, los insectos, los copos de nieve, las hojas, las alas de la polilla y los trozos de corcho. Para sorpresa suya encontró que el corcho estaba compuesto de pequeños compartimientos “células”, de la palabra latina cella, que quiere decir pequeña habitación. En 1665 publicó su Micrografía, el primer libro dedicado exclusivamente a las observaciones microscópicas, ilustrada con dibujos memorables por su belleza y precisión en las que colaboró Crirstopher Wren. Así se cumplió también un nuevo y hermoso sueño.

CAPITULO IV

1. Una brújula, una orientación para formar y educar por medio de cuentos, narraciones, historias y sueños.

“Cada palabra o mirada descuidadamente lanzada, cada pensamiento profundo o ligero, cada latido, cada movimiento del corazón humano, cada hoja de álamo que se desprende y vuela, cada polvo de estrellas sobre el charco nocturno, todos son granitos de sueños dorados. Nosotros escritores, durante decenas de años extraemos estas millones de arenitas sin siquiera darnos cuenta, las fundimos y luego de este metal forjamos nuestra rosa dorada: el relato, el ensayo, la novela, el poema, el cuento, que sumerge en hermosos y dulces sueños”.

K Paustovski

Los sueños y los cuentos se inician desde la niñez, desde los primeros años de vida, como el niño que imagina ser cosmonauta, por lo que se despide de sus compañeros de juego, de sus parientes y vecinos, antes de abordar su cohete espacial. La fantasía, la imaginación, los sueños y cuentos, al mismo tiempo que estimulan las potencialidades creadoras, juegan un importante papel en la orientación, formación y educación del niño y la niña.

Al nacer, el ser humano aparece como alguien absolutamente frágil e indefenso, que requiere aprender todo lo necesario para orientarse en el mundo. Por medio de la educación le es transmitida una tradición cultural, una filosofía, todo un universo simbólico en forma de relatos, historia y cuentos, con los que forma sus conceptos, significados, guías y mapas.

La formación de nuestro universo simbólico, como señala Paúl Ricoeur, es un aprendizaje al que somos introducidos e iniciados por los adultos por medio de una narración que es a la vez temporal y espacial. La vida humana es temporalidad, pero no se trata sólo del tiempo cronológico, sino también del tiempo narrado, el tiempo que se hace humano a través del relato. “En este sentido el aprendizaje es una experiencia que tiene que ver con el tiempo; pues se necesita tiempo para aprender y se necesita contar con el tiempo suficiente para poder contar, es decir narrar. El tiempo de enseñar y aprender es un tiempo que se narra; el tiempo que corre, que cuenta y que se cuenta. Por eso el tiempo de aprender es siempre una narración del tiempo de la formación, son los años del aprendizaje”.

En este proceso pedagógico, los educadores, papás, abuelos, maestros, guían sus acciones sobre la base de sus tradiciones, de su saber formalizado, de sus creencias, filosofías y teorías. Su conocimiento personal nutre sus propuestas, con el deseo de orientar y formar el universo del educando. La herencia cultural que le trasmite el educador es todo un tejido simbólico, una red, todo un imaginario que configura su tradición filosófica.

El término tradición, como señala Luis Duch proviene de dos términos latinos, tradere y trasmitiere, que le otorgan al concepto unos peculiares matices. De un lado, una base o soporte material que se traspasa de uno a otro mediante un acto de “entrega” (tradere) y, por otra parte, una actividad dinámica de transmisión consciente en el que educador y educando se encuentran dispuestos a transmitir o recibir algo

La tradición filosófica, por tanto no es sólo el acto de transmitir un contenido tal y como previamente lo ha recibido quien lo transmite, sino que es un acto de participación, verdadera actividad dinámica, tanto de donación o entrega, como de recibimiento o recepción en donde hay que estar atento, vivo. Es una relación de participación que pide capacidad de escucha pero no una aceptación acrítica e irreflexiva.

El educador transmite su tradición y guía sus acciones sobre la base de lo que ha aprendido, es un saber educativo el cual reconstruye constantemente, articulándolo en torno a su filosofía personal. Por lo que cada relato invita a consideraciones éticas, a la valoración moral, razón por la cual no hay relato éticamente neutro, sino que es un amplio laboratorio moral donde se ensayan estimaciones, valoraciones, aprobaciones o rechazos, que son relevantes para la orientación de la existencia.

En la niñez y en adolescencia es la época en que nos vamos formando oyendo contar historias, es el momento en que tenemos una curiosa necesidad de explicarnos o de que nos expliquen el mundo. Precisamente escuchando relatos, narraciones fantásticas ó reales, vamos aprendiendo.

Los cuentos, las historias que nos cuentan los abuelos, los papás ó los maestros, están estrechamente relacionadas con sus filosofías personales, con sus gustos y pasiones. Tienen sus propios héroes, sus personajes, sus temas favoritos, con los que tratan de endulzarnos el oído, la imaginación, los sueños y la memoria; relatos que contienen una inolvidable brújula que nos orienta guía e ilumina el camino. Cada uno de

nosotros recuerda con gran emoción las historias que escuchó en la niñez y adolescencia, como las que mi papá me contó.

1.1. Una brújula inolvidable.

Mi papá me decía que jugar con las matemáticas era muy divertido, un juego que se disfrutaba mucho; por lo que entre los personajes de los cuentos, de las historias que me contaba se encontraban astrónomos y matemáticos: Copérnico, Galileo, Descartes, Einstein y Bertrand Rusell. El siempre estuvo entusiasta y apasionadamente dedicado a dar clases de matemáticas y algunas veces de cosmografía.

Le gustaban las ciencias, la historia y la filosofía, por lo que uno de sus personajes favoritos que alegremente se paseaban entre los cuentos, era Voltaire, que se burlaba de los tontos y malos de los cuentos, los horribles inquisidores, que se dedicaban a regañar, censurar y castigar.

Me contaba que en la época de Voltaire en el Siglo de las Luces, en Francia, las relaciones sentimentales eran muy divertidas, además de que ahí se escribían los libros prohibidos, los que en forma clandestina llegaban al Nuevo Mundo para deleite de Miguel Hidalgo, el que según me decía mi papá, era muy simpático porque había aprendido mucho de las ideas de la Ilustración.

Mi papá continuamente me narraba el mundo, por lo que se entre mezclaban los relatos con la comida y los paseos. Viajábamos a Morelia cuando menos dos veces al año, en donde al igual que pasábamos a saludar a mi tía Margarita, a mi tío Calichito y a otros primos que vivían en la misma calle, así también siempre visitábamos a Miguel Hidalgo, en el Colegio de San Nicolás, actualmente la Universidad Michoacana, donde

estudió mi papá, el cual fundó Vasco de Quiroga, que era otro de sus personajes preferidos, al que también saludábamos cuando íbamos de paseo a Patzcuaro.

Pasábamos antes por la población que lleva el nombre de Tata Vasco, como le decían de cariño los indígenas, donde podíamos admirar toda la artesanía que el impulsó. Ahí en Quiroga comprábamos el ajedrez y también toda la vajilla para el pozole que hacía mi mamá para el cumpleaños de mi papá.

También íbamos a saludar a Morelos a la isla de Janitzio en el Lago de Patzcuaro, donde está una enorme estatua, que se puede visitar por dentro y subir hasta su mano.

Por la tarde regresábamos a pasear por Morelia, a caminar por lo que antes se llamaba la Calle Real, donde se encuentran preciosas y silenciosas construcciones coloniales, en que sus azules techos, están hechos con pedazos de cielo.

Nos deleitábamos también con los riquísimos antojitos, así como del rompoppe, los chongos y los buñuelos. Por las mañanas desayunábamos camote o calabaza con leche, más tarde comíamos huchepos y corundas, y por la noche cenábamos enchiladas estilo Michoacán.

Otro día nos íbamos a visitar iglesias, catedrales, mercados y plazas muy bonitas. No se nos olvidaba visitar a Melchor Ocampo, aunque a él lo saludábamos todos los días en una pintura que teníamos en la casa.

Viajábamos también de Morelia a Zinapecuaro y a Cointzio donde nadábamos y comíamos unas exquisitas carnitas de lechoncito. Durante el

camino mi papá nos enseñaba los ejidos y nos iba contando con gran entusiasmo y alegría como se habían repartido las tierras a los campesinos. Mi papá junto con todo un equipo de ingenieros y dibujantes las entregó personalmente en Michoacán en la época de Lázaro Cárdenas, al que los indígenas llamaban Tata Lázaro. Así iba aprendiendo y comiéndome el mundo.

En época de clases iba con mi papá al centro, a la librería Porrúa a comprar libros de texto para la escuela, pero también comprábamos cuentos adaptados para niños, como los de la biblioteca juvenil Porrúa, que eran los mismos que mi abuelito le compró a mi papá cuando era chico. Leíamos las Comedias de Shakespeare y nos reíamos mucho con la “Comedia de las Equivocaciones”, también leíamos la Odisea, los Argonautas, los cuentos de Grimm; todos me gustaban porque salían sirenas, hadas, magas, princesas, príncipes encantados. Mi papá conservaba de cuando era niño un teatrillo de cartón con sus personajes, entre ellos el enanito sin nombre que se apellidaba Trasgolistos, personaje de un cuento, con el que preparábamos un pequeño guión, y distribuíamos los papeles, a mí siempre me tocaba el de princesa, por lo que cuando era chiquita pensaba que todas las niñas eran princesas.

Mi mamá me contaba en la noche antes de dormir dos cuentos que me gustaban mucho, el de la Cenicienta y el cuento de cuando iba a nacer, me decía que estaban esperando que fuera niña porque ya había cuatro hermanos hombres mucho mayores que yo, por lo que se alegraron mucho cuando nací. Desde pequeña no conviví con mis hermanos, ellos se fueron a estudiar a otro lado, por lo que siempre me consideré hija única, mucho muy unida a mi papá y a mi mamá, siempre los tres juntos.

Otro de los personajes favoritos de los cuentos que escuché desde la infancia era Montaigne, el que decía que a los niños hay que enseñarles sin coacción ni reprimendas, con dulzura y libertad, estimulándolos a aprender como si fuera un juego muy divertido. Por lo que mi papá me indicaba que estuviera alerta, que desconfiara de lo que no fuera divertido, sino aburrido, porque seguramente se trataba de algo antipedagógico. Por lo que entre las historias que me contaba, mencionaba la palabra “sibarita”, que significa una persona que disfruta mucho de la vida, como mi papá. El me decía que siempre se había divertido, como si nunca hubiera trabajado, porque el trabajo que se hace con gusto, como dar clases, se convierte en una diversión, como afirmaba Fourier.

Estar contenta y no estar aburrida ni aburrir a los demás, era uno de los propósitos más importantes en la vida, para eso había que seguir el ejemplo de “Los Arquitectos de Ideas”, un libro con pequeñas biografías, de personajes que a mi papá le parecían formidables, porque siempre estaban estudiando, pensando, investigando, inventando, escribiendo libros. Me contaba de Darwin y la evolución, de Copérnico y el universo, de Marx y la “plusvalía”, una nueva palabra, un concepto muy importante que mi papá me explicaba.

Me contó que también existían unos personajes que eran los más feos de los cuentos, entre ellos estaban los que querían mandar, ser jefes y tratar a las personas como sus súbditos, sus siervos, haciéndoles creer que ellos eran superiores. Mi papá afirmaba que todas las personas somos iguales, nos contaba que cuando el tuvo algún puesto directivo, siempre trató a los demás con igualdad, como compañeros. Siempre decía que nosotros éramos personas libres y anárquicas.

Además de los feos, había unos horribles personajes que inventaban castigos, asustaban y amenazaban a los niños para domesticarlos y obligarlos a obedecerlos y servirlos.

Junto con lo que quieren mandar, asustar y castigar estaban otros personajes lo más malos de todos los cuentos, estos eran lo que se apropiaban del mundo y no permitían que lo que existía fuera para el disfrute de todos, como lo deseaba Tomás Moro, Tata Vasco, R. Owen, Fourier, Marx y Engels. Mi papá me decía que el dinero no debería existir, y que todo se tendría que repartir igualitariamente.

En sus historias también me indicaba que era necesario observar a otros personajes, como son algunos médicos y maestros de escuela, porque podrían ser buenos, pero también podían estar equivocados, por lo que siempre estuviera alerta para rechazar aquello que me pareciera ilógico.

Uno de los temas centrales de los cuentos era “el amor”, mi papá me contaba que era lo más hermoso, deleitoso, generoso y cristiano en la vida. Por lo que nosotros aunque no éramos religiosos compartíamos con los cristianos su filosofía de “amarse los unos a los otros”, dar y compartir el pan y las fiestas los unos con los otros.

Aunque no profesábamos religión alguna y no éramos católicos, cuando una muy querida amiga de mi mamá me quiso bautizar, mi papá aceptó, pero haciendo la aclaración que no era por devoción a los santos sino a Copérnico y a Voltaire. A la edad de un mes, decidieron bautizarme un martes de carnaval por la noche, en Morelia donde nací, festejando con una cena a los invitados. Me pusieron dos nombres, uno era “Carmina”,

como le decía mi papá a mi mamá, nombre que tomó de una novela española “La casa de la Troya”, en la que el personaje principal se llamaba como mi mamá, María del Carmen, pero le decían Carmina. Y el otro el nombre de mi madrina Angelita, por lo que me pusieron Carmina Ángeles García de León Campero Calderón. Pero mi madrina Ángeles Abascal y los regalos que siempre me daba, me duraron hasta que cumplí los nueve años, porque mal aconsejada mi madrina, por sus parientes, las muy conocidas familias Abascal, le llamaron la atención sobre su estrecha amistad con Porfirio García de León González que es un “hereje con ideas socialistas”, por lo que mi madrina Angelita no volvió nunca a la casa. Mi papá tuvo que explicarme que había personas que pensaban distinto a nosotros y que desafortunadamente no aceptaban las ideas, ni la historia de los demás y a los que pensaban diferente les llamaban “herejes”, como a él, a mi abuelito y a mi tío.

Me contó que mi tío bisabuelo Porfirio García de León Trujillo, había participado en Morelia en el movimiento de Reforma en la época de Melchor Ocampo y Benito Juárez, cuando luchaban por la separación de la Iglesia y el Estado y por la reforma de la educación. Me dijo que todos los que tenían estas ideas, que apoyaban activamente la lucha por la causa liberal y además que no profesaban religión alguna, les decían “herejes” y los señalaban “con el índice de fuego, excomulgando a toda su descendencia hasta la quinta generación”

Otra de las historias que mi papá me contó, es que ser mamá era algo realmente heroico, por eso las mamás tenían su Monumento a la Madre, al igual que lo tenían los Niños Héroes, porque realizaban grandes hechos de entrega y de sacrificio. Me decía que ser mamá era un trabajo

muy duro y muy esclavizado; por lo que era mejor ser maestra que ser mamá y en vez de tener hijos, se podían tener alumnos o libros.

Mi papá también me narraba historias sobre el significado del cuerpo desnudo como algo tan natural, como lo expresaba Montaigne en sus “Ensayos”, en el que afirmaba que “le hubiera gustado pintarse con placer de cuerpo entero y completamente desnudo con la dulce libertad de la primitiva naturaleza”. Al igual que el cuerpo desnudo es algo tan natural, así también me decía mi papá, las relaciones sexuales entre los jóvenes son muy naturales.

También me enseñaba que era importante mantener la salud del cuerpo, cuando estaba pequeña le decía a la gente “no le den besos a la niña, porque le transmiten microbios”, tampoco usaba chupón porque me decía que era “antihigiénico,” otra palabra nueva que aprendí desde niña, junto con la palabra “antipedagógico”.

Otra historia que me contaba mi papá, era que mi abuelito Porfirio no le daba importancia al matrimonio religioso, pero sí al amor que le tenía a su novia, mi futura abuelita. Pero los papás de ella, así como sus compañeras de clases, de una escuela religiosa, decían que como se iba a ir con un “hereje”, sólo lo permitirían si el novio se casaba por la Iglesia; por lo que con tal de no causarle problemas a la novia mi abuelito aceptó de inmediato. Así también mi papá que consideraba el amor lo más importante, que no necesita de pactos ni contratos, también aceptó boda civil y religiosa, para que mis abuelitos maternos le concedieran la mano de la novia (María del Carmen Campero Calderón Madrigal), así mi mamá estaría contenta.

Uno de sus personajes consentidos de las historias que me contaba era Federico Engels, por lo que siempre tenía a la mano su libro “El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado”, en el que leíamos como el origen del matrimonio y la familia, no tenía nada que ver con el amor, sino con arreglos económicos y alianzas políticas y en el que a las personas se les consideraba como cosas para apropiarse. Mi papá me decía que el amor no tenía nada que ver con contratos civiles, religiosos o mercantiles; que no había que confundir una relación amorosa, con una negociación o una relación mercantil.

Otro personaje que le gustaba mucho a mi papá era la Güera Rodríguez, leíamos una novela sobre la historia de su vida, escrita por Artemio del Valle Arizpe, que era muy divertida y nos hacía reír mucho.

Muchos años después, pasada la niñez y la adolescencia, como a los treinta y un años, ya en la edad adulta, de acuerdo a esa época de mi vida habría una segunda educación, continuación de nuestra inolvidable tradición simbólica, con la cual ampliaría mi universo de conocimientos, de conceptos, mapas, guías, mis brújulas inolvidables. Enseñanzas que continuarían orientándome dando sentido a mi mundo como un libro abierto que se relee y reinterpreta una y otra vez, narraciones que a lo largo de mi vida se convertirían en filosofía, en lógica, dialéctica, en una ética estética de la existencia. Y que aún ahora después de muchos años de la desaparición física pero no amorosa de mi papá, me siguen acompañando. El diálogo y la narración, al igual que su apoyo y su siempre entusiasta confianza hacia mí, siguen en mi memoria. Los relatos continúan y a pesar de la desaparición física, yo le sigo contando

imaginariamente lo que aprendo en la vida y ahora él también aprende de mí.

CAPITULO V

Una confusa y desorientadora brújula: se confunde una relación comercial, una negociación con una relación amorosa

Históricamente no podemos confundir una amorosa relación, con el matrimonio, nos previene el sociólogo Josef Vicent Márques. Así también Alan Watts en su libro “El juego de la Vida”, nos recuerda que en los orígenes de la tradición hebrea, nos encontramos con que la idea del matrimonio y la experiencia amorosa, son dos cosas bastante separadas; ya que desde las primitivas culturas agrarias el factor decisivo en la unión matrimonial es que fuera ventajosa para la comunidad y que los nuevos lazos de parentesco robustecieran la posición de la tribu. Se contraía matrimonio no sólo para producir niños sino también para crear una unidad económica. Las preferencias personales eran lo menos importante; lo que se necesitaba era buenos brazos para producir en el campo y cuidar el ganado. Se escogía a una mujer como esposa como se selecciona un animal de crianza, para ser una buena yegua paridora. Los mayores tenían una gran influencia en la elección matrimonial, incluso utilizaban intermediarios, los cuales regateaban como si las mujeres fueran una cosa comprada.

La historiadora María J. Rodríguez, nos comenta que en otras sociedades agrarias, como la mexicana, hay evidencia de que las doncellas fueron intercambiadas como cualquier otro artículo entre los pueblos vecinos, ellas podían ser igualmente prestadas o regaladas. Se sabe que Izcoatl mandó a su sobrino Netzahualcóyotl, señor de Texcoco, “cierta cantidad de doncellas muy hermosas y de linaje real, las que podía tener para su uso y voluntad como cualquier otra cosa comprada”. Esto se hizo con la finalidad de aplacar su ira y resolver un altercado que había entre ellos, comenta Fernando Alva Ixtlilóchitl.

Tenía el rey Netzahualcóyotl una esposa legítima, pero además podía tener todas las mujeres que quería de todo género de linajes, altos y bajos. No se conservan los nombres ni el número de concubinas que haya tenido, aunque sí, en conjunto las estadísticas de su descendencia: “tenía con su esposa y con sus concubinas sesenta hijos varones y cincuenta y siete hijas, un total de ciento diecinueve”, dice en dos pasajes de su “Historia Chichimeca”, Fernando Alva I.

Cuando las esposas y concubinas quedaban viudas, el heredero real podía tomar por mujer a todas las concubinas ya que éstas también formaban parte de la herencia.

Esta idea de que como cosas, las personas podían heredarse, se remonta a muchos siglos atrás, como nos cuenta Federico Engels en su libro “El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado”, como sucedió en la época romana, tanto las personas libres como no libres (esclavos), se heredaban por testamento como las cosas. “En tiempos de Gayo, en el siglo II, a esta organización de personas se les denominaban familia, en su origen la palabra familia, entre los romanos ni siquiera se

aplicaba al esposo, esposa e hijos, tan sólo a los esclavos. Famulus quería decir esclavo doméstico y familia era el conjunto de esclavos pertenecientes a un mismo hombre. Posteriormente la palabra familia se utilizó entre los romanos para designar un nuevo organismo social, a cuyo jefe le pertenecían una mujer, los hijos y cierto número de esclavos, con la patria potestad romana y el derecho de vida y muerte sobre todos ellos". La familia completa tenía un carácter de propiedad, podían transmitirse, heredarse, como cosas, por medio de un testamento, ya que estos ofrecían un buen rendimiento económico. Desde su origen, históricamente la familia, el matrimonio está ligado a relaciones comerciales cosificantes y no a humanas relaciones sentimentales.

Entre los mexicas la institución matrimonial y el concubinaje consistían en un explícito convenio comercial. En esta sociedad existía gran cantidad de mujeres concubinas debido a que los padres macehualtin (pobres del pueblo) no tenían la posibilidad de establecer alianzas políticas o negociar ventajas económicas con los matrimonios de sus hijas, por lo que entregaban su descendencia femenina al concubinaje, a cambio de algún beneficio material.

A los dieciocho años era la edad en que acostumbraban casar a las jóvenes. Los padres decían: "no escojas entre los hombres el que mejor te parezca, recibe al que te demanda y mira que no hagas como se hace cuando se crían las mazorcas verdes, que se buscan las mejores y más sabrosas; mira que no desees algún hombre por ser mejor dispuesto y si fuere bien dispuesto el que demandare, recíbele, y si fuere mal dispuesto y feo no lo deseches; toma aquel que te demandó, persevera con él hasta

que mueran, no lo dejes aunque el te quiera dejar; porque te lo envía Dios". (Sahagún),

"No le seas desacatada, más el mandándote algo, óyelo y obedeces, no hagas mal lo que te mandare, porque harás pecado contra los dioses y castigarte ha con razón tu marido" (Mendieta).

Posteriormente en el México colonial, a fines del siglo XVIII, los valores de las familias novohispanas en el Nuevo Mundo, se moldearon de acuerdo a las ideas y prácticas mercantilistas revigorizadas del capitalismo, que redefinían la relación entre España y sus colonias. En esa época en la Nueva España hubo una gran participación de los comerciantes, mineros y burócratas con un apetito creciente hacia el dinero, como señala la historiadora Patricia Seed.

Se recomendaba el interés y el cálculo como una conducta adecuada y legitimada no sólo en la economía, sino también en la política, en las relaciones entre los gobernantes y por supuesto en las relaciones matrimoniales. Esta gran legitimidad que se dio al apetito de lucro y a la importancia del cálculo, influyó directamente en los objetivos del matrimonio y el papel de los padres en las elecciones matrimoniales, en el sentido de que las consideraciones de estatus económico y político eran lo prioritario para la elección de un cónyuge para sus hijos e hijas. Les enseñaban que los sentimientos no tenían importancia, les describían el amor como "un sentimiento que necesitaba ser controlado, disciplinado y sometido a otras fuerzas". Los padres lo consideraban un sentimiento caprichoso, una mala pasión, una ciega y violenta pasión que no debería ser tomada en cuenta.

Estas ideas fueron puestas en práctica por las familias españolas más ricas en el México colonial, las cuales sirvieron de modelos para los otros grupos sociales.

Patricia Seed nos dice que todas estas ideas y argumentos se esgrimían con el objeto de justificar una elección matrimonial donde los padres o tutores pudieran acrecentar sus bienes y sus bolsillos, lo que se convirtió en una razón legítima para controlar los sentimientos.

La impresión general que se puede obtener a partir de la evidencia histórica, es que el matrimonio no tenía nada que ver con las relaciones sentimentales. Los historiadores Lawrence Stone y Jean Lous Flandrin, al describir el matrimonio en Inglaterra y en Francia, afirman que los matrimonios eran llevados a cabo por las familias, por consideraciones materiales y de estatus social. L. Stone señala que “el matrimonio era primordialmente un contrato entre dos familias para intercambiar beneficios concretos, bajo el rubro único de interés. Este tendía ser el motivo predominante en lo alto y también hacia lo bajo de la escala social”.

Flandrin hace una afirmación virtualmente idéntica sobre Francia: “El matrimonio tenía como función, no sólo entre reyes y príncipes, sino en todos los niveles de la sociedad, aliar a dos familias y permitirles perpetuarse. Como describen ambos historiadores, el interés, la negociación y el cálculo, eran las consideraciones primordiales aprobadas por las normas sociales como los legítimos motivos para el matrimonio.

Así también en los círculos de las clases medias bajas europeas, las consideraciones financieras continuaron jugando un papel muy importante en los planes de matrimonio, como lo muestra una de las protagonista de

las novelas de Daniel Defoe. Moll Flanders pronto llegó a la triste conclusión de que “aquí los matrimonios son consecuencias de alianzas políticas, solo por interés y hacer negocios”, el amor tenía muy poco o ninguna participación en el asunto, después de una amarga experiencia Moll se dio cuenta que “sólo el dinero hace agradable a una mujer, el dinero es lo que importa”.

Para conseguir esposas apropiadas, las familias a menudo acudían a casamenteros para que arreglaran las primeras negociaciones, después los padres hacían los arreglos financieros, incluso antes de que los jóvenes se conocieran. El sistema de dote y la obligación cultural de casar a las hijas, implicaba que fueran una importante pérdida económica en las finanzas familiares, aunque al mismo tiempo lo compensaban consolidando importantes conexiones y alianzas políticas. A través de la dote matrimonial la mujer hacía una importante contribución económica a las finanzas de su marido; ya que la dote se invertía en tierras para que se establecieran los casados, o también podían ir directo al bolsillo del padre o del novio.

Aunque en esa época desapareció la forma de matrimonio por compra, en esencia continuaba practicándose, de modo que no sólo la mujer tiene precio, sino también el hombre, aunque no por sus cualidades personales, si no por la cuantía de sus bienes o por el status social y político.

En las relaciones matrimoniales a finales del siglo XVII y principios del XVIII, a la mujer se le veía como un objeto por el que se puede ascender socialmente, y hasta cierto grado como una propiedad. Roxana, otra de las protagonistas de las novelas de Daniel Defoe, se quejaba de esta circunstancia; “La naturaleza misma del contrato matrimonial era ni

más ni menos que ceder la libertad, la propiedad, la autoridad y todo a un hombre, e indudablemente la mujer en lo sucesivo sólo será una simple mujer a la que sólo se le ve como un sirviente superior”.

CAPITULO VI

Sueños y utopías para orientarnos hacia amorosas y armoniosas relaciones humanas

Los socialistas utópicos en Francia e Inglaterra, concibieron sus sueños de un futuro con nexos sentimentales armoniosos entre los hombres y las mujeres, sueños que trataron de llevar a la práctica, creando con imaginación proyectos que explicitaban y detallaban una sociedad alternativa construida sobre bases diferentes. Indican caminos para su realización y participan personalmente en los intentos respectivos. Casi todos los socialistas utópicos no son sólo autores intelectuales sino que son activos promotores y constructores de sus proyectos.

Charles Fourier, filósofo francés (1772-1837), uno de los principales creadores de la tradición del socialismo utópico, pensaba en la necesidad de un “Nuevo Mundo Amoroso”, con un nuevo tipo de convivencia. El sueña con una nueva humanidad que viva organizada en pequeñas comunidades, los falansterios, en donde se puedan dar las condiciones para satisfacer igualitaria y conjuntamente las necesidades económicas de la colectividad. Los falansterios serían organizaciones autónomas que se

forman como asociaciones voluntarias y que significan la transición hacia una sociedad armónica de comunas, donde se ha superado la división del trabajo entre hombres y mujeres por lo que la responsabilidad de la crianza de los niños, así como las labores domésticas son colectivas. En estas comunidades las relaciones sentimentales son asociaciones libres y voluntarias.

Sheila Robothom nos dice que en el pensamiento socialista utópico, existía el convencimiento de que una sociedad feliz sería aquella que estuviese organizada de modo que permitiera a los seres humanos desarrollarse plenamente. Fourier pensaba que no se pretendía homogeneizar a los individuos sino que se intentaba concebir formas de organización social que resultasen más aptas para permitir que todos hicieran lo que quisieran sin molestar a los demás.

Inspirados en los proyectos de Fourier, se dan intentos cooperativistas en las colonias francesas de África, en Brasil y en Texas.

Robert Owen (1771-1858) al igual que Fourier fue uno de los representantes más importantes del socialismo utópico. Era un industrial inglés, copropietario de una de las más grandes fábricas textiles de Inglaterra. Owen plantea la fundación de un sistema de “pueblos cooperativos” de entre 500 y 2000 personas para que vivieran en absoluta igualdad económica, donde el trabajo, y la educación de los niños fueran colectivas. A diferencia de Fourier que tuvo que poner anuncios solicitando algún filántropo, Owen invierte gran parte de su fortuna en la fundación de una colonia modelo, la “Nueva Armonía”, en Indiana.

Sus experimentos prácticos se fundamentan en su libro “Nuevo Mundo Moral”; entre sus ideas más importantes destaca al igual que Fourier, la necesidad de que las personas puedan relacionarse sentimentalmente en libertad, sin necesidad de una institución como el matrimonio. Se pronuncia además por la libertad de pensamiento en el sentido de que nadie está obligado a profesar una religión.

Cuando sus ideas se dan a conocer, R. Owen pierde su acceso a los círculos políticos y económicos más importantes, siendo excluido y rechazado por una parte importante de la sociedad. No obstante los obstáculos que tuvo, el siguió adelante con todos sus proyectos, ya que tenía una confianza extraordinaria en la educación. El veía que la raíz de los problemas sociales es la ignorancia de las personas, pensaba que mediante todo un proceso educativo, llegaríamos a un “Nuevo Mundo Moral”.

En los años siguientes continuaron fundándose colonias semejantes en otras partes de Norteamérica y también en Inglaterra, aunque en todas se presentan muchos problemas para llevar a cabo los proyectos. En 1828 R. Owen dirige una petición al gobierno mexicano para poder formar en su territorio, una sociedad “de individuos de cualquier nacionalidad cuyo único objetivo sería mejorar la condición humana”.

Al inicio del siglo XIX, otros soñadores también querían cambiar las condiciones humanas por medio de un amplio movimiento cultural, el Romanticismo que abarcó desde la política, la literatura, el arte, las costumbres, la vida íntima. Era un movimiento animado por un agudo espíritu en contra de todo lo restrictivo y absurdo de las normatividades, acompañado de un deseo, de un ansia de libertad. Era un deseo de

libertad que requería de una ruptura con las convenciones en el pensamiento y en los sentimientos; era el deseo de cambiar la propia vida, además de las instituciones. Por lo que el romanticismo fue al mismo tiempo una protesta viva y creativa frente a la situación política, social y cultural.

El romanticismo proclamaba la libertad y la celebración de todas las facultades afectivas. Las plumas románticas describen las pasiones políticas, las pasiones amorosas, las pasiones por la naturaleza. Bertrand Rusell nos indica que el romanticismo era una actitud de gran vitalidad ante la vida.

Varios románticos impulsaron la igualdad de derechos y privilegios para ambos sexos, basándose en que estos proporcionarían a las mujeres sentimientos de aprecio a si mismas, los cuales son esenciales para una vida amorosa. Stendhal (1783-1842) abogaba por la educación de las mujeres, porque sin ella no podían compartir las pasiones intelectuales de sus amados.

El poeta Shelly (1792-1822) uno de los principales representantes del romanticismo, pensaba como Fourier y Owen, que las relaciones sentimentales, tendrían que estar “exentas del despotismo de las instituciones”. Las relaciones, afirmaba Shelly, debían contraerse libremente y libremente disolverse, “ya que el amor marchita bajo presión”.

Los sueños del socialismo utópico y el romanticismo se amalgamaron en los sueños del socialismo romántico de Engels (1820-1895) y Marx (1818-1883).

Engels tradujo a su admirado Shelly; Marx envió a Jenny tres volúmenes de poesías; ambos escribieron amorosas cartas y poesías románticas. Consideraban las relaciones amorosas fundamentales para la realización y desarrollo de todo ser humano. Afirmaban que en las relaciones humanas era necesario la reciprocidad, en el sentido de conferir valores iguales, tanto al hombre como a la mujer, así también la reciprocidad, en el mutuo deseo por el bienestar del otro. Señalaban que en las relaciones sentimentales en donde se le consideraba a la persona como una propiedad, indicaba el deseo de tener a un esclavo por compañero, en lugar de otro ser humano.

Posteriormente entre los años 1880 y 1890 se solían mezclar e interrelacionar las ideas de los socialistas con las de personas adscritas a los círculos progresistas; preocupados por nuevos modos de convivencia, soñaban cómo podría ser “una nueva vida”, una nueva forma de relaciones humanas.

John Gray escribió “Lecture on Human Happiness” (Tratado sobre la felicidad humana), en que imaginaba una sociedad cooperativista en la que se garantizaba a las mujeres la igualdad absoluta de derechos dentro de la comunidad, en la que los trabajos domésticos, como cocinar, lavar o calentar los cuartos, se repartirían entre todos los miembros.

William Morris se manifestaba también por la independencia de la mujer, y su absoluto rechazo a las relaciones donde se consideraba a las personas como una posesión. Pensaba que las relaciones humanas no deberían estar bajo la imposición de ninguna institución, que estas deberían existir en infinitas variedades y con gran flexibilidad pudiéndose

disolverse también libremente, así las personas no tendrían que simular el amor o los sentimientos.

En su libro “The Society of the Future” (La sociedad del Futuro), escribió: “Pido en primer lugar una vida libre y desinhibida para el ser humano, si sentimos que nos degrada en lo más mínimo el sentirnos amantes dichoso, o sentirnos hambrientos somnolientos, estamos siendo malos animales y por lo tanto infelices humanos”.

Edward Carpenter, en su libro “Love’s Coming of Age” (El proceso de mayoría de edad del amor), publicado en 1896, se opone a la fealdad y degradación de las relaciones sentimentales y sueña con relaciones bellas y naturales. En sus escritos se opone también a la explotación económica, combina sus preocupaciones por los procesos íntimos sentimentales y los procesos sociales.

En las primeras décadas del siglo XX Alejandra Kollontai (1872-1952), sueña con una nueva sociedad, donde exista igualdad económica y solidaridad humana. “En esta nueva sociedad, las relaciones humanas aparecerán en una forma diferente, transformadas completamente, irreconocibles. En el momento en que hayan crecido y se hayan afirmado los lazos de simpatía entre todos los miembros de la nueva sociedad, cuando ya no exista desigualdad económica, se habrá elevado el potencial afectivo y el amor solidario se habrá convertido en una fuerza motriz. Las relaciones sentimentales estarán basadas en el reconocimiento mutuo y recíproco de la libertad de ambos, tanto del hombre como de la mujer, desapareciendo los sentimientos de propiedad. Además de fomentar una sensibilidad fraterna, junto con un arte que permita la asimilación y

comprensión de las transformaciones psíquicas que se reproducen en el alma del amado”.

Para A. Kollontai, al igual que para Marx y Engels, las relaciones amorosas se manifestaran con profundos sentimientos de amistad, con una intensa camaradería, con gran dulzura, cariño y ternura entre los amantes, como lo expresa esta bella carta de Karl Marx a Jenny.

21 de junio de 1856

Mi cordial amorcito:

Te escribo de nuevo porque estoy solo y porque me incomoda mantener contigo diálogos siempre en la cabeza, sin que tu nada de ello sepas, u oigas o me puedas contestar. Pésimo como es tu retrato, me ha prestado los mejores servicios, y ahora comprendo, como las mismas “madonas negras” – los desdorados retratos de la madre de dios – pueden encontrar adoradores imperturbables y, asimismo más que los buenos retratos. En todo caso, ninguna de estas negras representaciones de madonas ha sido más besada, más vista y más adorada que tu fotografía; la cual no es negra sino amarga y, por ningún punto de vista refleja tu amable, dulce, besable, “dolce” cara. Pero yo mejoro a los rayos del sol y encuentro que mis ojos, tan marchitos por la luz de las lámparas y por el tabaco, aun pueden dibujar, no solo en sueños sino también despiertos. Te tengo vivamente en mí, te acojo en brazos y te beso de cabeza a pies, caigo de rodillas ante ti y suspiro: “Madame, yo la amo”. Y la amo, de

hecho más que el Moro de Venecia jamás amó. Falsos y corruptos concibe el falso y corrupto mundo de los caracteres. ¿Quién de mis muchos calumniadores y viperinos enemigos me ha echado en cara tener vocación para representar un papel de galán principal en un teatro de segunda clase? Y sin embargo es cierto. Si los infames hubieran poseído gracia habrían pintado de un lado “las relaciones de producción y de tráfico” y al otro lado a mí a tus pies. Look to this picture and look to that (vean esta imagen y vean aquella) – hubieran escrito debajo. Pero son desgraciados tontos y tontos permanecerán, por seculum seculorum (los siglos de los siglos).

La ausencia momentánea es buena, pues en el presente las cosas se ven demasiado iguales, como para distinguirlas. De cerca las torres mismas parecen enanas, mientras que observado de cerca, lo pequeño y cotidiano crece. Así ocurre con las pasiones. Pequeñas costumbres, que a través de la cercanía - con la que lo arremeten a uno en el pecho – toman forma apasionada, desaparecen tan pronto como su objeto inmediato es arrebatado a los ojos. Las grandes pasiones, cuyo objeto adquiere a través de la cercanía la forma de pequeñas costumbres crecen y recobran su medida natural mediante la acción mágica de la lejanía. Así ocurre con mi amor. Tu solo necesitas retornar a mí a través del simple sueño, y yo se de inmediato, que el tiempo sólo le ha servido – para lo que el sol y la lluvia sirven a las plantas – para el crecimiento. Mi amor por ti, tan pronto como estás lejos aparece como lo que es, como un gigante, en el que se resume toda la energía de mi espíritu y todo carácter de mi corazón. Me siento de nuevo hombre, porque siento una gran pasión y la diversidad, en la que nos embrolla el estudio de la moderna formación y el escepticismo, con el

que necesariamente censuramos todas las impresiones subjetivas y objetivas, están hechos completamente para hacernos a todos pequeños y débiles, quejumbrosos e indecisos. Pero el amor, no hacia los hombres fuerbachianos, no hacia los intercambios materiales (metabolismo) de Moleschott, no hacia el proletariado, sino el amor hacia el amorcito, es decir a ti rehacen de nuevo al hombre hacia el hombre.

Te habrás de reír, mi dulce corazón y preguntarás ¿Cómo arribé de pronto a toda esta retórica? Pero si pudiera estrechar contra mi corazón tu dulce blanco corazón entonces callaría sin decir palabra. Pero si no puedo besar con los labios, tengo que besar con la lengua y hacer palabras. De hecho, podría, incluso, hacer versos y volver a rimar a modo de libros teutónicos de desolación los “Libri Tristium” de Ovidio. El sólo fue desterrado por el Cesar Augusto. Pero estoy desterrado de ti, y esto no lo conoció Ovidio.

De hecho hay muchachas en el mundo, y algunas de entre ellas son bellas. Pero ¿Dónde encuentro de nuevo una cara, donde cada rasgo, incluso cada arruga despierte los recuerdos más grandes y dulces de mi vida? Leo en tu dulce rostro hasta mis interminables dolores, mis irremplazables pérdidas; y cuando beso tu dulce cara me beso a mi mismo por sobre el dolor. “En sus brazos sepultado, por sus besos despertado”, es decir, en tus brazos y por tus besos; y regalo a los brahmanes y a Pitágoras su doctrina de reencarnación y al cristianismo su doctrina de resurrección.

Para terminar some facts (algunos hechos). Hoy he mandado a Isaac Ironside el first paper of the series (primer pliego de la serie) y adjuntas (esto es al texto del despacho) notas hechas de mi puño y letra y en mi

propio inglés. Naturalmente no fue de todo mi agrado que Frederic (Friedrich Engels) dejara pasar el trasto tranquilamente con su crítica carita fruncida, antes de que fuera enviado. Mais pour le première fois, he was quite astonished and exclaimed that this important work ought to be published in another form and, above all things, to be published in German (Pero al fin quedo completamente asombrado y exclamo que este trabajo tan importante debe ser publicado en otra forma y, sobre todas las cosas, debe ser publicado en alemán). Voy a mandarles el primer número a ti y a los viejos castillos históricos de Alemania.

Apropos. Vi en la “Ausburguesa” nuestra circular de marzo de 1850 de la Secretaria Central a la Liga, presentada en el proceso de los comunistas en Colonia, que “supuestamente” fue publicada de la misma fuente en Londres. Se trata de un falsum, un miserable refundido de nuestras cosas concebido por el señor Stieber, quien en últimas fechas no fue digno de pertenecer a Prusia y ahora busca en Hannover constituirse como gran hombre. Engels y yo le dispensaremos una declaración recíproca en la “Revista General Ausburguesa”.

Adiós mi dulce corazón. Te beso muchas miles de veces y a los niños.

Tu Karl Marx

Ensayo IV

EDUCAR PARA LAS RELACIONES SENTIMENTALES DIALECTICAS

-movimiento, cambio, interacción, interconexión-

CAPITULO I

1. Movimiento, cambio, interconexión, interacción dialéctica

“Casi a un tiempo estudiaba diversas cosas, en las que unas embarazaban a las otras. Porque claro está que mientras se mueva la pluma descansa el compás y mientras se toca el arpa sosiega el órgano, porque como es menester mucho uso corporal para adquirir hábito, nunca le puede tener perfecto quien se reparte en varios ejercicios; pero en lo formal y especulativo sucede lo contrario. Yo de mi puedo asegurar que lo que no entiendo en un autor de una facultad lo suelo entender en otro que parece muy distante; y esos propios, al explicarse, abren ejemplos metafóricos de otras artes... Y quisiera yo persuadir a todos con mi experiencia a que diversos estudios no sólo no estorban, se ayudan dando luz y abriendo camino para unos y otros, por variaciones, eslabones y engarces, de manera que parece se corresponden y están unidas con admirable trabazón y concierto...”

Sor Juana Inés de la Cruz

En este hermoso fragmento escrito por Sor Juana, nos enseña como existen variaciones, eslabones, engarces entre los diversos estudios, unidos en admirable trabazón y concierto; así también podemos afirmar que existen engarces, interconexiones, interacciones dialécticas entre la ciencia, la tecnología, la cultura, la política, la economía, la filosofía y la educación, lo que produce constantes variaciones y cambios. Estas constantes variaciones, modificaciones se presentan en movimiento, a veces lento o más acelerado, no se dan aisladamente como unidades independientes, sino en relación e interacción entre sí; las cuales se empalman y se conjugan dialécticamente, en una síntesis de múltiples determinaciones, en las distintas circunstancias históricas. Por lo que un cambio en las relaciones sociales, políticas, económicas, culturales; en la filosofía, en la educación, en la ciencia y tecnología, se refleja también en las relaciones personales, en las relaciones sentimentales o viceversa; lo que muestra una influencia recíproca, una interconexión, una interacción en las diferentes áreas de las relaciones humanas..

Para poder comprender estos cambios, estos movimientos interrelacionados dialécticamente, nos puede ayudar la observación de ejemplos históricos de larga duración que suceden en el acontecer de cien, doscientos años o más, como los cambios interconectados que se desarrollaron en Europa, principalmente en Inglaterra y Francia al correr de los siglos XVI, XVII y XVIII, cuando nuevas miradas generaron nuevos conocimientos.

La mirada a los cielos universales, a su bóveda celeste y al posicionamiento de los astros, causó todo un movimiento dialéctico

revolucionario, que se sintió en gran parte de la sociedad, en lo público, en lo privado, en las casas, en el lenguaje, en las relaciones sentimentales.

2. Movimiento dialéctico: del macrocosmos celestial al microcosmos terrenal.

Mirar los cielos en forma distinta a lo dispuesto por los poderes eclesiásticos y terrenales, era considerado una herejía, la interpretación de la marcha de los astros era un asunto de dogma y de fe. La bóveda celeste se encontraba perpetuamente ordenada, de acuerdo a un arreglo supuestamente divino, por lo que manifestar ideas contrarias a esta organización del cielo, del universo, del sol, de la luna, de la tierra, era considerado un atentado, no sólo al orden celestial, sino también al orden terrenal.

Los cielos, el universo, el mundo se encontraba ordenado jerárquicamente, por rangos y lugares. La jerarquía celestial estaba formada por nueve coros de ángeles: querubines, serafines, tronos, dominaciones, virtudes, potestades, principados, arcángeles y ángeles. Cada una de estas jerarquías ejecutaba una función definida para el gobierno del universo y estaba asociada de acuerdo con su rango a una de las esferas planetarias para mantenerla en su movimiento apropiado. El rango inferior, el de los ángeles propiamente dicho, pertenecía a la esfera de la luna y por consiguiente tenía muchos más que hacer con los seres humanos situados justamente abajo.

De manera general había un orden en el cielo y un orden en la tierra, por lo que la jerarquía del cosmos, era reproducida en la jerarquía social. Por lo que según la concepción medieval del mundo, se establecía una

inmutable pirámide de posiciones sociales, en cuyo vértice estaba el Papa y el Emperador; le sigue la alta nobleza, el alto clero, la baja nobleza, el bajo clero y al final en la base la gran masa de campesinos siervos. En este orden jerárquico el de abajo le debía siempre obediencia al de arriba, su superior, había un lugar para cada persona y cada persona sabía cuál era su lugar.

Todo este complejo cosmos estaba ordenado divinamente, ya que en él se combinaban las incuestionables verdades de las Escrituras y las tradiciones de la Iglesia. Se podía diferir en algunos detalles, pero no cabía duda de que se trataba sustancialmente de la imagen jerárquica de la verdad revelada. No sólo se justificaba este orden jerárquico, sino que se hacía una apología de ésta, ya que se decía que contar con esta organización cósmica y social, era al mismo tiempo práctico, razonable y “hasta sabio, se trata de una construcción celestial inteligente y en armonía completa con el mundo”.

A la luz de las consideraciones antes hechas, es fácil advertir como un desacuerdo con cualquier porción de la imagen celestial se consideraba como algo mucho más serio que un mejor ajuste intelectual, en rigor era considerado como un ataque en contra de todo el orden social, la religión y el universo mismo. Por consiguiente se hacía necesario resistirlo con todo el poder de la Iglesia y de la Corona.

Copérnico, Giordano Bruno, Galileo, Kepler, habían osado mirar el cielo de otra manera, no como algo jerárquico, estático, inmutable, sino con un funcionamiento diferente al expresado en las divinas revelaciones.

Nicolás Copérnico publicó en 1543 su libro “Revoluciones de los globos celestes” en el que demostró que la tierra gira alrededor de su propio eje y junto con los demás planetas alrededor del sol. El sistema heliocéntrico de Copérnico echaba abajo el pensamiento de la Iglesia sobre la tierra como centro del mundo, además de que tradujo las leyes celestiales a un lenguaje matemático. Roma prohibió el libro de Copérnico por ser “absurdo, manifiestamente herético y en contradicción con las sagradas escrituras”.

Giordano Bruno prosiguió con gran convicción y valentía los estudios iniciados por Copérnico, teniendo que huir constantemente de la inquisición. El consideraba al cosmos infinito en el tiempo y en el espacio, afirmaba que el sistema solar es uno entre el inmenso número de sistemas., en el que hay innumerables cuerpos semejantes a nuestra tierra. No hay entonces un único mundo, una única tierra, un único sol, hay tantos como puntos luminosos vemos sobre nosotros, todos están en el cielo junto con nosotros, por lo que no existen superiores o inferiores. Enseñaba, que el universo no es inmóvil, sino que se encuentra en constante movimiento creador y transformador.

La veracidad de la teoría de Copérnico y de G. Bruno, fue ratificada de manera fehaciente por Galileo Galilei, quien con ayuda de un telescopio hecho por él mismo, descubrió cuatro satélites de Júpiter, las fases de Venus y la irregularidad de la superficie lunar. Galileo se equivocó cuando supuso que todos se convencerían al mirar el cielo por el telescopio, pero no pudo disminuir la fuerza de los prejuicios, unida a la autoridad que ejercía la Iglesia Católica. Cuando le ofreció a un astrónomo de Padua enseñarle por el telescopio las manchas del sol, éste rechazó el

ofrecimiento diciendo: “Hay que creer más a Aristóteles que a los propios ojos”. Galileo le escribe con amarga burla en una de sus cartas a su amigo también astrónomo y matemático: “Mi querido Kepler, cómo desearía que nos riéramos cordialmente, juntos. Hay aquí en Padua un profesor de filosofía a quien he pedido muchas veces que mire la luna y los planetas a través de mi cristal, pero él se niega a hacerlo. ¿Por qué no estás aquí? ¡Cómo nos reiríamos de esta gloriosa locura! Y más aún si escucháramos a un profesor de Pisa que ante el duque trata de desencantar nuevos planetas de los cielos mediante algún exorcismo”.

Sin embargo, no sólo la tontería y la ignorancia humana estaba contra la ciencia, sino el poder eclesiástico se oponía a ella. Galileo no se dejó asustar por la condena que la Iglesia hizo de las enseñanzas de Copérnico, por lo que años después publicó su libro “Diálogo sobre los dos máximos sistemas del mundo”, en el que abiertamente defendía sus aseveraciones. La inquisición le llamó por tercera vez ante el jurado. Tenía en esta época setenta años y era conocido en todo el mundo como un gran científico. El alto tribunal se manifestó obstinadamente en contra del progreso humano, y lo condenó a renunciar a su teoría y a humillarse ante la Iglesia.

La historia del desarrollo del conocimiento es al mismo tiempo la historia de su lucha contra el poder de la Iglesia y la tontería humana. La jerarquía eclesiástica utilizó un arma poderosa, la institución que combatía a los herejes: la Inquisición.

La inquisición desarrolló una gran lucha contra los nuevos conocimientos. La Iglesia temía sobre todo a los libros, que después del descubrimiento de la imprenta se difundían entre amplios sectores. En

1491 el inquisidor español Torquemada quemó más de seis mil libros. Después de algunas bulas papales que ordenaban la destrucción de todo lo impreso que no tuviera autorización de la Iglesia, fue elaborado en 1557 un largo y detallado Index de libros prohibidos, en el que incluían casi todos los escritos que abrían paso al progreso humano.

En esas difíciles circunstancias nacía la ciencia moderna, hubo un constante enfrentamiento entre la observación, la experimentación y el dogma, entre la razón y la fe, entre las ciencias y las pseudociencias. No obstante el desarrollo de la ciencia continuó, los filósofos se dieron la tarea de buscar nuevos caminos para el estudio de la naturaleza y del universo. Descartes escribe el Discurso del Método; Bacon su Novum Organum (Nuevo Instrumento); Spinoza su “Ética”, utilizando los procedimientos de la geometría. Locke publica su “Ensayo sobre el entendimiento humano” y Leibnitz escribe también sobre el mismo tema.

Los científicos dejan de escribir sus tratados exclusivamente en latín y lo hacen también en sus lenguas nacionales. Galileo escribe sus tratados en italiano. Paracelso lo hace en alemán y lo mismo otros filósofos. Así las lenguas nacionales se nutren y expresan los complicados términos matemáticos y filosóficos, surge la literatura científica de divulgación que tiene como objeto dar a conocer los nuevos descubrimientos geográficos, tecnológicos, médicos, históricos, al igual que las ideas filosóficas y las ciencias naturales. Con frecuencia adquieren la forma de diccionarios, sumarios, selecciones, crónicas, atlas, etc. En ese sentido tienen una importancia muy grande el descubrimiento y la divulgación de la tecnología de la imprenta, así como el surgimiento de rutas internacionales y de

nuevos caminos desconocidos, que se convirtieron en rutas de divulgación de la producción literaria.

La astronomía alcanzó logros revolucionarios, su desarrollo estaba estrechamente ligado al de la navegación y a una medición más precisa del tiempo. El sistema de Copérnico conquista el reconocimiento universal entre los filósofos más adelantados de aquel tiempo; el descubrimiento por Kepler de las leyes que rigen el movimiento de los planetas, la fundamentación de la mecánica por Galileo, el establecimiento por Newton de las leyes básicas del movimiento mecánico, crean las bases de la nueva concepción científica del mundo y de los cielos, dándole un carácter matemático-mecánico.

El historiador L. Stone manifiesta que para finales del siglo XVII los astrónomos y científicos físicos matemáticos ingleses, destruyeron las ideas tradicionales de que el universo estaba organizado en forma jerárquica. Aunque muchos científicos, como Leibnitz, negaron enérgicamente que sus descubrimientos fueran en contra del principio jerárquico; de hecho su trabajo tendía a crear dudas sobre la teoría de la Gran Cadena del Ser, que vinculaba a todo hombre, mujer y niño en una red de dependencia y subordinación a la voluntad de otros y finalmente también a las jerarquías celestiales.

Destruir las ideas tradicionales de las jerarquías celestiales afectaba también las ideas de las jerarquías terrenales, no solo se encontraba amenazada la antigua interpretación medieval del orden del universo y del mundo, sino también el orden social terrenal; puesta en duda aquella, también vacila ésta.

2.1 En movimiento, las jerarquías divinas de los Papas, reyes y mini soberanos de la casa

La tradicional interpretación del mundo se estaba derrumbando junto con las antiguas creencias, en que se suponía que las jerarquías celestiales habían nombrado al Papa como su representante en la tierra, quien afirmaba haber recibido a ésta, en feudo de Dios, por lo que además era portador de las llaves del cielo, ya que la Iglesia podía dar o negar la absolución o sea la entrada a un nivel superior del cielo.

El Papa se ayudaba del emperador para el gobierno de los asuntos terrenales, ya que eran los dos grandes poderes durante la Edad Media. Pero a partir del siglo XVI, los reyes fortalecen su alianza con las ciudades, basada en la coincidencia de intereses. Para ambos era conveniente un Estado central que permitiera el comercio y facilitara las comunicaciones sobre un territorio extenso, por lo que empiezan a surgir los Estados Nacionales. En la Edad Media, sólo existía un enorme número de feudos más o menos soberanos, que formaban una unidad nominal bajo la dirección del Emperador y del Papa, pero ya entrado el siglo XVI los Estados Nacionales se van consolidando, por una parte absorben la soberanía de los feudos que los integran y por la otra, se independizan del gobierno imperial y Papal. Se cuestiona el derecho del Papa como representante celestial y surge la teoría política del “derecho divino de los reyes”, según la cual los soberanos son los representantes directos de la jerarquía celestial y no están sujetos ni al Papa ni al emperador, por lo que tampoco deben rendir cuentas ante sus súbditos. La frase atribuida a Luis XVI, “El Estado soy yo”, simboliza la concentración absoluta del poder en el monarca.

En los Estados nacionales, la sociedad estaba estructurada en varias capas: la nobleza, que a pesar de haber perdido parte de su poderío político conservaba parte de sus privilegios económicos, de sus filas provenían la mayor parte de los altos funcionarios de la monarquía absolutista. El clero estrechamente relacionado con la nobleza, tenía una organización semejante a la de ésta. Las dos capas privilegiadas, nobleza y clero, se dividían en alta nobleza y alto clero por un lado y baja nobleza y bajo clero por el otro. Los primeros vivían en la corte disfrutando de los privilegios mientras los segundos llevaban una vida modesta. La tercera capa, el llamado tercer Estado, estaba integrado por toda la población que no gozaba de privilegios. Su clase más importante era la burguesía comercial y la incipiente burguesía industrial, la alianza entre estas y la monarquía era la base fundamental del régimen absolutista. La burguesía exigía participar en el gobierno, pero los reyes querían continuar con sus supuestos derechos divinos, que les otorgaba la total concentración del poder, por lo que las monarquías absolutistas podrían simbolizarse en el lema acuñado por José II de Austria: “todo para el pueblo, pero sin el pueblo”, o sea el gobierno actúa a favor del pueblo, pero no permite la intervención de éste en las decisiones. Pero esta supuesta jerarquía y privilegios divinos, este poder que le confería el orden celestial aquí en la tierra, sería ampliamente cuestionada.

En Inglaterra primero y luego en Francia se dará todo un movimiento cultural que culminará con lo que se conoce como la Ilustración, el cual tenía sus antecedentes en el humanismo renacentista. Este movimiento se apoyaba en los avances de la filosofía natural, de la física, de las matemáticas, de la mecánica; que rompían con las ideas tradicionales

sobre el universo organizado en un inmutable y estático orden jerárquico. Por lo que cuestionaban la filosofía política que justificaba el derecho divino atribuido al Papa y a los reyes, tratando de derrumbarla, por medio de las nuevas ideas vertidas por los filósofos de la Ilustración.

Este movimiento cultural se inicia con gran fuerza en Inglaterra, uno de sus principales representantes John Locke, escribe un “Tratado sobre el gobierno civil”, en el que plantea los derechos del hombre, la soberanía del pueblo y la limitación del poder real. Posteriormente en Francia se elabora la famosa Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano: “los hombres nacen y viven libres e iguales bajo las leyes, todos los ciudadanos tienen derecho a cooperar en la formación de la ley, personalmente o a través de sus representantes”. Se manifestaban en contra de los privilegios de los nobles y los poderes divinos de los reyes; se pensaba en un Estado secular con libertades civiles y garantías.

A partir de este movimiento nos señala el historiador L. Stone, hubo una gran secularización en parte de la sociedad, desarrollándose una actitud de indiferencia hacia la autoridad del clero, las Escrituras y la teología moral. Una sugestiva pieza de evidencia de este cambio es la disminución para mediados del siglo XVIII del número de ediciones de la Biblia publicadas en Inglaterra, ya que ahora tenía que competir con las Enciclopedias, atlas, novelas y con un caudal de libros de texto sobre todos los aspectos de la naturaleza y el mundo físico.

Esta actitud secular se vio reflejada también en el parlamento inglés, por lo que los antiguos discursos de ferviente apoyo a la teoría política del Derecho Divino de los Reyes y de no resistencia a la voluntad de un rey ungido, se fueron abandonando en el transcurso de dos generaciones.

Para 1741 un Tory, David Hume, puede decir que hablar de un rey como representante o vicerregente de Dios en la tierra, solo provocaría risas a cualquiera. Lo que había sido un axioma político aceptado en 1540 y 1640, se había convertido en simple broma en 1740. Por lo que se establecía una nueva tabla de valores seculares, “en que los hombres nacen libres e iguales bajo las leyes terrenales”.

2.2. El cambio, el movimiento se detiene en el umbral del hogar

“Si alguna vez tuviereis el propósito de ser una buena esposa y vivir tranquilamente, pensad lo siguiente: mi esposo es mi superior, no es igual a mí, es mejor que yo, tiene autoridad sobre mí y me gobierna; la naturaleza le ha dado esta autoridad, Dios se la ha dado”

“The Bride Bush”

Si bien en el siglo XVIII era de risa y ya nadie creía en el derecho divino y el poder absoluto del monarca soberano, no sucedía lo mismo en los hogares, con los mini soberanos de la casa, ya que la nueva filosofía política se había detenido en el umbral del hogar. Adentro reinaba el antiguo orden celestial, como si los siglos y la ciencia se hubieran detenido y se estuviera viviendo en épocas atrasadas, como cuando se hacía una analogía en la que se comparaba la autoridad del esposo y padre de familia, con la autoridad del rey. Según la jerarquía celestial de la Gran Cadena del Ser, al monarca se le veía como un súper patriarca y al padre como un mini soberano.

Es así como lo pensaba en el siglo XVII, el rey Jacobo de Inglaterra, cuando informó a sus algo dudosos súbditos que él era “el padre de todo

su pueblo". Apoyado por la publicación de un libro de R. Mocket, "God and the King", en que hacía énfasis en la idea de que todos los súbditos eran hijos del rey y por lo tanto estaban obligados por el quinto mandamiento a honrarlo y obedecerlo. Jacobo I estaba tan encantado con las ideas de este libro, que ordenó que fuera estudiado en las escuelas, en universidades y en las casas, para que también dentro del hogar los esposos y padres de familia recibieran también por parte de la esposa e hijos obediencia y subordinación desmedida, aún a costa de su propia vida. En las homilías y catecismo, en folletos y revistas se empeñaron en la tarea de difundir el mensaje, como el publicado en The Bride Bush, donde se les recordaba a las mujeres que su esposo es su superior, es quien las gobierna, porque la naturaleza y Dios le han dado esa autoridad.

Estas atrasadas creencias, seguían reinando en el hogar, por lo que la nueva teoría política del Estado y la teoría política de la familia, marchaban con rumbos distintos, en forma opuesta; lo que motivó que varias mujeres empezaron a protestar en Inglaterra, apoyándose en los conceptos vertidos por John Locke en su libro "The Two Treatises of Government", donde manifestaba que el poder del padre y esposo tiene que ser limitado y temporal, y que éste no podría tener derecho del poder de vida y muerte sobre la esposa e hijos.. Planteaba la necesidad práctica de remodelar la teoría política del poder del Estado, así como modificaciones en la teoría sobre el poder del mini soberano de la casa. Este asunto empezó a ventilarse en Londres, en algunos círculos culturales, e incluso se llevó al escenario teatral.

Mary Astell se preguntaba; “¿Si no es necesario el poder absoluto del Estado, por qué si lo es en la familia? ¿O si lo es en la familia porqué no en el Estado? ¿No es una parcialidad extrema de los hombres sostener y practicar ese arbitrario dominio en sus familias, que ellos aborrecen y rechazan del Estado?. En la obra de teatro “The Provoked Wife, Lady Brute pregunta: “Si las relaciones entre el rey y el pueblo han cambiado, ¿por qué no cambian también entre el marido y la mujer, esa teoría de moda que ustedes rechazan, que es ahora su escarnio es sólo apta para nosotras?

La incompatibilidad de la teoría de los divinos mini soberanos domésticos, con la nueva teoría política, hizo que los teólogos morales se vieran forzados a modificar su posición. El obispo Fleetwood declaró que la nueva filosofía política, en efecto minaba la idea tradicional de que por derecho divino se le otorgaba al esposo la absoluta autoridad sobre la mujer y los hijos.

Todas estas ideas repercutirían también en la modificación de las estrictas reglas jerárquicas que se mantenían en el interior del hogar, sobre todo aquellas que predicaba el teólogo puritano Willian Gouge, en que insistía que las esposas debían dirigirse a sus maridos como un superior, en forma respetuosa como “mi señor esposo” y que debían evitar expresiones como: “lindo, corazón, corazoncito, amor, mi alegría, querido, mi vida, pollito”, etc., así como expresiones igualitarias como llamarlo por su nombre.

El conservador John Sprint objetaba la práctica de las mujeres de llamar a sus maridos por sus nombres “como si los consideraran no muy por encima de sus propios sirvientes”, ya que esto significaba una falta

de esa deferencia y respeto a un superior, ya que las jerarquías deberían preservarse. El asunto de cómo llamar al marido era muy discutido, cómo dirigirse al mini soberano de la casa fue muy debatido, por lo que muchas mujeres decidieron hacer cambios, empezándolos a tratar igualitariamente por su nombre y adoptando términos cariñosos. Roto el orden jerárquico celestial y terrenal, se rompía el hielo en casa y en el lenguaje sentimental.

Conocer los cambios, los movimientos de los astros, gracias a los estudios de Copérnico, Kepler y Galileo, produjo movimientos en el orden celestial y terrenal, en el orden familiar y personal y también en el supuesto orden sentimental, todo eslabonado en una interacción e interconexión dialéctica.

Podríamos pensar que a partir de las ideas de la ilustración, con la secularización de los Estados, se había barrido con las antiguas ideas medievales, con las ideas autoritarias derivadas de los derechos absolutos y divinos que supuestamente otorgaban las deidades celestiales. Se podría pensar que son cosas del pasado, de otras épocas, de otras culturas, pero no, Fabricio Mejía y Carlos Monsiváis, nos alertan ante el advenimiento de las renovadas teologías del “derecho divino”, que legitiman y exaltan el autoritarismo y como gran parte de la sociedad se apega a este discurso en lo público y lo privado, con gran energía tanto ritual como verbalmente, así lo refleja el fragmento de un libro escrito en estos oscuros tiempos: “La familia (el Estado) es como una empresa en la que existen lineamientos y políticas establecidas por los directivos. Estas políticas no se discuten, se cumplen. A mí me ha tocado ser el directivo, la autoridad en esta familia.

Una autoridad es alguien con la facultad de darte instrucciones y que sin saberlo, es instrumento divino para indicarte el camino recto. El problema que tenemos con la autoridad es nuestro orgullo. Quien se opone a la autoridad se rebela contra la orden de Dios y los rebeldes atraerán a sus vidas la perdición. De modo que les guste o no, yo pongo las reglas, fue Dios quien lo ha dispuesto así para que nada cambie, ni nada se mueva”.

CAPITULO II

“Y sin embargo se mueve”: Galileo

Viejos y nuevos inquisidores se oponen al cambio, al movimiento.

“En nuestros días se da una notable reacción antiilustrada, la moda es antiilustrada, vivimos tiempos de involución, tiempos de antiilustración”, afirma F. Savater. Por lo que hay que estar siempre alerta a las contrarreformas para aplastar a la razón, así como a las odas contra la Ilustración, el cambio, el movimiento. Estar alerta ante los antiguos y nuevos inquisidores que condenan a la razón y atentan contra los nuevos herejes, los nuevos Galileos, Copérnicos, etc. Por lo que es importante conocer a fondo los nuevos y los viejos métodos inquisitoriales, como los que padeció Galileo Galilei, como lo narra Dava Sobel, en su libro “La hija de Galileo”.

La inquisición juzga a Galileo Galilei

Queridísimo padre:

El *signor* Geri me informó de las condiciones que os han impuesto respecto a vuestra causa, y me apena muchísimo que estéis retenido en las dependencias del Santo Oficio. Por una parte, me produce una enorme aflicción porque estoy segura de que no encontraréis reposo espiritual y quizá estéis privado también de todo tipo de comodidades materiales; por otra, teniendo en cuenta la necesidad de que los acontecimientos superen esta fase para que las autoridades os dejen marchar. Sobre todo, por la

justicia de vuestra causa y vuestra inocencia ante esta instancia, me consuelo yo sola y me aferro a la esperanza de un venturoso y próspero triunfo con la ayuda de Dios santo, a quien mi corazón no deja de suplicar y al que os ruego que os encomendéis por el amor y la esperanza que dispensa.

Tuve un dolor de cabeza terrible que duró desde por la mañana en la hora catorce hasta la noche; algo que no me había sucedido nunca. Quería contaros este detalle no para haceros responsable de mi pequeño sufrimiento, sino para que podáis entender mejor cuánto pesan en mi corazón vuestros asuntos y cómo me llenan de preocupación con una pequeña muestra de los efectos que me producen, efectos que, hablando también de un modo general, el amor filial puede y debe producir en todos los hijos, también en mí, aunque me atrevería a decir con orgullo que poseen una fuerza mayor ya que el vigor me supera al de la mayoría de los hijos en el amor y devoción que siento por mi queridísimo padre, este es mayor cuando veo claramente que él, por su parte, supera a la mayoría de los padres en su amor hacia mí como hija suya

Os ruego que no me dejéis sin el consuelo de vuestras cartas, ni sin darme noticia de vuestro estado, tanto físico y sobre todo espiritual. Tenéis que cuidar de vuestro ánimo y no arriesgar vuestra salud por someterla a una preocupación excesiva ante la adversidad.

Aunque termino aquí mi carta, nunca dejo de acompañaros con mis pensamientos y mis oraciones para que os proporcionen paz y consuelo verdaderos.

Vuestra hija afectísima,
S. M. Celeste Galilei

Febrero de 1633

Galileo Galilei, recibió esta carta, entre una de las más de cien cartas que se conservan de la voluminosa correspondencia que mantuviera con su hija. De los tres hijos de Galileo, ella heredó su misma brillantez, laboriosidad y sensibilidad en virtud de las cuales se convirtió en su confidente, amiga, colaboradora y hasta boticaria.

La hija de Galileo nació de una amorosa relación con la hermosa Marina de Gamba. Vino al mundo con el calor de verano de un nuevo siglo: el 13 de Agosto de 1600. Ese mismo año Giordano Bruno fue quemado en la hoguera por causa, entre otras herejías y blasfemias, de su insistencia en que la tierra giraba alrededor del Sol en lugar de permanecer inmóvil en el centro del Universo. En un mundo que todavía no era consciente de su posición, Galileo se comprometió en este particular conflicto cósmico con la Iglesia.

En 1609 cuando María Celeste todavía era una niña su padre le enseñó a mirar las estrellas, por medio del telescopio que instaló en el jardín de su casa en Padua, el cual estaba dirigido al firmamento. Estrellas que nunca se habían visto antes salieron de la oscuridad para realzar constelaciones ya conocidas; la difusa Vía Láctea resultó ser un arco de estrellas densamente agrupadas; montañas y valles resaltaban en la luna, unos cuantos acompañantes giraban constantemente alrededor de Júpiter como si se tratara de un sistema planetario en miniatura.

“Doy infinitas gracias a Dios clamaba Galileo después de aquellas noches de ensueño por haber sido tan generoso conmigo y haberme

elegido como primer testigo de estas maravillas escondidas en la oscuridad durante tantos siglos”.

Su papá no solo le mostraba la enorme bóveda celeste, el macro universo celestial, sino también el micro universo animal; jugaban con una compleja serie de lentes de aumento que desarrolló en forma de microscopio, en donde observaban con gran admiración muchos animales minúsculos, de los cuales Galileo opinaba que “la pulga es bastante horripilante y el mosquito y la polilla muy hermosos; he visto con enorme satisfacción cómo las moscas y otros animalillos son capaces de caminar de cabeza abajo adheridos a los cristales”.

Cuando Celeste creció siguió observando a la naturaleza, convirtiéndose en la boticaria oficial del convento al que ingresó, adoptando el nombre de Sor María Celeste, como reconocimiento a la fascinación que su padre tenía por los astros. Como boticaria se interesaba en preparar elixires de plantas medicinales para protegerse de las epidemias tan frecuentes en esos siglos, preparaba píldoras, se ingeniaba en inventar una serie de remedios, preparaba también alimentos especiales que fortalecieran a Galileo, ya que éste pasaba largas horas en sus investigaciones.

María Celeste se mantenía también al tanto de los libros que escribía su padre así como de las cartas de sus colegas y adversarios, que le llegaban de toda Italia y del resto del continente, las cuales su padre siempre compartió con ella.

Aunque su padre había empezado su carrera dando clases como profesor de matemáticas, primero en Pisa y después en Padua cualquier

filósofo sabía que el nombre de Galileo estaba relacionado con la más asombrosa serie de descubrimientos astronómicos.

Galileo era tratado como una celebridad; como si fuera otro Colón por sus conquistas. Pero aunque su gloria alcanzara tal magnitud, despertó también enemistades y sospechas porque en lugar de conquistar una tierra lejana habitada por paganos había invadido tierra santa. Apenas había asombrado a las gentes de Europa con su primer torrente de descubrimientos cuando llegaba una nueva oleada: había visto manchas oscuras moverse lentamente por toda la superficie del Sol y había visto también a “la diosa del amor” –como llamaban al planeta Venus- atravesando por diferentes fases, desde llena hasta creciente, tal como ocurría con la Luna.

Todas sus observaciones concedían credibilidad al universo heliocéntrico de Copérnico que se había dado a conocer aproximadamente medio siglo antes, pero al que se había declarado falto de pruebas. Los esfuerzos de Galileo proporcionaban el punto de partida para su demostración. El rimbombante estilo con que difundía sus ideas –unas veces con un humor tosco en sus publicaciones, otras en voz muy alta en cenas de gala y debates públicos- llevó a la nueva astronomía desde el barrio periférico de las universidades hasta la arena pública. En 1616, el Papa y un cardenal de la Inquisición reprendieron a Galileo y le advirtieron que debía restringir sus incursiones en la esfera de lo sobrenatural. Dijeron que en los Salmos, en el libro de Josué y en otros muchos pasajes de la Biblia ya se trataba el movimiento de los cuerpos celestes, y que éstas materias era mejor dejarlas a los santos padres de la Iglesia.

Galileo guardó silencio sobre la cuestión, durante siete prudentes años dedicó sus esfuerzos a objetivos menos arriesgados, tales como señalar los satélites de Júpiter para mejorar la navegación. También estudió poesía, escribió críticas literarias, mejoró su telescopio y desarrolló un complejo microscopio. Pero nuevamente se aventura en una disertación popular sobre las dos teorías rivales de la cosmología: la heliocéntrica y la geocéntrica. O, según sus propias palabras, sobre “los dos máximos sistemas del mundo”,

Galileo se puso a trabajar arduamente en un libro que se titularía: ‘Diálogo de Galileo Galilei, sobre los dos sistemas máximos del mundo, tolemaico y copernicano. Libro en el cual María Celeste sería su invaluable colaboradora, ya que se encargó de reescribir el borrador del *Diálogo*. Las partes que Galileo había escrito en diferentes épocas y formatos debían ser escritas de nuevo ahora, página a página y en perfecta caligrafía, para que se publicaran con las correcciones y añadidos necesarios.

Cuando el Diálogo estuvo terminado, Galileo envió el texto final a revisión eclesiástica. No sólo los libros sobre materias comprometedoras como la estructura del Universo estaban sujetos a esta disposición, sino todos los libros sobre cualquier asunto a lo largo y ancho de toda la Europa católica de acuerdo con una bula papal promulgada en 1515 por el Papa León X, de la familia de los Médicis. Este decreto establecía que los escritores que quisieran publicar sus obras debían hacer revisar sus manuscritos por un obispo de la Iglesia o por alguien nombrado por alguno de ellos, además por el inquisidor local. Los impresores que pusieran en marcha sus prensas sin los permisos exigidos se enfrentaban a la excomunión, a las multas o a la quema de los libros. En el caso concreto

de Alemania, lugar de origen de la Reforma, el Papa León X se vio obligado a emitir otra bula cinco años más tarde, en 1520, mediante la cual prohibía todas las obras, pasadas o futuras, nacidas de la pluma de Martín Lutero.

La Inquisición romana, después de su restablecimiento en 1542, se hizo cargo de la supervisión de los proyectos de edición en Italia y promulgó en 1559 el primer *Índice universal de libros prohibidos*. En 1564, según lo dispuesto por el Concilio de Trento, nuevas restricciones aún más severas establecían que no sólo los autores e impresores podían ser excomulgados por publicar obras consideradas heréticas, sino que incluso los *lectores* de tales libros podían ser castigados. Los libreros, por su parte, tenían que permanecer al acecho: debían tener una lista detallada de sus existencias y estar siempre dispuestos a permitir cualquier inspección repentina que los obispos o inquisidores quisieran realizar.

Todas las obras de Galileo publicadas anteriormente habían sufrido la revisión exigida, porque los impresores italianos cumplían con las normas más estrictamente que el resto, particularmente en Roma, sede de la Santa Inquisición. El *mensajero sideral*, publicado en Venecia, obtuvo el visto bueno de los principales del consejo legislativo veneciano llamado Consejo de los reformadores de la Universidad de Padua y el secretario del senado veneciano, todos los cuales juraron “que no se halla cosa alguna contraria a la sagrada fe católica, a los principios de la moral ni a las buenas costumbres en el libro titulado *Sidereus Nuncius* de Galileo, y que es digno de imprimirse”.

Cuando el príncipe Cesi estaba preparando la edición de las *Cartas sobre las manchas solares* en Roma, discutió el posible problema de la

impugnación de la incorruptibilidad del Sol con el cardenal Bellarmino, mientras Galileo, al mismo tiempo, comprobaba también por su parte esta cuestión con el cardenal Conti. Ninguna de las dos eminencias pensaron que las manchas solares preocuparían a los censores y, en efecto, el libro fue autorizado sin ningún incidente.

También *El ensayador* había discurrido por los canales oficiales sin problemas. Pero Galileo sospechaba que el material del *Diálogo* podía proporcionar motivos serios de preocupación a los censores, ya que la Santa Congregación del Índice acababa de hacer pública una proclama en la que exponía la postura oficial sobre la astronomía copernicana: principalmente, que era “falsa y contraria a las Sagradas Escrituras”. El decreto también citaba nombres y establecía acciones a llevar a cabo. Prohibía el libro de Copérnico hasta que se hicieran en él las debidas correcciones “para que esta opinión no pueda diseminarse más ni perjudicar la verdad católica”. Citaba también otro libro del padre carmelita Paolo Antonio Foscarini, que había apoyado a Copérnico con entusiasmo emparejando citas de capítulos del *De revolutions* con versículos de la Biblia con la intención de mostrar cómo podían reconciliarse los dos textos. Foscarini lo pasó mucho peor que Copérnico con el decreto porque su libro fue condenado en su totalidad: prohibido y destruido. Pero tampoco se acabaron aquí las consecuencias catastróficas. El impresor de Nápoles que había publicado el libro de Foscarini fue detenido poco después del edicto de marzo y el padre Foscarini murió misteriosamente a principios de junio a la edad de treinta y seis años.

A mediados del verano de 1630, Galileo llegó a un acuerdo con un nuevo editor e impresor de Florencia, pero requería la autorización del inquisidor.

Pero, cómo enviar un grueso manuscrito a Roma en esos tiempos tan difíciles en que se interrumpieron las comunicaciones a lo largo y ancho de toda la península, debido al brote de una mortal epidemia. En el que incluso las cartas corrientes podían quedar retenidas o confiscadas en los controles de paso, por lo que habría mayor riesgo para los volúmenes procedentes de las regiones afectadas por la peste. Galileo escribió al padre Riccardi comprometiéndose a enviarle sólo las partes más discutibles del manuscrito: el prefacio y la conclusión.

El invierno llegó y se marchó sin que llegara una sola palabra procedente de Roma. Entretanto Galileo preocupado se quejaba amargamente: "Mi obra está arrinconada y la vida se escapa a medida que sigo viviendo en continuo estado de enfermedad y zozobra.

En marzo, Galileo solicitó ayuda del gran duque "para que pueda conocer en vida el resultado de mi laborioso trabajo y mi esforzada obra". Así comenzó en el mes de junio el lento trabajo de impresión de la enorme tirada de mil ejemplares. Se tardó todo el mes en componer e imprimir las primeras cuarenta y ocho páginas de las quinientas del *Diálogo* y así el laborioso proceso de impresión continuaba.

A mediados de agosto, cuando ya se habían apilado un tercio de las páginas, Galileo dijo a sus amigos de Italia y Francia que esperaba ver terminado el resto en noviembre. Pero se tardó más tiempo; pasaron un total de nueve meses desde el comienzo de la impresión hasta la finalización del libro en febrero de 1632, cuyo título final fue el siguiente:

Diálogo de Galileo Galilei, Linceo, matemático honorífico de la Universidad de Pisa y filósofo y maestro matemático de su alteza serenísima el gran duque de Toscana. Donde en el transcurso de cuatro jornadas se discute sobre los dos sistemas máximos del mundo, tolemaico y copernicano, y se exponen sin conclusión definitiva las razones físicas y filosóficas tanto de una parte como de otra.

Fue hasta principios de 1633, cuando la ola de reacciones que despertó la publicación del *Diálogo* volvió como un bumerán y alteró la paz de Galileo en Arcetri.

Al principio, todo eran buenos augurios para el libro; alcanzó un éxito enorme e inmediato. Galileo ofreció al gran duque el 22 de febrero de 1632, en el palacio Pitti, el primer ejemplar encuadernado. En Florencia se vendió en cuanto llegó a las librerías. Galileo envió también ejemplares a amigos de otras ciudades, como Bolonia, donde un colega matemático manifestó: “Por dondequiera que empiezo, no puedo dejarlo”.

Sin embargo, los ejemplares con destino a Roma fueron retenidos hasta el mes de mayo según advertencia del embajador Niccolini, que lamentaba que en aquel momento las ordenanzas de la cuarentena romana exigieran que todas las remesas de libros importados fueran desembaladas y fumigadas: nadie quería ver sometido el *Diálogo* a semejante tratamiento médico.

El correo era recogido con pinzas y después curtido con algún ácido, humedecido en vinagre o expuesto ligeramente a una llama para purgarlo de la contaminación que pudiera tener.

Galileo sorteó este obstáculo mediante el envío a Roma de algunos ejemplares de presentación en el equipaje de un amigo que iba de viaje y

que los distribuyó entre el cardenal Francesco Barberini, Benedetto Castelli, amigo y colega de Galileo desde hacía mucho tiempo.

“Todavía lo tengo conmigo –escribía Castelli a Galileo el 29 de mayo de 1632- aun cuando ya lo he leído de cabo a rabo con asombro y deleite infinitos; leo partes de él a amigos de buen gusto para que se maravillen y siempre con mayor deleite, con mayor asombro y para mayor provecho mío”.

Un joven estudiante de Castelli todavía desconocido llamado Evangelista Torricelli, que sería el inventor del barómetro, escribió a Galileo en 1632 para decirle que se había convertido al copernicanismo gracias al *Diálogo*.

No obstante, algunos astrónomos jesuitas reaccionaron con violencia ante el *Diálogo*; especialmente el padre Christopher Scheiner, viviendo en Roma, había aprendido italiano y arengaba al padre Riccardi para que prohibiera el *Diálogo*.

En seguida, el *Diálogo*, provocó también la ira del Papa Urbano. Llamó su atención en un momento muy inoportuno, justo cuando el despilfarro de sus gastos de guerra iba ya a duplicar las deudas papales y sus temores por las intrigas españolas contra él habían llegado al límite.

Cuando el libro de Galileo llegó a Roma en el verano de 1632, Urbano no podía dedicar ni un solo minuto a leerlo. De todos modos, unos consejeros anónimos lo consideraron en su nombre como un insulto egregio. Los enemigos de Galileo en Roma, que eran legión, vieron el *Diálogo* como una alabanza escandalosa de Copérnico. Y el Papa, acusado ya en público de hacer decaer la devoción católica en los frentes

de batalla europeos, no podía permitir que otra afrenta similar quedara sin castigo.

En el mes de agosto, aguijoneado por los comentarios provocativos que repetían que Galileo le había tomado por tonto, el Papa constituyó una comisión formada por tres personas para que reexaminaran el texto del *Diálogo*. “Creemos que Galileo puede haber incumplido sus instrucciones mediante la confirmación definitiva del movimiento de la tierra y la inmovilidad del Sol, habiéndose apartado de este modo del terreno de las hipótesis –señalaban estos comisionados en su informe de septiembre al Papa-. Ahora habrá que decidir cómo se ha de proceder, tanto contra el autor como en lo referente al libro impreso”.

El embajador Niccolini y el secretario de estado del gran duque, que mantuvieron una agitada correspondencia diplomática secreta durante todo este proceso, coincidían airadamente en que el “cielo parecía haberse desplomado”. “Me da la impresión de que el Papa no podría tener peor disposición hacia nuestro pobre *signor Galilei*”, escribió el 5 de septiembre el embajador al tiempo que refería los resultados de una audiencia papal desarrollada “en una atmósfera muy tensa”, durante la cual Urbano “había explotado de indignación” y después había despotricado “con igual efusión de ira”.

Antes de que acabara el mes de septiembre llegó al inquisidor de Florencia una notificación oficial en la que se anunciaba que el *Diálogo* no podría venderse más (aunque ya se habían vendido todos los ejemplares) y por la que se reclamaba que el autor se presentara ante el Santo Oficio en el mes de octubre.

Galileo solicitó indulgencia al cardenal Francesco Barberini, su amigo más poderoso, pero estas órdenes estrictas habían sido dictadas realmente por el hermano del Papa, Antonio, el llamado cardenal Sant'Onofrio. ¿Disculparía por favor Urbano VII al anciano y achacoso Galileo de viajar hasta Roma, precisamente ahora, que la epidemia estaba también declarándose en Florencia? Y, dado que el *Diálogo* había discurrido por los canales adecuados hasta recibir el visto bueno oficial de todas las autoridades pertinentes, ¿no podría Galileo responder por escrito a cualquier objeción que se alzara contra él?

No. No y no. Lo máximo que el furioso pontífice podía conceder era que Galileo viajara a Roma cómodamente, a su propio ritmo; pero debía ir. Y pronto. Los retrasos producidos por los trámites de su llamamiento ya habían llevado todo el mes de octubre y Galileo perdería al menos entre veinte y cuarenta días más por la cuarentena en algún punto intermedio – quizá Siena- antes de que se le permitiera entrar en Roma.

En noviembre, sin embargo, Galileo estaba en cama enfermo; demasiado enfermo como para ir a ninguna parte. El Papa estaba rabioso, especialmente conforme la enfermedad se prolongaba hasta diciembre, mes en el cual el inquisidor florentino hizo una visita a Galileo en su casa en Arcetri. Allí, un equipo de tres prestigiosos doctores del que formaba parte el amigo y médico personal de Galileo, Giovanni Ronconi, firmaron un *affidávit* el 17 de diciembre en el que se relacionaba una larga serie de dolencias: pulso débil como consecuencia de la debilidad general de la edad, vértigos frecuentes, estado melancólico e hipocondriaco, vientre vago, dolores diversos por todo el cuerpo y hernia grave con perforación del peritoneo. En pocas palabras: trasladarlo pondría en peligro su vida.

Los inquisidores no otorgaron credibilidad al informe. Galileo iría a Roma por su propia voluntad, o de lo contrario sería encadenado y llevado por la fuerza. El gran duque Ferdinando, impotente en esta ocasión para imponerse a la voluntad del Papa, facilitó una vez más el camino a Galileo prestándole una litera y un criado que le atendiera durante el viaje.

Plenamente consciente de la gravedad de las circunstancias, el viejo Galileo hizo su testamento y escribió una carta muy larga y triste a su amigo de París, Elia Diodati, muy poco antes de abandonar Arcetri: “Parto ahora mismo hacia Roma”, decía un fragmento de esta carta el 15 de enero de 1633, “Donde he sido citado por el Santo Oficio, que ya ha prohibido la difusión de mi *Diálogo*. He oído de fuentes bien informadas que los padres jesuitas han insinuado en las más altas esferas que mi libro es más execrable e injurioso para la Iglesia que los escritos de Lutero y Calvino. Todo ello, a pesar de que para obtener el imprimátur fui personalmente a Roma y presenté el manuscrito al principal de Palacio, que lo revisó minuciosamente, lo modificó, añadió y omitió, e, incluso después de que le hubiera concedido el imprimátur, ordenó que lo examinaran de nuevo en Florencia. El supervisor de aquí, al no encontrar nada más que modificar, y con el fin de demostrar que lo había leído con atención, se conformó con sustituir en algunos sitios unas palabras por otras; por ejemplo, puso “naturaleza” en lugar de “Universo”, “atributo” en lugar de “cualidad”, “espíritu divino” en lugar de “espíritu sublime”. Me pidió disculpas por ello diciendo que preveía que yo tendría que enfrentarme a enemigos feroces y perseguidores implacables, como en efecto ha acabado por suceder”.

En las dependencias del Santo Oficio

Reunidos en las dependencias ordinarias del reverendo padre comisario, en presencia del reverendo padre fray Vincenzo Maculano da Firenzuola, comisario General, asistidos por el señor Carlo Sinceri, fiscal del Santo Oficio, comparece personalmente ante el tribunal de la Santa Inquisición de Roma.

Galileo, hijo del difunto Vincenzio Galilei, florentino, de setenta años de edad, que juró decir la verdad y al que los padres preguntaron lo siguiente:

P- Cómo y cuándo llegó a Roma.

R- Llegué a Roma el primer domingo de cuaresma en una litera.

P- Si vino por su propia iniciativa o si alguien le llamó o le ordenó venir a Roma y, en este caso, quién.

R- El padre inquisidor de Florencia me ordenó venir a Roma y presentarme ante el Santo Oficio.

P- Si sabe o se imagina la razón por la que se le dio esta orden.

R- Imagino que la razón por la que se me ha ordenado comparecer ante el Santo Oficio es la de dar cuenta del libro mío publicado recientemente; y me imagino esto por la orden que se ha dado también al impresor y a mí mismo, pocos días antes de que me mandaran venir a Roma, de no distribuir ningún otro ejemplar de este libro y porque, igualmente, el padre inquisidor ha ordenado al impresor que envíe el manuscrito original de mi obra al Santo Oficio de Roma.

P- Que explique qué se imagina que hay en el libro que pueda ser motivo de que se le ordene venir a la ciudad.

R- Este es un libro escrito en forma de diálogo y trata de la constitución del mundo, o mejor dicho, de los dos sistemas máximos, es decir de las disposiciones del firmamento y sus elementos.

P- Si, al mostrársele el citado libro, podría reconocerlo como suyo si así lo fuera.

R- Supongo que sí. Supongo que si me enseñaran el libro lo reconocería.

Acto seguido le fue presentado un libro impreso en Florencia en el año 1632 con el título *Diálogo de Galileo Galilei, Linceo, etc.* Cuando lo hubo visto y examinado dijo: “Conozco muy bien este libro, es uno de los que han impreso en Florencia y lo reconozco como mío por haberlo escrito yo”.

P- Si reconoce igualmente como suyas todas y cada una de las palabras contenidas en el libro antes citado.

R- Conozco este libro que me han enseñado porque es uno de los que se imprimieron en Florencia y reconozco todo lo que contiene porque lo he escrito yo.

P- Cuándo y dónde escribió el libro y cuánto tiempo tardó.

R- En lo que se refiere al lugar, lo escribí en Florencia y empecé hace diez o doce años; estuve trabajando en él unos seis u ocho años, aunque de un modo intermitente.

P- Si vino a Roma en otra ocasión, concretamente en el año 1616, y por qué motivo.

R- Estuve en Roma en 1616, después volví el segundo año del pontificado de su santidad Urbano VIII y, por último, estuve hace tres años con motivo

de mi intención de que se publicara el libro. El motivo de mi venida a Roma en 1616 fue que, teniendo conocimiento de las dudas despertadas por la opinión de Nicolás Copérnico relativa al movimiento de la Tierra y la inmovilidad del Sol y al orden de las esferas celestes, y para asegurarme de no defender más que la opinión católica sagrada, vine a enterarme de lo que debía sostenerse respecto de esta materia.

P- Si vino porque fue citado y, en ese caso, por qué razón fue citado, dónde y con quién discutió la mencionada cuestión.

R- En 1616 vine a Roma por mi propia iniciativa, sin haber sido llamado, por la razón que os decía. En Roma traté esta cuestión con algunos de los cardenales que estaban al frente del Santo Oficio en aquel momento, concretamente con los cardenales Bellarmino, Aracoeli, San Eusebio, Bonsi y D'Ascoli.

P- Qué discutió exactamente con los antedichos cardenales.

R- El motivo por el que hablé con estos cardenales era que querían informarse sobre la doctrina de Copérnico, al ser su libro muy difícil de comprender para aquellos que no son astrónomos ni matemáticos de profesión. Querían conocer exactamente la posición de los orbes celestes según la hipótesis copernicana, cómo ésta sitúa al Sol en el centro de la órbita de los planetas, cómo sitúa alrededor del Sol primero la órbita de Mercurio, alrededor de ésta la de Venus, luego la luna alrededor de la Tierra y después Marte, Júpiter y Saturno; en lo relativo al movimiento, deja inmóvil al Sol en el centro y la Tierra gira sobre su eje y alrededor del Sol, es decir sobre su eje con un ciclo diario y alrededor del Sol con un período anual.

P- Ya que dice que vino a Roma para poder conocer la verdad sobre el mencionado asunto, que diga también cuál fue el resultado de esta visita.

R- Respecto a la polémica que se produjo acerca de la citada opinión de la inmovilidad del Sol y el movimiento de la Tierra, la Santa Congregación del Índice determinó que esta opinión, entendida de un modo absoluto, es contraria a las Sagradas Escrituras y sólo puede admitirse *ex suppositione*, tal como la entiende Copérnico.

P- Si le informaron entonces de esta decisión y quién lo hizo.

R- En efecto, fui informado de la citada decisión por la Congregación del Índice y por el reverendo cardenal Bellarmino.

P- Que diga qué le dijo el eminentísimo Bellarmino sobre esta decisión, si le dijo algo más sobre la cuestión y, en ese caso, qué más fue lo que le dijo.

R- El reverendo cardenal Bellarmino me informó que la citada opinión de Copérnico podía sostenerse hipotéticamente, como el propio Copérnico la había defendido. Su eminencia sabía que yo la sostenía como una hipótesis, es decir igual que Copérnico, tal como pueden ver en la respuesta del propio señor cardenal a una carta del reverendo padre Paolo Antonio Foscarini, principal de los carmelitas. Tengo copia de ella aquí y pueden leerse estas palabras: “Os digo que me parece que vuestra reverencia y el *signor* Galilei se comportan con prudencia al limitarse a hablar hipotéticamente y no de un modo absoluto”. Esta carta del citado señor cardenal tiene fecha del 12 de abril de 1615. Además, me dijo que si fuera de otro modo, es decir entendida de un modo absoluto, la opinión no podría sostenerse ni defenderse.

P- Qué decisión se tomó y se le notificó el mes de febrero de 1616.

R- En el mes de febrero de 1616 el reverendo cardenal Bellarmino me dijo que como la opinión de Copérnico fue tomada de un modo absoluto contradecía las Sagradas Escrituras, no podía sostenerse ni defenderse, pero si podía ser tomada y utilizada como una hipótesis. Conservo un certificado del reverendo cardenal Bellarmino conforme a esto, expedido el día 26 de mayo de 1616, en el que dice que la opinión de Copérnico no puede sostenerse ni defenderse por ser contraria a las Sagradas Escrituras. Aquí tengo una copia del certificado, la cual les presento.

Y mostró un trozo de papel escrito por una cara con unas doce líneas que empieza por “Nos, cardenal Roberto Bellarmino, habiendo...” y que termina en “a 26 de mayo de 1616”, el cual es aceptado como prueba y señalado con la letra B. Después añade: “El original de este affidavit lo tengo conmigo aquí en Roma y está escrito de puño y letra del cardenal Bellarmino en su totalidad”.

P- Si, cuando se le informó de las cuestiones arriba mencionadas, había otras personas presentes y quiénes eran.

R- Cuando el reverendo cardenal Bellarmino me dijo que lo que he referido acerca de la opinión de Copérnico había algunos padres dominicos presentes; pero ni los conocía ni los he vuelto a ver desde entonces.

P- Sobre estos padres que estaban presentes en aquel momento, si ellos o algún otro le dieron alguna orden de cualquier tipo sobre ello y, en este caso, cuál.

R- Por lo que recuerdo, la situación se desarrolló del siguiente modo: un día el señor cardenal Bellarmino envió a buscarme por la mañana y me habló de que había un determinado asunto del que seguro que me gustaría

hablar al oído con su santidad antes que con cualquier otro; pero al final me dijo que la opinión de Copérnico no podía sostenerse ni defenderse por ser contraria a las Sagradas Escrituras. Sobre estos padres dominicos no recuerdo si estaban allí desde el principio o llegaron después; ni tampoco recuerdo si estaban presentes cuando el cardenal dijo que no podía defenderse esta opinión. Es posible que se me indicara algo al respecto de no sostener ni defender la mencionada opinión, pero no lo recuerdo porque todo sucedió hace muchos años.

P- En caso de que se le leyera ahora lo que se le transmitió entonces como una orden, lo recordaría.

R- No recuerdo que se me dijera nada más, ni sé si recordaría lo que se me dijo entonces, ni siquiera aunque me lo leyeran; digo lo que recuerdo con entera libertad porque afirmo no haber contradecido en modo alguno el precepto, es decir no haber sostenido ni defendido la citada opinión del movimiento de la Tierra y la inmovilidad del Sol bajo ningún concepto.

P- Habiéndosele dicho que aquella orden, que se le dio en presencia de testigos, afirma que no puede sostener, defender o enseñar de ningún modo la mencionada opinión, se le preguntó si recuerda cómo y quién le ordenó esto.

R- No recuerdo que se me comunicara esta orden de otro modo que de viva voz por parte del reverendo cardenal Bellarmino, y recuerdo que el precepto era que no debía sostenerla ni defenderla; quizá pudo haberse dicho también “ni enseñar”. No recuerdo que estuvieran las palabras “de ningún modo”, pero pueden haber estado; de hecho, no pensé en ello ni traté de recordarlo porque tenía el affidavit que ya he mostrado del día 26 de mayo del citado cardenal Bellarmino en el que se me ordena no sostener ni defender esta opinión. Y las otras dos condiciones de las que

se me informa ahora que se incluían en aquella orden, es decir “ni enseñar” y “de ningún modo”, no las recuerdo, supongo que porque no están en el affidavit al que me refiero, que he guardado como recordatorio.

P- Si después de que la susodicha orden le fuera comunicada obtuvo algún permiso para escribir el libro que ha reconocido como suyo y que envió después al impresor.

R- No pedí permiso para escribir el libro porque no consideré que al escribirlo estuviera actuando en contra, ni mucho menos desobedeciendo, el mandato de no sostener, defender ni enseñar esta opinión, sino más bien que estaba rebatiéndola.

P- Si obtuvo permiso para imprimir el libro, de quién y si lo hizo personalmente o por mediación de algún otro.

R- Aunque estaba recibiendo interesantes ofertas de Francia, Alemania y Venecia, las rechacé para obtener el permiso de impresión del libro citado más arriba y vine espontáneamente a Roma hace tres años con el fin de ponerlo en manos del maestro censor, es decir del principal del Sacro Palacio, cediéndole toda la autoridad para añadir, suprimir y modificar cosas en él como le pareciera más apropiado. Después de que lo hubiera examinado cuidadosamente su ayudante, el padre Visconti, el citado principal del Sacro Palacio lo revisó de nuevo él mismo y lo autorizó; así es como, al haber aprobado el libro, me dio permiso, no sin antes ordenarme que se imprimiera en Roma. Como en vista de que llegaba el verano quería volver a casa para evitar el riesgo de caer enfermo después de haber estado fuera los meses de mayo y junio, acordamos que regresaría el otoño siguiente. Pero cuando estaba en Florencia se desencadenó la epidemia y el comercio quedó interrumpido; así que, al ver que no podía venir a Roma, solicité permiso por correo al propio principal del Sacro

Palacio para que el libro se imprimiera en Florencia. Me contestó que quería revisar el manuscrito original y que por eso debía enviárselo. Pero después de haber tomado todas las precauciones, haberme puesto en contacto con los altos mandatarios del servicio del gran duque y con los encargados del servicio postal para tratar de enviar el original con la mayor seguridad, no recibí garantía de que esto pudiera hacerse en tales condiciones sino que, con toda probabilidad, el manuscrito habría resultado dañado, se habría mojado o lo habrían quemado a causa de las estrictas ordenanzas de las fronteras. Le referí al padre principal los inconvenientes relativos al envío del libro y me ordenó que hiciera revisar el libro otra vez escrupulosamente por una persona de confianza; la persona que tuvo a bien designar fue el reverendo padre Giacinto Stefani, un dominico profesor de las Sagradas Escrituras en la Universidad de Florencia, predicador de su alteza serenísima y consejero del Santo Oficio. Le entregué el libro al inquisidor de Florencia y éste, a su vez, al citado padre Giacinto Stefani; éste se lo devolvió después al padre inquisidor, el cual se lo envió también al *signor* Niccolo dell'Antella, supervisor de libros impresos de su alteza serenísima de Florencia; el impresor, llamado Landini, lo recibió del *signor* Niccolo y, después de ponerse en contacto con el padre inquisidor, lo imprimió cumpliendo estrictamente todas las instrucciones prescritas por el padre principal del Sacro Palacio.

El 10 de mayo Galileo volvió a las dependencias del comisario para prestar su tercera declaración mediante su defensa formal por escrito. “Por último, sólo me queda rogaros que tengáis en cuenta el lamentable estado físico al que, a la edad de setenta años, me he visto reducido a causa de diez meses de preocupación e inquietud constantes y de la fatiga producida por un largo y penoso viaje en la estación más rigurosa del año,

a más de la pérdida de gran parte de los años que podía llegar a vivir dadas mis condiciones de salud anteriores”.

En esa ocasión Galileo informó que tenía muchos dolores en las articulaciones, que lo aquejaban ahora más de lo habitual, por lo que les hacía la petición de pasar de las habitaciones del Tribunal del Santo Oficio a una habitación de la Embajada toscana en consideración a sus enfermedades, lo que le fue otorgado.

El embajador Nicolini cuando recibió a Galileo en Villa Medici, comentó: “Se ve más muerto que vivo, debe ser terrible comparecer ante la Inquisición”.

Galileo comunicó inmediatamente a sus amigos y a su familia del cambio de alojamiento y la generosidad con que fue recibido por la esposa del embajador, lo que le concedió a Celeste un agradable respiro.

Queridísimo padre:

Ha sido tanto el placer que me ha producido vuestra más reciente y afectuosa carta y tan grande el cambio que ha producido en mí que, afectada por una emoción tan intensa y obligada a leer y releer muchas veces la misma carta una y otra vez a estas monjas para que todas pudieran alegrarse con las noticias de vuestro alivio.

Doy infinitas gracias a Dios bendito, señor, por todo el amparo y la condescendencia que habéis recibido hasta ahora y por el que espero que recibáis en lo sucesivo, ya que la mayoría de él procede de esa mano generosa tal como en justicia debéis reconocer. Y aunque vos atribuíis los beneficios de estas bendiciones a los méritos de mi oración, esto es muy poco o nada realmente; lo que importa es el sentimiento con el que hablo

de vos a Su Majestad divina que, considerando este amor, os recompensa con bien, responde a mis oraciones y nos hace quedar aún más agradecidos a la vez que también estamos en deuda profunda con todos aquellos que os han dispensado su buena voluntad y ayuda, especialmente con aquellos destacados caballeros que son vuestros anfitriones. Quería escribir a la excelentísima señora embajadora, pero contuve mi mano para no incomodarla con la repetición constante de lo mismo; mis expresiones de agradecimiento y el reconocimiento de mi infinita deuda. Hacedlo vos por mí, y presentad mis respetos ante ella de mi parte. Verdaderamente, queridísimo padre, la bendición de que hayáis podido gozar de los favores y la protección de estos dignatarios es tan grande que ayudo para aliviar los agravios que habéis sufrido.

Os envío la copia de una receta que he hecho para vos de un extraordinario remedio para la epidemia, no porque crea que haya algún indicio de enfermedad donde vos estáis, sino porque este remedio sirve también para todo tipo de enfermedades. Están tan escasos los abastos debido a las epidemias que debo suplicar yo misma que me faciliten los ingredientes, razón por la cual no puedo preparar la receta para nadie más; pero debéis intentar conseguir los que puedan faltaros Me despido con recuerdos de todo el mundo para vos y, en particular de sor Arcangela y sor Luisa que, en lo que se refiere a su salud, está mejorando bastante por ahora.

En San Mateo, a 7 de mayo de 1633.
Vuestra hija afectísima,
S. M. Celeste

La mañana del 21 de junio, conducido a las dependencias del comisario general por cuarta y última vez, Galileo sufrió el examen de intenciones por parte del padre Maculano.

Habiéndosele dicho que, por el libro mismo y por las razones esgrimidas mediante la teoría que se afirma en él, es decir la de que la Tierra se mueve y que el Sol está inmóvil, está acusado, tal como se declaró al principio, de sostener la opinión de Copérnico, o, al menos, de haberla sostenido en aquel momento; se le dijo por todo ello que, a menos que decidiera contar la verdad, habría que recurrir a lo establecido por la ley y tomar en su contra las medidas oportunas.

Se le pidió que dijera la verdad o que, de lo contrario, habría que recurrir a la tortura.

R- ya he dicho, no he sostenido esa opinión después de la resolución que se adoptó.

A pesar de la esperanza de Galileo y de sus partidarios de que su caso terminara calladamente con una reconvención en privado (como la simple suspensión hasta que se corrija su *Diálogo*, al igual que había sucedido con el libro de Copérnico), la sentencia pronunciada el miércoles 22 de junio le acusaba públicamente de crímenes nefandos.

Los cardenales inquisidores y sus testigos se reunieron para deliberar aquella mañana en el monasterio dominico contiguo a la iglesia de Santa María. Galileo fue conducido ante ellos para escuchar el resultado de sus deliberaciones a través de una escalera de caracol.

“Decimos, proclamamos, sentenciamos y declaramos que vos, Galileo, en razón de las cuestiones que han sido expuestas en el juicio y que vos ya habéis confesado, según el veredicto de este Santo Oficio, sois declarado altamente sospechoso de herejía principalmente por haber

sostenido y creído en la doctrina, que es falsa y contraria a las Sagradas Escrituras, de que el Sol es el centro del mundo y no se mueve de oriente a occidente y que la Tierra se mueve y no es el centro del mundo, y de que se puede sostener y defender como probable una opinión después de que ha sido declarada y calificada como contraria a las Sagradas Escrituras. Por tanto, habéis violado las censuras y sanciones establecidas y promulgadas por el canon sagrado y todas las leyes tanto generales como particulares contra tales delitos. Sería voluntad nuestra absolverlos de ellos siempre que antes abjurais, maldijerais y renegarais en nuestra presencia de todo corazón y con fe verdadera de los citados errores y herejías contrarios a la Iglesia católica y apostólica de la forma y manera que os prescribamos.

Además, para que este error pernicioso y grave y esta trasgresión vuestra no quede sin castigo con el fin de que seáis más prudente en el futuro, y como ejemplo para que otros se abstengan de cometer delitos de esta naturaleza, ordenamos que el libro titulado *Diálogo de Galileo Galilei* sea prohibido mediante un edicto público.

Os condenamos a la reclusión formal en este Santo Oficio a nuestra voluntad. Como penitencia os imponemos que recéis los siete salmos penitenciales una vez a la semana durante los próximos tres años. Y nos reservamos el derecho de suavizar, conmutar o retirar las citadas penas y castigos en parte o en su totalidad. Esto es lo que decimos, proclamamos, sentenciamos, ordenamos y nos reservamos de esta o de cualquier otra forma que en razón podamos o queramos establecer. Así lo proclamamos los cardenales abajo firmantes”.

A pesar de que la opinión del propio Copérnico se había salvado incluso de la acusación de herejía en 1616, Galileo no pudo evitar ahora ser considerado “altamente sospechoso de herejía”

El Sagrado Tribunal presentó a Galileo el texto que se había elaborado para que lo leyera en voz alta en su abjuración. Pero, al leerlo primero para sí, descubrió dos apartados tan aberrantes que no le convencerían para que los confesara ni siquiera bajo aquellas circunstancias: uno de ellos sugería que había cometido un desliz en su conducta de buen católico, y el otro, que había obrado con engaño para obtener el imprimátur del *Diálogo*.

Vestido con el hábito blanco penitente, el acusado se arrodilló después y abjuró tal como se le había pedido: “Yo, Galileo Galilei, niego lo antedicho de mi propio puño, que la Tierra se mueve y que el sol es el centro del mundo”.

Se dice que cuando Galileo se puso en pie murmuró entre dientes “Eppur si muove” (Y sin embargo, se mueve), y al salir, gritó estas palabras mirando al cielo y dando un pisotón en el suelo.

La humillación de Galileo se propagó desde Roma hacia el exterior con tanta rapidez como los emisarios eran capaces de transmitir las noticias. Por orden del Papa y a toque de trompeta, el texto de la sentencia que culpaba a Galileo fue enviado y proclamado por los inquisidores desde Padua hasta Bolonia, de Milán a Mantua, desde Florencia hasta Nápoles y Venecia y continuó después hasta Francia, Flandes y Suiza para alertar a los profesores de filosofía y de matemáticas de cada pequeña localidad con la sentencia del juicio contra Galileo.

Ilustre y queridísimo padre:

Tan súbita e inesperadamente como las noticias de vuestro nuevo tormento llegaron hasta mí que desgarró mi alma dolorosamente el hecho de conocer la sentencia que finalmente se ha dictado y por la que se os censura a vos tan severamente como a vuestro libro. Supe de todo esto molestando al *signor* Geri porque, al no recibir ninguna carta vuestra esta semana, no pude quedarme tranquila, como si supiera ya lo que había sucedido.

En ningún momento dejo de rogar por vos a Dios santo con toda mi alma porque vos ocupáis todo mi corazón y nada me importa más que vuestro bienestar físico y espiritual. Y para daros una señal tranquila de esta preocupación os diré que conseguí obtener permiso para ver vuestra sentencia, cuya lectura, aunque por una parte me produjo una congoja enorme, por otra me emocionó mucho haberla conocido y haber encontrado en ella un medio de poder ayudaros, aunque sea con muy poco. Se trata de tomar sobre mí la obligación que vos tenéis de recitar una vez a la semana los siete salmos penitenciales. Ya he empezado a cumplir con esta obligación y lo hago con mucho gozo, porque también espero aliviaros de esta preocupación. Así que si pudiera sustituiros yo misma en el resto de vuestras penas, yo ocuparía su lugar, para que así os pusieran a vos en libertad.

Vuestra hija afectísima,
S. M. Celeste

A los pocos días, el cardenal Barberini consiguió rebajar afortunadamente la sentencia de Galileo cambiando el lugar de su encarcelamiento de los calabozos del Santo Oficio, nuevamente a la embajada toscana en Roma. Después, el embajador Niccolini suplicó al

papa Urbano que perdonara a Galileo y que le dejara volver a su casa en Florencia ya que había acordado acoger en su casa a su cuñada viuda que ya estaba preparándose incluso para salir de Alemania con sus ocho hijos y que no tenía ningún otro sitio a donde ir.

Urbano rechazó la idea del perdón, pero consintió al menos en permitir que Galileo abandonara Roma finalmente. Gracias a la intervención del cardenal Barbeini, Galileo fue confinado durante los primeros cinco meses de su período de prisión a la custodia del arzobispo de Siena, que ya había ofrecido enviar su propia litera para garantizar el desplazamiento rápido y seguro hasta su palacio.

Queridísimo padre:

Os escribí el sábado, y gracias al *signor* Niccolo Gherardini (un joven admirador de Galileo y posterior biográfico suyo, pariente de sor Elisabetta), el domingo me llegó vuestra carta mediante la cual supe de la esperanza que mantenéis respecto a vuestro regreso. Me siento aliviada, ya que cada hora que pasa mientras espero ese día prometido en que os pueda ver de nuevo me parece un millar de años. Saber que continuáis disfrutando del bienestar sólo consigue redoblar mis deseos de experimentar todas las alegrías y satisfacciones que sienta cuando os vea volver a vuestra propia casa y, lo que es más importante, con buena salud.

S.M. Celeste

La inquisición le permitiría regresar pero lo mantendría bajo un severo, estricto e injusto arresto domiciliario. A pesar de estas restricciones era un gran consuelo para María Celeste que su padre volviera a casa, la cual se encontraba cerca de su convento. Sin embargo esta felicidad

pronto terminaría, al igual que la nutrida y cariñosa correspondencia entre padre e hija, porque María Celeste a tan joven edad, sucumbió con facilidad a una de las muchas infecciones que se contraían entonces a través de la comida o el agua, enfermando gravemente de disentería, a los pocos meses de la llegada de su padre. A Galileo se le permitió ir al convento, desde el primer momento que Celeste cayó enferma para tratar de reconfortarla con su cariño, todos los días andaba desde Il Gioiello hasta San Mateo. A pesar de todos los esfuerzos, del doctor Ronconi y de sor Luisa para salvarla, murió la segunda noche de abril de 1634.

En su libro “La hija de Galileo”, Dava Sobel nos relata que Galileo guardaba todas las cartas de su hija, atendía sus demandas de fruta o hilvanaba sus quejas cuando ésta se arrancaba a hablar de política eclesiástica. Del mismo modo, sor María Celeste guardaba todas las cartas de Galileo y, según le dice en las suyas, las releía porque le causaban gran placer. Cuando ella recibió las últimas exequias, las cartas que había acumulado en el convento a lo largo de toda su vida, constituían la mayor parte de sus posesiones terrenales. Pero entonces, la madre superiora que descubrió las cartas al vaciar la celda de sor María Celeste las enterró o las quemó presa del pánico. Después del famoso juicio de Roma, ningún convento se hubiera atrevido a alojar los escritos de alguien “altamente sospechoso” de herejía. Así, la correspondencia entre padre e hija quedó reducida a un monólogo desde mucho tiempo atrás. Sin embargo en una carta escrita a un colega extranjero, le decía que su hija Celeste era “de una inteligencia exquisita, de una bondad singular y muy unida a mí por un cariño infinito”.

Aún cuando muchas de las obras, comentarios, poemas, lecciones inaugurales y manuscritos de Galileo también han desaparecido (y sólo

sabemos de su existencia por referencias específicas a lo largo de las más de dos mil cartas que se han conservado con sus interlocutores de la época), su valioso legado está formado por sus cinco libros más importantes, dos de sus telescopios originales hechos a mano. Las cartas de María Celeste, están encuadernadas en cartón-piel en un único volumen, las páginas están deshilachadas y los cantos rotos; ahora descansan entre los manuscritos de la Biblioteca Central Nacional, en Florencia, con todo, la caligrafía es legible a pesar de que la tinta que una vez fuera negra sea ahora marrón. Algunas cartas tienen anotaciones del propio puño de Galileo porque unas veces apuntaba algo en los márgenes sobre las cosas que ella decía y en otras hacía cálculos o dibujos geométricos que no parecen tener nada que ver con el texto en los espacios que quedaban libres alrededor del cuerpo del mismo. Hay páginas que se han estropeado mucho: tienen agujeros, se han oscurecido por algún ácido o por el moho, están arrugadas o tienen manchas de aceite. Otras presentan cercos de agua, en unos casos debido a que les cayó encima gotas de lluvia, pero en otros parece más bien como si hubieran dejado su huella algunas lágrimas vertidas bien durante la escritura, bien durante la lectura. Después de casi cuatrocientos años, el sello de cera roja todavía está pegado en algunas esquinas dobladas del papel.

La mayoría de las cartas de sor María Celeste viajaron en el bolsillo de un mensajero o en una cesta cargada de ropa limpia, dulces o hierbas medicinales. Recorrieron la pequeña distancia que había desde el convento de San Mateo en la ladera de una colina al sur de Florencia bien en su casa de las afueras o bien en la ciudad misma, donde Galileo podía encontrarse ocasionalmente. También recorrieron grandes distancias, las

cartas viajaron a caballo más de trescientos kilómetros y se retrasaban con frecuencia a causa de las cuarentenas que imponía la peste negra, que iba sembrando el pánico y la muerte a lo largo y ancho de toda Italia. Lapsos de varios meses de duración interrumpen en ocasiones la correspondencia, pero todas las páginas resuman una vida cotidiana en la que están presentes desde las molestias por un dolor de muelas hasta el aroma del vinagre, del vino, la fruta y las flores, como lo muestran los siguientes fragmentos.

Ilustre y queridísimo padre:

Os devuelvo las camisas que faltaban por coser y también el delantal de cuero remendado lo mejor que he podido. Os devuelvo también vuestras cartas, que tan hermosamente están escritas y que sólo han avivado mi deseo de leer más de ellas. Ahora estoy dedicándome al juego de manteles, así que espero que podáis enviarme las cintas para los remates y os recuerdo que deben ser anchas porque los manteles son un poco justos.

Os devuelvo el mantel en el que envolvisteis el cordero que nos enviasteis; tenéis una funda de almohada vuestra que dejamos debajo de las camisas en la cesta de ropa limpia.

Sólo puedo imaginarme la carta de felicitación que debéis de haber escrito al embajador con motivo de su designación para tan alta responsabilidad y, como soy algo más que curiosa, me muero de ganas de verla si es que quisierais enseñármela y os agradezco muchísimo las que ya me habéis enviado, así como los melones que tan bien nos han venido. He escrito esta carta con muchísima precipitación, así que os ruego

perdonéis si he sido desordenada o he dicho algo inconveniente. Os envío un beso muy fuerte junto con el saludo de las hermanas.

En San Mateo, a 10 de agosto.
Vuestra hija afectísima,
S. M. C.

Ilustre y queridísimo padre:

Aparté un barrilillo de vino verde que el *signor* Francesco no pudo llevarse porque su litera estaba demasiado cargada. Podréis enviárselo al arzobispo después, cuando su litera haga el viaje de regreso; ahora le he enviado también unos cuantos trozos de dulce de cidra. Los barriles de vino blanco ya están preparados.

Ilustre y queridísimo padre:

De las cidras que me mandasteis para hacer confitura, sólo he podido devolveros estos trocitos que ahora os envío porque me temo que la fruta no estaba lo suficientemente madura como para confitarla del modo que me hubiera gustado, y aun así no ha salido muy bien que digamos. Junto con ello, os mando dos peras asadas para estas fiestas. Pero para ofrecer un regalo aún más especial os envío también una rosa, algo sorprendente en esta estación tan fría, que espero que sea cálidamente acogida por vos.

S.M. Celeste

Después del juicio de Galileo, el diálogo apareció en el Índice de libros prohibidos, en el que permanecería durante doscientos años, pero

esta medida inquisitorial resultó inútil. En el verano de 1633, un verdadero mercado negro creció con rapidez alrededor del *Diálogo* proscrito. El precio del libro, que se había vendido inicialmente por medio *scudo*, subió hasta los cuatro y luego hasta los seis *scudi* a medida que los profesores de todo el país adquirían ejemplares para evitar que los inquisidores agotaran las existencias. Nadie que tuviera el *Diálogo* quería deshacerse de él y a medida que el libro iba alcanzando mayor prestigio, Galileo se ganaba también nuevos conversos.

Tiempo después, un mensajero llevó un ejemplar del *Diálogo* a través de los Alpes hasta Estrasburgo con la ayuda de agentes clandestinos, donde el historiador austríaco Mathias Bernegger empezó a preparar una traducción al latín que estaría lista para su difusión por toda Europa en 1635. En 1661 apareció una versión inglesa del *Diálogo* traducida por Thomas Salusbury. La prohibición del libro en el *Índice* se prolongó durante mucho tiempo, pero el brazo de su ley no llegaba fuera de Italia.

En 1744, los editores de Padua recibieron permiso para incluir el *Diálogo* en una recopilación póstuma de las obras de Galileo con la inserción de las aclaraciones necesarias y con omisiones cualitativas de partes del texto. Pero esta concesión no desembocó en modo alguno en la anulación de la sentencia contra el *Diálogo*, que seguía estando oficialmente prohibido. El 16 de abril de 1757, cuando la Congregación del Índice retiró las objeciones generales contra los libros que enseñaban la doctrina copernicana, el *Diálogo* se incluía todavía entre los títulos que estaban prohibidos. De hecho, el *Diálogo* siguió estando prohibido durante sesenta y cinco años más, hasta 1822, cuando la Congregación del Santo Oficio decidió permitir la publicación de libros de astronomía moderna que expusieran el movimiento de la Tierra. En cualquier caso, no se divulgó

ningún *Índice* nuevo en aquel momento para reflejar este cambio de actitud. Así que la edición del *Índice* de 1835 fue la primera que, después de dos siglos, omitía del listado el *Diálogo* de Galileo Galilei.

CAPITULO III

Cambio, movimiento, evolución: Charles Darwin

El orden celestial jerárquico, estático e inmutable, no sólo se aplicaba al cosmos y a la sociedad, sino también a la naturaleza. Las diferencias entre los organismos se atribuían a condiciones jerárquicas, se consideraba que la creación divina había formado los organismos superiores y los inferiores, en forma inmutable, no temporales, rechazando cualquier idea de evolución, cambio o movimiento.

A pesar de estas creencias, algunos investigadores, comenzaron a pensar en la vida de la naturaleza como una vida progresiva, en movimiento, semejante a los procesos de la historia. En 1859, año en que Darwin publicó “El origen de las especies”, figuró como el primer libro que informó a todo el mundo, que se había abandonado la vieja idea de la naturaleza como sistema estático y jerárquico. La concepción de la naturaleza como un sistema inmutable donde todas las especies eran creaciones especiales, había sido superada, por la concepción de las especies que surgen a la existencia, en un proceso evolutivo.

Llegar a estas conclusiones le tomó a Darwin casi toda su vida, formular la teoría del origen de las especies, estudiar la evolución de la naturaleza fue una labor que inició desde niño, como lo relata Ernest

Trattner, en su libro “Arquitectos de Ideas”: “Los primeros informes que tenemos de la propensión de Darwin a investigar la naturaleza nos refieren que a la edad de diez años advirtió la gran variedad de tipos de insectos que dedicaba a coleccionar. Su entusiasmo por ese trabajo se enfrió un poco debido al incidente que le ocurrió un día, cuando sujetaba a dos escarabajos y descubrió otro ejemplar de una especie rara e interesante, no podía abandonar las dos presas que tenía en las manos, y sin embargo, necesitaba apoderarse de la tercera; con rápida decisión, se puso uno de los escarabajos entre los dientes, sosteniéndolo de la mejor manera posible. Con su mano derecha alcanzó el tercer ejemplar ya lo tenía entre sus dedos cuando el escarabajo que sujetaba entre los dientes lanzó desconsideradamente un chorro de ácido en su boca y se escapó con sus dos compañeros, mientras el joven entomólogo corría desesperadamente en busca de un vaso de agua para refrescar el ardor de su garganta.

La profesión de naturalista le interesaba mucho al joven Darwin, su padre creyó que la afición del muchacho era un simple capricho y deseaba que su hijo fuese médico como él y como el viejo Erasmus Darwin. Pero Charles mostró muy poca inclinación por la medicina. La próxima e inevitable sugestión fue el sacerdocio. El problema quedó sin resolverse mientras Darwin estuvo en Edimburgo y en Cambridge, donde continuó su vida dedicado a la observación de la vida de las plantas y de los animales, familiarizándose con los hechos de la geología, encontrando su mayor placer en el estudio de los seres que viven al aire libre. Cada día mostraba menos entusiasmo por la vocación de sacerdote. Cuando cumplió los veintidós años, en medio de la melancolía, le hicieron una oferta importante que decidió su vida: la designación como naturalista en un buque del gobierno, el *Beagle*, que iba a realizar un extenso viaje por la mitad

meridional del Nuevo Mundo. Ansiosamente, sometió la oferta a la aprobación de su padre. No fue concedida inmediatamente; el señor Darwin pensaba que semejante viaje no estaría de acuerdo con la dignidad de un futuro clérigo. Temiendo que la oferta fuese rechazada, el joven naturalista rogó una rápida respuesta. Al fin se le dio el consentimiento, pero solamente después de haber intercedido en su favor el tío de Charles, quien declaró que en su opinión “el estudio de la Historia Natural, aunque no ciertamente de una manera profesional, es muy conveniente para un sacerdote”.

El *Beagle* zarpó de Inglaterra el 27 de diciembre de 1831, recorrió la costa europea hasta África y llegó a Tenerife el 6 de enero. Por temor al cólera la expedición no bajó a tierra, pero diez días después desembarcaron en Santiago, la isla principal del Archipiélago de Cabo Verde. Durante aquellos primeros días de viaje el mar había estado encrespado y Darwin comenzaba a sentir síntomas de indigestión y mareo que le abandonó raras veces durante el resto del viaje de cinco años. Otras incomodidades le iban a acosar durante el viaje —el calor, el mal tiempo, los insectos pestíferos, las expediciones fatigosas y una creciente nostalgia—, pero todas ellas las soportó por su gran deseo de conocimiento por medio de la observación de la naturaleza. Hacia mediados de febrero el *Beagle* cruzó el Atlántico y finalmente los pasajeros desembarcaron en el Brasil. Allí comenzaron las verdaderas investigaciones de Darwin. Cada vez que anclaba el buque en su lento viaje a lo largo de la costa de la América del Sur, hacia el Estrecho de Magallanes, y más tarde por la costa del Pacífico, hacia Valparaíso y las Islas Galápagos, el joven Darwin se hallaba entre los primeros que saltaban a tierra con su red para cazar mariposas, su martillo geológico, sus vidrios de aumento y otros implementos de naturalista. Entre

los puertos, a pesar de los repetidos ataques de mareo, observaba los pájaros y animales marinos que se podían ver desde el barco. Fue anotando todo lo que veía en su ahora famoso *Journal* (Diario) durante las largas noches en que su mente bullía con toda clase de hipótesis y de explicaciones posibles en el intento de llegar a una teoría lógica que hiciese comprensibles las relaciones entre los muchos fenómenos que había presenciado.

Un punto particular le preocupaba persistentemente. Si las diversas especies que encontraba habían sido creadas especialmente por una mano divina. ¿Por qué había tantas diferencias entre los individuos de cada especie? ¿Por qué no podía encontrar dos miembros de una misma especie exactamente iguales? ¿Sería que cada individuo había sido creado separadamente? ¿Qué otra razón podía haber de semejante variedad?

Además tenía que resolver el arduo problema de distinguir las especies de las variedades. ¿Qué es lo que constituía una especie? ¿Qué constituía una variedad? Hasta entonces el consenso de la opinión entre los naturalistas había sido que la cuestión de la cantidad debía ser el criterio principal, es decir que si el número de individuos de una variedad era lo bastante grande constituía una especie. Pero Darwin encontró que las variedades y las especies estaban tan relacionadas entre sí que era difícil discernir los detalles que las diferenciaban.

Al año siguiente, durante una expedición a las montañas de los Andes, descubrió que los ratones del otro lado de la cordillera eran completamente distintos. No se le ocurrió entonces y en aquel lugar que la explicación era algo como la mutabilidad de las especies. ¡Pero se hallaba ante un problema difícil! ¿Qué era lo que motivaba la variación? ¿Por qué los ratones de un lado de los Andes variaban de un modo y la especie del

otro lado de otro modo? Había allí un problema importante que no podía ser resuelto con los escasos hechos que tenía a su alcance. Debía dejar la solución del problema de las variaciones en suspenso hasta que pudiera reunir el material necesario para apoyar una hipótesis.

Más tarde, en 1835, el *Beagle* dejó las costas del Perú para realizar una excursión al Archipiélago de Galápagos, que se halla alrededor de seiscientas millas de distancia del Oeste de la América del Sur. Allí estuvieron varios días que aprovechó Darwin para reunir datos sobre las nuevas especies que encontró. Sentado en su escritorio por las mañanas, comparando aquellos ejemplares con los que había coleccionado en el Continente, se quedó sorprendido por la notable semejanza entre ellos. Aquellos pájaros y reptiles de las islas Galápagos, miembros de las mismas especies, ¿habían sido creados simultáneamente en las islas y en el Continente? No, eso no podía ser cierto puesto que la semejanza no se extendía a todos los detalles, sino que residía solamente en la forma general. ¿Pero por qué habían sido creadas las especies tan semejantes entre sí y sin que fueran sin embargo las mismas? Si los pájaros y reptiles de las islas eran idénticos a los de la tierra firme (o si eran completamente diferentes) entonces la doctrina bíblica convencional de la creación especial sería la razón de ello ¡Pero no era ése el caso! Las formas de las islas parecían aisladas de las del continente, pero no eran ni idénticas ni distintas.

¡Problema difícil de resolver! Ni idénticas ni distintas. ¿Qué podía hacerse con aquello? Evidentemente, la respuesta no era la creación especial. Debían haberse producido variaciones. Aquellos pájaros debían haber emigrado en una época o en otra de la tierra firme y mediante alguna especie de modificación se habían diferenciado de su carácter original. O

también, las islas habían estado alguna vez unidas con el Continente y luego habían sido separadas por las fuerzas geológicas, quedando con ello aislados los animales. No podía hallar otra explicación. Por esa razón no quedaba a Darwin más remedio que abandonar de una vez por todas la concepción de las especies fijas y aplicar la hipótesis de la variabilidad y evolución. En su diario anotó: “Es evidente que hechos como éstos, así como otros muchos, solamente pueden ser explicados suponiendo que las especies se modifican, cambian gradualmente”.

Esta hipótesis de variabilidad, cambio y evolución resultó una fórmula de trabajo excelente. Las observaciones que durante tanto tiempo le habían mantenido perplejo parecían explicarse adecuadamente mediante dicha fórmula. Por ejemplo, allí estaban los ratones de los Andes. La naturaleza los había modificado bajo condiciones diferentes; de allí su carácter diverso. Recordó también que los animales y plantas de las islas de Cabo Verde, la escena de sus primeras observaciones durante el viaje, mostraban la misma peculiaridad que el grupo de las Galápagos, es decir que las especies se relacionaban entre sí, pero eran distintas de las del Continente. Una y otra vez estudió la gradación casi imperceptible que existía entre las diversas especies. Por dondequiera que pasaba en su viaje advertía que una especie se nivelaba con otra. Además de todo esto estaba su experiencia con las formas fósiles recogidas aquí y allí. Los grandes fósiles que había desenterrado en la Patagonia eran sorprendentemente similares a los ejemplares vivos. Evidentemente, los fósiles debían ser los antepasados de las formas vivas actuales.

Comenzó a conmoverle la viva alegría del descubrimiento. A su regreso al hogar ya no se discutía que su carrera debía ser la del naturalista. “El viaje del *Beagle* -escribió Darwin en su autobiografía unos

años más tarde- ha sido con mucho el acontecimiento más importante de mi vida y decidió toda mi carrera”. Y así fue.

El *Beagle* llegó de regreso a Inglaterra el 2 de octubre de 1836. Darwin invirtió muchos largos meses en preparar sus notas para la publicación. En realidad esas notas constituían un diario, un relato de sus observaciones hecho día por día, era ofrecido ahora a la humanidad con el título de *Journal of Researches in the Natural History of Geology of the countries visited during the Voyage of H. M. S. Beagle around the World* (*Diario de las investigaciones en la historia natural y la geología de los países visitados durante el viaje del H. M. S. Beagle alrededor del mundo*). La aparición del Diario dio al joven Darwin una posición destacada entre los hombres de ciencia.

En enero de 1839, se casó con su prima Emma Wedgwood, casi inmediatamente después comenzó a minar su salud, por lo que renunció a la idea de vivir en Londres y se estableció en el pequeño suburbio de Down, en el condado de Kent. Allí fue donde escribió el *Origin of Species* (*Origen de las especies*) después de veinte años de trabajo concienzudo en medio de una salud quebrantada que le obligaban a permanecer en el lecho durante semanas enteras.

A pesar de los largos períodos de dolor físico se las arreglaba para llevar adelante sus investigaciones en muchos campos de la ciencia, sin apartarse del propósito central: la búsqueda de una causa natural que explicase el origen de las especies. Su pasión consistía en coleccionar los hechos que demostrasen la idea de la modificación, cambio, evolución.

A través de todas sus investigaciones Darwin había adquirido la costumbre de catalogar y poner en índices metódicamente todas sus notas, y también todos los libros que contenían pasajes relacionados con el tema

de la transmutación de las especies. Esa costumbre le resultó muy útil, pues podía manejar su material de trabajo con facilidad; le daba la oportunidad de revisar de un vistazo toda la labor de los veinte años anteriores.

A medida que se aproximaba a la conclusión de su libro se sentía una vez más abrumado por las potencialidades de su teoría, pensaba en la evolución, en la selección natural. Trató firmemente de evitar una discusión sobre si el hombre también era un producto más de las mismas fuerzas naturales que actúan por medio del principio de la selección natural. Comprendió que el origen del hombre está ligado con el mundo de los animales a los que consideraba como: “Nuestros compañeros en el dolor, la enfermedad, el sufrimiento, el hambre y la muerte, nuestros ayudantes en los trabajos más duros, nuestros compañeros en nuestras diversiones”. Temía hacer algo más que sugerir un origen común, puesto que sentía que la gente no se hallaba preparada para cualquier intento de ahondar demasiado en el tema del origen del hombre. Además, se hallaban comprometidas muchas santidades muy estimadas por lo que Darwin se contuvo por esa razón, eligiendo cuidadosamente sus palabras, escribió en la última página de su gran manuscrito: “Se arrojará mucha luz sobre el origen del hombre y su historia”.

Finalmente, el libro estuvo listo para la imprenta. Lyell sugirió que el editor podría ser John Murray, de Londres. A él le fue entregado el manuscrito y a principios de noviembre de 1859 salió al mundo la primera edición del *Origin of Species*.

Darwin apenas tuvo paciencia para esperar las críticas y los comentarios sobre su libro de tan ansioso que estaba por saber como recibiría el mundo su teoría. No tardaron en llegar esos comentarios. El

gran naturalista había subestimado el gran interés que iban a suscitar sus teorías.

Nunca provocó una obra científica un interés tan general. La primera edición de más de mil ejemplares fue vendida el mismo día de su publicación; Darwin tuvo que preparar inmediatamente otra nueva. La gente pedía el libro en todas partes, asediando a los libreros, que no habían soñado que pudiera haber tal demanda de un tratado de biología.

Hooker fue el primero que anunció su conversión total. Lyell se apresuró a informarle que se proponía incluir las ideas de Darwin en un nuevo libro que estaba escribiendo sobre la antigüedad del hombre. Comenzaron a llegarle cartas de todas partes: de Carpenter el fisiólogo, de Sir John Lubbock el zoólogo, de Jenyns el paleontólogo, de H. C. Watson el botánico. Todos ellos escribieron a Darwin expresándole su adhesión a la nueva teoría.

El clero no tardó en tomar nota de la teoría de la evolución y como era de esperar, se puso vehementemente en contra de ella, formando rápidamente un movimiento de oposición encabezado por Samuel Wilberforce, el obispo de Oxford. Puesto que la teoría de la selección natural invalidaba el relato bíblico de la creación, el clero sintió acertadamente que se trataba de un ataque peligroso al dogma de las especies fijas. Por esa razón, Darwin fue acusado ruidosamente; su obra fue tratada como un “tejido completamente podrido de conjeturas y especulaciones”. Hombres menos influyentes que Wilberforce preguntaron a Darwin como se atrevía a elevar sus doctrinas por encima de la enseñanza de la Biblia.

No todos los eclesiásticos de la época mostraron su antagonismo, mientras la inmensa mayoría se expresaron violentamente contra Darwin,

ciertos teólogos liberales se encontraban inclinados a ver en la nueva teoría la revelación más grande de la divinidad.

Cansado por todo el trabajo y la excitación que le había producido la preparación de su libro para la publicación, Darwin decidió tomarse un descanso y una cura de aguas en Ilkley. Antes de partir recibió una nota de sincera apreciación de un reconocido y admirado joven y brillante zootecnista Thomas Huxley; ningún testimonio podía haber complacido más al fatigado naturalista que las cordiales felicitaciones que recibió, junto con algunas observaciones, que Darwin se apresuró a incorporar en su teoría. Huxley le anunciaba su apoyo de todo corazón, ya que Darwin era objeto de una gran cantidad de injurias y tergiversaciones.

En la controversia sobre la teoría evolucionista, que cada día se hacía más dura, Huxley representaba a Darwin y Wilberforce al clero. En todas las iglesias del país se pronunciaban sermones contra el nuevo monstruo y sus asociados. Darwin fue denunciado desde todos los púlpitos como un enemigo de Dios y del pueblo.

La teoría de la evolución demostraba que los seres humanos y los monos tienen un origen común en las remotas profundidades de los tiempos y que ambos han surgido de un progenitor común del pasado prehistórico. De ese antepasado, que no era ni hombre ni mono, ha descendido el hombre a lo largo de una línea de desarrollo y el mono a lo largo de otra línea.

El obispo Wilberforce, de Oxford, el enemigo más implacable que tuvo Darwin entre el clero, escribió que la cristiandad “era completamente irreconciliable con la degradante noción del bruto origen de aquel que había sido creado a la imagen de Dios”. La esposa del obispo de Worcester lo expresó de manera más ingenua: “¡Descender del mono!

¡Qué barbaridad! Esperemos que no sea verdad, pero si lo fuera, debemos rezar para que no se vuelva del dominio público”.

La lucha fue llevada al campo de los diarios de todo el país. La mayoría de las revistas se manifestaban contra la nueva teoría, aunque los opositores no aducían argumento alguno, claro o convincente. Pues Darwin en su “Origin of Species” había expuesto tan clara y contundentemente sus argumentos y teorías que era muy difícil oponerse. No obstante, Darwin sabía demasiado bien que su libro iba a ser objeto de una larga campaña de tergiversaciones y de injurias. Las críticas acusaron a Darwin de haber realizado el intento loco de destronar a Dios inventando una selva de suposiciones fantásticas. Tal era el tono empleado por los opositores, que ejerció muy poca influencia en aquellos hombres de ciencia que conocían a Darwin y sabían que era un investigador concienzudo, cuidadoso y absolutamente honesto.

Era difícil de encontrar una exposición correcta del punto de vista Darwiniano en alguno de los diarios más antiguos, ya que prácticamente todos eran conservadores. Todo el mundo hablaba ahora de la teoría de la evolución, en su mayoría denigrando a Darwin. Y sin embargo, parecía sentirse en el mismo aire de la controversia, la verdad de la nueva teoría y lo inevitable de su triunfo.

Después de la publicación del “Origen de las Especies”, Darwin continuó trabajando en su teoría de la variación doméstica, expuesta en una obra monumental sobre las orquídeas, en la cual pudo demostrar que cada arruga y cada saliente de sus capullos elaborados, tenían su función propia en la lucha por la existencia.

En febrero de 1867, debido a su salud muy quebrantada tuvo un periodo de descanso. Ansioso de escribir acerca de la aplicación de la

teoría de la selección natural en el ser humano, esbozó un capítulo; tras algunas interrupciones se entregó a un trabajo continuo y en 1871 apareció *The descent of man* (El origen del hombre).

Esta publicación despertó un interés enorme en todo el mundo, en el último párrafo de su libro Darwin afirmaba: "Podemos reconocer que existen hombres excepcionales, con todas sus nobles cualidades, con la simpatía que sienten por sus semejantes, con su benevolencia, que se extiende no solamente a los otros hombres sino a las más humildes criaturas vivientes, que poseen un su intelecto divino, que ha penetrado en los movimientos y en la constitución del sistema solar; sin embargo con todos esos poderes elevados, el ser humano lleva todavía en su estructura corporal el sello indeleble de su humilde origen".

Cada año Darwin era objeto de mayor número de consultas con respecto a todas las materias de la historia natural. Los científicos jóvenes le enviaban sus libros, la correspondencia enviada por sus lectores adquiría proporciones asombrosas.

Posteriormente Darwin hizo un agregado a su obra original del "Origen de las especies": "No veo ninguna razón plausible para que las opiniones expuestas en este libro ofendan los sentimientos religiosos de nadie. Basta como demostración de lo pasajeras que son estas impresiones, al recordar que uno de los mayores descubrimiento que ha hecho el hombre, o sea la ley de la gravedad, fue también atacada como subversiva de la religión natural y, por consiguiente, de la revelada. Un famoso teólogo me ha escrito que es una concepción igualmente noble de la divinidad, creer que ella ha creado un corto número de formas primitivas capaces de transformarse, modificarse, evolucionar, cambiar..."

CAPITULO IV

Las relaciones sentimentales en movimiento dialéctico: transformación, evolución, cambio

“Es ella tan joven como la primavera, pero nació el día que nació Eva. Tenía mil caras que constantemente cambiaron de la juventud a la vejez, a todas las amé”.

Existen hermosas relaciones sentimentales que florecen constantemente, que pueden conservarse durante años. Esto ocurre cuando las dos personas logran llevar una vida activa y renovada, creativa y profunda, en la que descubren juntos cosas diferentes y las comparten, además enfrentan las dificultades externas e internas, para seguir desarrollándose.

E. Fromm afirma que las relaciones sentimentales en las que ambos se disfrutan mutuamente, y que además coinciden en valores éticos fundamentales, aunados a la admiración y aprecio recíproco; entonces el gusto, la alegría y el placer por la compañía del otro, puede mantenerse por años, hasta durar toda la vida.

No todas las relaciones sentimentales, tienen igual duración, algunas llegan a transformarse, a cambiar, incluso a extinguirse, cada relación tiene diferentes evoluciones, cambios, movimientos.

El cambio, la evolución, el movimiento se da no solo en el cosmos, en la naturaleza, en la sociedad, sino también en forma individual, en las personas, en sus relaciones, en sus íntimos sentimientos.

Algunos psicólogos y sociólogos han observado que muchos de los cambios en las relaciones sentimentales, incluso hasta la ruptura de éstas, son el reflejo de los propios procesos de cambio de las personas. Muchos de los cambios en una relación sentimental obedecen más a los cambios biográficos, a las propias necesidades existenciales, que pasan por una serie de modificaciones, que corresponden a diversas etapas de la vida.

Una persona que esté en plenitud de la tercera edad y que repase como han sido los procesos sentimentales a lo largo de su vida con las dos o tres personas más significativas, reconocerá que cada caso fue diferente y dentro de cada uno de estas experiencias, sus necesidades existenciales y sus sentimientos fueron distintos, según la época y las circunstancias de su historia biográfica.

Los cambios pueden darse en las diferentes etapas de la vida, en algunos casos sucede que sobreviene un fuerte cambio cualitativo, un movimiento brusco en las relaciones sentimentales, hasta una ruptura, lo que ocurre nos dice Teresa Döring es que la persona que inicio la relación ha cambiado con el tiempo y las experiencias vividas.

El universo, la naturaleza, la sociedad, las personas que la integran son como un organismo vivo en constante movimiento, en constante interacción.

El movimiento en su sentido más amplio, concebido como el modo de existencia, comprende todos los cambios y procesos que ocurren en el

universo, desde un simple cambio de lugar, hasta un cambio en el pensamiento o un cambio en nuestras relaciones sentimentales, las cuales no son estáticas, fijas o inmutables, sino que son complejos procesos, acciones, movimientos del alma. Cambios que desde la antigüedad, los filósofos griegos supieron descubrir, interpretando los fenómenos humanos y de la naturaleza, como procesos históricos en devenir, en constante transformación.

En general la filosofía griega tenía un carácter dialéctico como nos lo indica F. Engels: “Cuando examinamos con nuestro pensamiento la naturaleza o la historia humana, o la propia actividad del alma, lo primero que aparece ante nosotros es el cuadro de un complejo infinito de conjunciones y acciones mutuas en el que nada permanece inmóvil y sin cambio, sino todo se presenta moviéndose, cambiando.”.

Tales consideraba el agua como el principio de todo lo existente. Pero el agua cambia constantemente de estado transformándose, adquiriendo consistencia.

Anaxímenes pensaba que todo tiene su origen en el aire, el que se encuentra en constante movimiento. El aire enrarecido se convierte en fuego; el aire condensado en viento, en nubes.

Para Heráclito el mundo es un fuego vivo, que se enciende y se apaga, las acciones del alma las consideraba como una de las transformaciones del fuego, el alma es “corteza ardiente”.

Los pitagóricos consideraban que el alma es un fragmento de éter, compuesto de vapor solar.

Para Demócrito el alma se compone de átomos especialmente sutiles que se distinguen por su mayor movilidad, gracias a la cual ponen en movimiento al cuerpo. El alma es átomo de fuego.

Epicuro piensa que el alma humana se compone de átomos redondos especialmente móviles.

En general para los griegos, el movimiento, las transformaciones en la naturaleza y en los seres humanos, los consideraban como procesos históricos en continuo desarrollo.

Aceptar la dialéctica del alma, aceptar los movimientos del alma, los cambios sentimentales del otro, nos señala R. Manrique, es un proceso difícil y complejo. Respetar los cambios, aceptar el desarrollo, la evolución de una relación, sus modificaciones, sus transformaciones e incluso su extinción, es parte de una educación dialéctica, en la cual se requiere reconocer la naturaleza cambiante de los procesos en el universo, en la historia social, cultural, así como en la historia personal.

Teresa Döring hace énfasis en la importancia de asumir una actitud dialéctica en una relación sentimental, aceptar el cambio según la época y las circunstancias biográficas, el cambio puede darse en las diferentes etapas de la vida.

Muchos psicólogos afirman que los cambios en las relaciones sentimentales se producen en los diferentes momentos de nuestras transformaciones de vida.

Los cambios en la historia de la vida pueden darse por factores sociales, económicos, políticos, culturales, demográficos, que influyen en

los cambios a nivel individual nos señala Teresa Döring. En una sociedad cambiante de gran movilidad con complejos y variados sistemas de comunicación, una persona puede experimentar cambios importantes en el curso de su edad adulta, sobre todo cambios en sus ideas sobre las relaciones sentimentales, las cuales pueden modificarse considerablemente.

No se puede pensar en una idea de inmovilidad de la personalidad como si fuera una estructura fija, estática, sin cambios, por lo que T. Döring señala que es prácticamente imposible que quienes integran una relación continúen siendo los mismos al paso de los años. “Tal proceso de aceptación del cambio en los otros, podrá darse solo si somos capaces de reconocer y aceptar el cambio en nosotros mismos. Aceptarnos y aceptar al otro en su continuo devenir y transformación biográfica”.

Viejos y nuevos inquisidores e inquisidoras: una vez más culpas, penas y castigos, para los movimientos del alma.

En una relación dialéctica se requiere la aceptación, el respeto al derecho de cada quien, a probables cambios, transformaciones y movimientos del alma que puedan surgir en los integrantes de una relación. Ya que de lo contrario se pueden crear ambientes inquisitoriales, como lo refiere la psicoterapeuta Perla Ortiz Monasterio, en su texto “La pareja y sus mitos”, en la que nos hace partícipe de su experiencia recogida entre las diversas personas que han acudido a su consulta.

“He palpado el ambiente opresivo, el clima sofocante que las personas experimentan al tener que sentir siempre lo mismo uno por el

otro. Esa opresión que produce el acoso, la vigilancia, el compromiso permanente de los sentimientos.

He constatado el clima asfixiante, que agobia a muchos al estar juntos, ya que los miembros de la pareja se ven obligados a sostener o a fingir los mismos sentimientos de forma permanente por años, por décadas, por toda la vida como si fueran estáticos, inmóviles, perpetuos.” No se toleran cambios, si esto sucede, una vez más, viejos y nuevos inquisidores e inquisidoras, aplican penas, culpas y castigos a los movimientos del alma, a los cambios sentimentales.

Teresa Döring, señala que el intento permanente de controlar y de vigilar los sentimientos del otro, motivados por la inseguridad, las carencias y el miedo, significa detener el desarrollo de ambos integrantes, al empeñar los esfuerzos en la prolongación de formas de vida, de relaciones que ya no hacen crecer, que incluso son en detrimento de la salud y que requiere de vitales cambios.

Alan Watts, en su libro “El juego de la vida”, dice que en una relación sentimental, la gente en vez de jurarse amor perpetuo, en vez de decirse siempre te amaré, dirá: “Siempre te diré la verdad y no pretenderé que mis sentimientos hacia ti sean otros de lo que son”. Si se cuenta con una educación dialéctica no se tendría que ocultar los cambios de los sentimientos, ya que no habría un inquisidor o inquisidora adentro de cada alma de los integrantes de una relación y no habría culpas, penas, castigos, sino respeto a la libertad, evolución, cambio, transformación.

Educar para las relaciones sentimentales dialécticas

En una relación dialéctica se acepta la propia auto evolución natural, el respeto por la historia natural de una relación sentimental vivida plenamente, por el tiempo que esta dure, ya sean meses, años o toda la vida; en vez de una pretendida duración artificial, estática, impuesta desde afuera.

Entrar en una relación sentimental con una actitud dialéctica es como si se nos invitara a una exploración dinámica, abierta que mire al presente, en donde se interactúan con personas dinámicas sin angustiarse por los posibles cambios en el futuro.

El filósofo Julián Marías, nos dice que es fundamental en la educación, aprender a reconocer que las relaciones sentimentales, al igual que la vida humana, no están dadas y que en el acontecer, en su devenir histórico se les va descubriendo y construyendo. La vida sentimental es una compleja realidad intrínsecamente histórica, es decir que en la historia y solo en ella se hace. Por esto solo se pueden comprender las relaciones humanas, mediante la articulación del acontecer histórico, en las estructuras cambiantes, que se llenan de contenido biográfico.

La historia de una relación sentimental, no es una realidad ya dada y existente, sino que es un proceso de construcción, exploración, ensayo, intento, fracaso, rectificación, vuelta a empezar de otra manera. Es un permanente proceso de transformación, evolución, cambio, movimiento, que requiere de una gran creatividad, de comprensión, generosidad y sabiduría, requisitos indispensables en una vital relación sentimental dialéctica.

Ensayo V

LA DIVISIÓN DEL TRABAJO Y LAS TAREAS
PRODUCEN MUNDOS SENTIMENTALES DISTINTOS

CAPITULO I

1. ¿Para qué educar para la aburrición, para una sola tarea principal: la espera?

La espera es la permanente repetición, es un tiempo pasivo, sin sorpresa; no obstante el verbo “esperar” es la característica principal del modelo educativo, impuesto social y culturalmente a las mujeres durante siglos, señala la antropóloga Marcela Lagarde.

Una de las actividades principales de las mujeres ha sido la espera, incluso cuando esta embarazada se dice “esta esperando”. Siempre esperando algo, nos dice Agnes Heller: “la costumbre que las muchachas tienen de esperar a que aparezca un hombre en su vida, esperar a que se le declare no es sino la expresión de esta actividad. Durante siglos las mujeres se comportan como si hubieran concertado una cita en la que los hombres siempre llegan tarde. Ellas esperaron el amor, esperaron el regreso de los hombres, esperaron a que sus hijos mayores las visitaran, esperar, esperar.”

El historiador L. Stone, nos cuenta como en el siglo XVIII en Inglaterra las mujeres se quedaban en sus casas esperando a que sus novios terminaran la educación superior, que duraba algunos años en la

universidad, a los que seguían algunos más en el colegio de abogados y luego dos o tres años más en el Gran Viaje, que era un viaje que se extendía por Europa continental, el que se consideraba formalmente como el curso final en la educación de los jóvenes. Todo esto podía posponer el regreso a Inglaterra y alargar la interminable y monótona espera de las mujeres.

Así lo muestra también la historiadora Sara Sefhovich, en “La Suerte de la Consorte”, un extenso e interesante estudio que abarca varios siglos de la historia de México, sobre las esposas de los gobernantes:

“Nunca tuvieron más que hacer ni se esperó de ellas nada que no fuera la de acompañar a su cónyuge, el vivir para otros, a través de otros, facilitarles las cosas a los otros. Esperar en casa, al esposo, a los hijos, esperar a que vuelvan de las batallas, de los debates políticos, de los viajes, esperar y esperar.

Su ámbito siempre el doméstico y su tiempo el de la rutina diaria, más allá de planes y manifiestos. Ellas no participaron en las “refriegas de su tiempo”; conservadores y liberales están por la monarquía o la república, el centralismo o el federalismo, el proteccionismo o el libre cambio, la extracción de la riqueza o la producción industrial, el mantenimiento de los privilegios de la iglesia, o el anticlericalismo. Polemizan sobre las nuevas leyes, el tamaño de la propiedad o las características de la educación; pero ellas permanecen ajenas, sin que se oiga su opinión. “Las ideas se detienen en el umbral del hogar”, la tradición les impuso permanecer en el ámbito doméstico y para nada participar en la vida pública.

Mestizas, indígenas, criollas, ricas herederas o esposas de la incipiente clase media de profesionistas o militares, todas mantenían el mismo perfil de seres humanos criados sólo para una sola tarea: esperar el matrimonio, esperar a los hijos, esperar y esperar, las mujeres “se mantuvieron en la gloriosa penumbra de su hogar”.

¿Por qué las mujeres se quedaban esperando mientras los hombres continuaban su crecimiento personal, su desarrollo a través de apasionantes tareas, como lo ilustran tantas novelas?, se preguntaba Betty Friedan. Entre los escritores norteamericanos, el tema de cómo se hizo médico, ingeniero, músico, escritor, etc., era parte de los temas centrales de sus narraciones; en cambio las mujeres interrumpen su desarrollo para dedicarse a esperar.

Recordemos que históricamente en las diferentes etapas por las que ha pasado la humanidad, en las distintas formaciones sociales, de acuerdo a su modo de producción, esclavista, feudal o capitalista, ha existido una extrema polarización en la división del trabajo, impuesta a la sociedad. Se han fijado, asignado diferentes posicionamientos, determinados roles, papeles en relación a las actividades, a las tareas. Esta división del trabajo, se ha querido justificar por los grupos dominantes que ejercen el poder, como divisiones naturales o divinas, provechosas e inmutables.

La antropóloga Marcela Lagarde señala que “se han especializado a las personas en ciertas formas particulares de trabajo, a los que estaban obligadas a realizar, pero con impedimentos y prohibiciones para participar en otros de manera excluyente, dependiendo del color de la piel, de la etnia, de la edad, de la nacionalidad, de la clase social, generalmente la

diferencia física de los sexos ha servido como principio clasificador para asignar las tareas”

2, La división del trabajo y las tareas generan mundos sentimentales distintos.

Agnes Heller en su ensayo sobre “la división emocional del trabajo”, señala: “que los diversos tipos de tareas moldean especies distintas de mundos sentimentales. En todas las épocas los seres humanos tienen tareas y es primariamente en función a esas tareas que tipos de sentimiento se forman, con qué intensidad y cuándo y cuáles de ellos vienen a ser dominantes. Durante su realización surge el “prestar atención a los sentimientos” que resultan de la ejecución de esas tareas.

Sentimientos de aburrición, de insatisfacción, de malestar, eran los mundos que se estaban generando en las mujeres, a partir de la realización de “una sola tarea, solo un deseo, solo un objetivo”; como lo muestra Betty Friedan en su libro “The Feminine Mystique” (La mística de la feminidad), producto de una investigación que realizó entre 1957 y 1963, cuando estudiaba cómo la aplicación de este tipo de modelo educativo, estaba causando malestar y llevando a la crisis existencial a las mujeres de la clase media, en los Estados Unidos. Aunque sus estudios se refieren a las mujeres de este país, aquí en México, también en ciertos estratos sociales y culturales de la clase media, las mujeres también van a padecer este malestar, esta crisis causada por los modelos educativos dominantes en la década de los cincuenta del siglo veinte.

En esta época hubo un importante crecimiento de la clase media además de un cambio en sus modelos de vida, en sus creencias y códigos culturales. En 1953 las mujeres ya podían votar, por primera vez participaban en una elección presidencial, pero se hacía énfasis en que ellas deberían ser sumamente cuidadosas al ejercer este derecho sin olvidar su tarea tradicional de esposas y madres, como insistía en sus discursos el presidente Ruiz Cortinez.

“Nuestras mujeres con su tradicional sentido del deber, con su ejemplo de abnegación y trabajo y con su carácter de fieles guardianas de la familia y el hogar, con la constancia que distingue todos sus actos, proseguirán siendo el bastión principal de su casa, como madres, como esposas, como hijas. Que no las confundan con prédicas engañosas, que bien saben cuáles son sus tareas, sus obligaciones para con su dignidad de mujeres y ciudadanas”.

Un mensaje similar, lo reciben las mujeres de los Estados Unidos, cuando una vez terminada la guerra, se requería que los empleos, que éstas ocuparon durante este bélico tiempo, regresaran otra vez a los hombres; se le pidió a las mujeres que volvieran al hogar, a ocuparse de su tradicional tarea.

Fue en este contexto histórico, político, económico y cultural, cuando comienzan aparecer los primeros síntomas, el preludio a una crisis existencial, que padecerían las mujeres de clase media, de esa generación.

3. Conocer las crisis, los mundos sentimentales de la generación anterior forma parte de nuestra educación

El Programa Educativo Europeo Sócrates Comenius Acción I, en el que participan centros de España, Italia y Portugal; tiene entre sus objetivos principales analizar la complejidad del mundo sentimental de la generación anterior: mamás, abuelitas, bisabuelas; papás, abuelos, bisabuelos, etc. Se analiza como base histórica documentos, ensayos, testimonios, cartas, además de realizar una investigación sobre la literatura de la época. Se lleva a cabo un análisis sobre los temas presentados acerca de la vida sentimental y de sus expresiones sociales. Se organiza lecturas y comentarios de libros, cuentos, películas, para hacer reflexiones y consideraciones conjuntas, además de tratar de encontrar los elementos de cambio entre una generación y otra.

Muchos y muchas de nosotras nacimos en la década de los cincuenta, como la canción de Ana Belén y Víctor Manuel "Yo también nací en el cincuenta y tres"; por lo que esta crisis, a la que Betty Friedan va a hacer referencia, nos tocó muy de cerca. Si a las generaciones que nacieron en la década de los ochenta, les tocó vivir la crisis económica de sus papás, para algunas que nacimos en los cincuenta, nos tocó esta crisis existencial de nuestras mamás; cuando nosotras estábamos en la niñez y en adolescencia, y que no podíamos comprender. Betty Friedan nos adentra en este mundo sentimental, de esta generación de mamás que pertenecían a la clase media de Estados Unidos, pero que tiene grandes similitudes con lo que también les sucedería a muchas mamás aquí en México.

Tratar de asomarse al mundo sentimental de nuestras mamás, es muy tranquilizador porque ayuda a resolver persistentes enigmas.

4. La "Mística de la Feminidad" (fragmentos) de Betty Friedan

"Paulatinamente durante mucho tiempo sin llegar a verlo de forma clara, llegué a darme cuenta que existía algo equivocado en la manera que las mujeres intentábamos vivir nuestras vidas. Percibí esto primeramente como interrogación que me hacía a mí misma, como esposa y madre de tres hijos. Fue precisamente este íntimo cuestionamiento lo que me indujo en 1957 a hacer una investigación.

Elaboré un cuestionario para poder interrogar a varias mujeres, empezando por amigas y antiguas compañeras de escuela. Mis métodos al principio eran los de una periodista, buscando las pistas de un suceso, buscaba algunas claves del enigma, tratando de descifrar los pensamientos y sentimientos de las entrevistadas.

4.1 (Preludio a la crisis)

Desde inicios de los años cincuenta, se percibía una permanente y latente inquietud, una sensación de insatisfacción, de disgusto y ansiedad en la mente de las mujeres, algo que venían experimentando durante varios años.

Los psicólogos decían, no sé qué es lo que va mal en la mujer de hoy, solo sé que hay algo que no va bien en la vida femenina. Cuando acuden a consulta, ya que la mayoría de mis pacientes son mujeres, llegan quejándose de vagos síntomas, como si tuvieran un sentimiento de tristeza entremezclado con fastidio o cansancio.

Una de las pacientes expresaba: "quiero a mis hijos, a mi esposo, no tengo un problema determinado, pero estoy desesperada".

Otra de ellas comentaba: "quiero a Bob, a mi hogar, no tengo un problema al que pueda darle nombre, pero tengo la sensación de que algo no está bien".

Mary expresaba: "tengo salud, hijos sanos, una linda casa, seguridad económica. Mi esposo tiene un buen trabajo como arquitecto, pero él no experimenta ninguna de estas sensaciones. Si me decidiera a decírselo a mis hijos y a Tom, no comprenderían".

El problema central era que ellas mismas no sabían que era lo que les pasaba, lo que les estaba causando malestar.

4.2 (Aparición de la crisis que no tenía nombre)

Pero una mañana de Abril de 1959 escuché a una madre de cuatro hijos, cuando estaba tomando café en compañía de otras tres mujeres, en un barrio cercano a Nueva York, en un tono de ansiedad hablaban sobre "su problema", su crisis, pero súbitamente las demás se dieron cuenta de que tenían el mismo problema.

Poco a poco llegue a comprender que la crisis que no tenía nombre era compartida por innumerables mujeres de los Estados Unidos. Como redactora de una revista, entrevistaba a menudo a las mujeres sobre los problemas que tenían con sus hijos, con sus maridos, en sus hogares o con sus vecinos. Por lo que después de un tiempo empecé a reconocer los signos delatores de este malestar.

Percibí los mismos síntomas en los barrios residenciales y en las de la clase media en Long Island, en Nueva Jersey y en Manchester. Percibí

el problema de las guarderías infantiles, en las reuniones de la P.T.A. (Asociación de Padres de Familia), etc.

4.3 (Tiempo de confusión, tiempo de dudas, de enigmas)

Es un problema, una crisis que intrigaba a los médicos, consejeros matrimoniales, psiquiatras, educadores, sacerdotes, a los maridos e hijos, así como a los editores de las revistas.

En 1960 la crisis que no tenía nombre reventó como furúnculo, oculto bajo la imagen de la feliz ama de casa, que en los anuncios de la televisión seguían sonriendo entre sus cacerolas. En un chiste en la primera página del Times les llamaban "El nuevo fenómeno americano: las esposas de los barrios residenciales". ¿Pero qué es lo que va mal en las mujeres de clase media, se pregunta el Newsweek? Están descontentas a pesar de poseer muchas cosas que otras mujeres no pueden tener, la pasan demasiado bien, como para que creamos que están insatisfechas.

4.4 (Tiempo de reflexión, de análisis, de examen, de revisión)

¿Por qué las esposas tienen una sensación de que algo anda mal, de encontrarse inconformes, insatisfechas? Se preguntaba el director de la revista Redbook. Como truco para promover la venta de la revista, se invitó a las mujeres que tuvieran "el problema", escribieran detallándolo, ofreciéndoles un simbólico premio por su participación. Las mujeres rápidamente respondieron, dejando a los directores pasmados, al recibir miles de respuestas.

Fue muy emocionante la descripción del alivio que sintieron muchas mujeres cuando por medio de la revista, descubrieron que el extraño

malestar que padecían, era compartido por otras mujeres. Reconocer aquello que mudamente atribula el alma, para salir de ese malestar fantasmal, hace falta poderlo nombrar.

"Tengo los ojos anegados de lágrimas de pura alegría al saber que mi inquietud interior es compartida por otras mujeres" me escribió una joven esposa, comentándome además, "cuántas veces creí que la única solución era consultar un psiquiatra, sin tener idea de que cientos de mujeres estaban sintiendo lo mismo, yo que creía que me encontraba completamente sola con mi problema. Sentí una tremenda sensación de alivio cuando finalmente muchas otras mujeres pudieron exteriorizarlo."

¿Por qué tantas esposas padecían una sensación de descontento, creyendo, cada una por su parte, que solo ella lo sentía?

Las paredes se abren, fue así que en las puertas de aquellas lindas casas se abrió una grieta, que permitió echar una ojeada a la vida diaria de miles de amas de casa que se enfrentaban solas con una crisis, con un problema del que repentinamente, todo el mundo comenzó a hablar, dando su existencia por sentada, como un problema real. En 1962, el malestar de la mujer norteamericana se había convertido en un debate nacional, ediciones enteras de revistas, secciones de periódicos, libros eruditos y frívolos, conferencias educativas, y programas de televisión estaban dedicados al problema, a la crisis.

¿Qué palabras empleaban las mujeres cuando intentaban expresar "el problema?" Cuando una mujer intentaba describir el problema con palabras, se limitaba casi siempre a relatar su vida ordinaria. ¿Qué hay en

esta narración detallada de su vida confortable y hogareña que pueda realmente causar tal sensación de malestar, de inconformidad?

"Paso mis días atareada pero aburrida. Todo lo que tengo que hacer es preocuparme de la comida. Me levanto a las ocho, hago el desayuno, lavo los platos, almuerzo, vuelvo a lavar los platos y algo de ropa, y arreglo la casa por la tarde. Luego lavo los platos de la cena y me siento algunos minutos antes de acostar a los niños. Así transcurre cualquier día de mi vida. Exactamente igual que el de cualquier esposa, monótono". Por lo que uno de los artículos del Redbook se tituló: "El ama de casa atrapada en la monotonía del quehacer doméstico". "Soy la que sirve la comida, la que viste a los niños, la que arregla la casa; alguien a quien se le puede llamar cuando se desea alguna cosa, pero me hace falta algo"

4.5 (Obstáculos cognoscitivos que impiden develar enigmas)

En los modelos tradicionales, las mujeres fueron educadas para esperar y acompañar a los demás, como lo expresa Mary: "siempre he tenido la idea de que las cosas debíamos hacerlas juntos, no puedo ponerme a leer un libro yo sola. Si los niños están durmiendo y tengo ese tiempo libre, me la paso andando por la casa, esperando a que despierten. No doy un paso hasta que no sé hacia dónde va el resto de la gente. Luego una despierta una buena mañana y no hay nada cuya llegada sé esta deseando. Lo habitual es que yo esté con un medio tono de entusiasmo en un clima de apocamiento, neblinoso". Muchas mujeres no salían de sus casas sino era para ir de compras, llevar a pasear a sus hijos o acompañar a sus maridos. Permanecieron siempre dentro del círculo hogareño, reducidas a la rutina de las faenas invariables y repetitivas sin participar en

el avance del mundo, por sí mismas, sino tan sólo a través del marido y de los hijos (in a vicarious living).

Para los padres de esa generación, sus hijas no podían tener otro deseo, más que el matrimonio y los hijos; para estas mujeres ese era también su único sueño. Esto era lo "natural" por lo que develar el enigma del malestar que experimentaban, sus causas y soluciones, no formaban parte de la mentalidad de los psicólogos, ni sacerdotes, médicos, editores, etc., por lo que las explicaciones, las interpretaciones y las soluciones no iban a la raíz del problema, y por consiguiente las recetas que daban para el posible alivio eran contraproducentes y agravaban aun más el problema.

Durante la década de los años cincuenta y sesenta cuando una mujer tenía un problema, la explicación era que se debía a que algo iba mal en su matrimonio, con su esposo, con su casa, con sus hijos, con su arreglo personal. Por lo que recibieron toda clase de opiniones de los crecientes ejércitos de consejeros matrimoniales, puericultores, psiquiatra, editores, etc., los remedios superficiales se les ofrecían en todas partes.

Por ejemplo el New York Times se lo atribuyó a la incompetencia de los técnicos para reparar los aparatos electrodomésticos, o a las distancias que tienen que recorrer para llevar a los niños a la escuela. El Redbook a que había demasiadas reuniones de la Asociación de Padres de Familia. Para la revista Mademoiselle la receta era salir de compras para distraerse, probarse varios vestidos, mirarse al espejo y preguntarse cuál de ellos le gustará a mi marido.

En otros casos opinaban que el malestar se debía a que les hacía falta volver a decorar la casa, o mudarse de barrio, o adquirir un nuevo

departamento, enceres domésticos o posiblemente lo que necesitaba era cambiar de color de pelo: "si es rubia tíñase morena".

Los consejeros matrimoniales decían: "lo que sucede es que su marido y sus hijos no le ponen la atención debida, seguramente algo anda mal en su matrimonio, eso es lo que es fallando por eso sienten ese malestar. El amor de su marido o de sus hijos es insuficiente, posiblemente lo que hace falta es que tenga usted otro hijo".

4.6 (La deconstrucción creativa, el desmontaje crítico)

Las mujeres sentían un vago deseo, una apetencia insólita de "algo más". Cuando hacían las camas, iban de compras, comían hot dogs con sus hijos, o los llevaban al cine los fines de semana, incluso cuando se acostaban en la noche con sus esposos, se hacían con temor la pregunta: ¿esto es todo? (Is this all?)

Las mujeres se veían a sí mismas como unas contentas descontentas, se sentían extrañamente descontentas de sus maridos y continuamente desilusionadas de sus hijos; lo que provocó un gran desconcierto, confusión y desarmonía en el hogar; ya que ellas, errónea y desafortunadamente responsabilizaron a los demás, esposo e hijos, de su malestar.

Alice: "Desde niña soñé que me casaría y eso es todo lo que una niña necesitaba pensar, el matrimonio, los hijos completarían mi vida. Hasta que estando ya casada como esposa de un médico y con dos hijos,

empecé a sentirme como si estuviera completamente sola, porque ellos no llenaban mi vida".

Margaret: "Fue hasta que cumplí cuarenta y cinco años, cuando me pasaba las tardes esperando a mi marido, demasiado ocupado por su profesión, por lo que no podía hacerme compañía, que al igual que mis tres hijos se pasaban todo el día fuera. Pensé que tal vez la solución sería tener otro hijo para que me acompañara. No caí en la cuenta de que yo debía seguir mi propia vida, tener mis propias actividades, ocupaciones que me llenaran, que me gustaran, tardé diez años en darme cuenta. El problema fue que nadie nos dijo nunca, mirándonos a los ojos, que teníamos que decidir lo que íbamos a hacer de nuestras vidas. Acaso las mujeres no podemos tener otra forma de soñar en el futuro, no pueden considerarnos bajo ningún otro aspecto que no sea la de madre o esposa. Yo necesito algo más que mi marido, mis hijos y mi hogar".

4.7 (El enigma empezaba a develarse)

En el modelo educativo tradicional a las mujeres se les enseñaba a tener solo un ideal, solo un deseo, solo un sueño, solo una tarea: la carrera de ama de casa (home career). Esto se reflejaba en los medios de comunicación, en los anuncios, en el que se consideraba que el mundo de las mujeres se centraba únicamente en el cuidado de su cuerpo, en la manera de seducir, de hechizar a los hombres, de dar a luz, de hacer la comida para su marido e hijos, era todo lo que les ofrecían las revistas femeninas.

Una noche asistí a una reunión de redactores de revistas, preocupada como periodista por cómo podríamos cambiar el mensaje para

cambiar los deseos de las mujeres. No resultaría fácil para una mujer, que se ha definido plenamente durante diez, quince o veinte años como un ama de casa, encontrar nuevos deseos, nuevos sueños para desarrollar todas sus capacidades humanas. Como despertar nuevos deseos e intereses a las mujeres, pero además, como cambiar las ideas de los editores de revistas femeninas, su política editorial siempre era la misma, la cual justificaban diciendo: " nuestras lectoras son en su mayoría amas de casa, no les interesan los grandes problemas políticos de actualidad. No se preocupan por los asuntos nacionales o internacionales. Solo les interesan la familia y el hogar, no les preocupan los temas políticos, económicos, al menos, que se refieran a algo directamente relacionado con el alza de los precios y de los impuestos. Esa es la razón por la que dedicamos actualmente el noventa por ciento de nuestras páginas a cuestiones domésticas y sólo un diez por ciento a temas de interés general".

Los editores daban por sentado que las mujeres no les interesa la política, ni la vida en otros países que no fuera el suyo, los problemas de envergadura nacional, el arte, la ciencia, las ideas, las aventuras, ni siquiera los asuntos de su propia ciudad, exceptuando cuando estos tuviesen alguna relación con su papel de esposas y madres. La política, decían los editores, se reduce a los vestidos de Mamie Eisenhower y a la vida familiar de los Nixon.

Como periodista, la revista me recordaba continuamente que tenía que hacer artículos en que las amas de casa pudieran identificarse con lo que leen. Empecé a escribir sobre algunas mujeres que además de ser amas de casa, tenían otras actividades. Escribí un artículo sobre una pintora y escultora, pero para que pudieran identificarse traté sobre su

manera de cocinar, de hacer las compras, de cómo se enamoró de su marido, de cuando decoró la cuna de su hijo, pero hice mención también de las horas que empleaba pintando cuadros o esculpiendo y el placer que experimentaba al hacerlo.

La revista Ladies Home Journal publicó: "La cocina de la poeta", Edna St. Vincent M., una de las mejores poetas puede combinar la belleza de su poesía, con la belleza de su mesa, decorada con hermosos alimentos preparados por ella".

Se incluían artículos que elogiaban el talento de una artista, con su habilidad para hacer pasteles, comprar la mejor lavadora, conservar su salud, y estar siempre radiante en la escena teatral. Otra de las revistas publicó un reportaje con esta misma idea, "Shirley Jackson hace las camas, ama, y se ríe con su hijo, pero escribe un nuevo libro".

Toda una combinación de actividades aunado a un proyecto creativo personal de un quehacer del mundo, puede conseguir este crecimiento, esta vida propia para las mujeres.

4.8 Nuevos sueños, nuevos deseos

Hay que animarlas a hacer un nuevo plan, despertar su deseo de realizar un trabajo creativo, más allá de la esfera familiar y doméstica.

La mayoría de las mujeres de esa generación interrumpió sus estudios por lo que no tuvieron oportunidad de que se les formara la afición a estudiar. Como periodista pensaba que se requería de un esfuerzo extensivo por parte de los educadores, maestros, editores de revistas, asesores publicitarios, medios de comunicación, para fomentar y estimular

a las mujeres para que crezcan deseando realizar un oficio, una carrera, una vocación, algún plan de vida. Fomentar que la mujer al igual que el hombre se interese lo suficiente en alguna profesión como para querer seguir ocupándose en ello toda la vida. La llave que cierra el malestar, la crisis, tanto para un hombre como para una mujer, es desarrollándose por medio de un trabajo creativo, que lo haga disfrutar y sentirse satisfecha consigo misma.

Se llegó a plantear una serie de proyectos para las mujeres, para las esposas y amas de casa, para despertar sus deseos, su gusto por la educación. Se pensó que por medio de un programa nacional parecido a los que adoptaron los daneses a favor de la instrucción de los adultos. Buscando métodos suaves de inserción a las humanidades por medio de cursos intensivos de verano, en las vacaciones de los niños, que duraría seis semanas, y que sería un primer acercamiento al conocimiento. Otra forma sería con el apoyo de una escuela donde pudieran asistir los fines de semana durante el verano, junto con su hijo, con una estancia infantil para ellos. Se podría seguir con una combinación de cursos en otoño e invierno, con lecturas dirigidas, tareas y proyectos que pudieran realizar en casa. Los cursos podrían darse por televisión, combinándolos con conferencias ambulantes en los centros educativos de la localidad.

Posteriormente incluir un plan para las que desearan continuar con los estudios de nivel medio o superior, (preparatorias o licenciaturas abiertas) que fuera diseñado especialmente para amas de casa, que sólo consistiera en jornadas limitadas o reducidas, de medio tiempo, que no precise una asistencia regular a clase, con un programa de enseñanza que se relacione con su vida, con el entorno político, económico y cultural que

viven, para que gusten del conocimiento. Una instrucción con duración indefinida que se adapte a sus necesidades.

¿A cuántas mujeres les interesaría un nuevo plan para sus vidas? Contestaron afirmativamente un número enorme de amas de casa a una oferta de capacitación. Las mujeres que empezaron a recibir instrucción, leían los periódicos detenidamente todos los días, preferían realizar sus tareas escolares, en vez de ver los programas diurnos de la televisión. Incluso los libros que leían, la mitad de ellos no eran best sellers, si no parte de la bibliografía escolar.

A medida que fueron completando distintas etapas de su capacitación, la mayoría de estas mujeres, empezaron a percibir un cambio en su vida, una actitud diferente frente a los detalles que antes les incomodaban mucho, como admitir con franqueza que les estaban saliendo canas, incluso algunas arrugas, pero ahora lo veían en forma diferente, como expresaba Alice: "tengo una sensación cada vez mayor de satisfacción, de serenidad interior y fortaleza".

Poder estudiar, leer, hacer una tarea completamente nueva y creativa, que consiste en realizar una actividad donde poner el máximo de su potencialidad, el tener la sensación de disfrutar plenamente un oficio, una profesión o vocación elegida; era como encontrar la pieza que faltaba al rompecabezas de su vida".

CAPITULO II

"La señora de los sueños" de Sara Sefhovich (fragmentos)

“Yo, pobre de mí soy una mujer que se aburre. Vivo en el hastío mientras las horas van limando los días y los días van royendo los años. Nunca hubiera pensado que este vacío pudiera ser tan fatigoso. Paso tantas horas sin quehacer ni ocupación, los minutos se me hacen eternos inventando con que llenar mi tiempo. Me sé de memoria mi mundo tan estrecho, ya no me emocionan sus ruidos y a ciegas encuentro sus rincones. Me da pánico pensar que llegará mañana y la otra semana, el siguiente mes y dentro de cinco años todo seguirá igual.

¿Habrá salida a esta aridez, a este ahogo, a esta asfixia? ¿Se puede desear algo que no se sabe que es, añorar felicidad que quien sabe si exista, sentir nostalgia por lo desconocido?

Ama de casa, esa soy yo, ama y señora de mi hogar. Paso el día yendo de un cuarto a otro, aquí tiendo la cama, allá le doy vuelta a la sopa, ahora paso un trapo húmedo y después acomodo, una vez más los adornos. Esa soy yo la reina de la casa, la mujer libre para elegir si gasto mi tiempo en ordenar o en limpiar, si gasto mi dinero en jitomates o en pan, si gasto mi esfuerzo en mercado o en el salón.

Temprano suena el despertador y mientras mis súbditos abren llaves de agua, revuelven cajones, gritan prisas y cierran puertas, yo parto la fruta, frío los huevos, tuesto el pan y preparo el café. Y aunque esto sucede todos los días de mi vida, aun me sorprende la velocidad con la que ocurre y luego el silencio profundo en que quedamos sumidas las dos, la casa y yo.

Mías son todas las horas del mundo, desde las siete y media de la mañana hasta las siete y media de la noche. Es mi tiempo el que lleno con fatigas y obligaciones, con mis responsabilidades. En ese lapso todo debe de quedar listo, limpio y recogido, preparado y cocinado. Ya puse la lavadora, ya preparé la salsa, el pan de nuez crece en el horno, las verduras bien lavadas y desinfectadas esperan en el refrigerador, ya hice cola para pagar la luz y otra para cobrar un cheque en el banco, ya recogí el traje de la tintorería y la plancha de la compostura, ya conseguí un plomero y un cerrajero, ya hice esto, ya hice todo lo que tenía que hacer, esta soy yo y esta es mi vida día a día desde hace veinte años.

Mío también todo el silencio del mundo que apenas interrumpe el sonido de la aspiradora, del timbre, del cartero. Mío es todo el espacio del mundo de este hogar al que en cualquier momento alguno de sus habitantes puede llegar.

Yo, la mujer perfecta. En esta casa nunca falta pasta de dientes y nunca sobra polvo, jamás hay desorden y siempre hay postres. Yo la mujer perfecta, la que hace el guisado perfecto, que prepara todo tipo de sopas.

Esta soy yo y esta es mi vida, día a día desde hace casi veinte años. ¿Deprimirse de qué?, No lo sé. ¿Y por qué ahora? Tampoco lo sé. ¿Es que mi vida no tiene chiste? Hay veces en que me baja una tristeza, que no puedo parar, yo misma me pregunto qué me pasa, pero no lo sé, no sé porqué me siento así. En las mañanas me levanto y me veo en el espejo del baño y pienso que va a empezar otro día igual, lo mismo otra vez y así por todos los meses y los años que me queden de vida, yo dando vueltas por la casa, recogiendo, limpiando, cocinando. Y sola, encerrada y aburrida.

Soy muy cuidadosa, mi casa es un espejo de limpia, hasta las ollas parecen siempre nuevas. Llevo orden en los cajones y armarios, también en los papeles, las chequeras, los estados de cuenta de la tarjeta de crédito, las boletas de mis hijos y sus certificados escolares, las recetas médicas, las radiografías y los análisis de laboratorio guardo, por si se ofrecen. Los pagos los hago en el día exacto, jamás me retraso, si algo se descompone, voy mil veces hasta que consigo que venga el plomero o el electricista. Bueno que puedo decir, y de repente se me quema una olla, se me quema la comida, se me desordena la vida.

Y todo fue a causa de un libro, cuando voy al súper, paso frente a una librería que está sobre la avenida, pero nunca me detengo, siempre llevo prisa y además no soy de las que compran libros. Pero el otro día estaban acomodando el aparador y me llamó la atención una portada en que se veía una mujer cubierta con velos, a la que le asomaban unos enormes ojos, muy hermosos y muy tristes. No sé porque me quedé mirando como encantada. ¡Me dolía la expresión de ese rostro a pesar que era sólo un dibujo! Es una novela sobre los árabes, me dijo una voz de hombre, está llena de magia y poesía, ¿no le gustaría leerla? Me reí. Para empezar no tengo tiempo de leer le dije, estoy muy ocupada y, además a mí qué me importan los árabes. Pero él insistió, tal vez porque en mi cara vio que yo mentía, que lo único que no tenía era con qué llenar el tiempo.

Lléveselo me dijo, seguro encontrará un momento, si no le gusta me lo trae y le devuelvo su dinero.

Llegué a mi casa, puse el pollo con las verduras y en lo que se cocían, empecé a leer muy despacio, porque no tengo costumbre, pero desde el principio me atrapó y me sentí transportado a otro mundo, en pleno desierto, hasta con arena en la lengua. Y así estuve, leyendo durante mucho rato y cada tanto me detenía para imaginar cómo sería yo viviendo en ese lugar y en esos tiempos.

“Vivíamos en Taif, La Única, la amurallada, la fresca, la adornada con hermosas palmeras. Era el nuestro un oasis de verdor en medio del desierto, un lugar de montaña en la inmensa planicie, un lugar de viento entre el duro calor. Mi madre tenía un hermoso rostro de enormes ojos tristes y cantaba con voz dulce los versos de los poetas. Decían que había muchos, para todas las ocasiones y para todos los estados de ánimo. Se

sabía uno de amor y otros que contaban las gestas famosas o que relataban la belleza de algún lugar. Yo los escuché desde siempre, cuando era muy pequeña, mientras ella me alimentaba de sus pechos, y con esa leche recibí una nostalgia que se me incrustó en la piel y en la lengua y me ha acompañado toda la vida.

Un día mientras peinaba mis largos cabellos, mi madre me dijo... (y así continuó la interesante historia).

No me reconozco a mí misma, paso el día limpiando y ordenando y parece que lo hago casi con gusto. Lleno la casa de flores y dulces y preparo comidas árabes muy extrañas pero muy sabrosas, que carne molida con trigo y hierbabuena, que pepinos con jocoque, higos en miel y cosas así, mi actitud es distinta mientras al tiempo que recuerdo las dulces palabras de los poetas: “mi lucero de la madrugada, mi estrella del desierto, mi perfume de jazmín”.

El otro día pasé por la librería y el dueño estaba parado en la puerta. ¿Cómo está? Me dijo, hace rato que no la veía, espero que le haya gustado lo que le recomendé. Muchísimo le dije, estoy agradecida con usted, pasé unos momentos maravillosos leyendo y luego hasta aprendí a preparar platillos árabes. Eso le dio risa, y luego me preguntó si no quería algo más. Pero no tengo tiempo, le contesté con la misma tontería de siempre, estoy segura que no se lo cree, en la cara se me nota el aburrimiento. Aunque sea despacio, me contestó, no hay ninguna prisa, pero debería seguir leyendo. Y sin decir más fue y me sacó unas novelas, son rusas, del siglo pasado. Yo no llevaba dinero pero me aseguró que no importaba, abrió un cuaderno, apuntó mis datos y me hizo firmar a crédito.

Salí de allí alterada, me daba emoción nada más de imaginarme otra vez leyendo, sintiendo como esa primera vez, imaginándome a mí misma en otra vida. Me apuré a hacer mis compras y a dejarlo todo porque ya me moría de ganas de empezar.

La mañana siguiente ya no veía a qué horas empezar, me urgía que se fueran. Cuando oí cerrar la puerta, que siempre es un momento en que me viene una enorme tristeza porque me quedo completamente sola en casa, por primera vez sentía al revés, un alivio. Corrí, desenvolví el libro y me puse a leer. ¡Qué barbaridad, que historias! Como amaban la naturaleza, como se entregaban a la música y a la poesía que le agitaban tan profundamente el alma.

“Nuestra finca se encontraba a tres días de camino de la vieja ciudad de Kiev, la primera capital del imperio. Estaba regada por el poderoso Dnieper, gracias a cuyas aguas y a la generosidad de la tierra negra, se extendían hasta el infinito, altos y dorados, el trigo, la avena, el centeno y la cebada, pues estas llanuras veían crecer los mejores y más abundantes granos. Y más allá, donde terminan los sembradíos, oscuros bosques tupidos de abedules, álamos y tilos con sus troncos blanquísimos y de olmos y avellanos con sus troncos muy negros. Pero lo que a mí más me gustaba eran los huertos umbrosos y húmedos en los que cantaban ruiseñores y se levantaban altos los manzanos y melocotoneros, con las ortigas enredadas a sus troncos y las telarañas a sus ramas.

Yo nací en el mes de abril, el de la primavera, cuando las aguas del Dnieper bajan a su nivel y las cigüeñas vuelven a sus nidos. Es un mes hermoso, de día brilla un sol tímido y de noche brilla la escarcha que aún no se derrite. Mi nyanya rusa, que me cantaba y me relataba hermosos

cuentos llenos de hadas y enanos, decía que por haber nacido en esta fecha estaba yo destinada a ser..." (y así continuó la historia).

Estaba yo tan entretenida que ni me di cuenta de cómo se pasó el tiempo, y de repente vi la hora y empecé a correr de un lado a otro recogiendo y preparando los alimentos.

He llenado la casa con muchas plantas, las cuido mucho, a las que están junto al comedor les he llamado "mi jardín de invierno", como recuerdo de Rusia, Aprendí a cocinar como lo hacen en tan remotos lugares: para empezar un salmoncito con alcaparras, con lo caro que es, todo de importación, luego una sopa de betabel o de fresas, si, sopa de fresas, siguen las carnes, así en plural porque en la misma comida hay pollo, pescado y cerdo, unas piernas bañadas, en salsas de sabores extraños y acompañadas de papas y col, y todo con vino, que un blanco bien frío para el principio, que un rojo para la carne, que un rosado para el pollo, que una cremita para el final. Durante la cena me parece como si estuviera escuchando la música que se tocaba allá en Kiev, donde nació la protagonista de la novela.

Después de la comida, empecé a salir a caminar, algo que no hacía antes y es que ahora hasta las tardes las veo hermosas, me gusta este mes cuando ya no hace frío pero todavía no hace calor. Lentamente sin prisa y muy convencida pasé por otro libro a la librería, emocionada pensando a qué mundo me llevaría, con qué mundo me encontraría.

Y así viajé a un lugar de belleza salvaje y sobrecogedora, que está situada a varios días de navegación del Ecuador y aunque está en pleno trópico tiene un paisaje de grises campos de lava, rocas y desiertos de cactus aunque la luz del sol es generosa e intensa, hay pingüinos y leones

marinos, como si fuera una zona de hielos. Y todo porque hasta ella llegan corrientes de agua fría que chocan con los tibios mares de la región.

“En este extraño lugar hay tortugas, pelícanos, albatros, iguanas y montones de pájaros de plumaje multicolor, con una diversidad de picos. Hay playas y también colinas cubiertas de vegetación en cuya cima descansan grises nubarrones de niebla. Este es el sitio de los contrastes: desiertos y bosques, jungla y playa, humedad y sequedad, fauna de frío y fauna de calor, de montaña y de mar que habitan juntos y lo más increíble, que a pesar de ser tan distintos no chocan entre ellos y miran a los extraños sin el menor temor ni agresividad.

Aquí es mi patria, un paraíso y un laboratorio para alguien que como yo se dedica en cuerpo y alma, de día y de noche al trabajo de conocer la naturaleza.

Mi isla es una de las muchas que compone al archipiélago que algunos llaman Las Encantadas, otros las Galápagos y otras Colón. Hasta el día de hoy, después de tantos años de vivir aquí, me sigue fascinando y sorprendiendo la naturaleza de este lugar, cuando el cielo se tiñe de rojo al atardecer y cuando antes del amanecer el silencio se hace aún más profundo. Veo a los albatros que pasan el día planeando sobre el mar, subiendo y bajando rítmicamente con el viento, dedicados a pescar su alimento.

Durante horas pude observar sin cansarme, los enormes acantilados y el color del mar en algunas bahías. Me gusta mirar a las lagartijas que pasan corriendo. Me interesa el pinzón que se posa sobre el cacto, los cormoranes que hacen sus nidos de algas y guano desecado, las

mariposas de alas blancas moteadas de rojo, los bancos de peces de colores vivísimos, los caracoles escondidos, los delfines brincadores, las plantas, las muchas variedades de conchas

Cada una de esos animales significa siglos en la historia de la naturaleza y tiene un importante valor para ella, lo mismo que las plantas, que se relacionan con ellos en un muy bien organizado ciclo de vida.

Leí mucho buscando en los libros no sólo datos sobre esta flora y fauna tan extrañas y desconocidas, sino sobre todo, indicios de teorías que me ayudaran a encontrar respuestas, porque mi trabajo estaba guiado por una pregunta que me obsesionaba: saber cuál es el origen de la vida, de las especies, desde que llegué a esta isla me dediqué a investigar para solucionar el enigma.

Un día echó anclas en una de las pequeñas bahías naturales un barco inglés enviado por el Almirantazgo de Su Majestad Británica con el fin de hacer levantamientos cartográficos. Inmediatamente nos dirigimos a darle la bienvenida, lo que más me llamó la atención es descubrir que a bordo y como parte de la tripulación venía un joven naturalista. Fue así como conocí a Charles Darwin.

Era un hombre alto y delgado, que hablaba en voz baja, señal de buena crianza y que vestía con ropa y botas muy gastadas que no por eso ocultaban su fina calidad. Tenía una hermosa sonrisa que le abría las puertas y los corazones.

Esa misma noche el gobernador organizó una cena para los visitantes... (y así continúa la historia).

Creo que me he vuelto la mejor cliente, paso largo rato platicando con mi amigo el dueño de la librería; me recomendó un libro sobre cómo se produce el grano, cómo se trabaja la tierra, en los Kibutz en Israel.

...”Una de las historias que le gustaba relatar a la abuela, era la del abuelo Menajem que entendía los humores y exigencias de la tierra y supo enseñar a los del kibutz, de modo que cuando Keren Kayamet nos dio 35 dunamas más, se pusieron a sembrar en serio, guiados por él. Creo que desde entonces data la cara de felicidad de mi abuela, esa sonrisa alegre y esos ojos dulces de quien ve que poco a poco se iban cumpliendo sus sueños. Le gustaba mucho hablar de eso: de las necesidades básicas del ser humano, que son alimento, vivienda y vestido, no hay duda de que la alimentación es la más importante, nos decía. Y los cereales constituyen el alimento fundamental, pues le dan al organismo el combustible que es la energía que necesita para vivir. Y por supuesto no sólo al organismo humano sino también al de los animales, que a su vez nos dan sus productos como carne, leche y huevos que son la fuente de proteínas. Por eso no existe nada que pueda reemplazar a los cereales. A sabiendas de esto, Menajem y yo insistimos en abandonar los viñedos, de los cuales había más que suficiente en Eretz y en sembrar granos. Empezamos sembrando trigo porque el clima y el suelo de aquí son excelentes para este cereal. El trigo necesita agua pero no tanta como el arroz y necesita calor pero no tanto como maíz. Es una planta poco exigente, para crecer le basta con que esté frío y para madurar le basta con un poco de sol. Además tiene mucho valor alimenticio en relación con su volumen y peso, no se deteriora fácilmente y no se es complicado de almacenar. Por eso lo elegimos como nuestro primer cultivo.

Hasta el día de hoy mi cuerpo tiembla al recordar el momento en que salieron los primeros brotes de nuestro trigo, luego cuando se elevaron los tallos rectos y por fin salieron las espigas con sus hermosos granos, era un prodigio. Fui siguiendo paso a paso su crecimiento, me quedaba horas sentada junto a las plantas viendo cuando se extendían las hojas, cuando salían los nudos, cuando empezaba la floración. Sentía gran impaciencia por ver madurar los granos, vigilaba que no les atacara ningún bicho o que no les salieran hongos, lesiones o manchas que son señal de enfermedad. Me ocupaba en desmalezar y quitar toda la hierba que naciera junto a ellas y que pudiera robarles su sol, sus nutrientes o su agua. Estaba pendiente de los roedores, de los pájaros, hasta del cielo esperando que no hiciera demasiado calor o demasiado frío para que no se echaran a perder. Los compañeros se sorprendían porque en lugar de ir a dormir a casa, Menajen y yo nos quedábamos en el campo a acompañar al trigo; entre las amadas plantas y sobre la madre tierra que tan noble se portó con nosotros... (Y así continuó la historia).

Ya acondicioné un espacio con una mesa junto a la ventana, adornada con macetas, con un pequeño librero, donde me pongo a estudiar, a reflexionar a escribir sobre todo lo que he leído, pero sobre todo de cómo he cambiado. Sentí una gran transformación, aprendí a leer y mi soledad encontró compañía, el silencio se pobló de voces y el vacío se llenó de fantasías.

En los libros encontré lo que necesitaba, ahora es mío el mundo y hasta una porción de la eternidad. Poseo dragones y dioses y lunas. He podido vivir de todo, he podido andar y desandar el tiempo al derecho y al

revés, subir y bajar por los paisajes y las islas, conocer a los humanos con sus secretos, sus palabras, sus miedos.

Fui filósofa, me hice preguntas y supe por dónde buscar las respuestas. Me dejé arrebatarse por la música que perturbó mi alma. Pude trabajar la tierra nutricia y sacar de ella los sagrados alimentos y supe también lo que es vivir en la naturaleza virgen, dejándose acariciar por el viento y quemar por el sol. He vivido el encierro, separada del mundo y también supe lo que es recorrerlo al antojo sin echar raíces.

He vivido en donde he querido; en la India y en Rusia, en Nueva York, a la orilla del mar y en pleno desierto, en las calles de las ciudades y entre las espigas de los campos, he vivido cuando he querido en los siglos anteriores y los años de éste que corre.

He probado manjares de extrañas especias, frutas y dulces de inexplicable sabor. He sentido sobre mi piel aceites, perfumes y telas que ni sabía que existían; aprendí palabras en idiomas que no podía pronunciar. He recorrido el país donde florece el naranjo y el país de las montañas azules, he estado donde la nieve cae sobre la Sierra y allí donde el cielo es más claro. He dormido al pie de un abedul blanco y junto al mar verde y transparente. He caminado por pueblos muy viejos y he esperado en los cafés apenas iluminados. Construí casas, puentes, moví piedras.

Muchas han sido mis noches de insomnio, mis noches desnudas, mis tardes con las manos vacías. Pero me salvé del naufragio, sentí arder el fuego, cambié mi destino de hastío por el de la locura, mi vida tibia por la del exceso, la del extravío, el misterio, la magia, la ilusión el infinito.

He recorrido los caminos y buscado las profundidades. He tenido días de tempestad, días de calma y otros en los que todo vertiginosamente cambió...”

CAPITULO III

¿Para qué adoptar modelos educativos que causan agotamiento, tensión, fatiga y estrés, por múltiples tareas realizadas a la vez?

A lo largo de más de cuatro décadas se realizaron cambios en relación al trabajo, a las tareas y a la educación de las mujeres; lo que permitió su activa participación en diversos campos del conocimiento, de la política, de la economía, etc. Sin embargo este nuevo modelo educativo, que fue construyéndose en estos últimos tiempos, está en crisis, está causando nuevos malestares en las mujeres que lo adoptaron. Por lo que desde el final del siglo pasado y durante este nuevo milenio, se han realizado estudios por sociólogas, psicólogas y comunicadoras, sobre el malestar

que experimentan muchas mujeres de la clase media, las que en su mayoría nacieron en la década de los sesenta y setenta del siglo veinte, debido a la aplicación del ya no tan nuevo modelo que se gestó como resultado de la ruptura con el anterior tradicional modelo.

Si el modelo educativo anterior que hizo crisis a fines de los años cincuenta, como narra Betty Friedman en su libro “La Mística de la Femenidad”, causaba sentimientos de aburrición, insatisfacción y fastidio en las mujeres por no tener su propio proyecto personal creativo y productivo; el modelo actual también está en crisis; pero a diferencia del anterior, la aplicación de este nuevo modelo, causa nuevos malestares: sentimientos de tensión, de estrés, cansancio, fatiga y agotamiento.

Este nuevo y extenuante modelo exige nuevos lineamientos, nuevos requisitos para las mujeres que deciden adoptarlo y someterse a su cumplimiento, como lo detalla Carmen Villoro:

- a) Estar en tres partes al mismo tiempo; contestar cuatro preguntas simultáneas; recordar que en la cena uno quiere la leche con azúcar pero sin chocolate, otro la quiere con chocolate pero tibia, otro la desea con azúcar y chocolate, y otro nada más quiere el chocolate.
- b) Llevar a los hijos al pediatra, al dentista, al oculista y al ortopedista. Conducirlos a sus clases de natación, música, pintura gimnasia y taller de tareas. Detenerles la bicicleta cuando están aprendiendo en ella. Asistir a las juntas de padres de familia.

- c) Mantener la casa limpia y recogida, es decir lavar los trastes, barrer, trapear, sacudir y acomodar y hasta planchar bien los cuellos de las camisas. Cocinar, preparar diferentes platillos dependiendo, de la colitis de la hija, o del sobrepeso del hijo.
- d) Hacer dietas para no pesar más de 58 kilogramos, correr y hacer aerobics. Estar siempre ardiente, sensual y de preferencia ser multiorgásmica
- e) Al mismo tiempo estudiar por lo menos una licenciatura. Trabajar para no sentirse frustrada después de tantos años de estudio. Continuar con una maestría, esforzarse por hacer la tesis y pasar el examen de idioma. Leer el periódico para estar enterada de lo que ocurre en el mundo.
- f) Estar contenta, tranquila y sobre todo muy, muy descansada.

Pero sucedía exactamente lo contrario, como lo señala la psicóloga argentina Mabel Burin, las mujeres no estaban descansadas, sino agotadas, tensas y exhaustas, como lo narran las pacientes que acudían a su consulta:

Susana que es odontopediatra, al principio de su consulta refiere:” Me siento agotada, llego de mi trabajo por la noche y me resulta un sacrificio ponerme a preparar la cena o ayudar a los chicos con sus trabajos para la escuela. Cuando me voy a dormir, lloro de angustia, porque pienso que al día siguiente será lo mismo, y no puedo dejar de hacerlo. Si me enfermara tomaría licencia en el hospital, podría no ir en las mañanas, pero en la tarde tengo que atender mi consultorio. Hay que pagar la hipoteca de la casa, las colegiaturas, etc. por lo que me

transformo en una máquina de trabajar. Hace un mes que estoy sin empleada doméstica, estoy buscando una nueva, pero le tendría que pedirle a mi mamá que venga a casa y se quede con ella para explicarle el trabajo, yo no puedo faltar, pero no quiero volver a molestarla, porque también está cansada de ayudar a todos mis hermanos.

El otro día me levanté con los chicos a las 7 de la mañana, los dejé en la escuela y me fui al hospital, después al curso y después a atender mi consultorio. Llegué a casa a las ocho de la noche, estaba todo hecho un lío, desordenado, la ropa sucia, la cena sin preparar. Bastó que uno de mis hijos protestara porque la carne se había pasado un poco, para que yo estallara de furia y le grite. Al día siguiente me sentía angustiada, no me podía concentrar en lo que hacía. Mi hijo me preguntaba porque estaba así, tan cansada, tan enojada. El fin de semana salimos con unos amigos y sus hijos pero yo tenía que atenderlos, que ofrecerles comida, mantas cuando empezó a refrescar, lo que me dejó más agotada.

Es bastante común que últimamente me duela el estomago después de la cena, ni puedo dormir bien de noche, duermo con tensión y me despierto agitada por la mañana pensando en el día que me espera. Además me siento mal porque al no haber una persona que se encargue de mis hijos por la tarde cuando salen de la escuela, tienen que ir a casa de su abuelita, o de sus tíos o de algún amiguito esperando que yo los pueda ir a recoger.

Es una sensación de tanta responsabilidad, de que todo es urgente y que nada puede esperar. Mi esposo también está cansado, estresado, pues él trabaja todo el día y hay tanto tráfico que tiene que comer cerca de su oficina. El también llega fatigado y tensionado porque no sabe por

cuánto tiempo podrá conservar su trabajo, ya que habrá cambios en el gobierno, el no tiene una plaza segura, trabaja por honorarios, con muy pocas vacaciones.

Susana durante otra sesión expresa: "No es habitual que yo esté contenta y mucho menos radiante, pero el otro día me sentí así. Fui a la reunión con mis compañeras de posgrado. Había un congreso, yo era coordinadora de una mesa y una compañera me dijo que era lindo verme así, tan sonriente, tan contenta, es cierto me sentía muy bien ese día. Lo habitual es que yo este con medio tono de entusiasmo en un clima de opacamiento, neblinoso. A veces me imagino que tengo un momento de brillo, especialmente cuando estoy de vacaciones. Voy a la playa y ahí me siento radiante, a pleno sol, siento que el sol y yo brillamos juntos, que me da ese calorcito que me hace sentir tan bien, es tan placentero para mí. Es como estar cuidada por algo tibiecito, es algo que da calor. Pero también es por el contacto sobre mi piel, porque también me imagino esa sensación de entrar al agua, con la piel calentita y el agua que me refresca; flotar sin peso, La semana pasada empecé a ir a una alberca, voy a nadar antes de entrar al hospital, es algo que tenía que hacer para mí, ahí yo me siento bien. La mayoría de los días, por estar haciendo lo que tengo que hacer, no me doy cuenta si estoy bien o mal, sólo hago las cosas debidas; sólo me doy cuenta de que algo no me hace bien cuando me siento mal, pero muy mal, ahora estoy prestando más atención a lo que me hace sentir bien, no me resulta fácil, pero quiero lograrlo, pero el problema es que me siento, tan cansada, tan fatigada que no me quedan fuerzas".

"Era una buena madre,
estudiaba y trabajaba

y al mismo tiempo
participaba políticamente
iba a marchas y plantones
e incluso para el gimnasio
tenía tiempo.

las ventanas estaban relucientes
lo mismo que las alfombras y manteles
a los perros atendía y bañaba
el pasto también cortaba
todo lo del super cocinaba
y el suelo como espejo dejaba
cuando la ambulancia llegó a buscarla”

Leona Holstein

Esta crisis de cansancio, de tensión, de agotamiento y fatiga que causa gran malestar y hasta produce enfermedad; no sólo es el resultado de la aplicación de erróneos modelos económicos, políticos y sociales; sino sobre todo de la aplicación de ilógicos modelos culturales que no hay que adoptar, elegir, seguir o cumplir; al contrario es necesario cambiarlos, junto con los de “fusión confusión con una lógica de cabeza”.

Ensayo VI
UNA EDUCACIÓN DE FUSIÓN CONFUSIÓN
LA PAREJA UNA LÓGICA DE CABEZA

INTRODUCCIÓN

Existen determinados modelos de relaciones sentimentales en cada época, los cuales son reproducidos a gran escala por el cine, la radio, la televisión y la prensa; convirtiéndose en estereotipos, patrones, en modas a seguir.

Agnes Heller señala que en realidad no hay ninguna relación sentimental, ni expresión de sentimientos dominantes que no se conviertan en moda durante un tiempo, para ser sustituida tras un determinado período por otras modas, de acuerdo a los intereses políticos, culturales y económicos de los grupos sociales hegemónicos.

Modas que reflejan el discurso de la ideología dominante, discurso que no se fundamenta en razones lógicas, pedagógicas, éticas o estéticas; ideología que solo obedece a razones de lucro, ganancia, publicidad, moda y mercado; el cual moldea la cultura, transmitiendo para su aprendizaje todo un catálogo de conductas, de hábitos del corazón. Se ofertan una serie de ideas y de prácticas sentimentales a través de los diferentes medios de comunicación, los cuales en su mayoría, reciclan y

refuerzan determinadas modas y modelos, como “la pareja”, una supraunidad de fusión confusión con una lógica de cabeza.

CAPITULO I

1. “La pareja, una fusión confusión, con una lógica de cabeza: dos que se convierten en uno”

Uno de los cambios en la moda sentimental, surge en los años sesenta, cuando se empieza hablar de un nuevo modelo de relaciones: una supraunidad de fusión confusión, “la pareja”.

En Estados Unidos a este nuevo modelo se lo conocía como “togetherness” que significaba estar juntos ininterrumpidamente en forma fusionada, el cual se convirtió en una moda sentimental, por medio de la amplia difusión que le dieron las revistas de mayor circulación al final de la década de los cincuenta e inicios de los sesenta del siglo veinte.

Los directores de las revistas de estas publicaciones no consideraban por separado a cada miembro de la relación, sino como un paquete fusionado. Al paso del tiempo la puesta en práctica de esta fórmula sentimental empezó a generar problemas y malestar, por lo que la revista Redbook dedicó una sección para que los famosos “consejeros matrimoniales” orientaran a sus lectores y dieran respuesta a los problemas de éstos, como el caso de Pete, un esposo que les planteaba el siguiente dilema: “Según mi punto de vista, formar una pareja (una fusión confusión) consiste en tomar a dos personas cada una de las cuales está

viviendo su propia vida y ponerlas a vivir juntas. Mary, mi pareja, parece creer que ambos debemos vivir una sola vida: la mía. Ella insiste en acompañarme a todas partes, a la peluquería, a comprar camisas, calcetines, trajes, le dice al dependiente la talla, el color y el corte que desea. Cuando voy a trabajar quiere llevarme y recogerme como si fuera un chico de escuela. Cuando no regreso a comer, me pregunta con quién comí, en dónde, sobre qué conversé, reclamándome si comí con algún amigo porque no la invité también, en vez de dejarla sola esperándome, lo cual produce un ambiente de tensión en casa. Cuando protesto por la situación, ella dice: Pero querido, quiero participar en tu vida, ser parte de todo cuanto haces, quiero que seamos una sola persona, tal como debe suceder en la vida de pareja (en la fusión confusión)”.

La consejera comenta que la solución a este problema es que Mary tiene que construir una vida propia, a través de su propio desarrollo personal, ya que no es lógico ni razonable que dos personas se conviertan en solo una, como lo desea Mary.

Este modelo de fusión que se fue desarrollando en la década de los años sesenta y setenta, tendría algunas variantes, ya no se hablaba en términos de matrimonio sino que se hablaba de la pareja. Ya no se llaman esposa o esposo, sino compañero o compañera. Se sustituye también la fórmula de consejero matrimonial por terapeuta de pareja. Sin embargo, este modelo sentimental conservaría su eje central: la fusión confusión, la supraunidad o “pareja”: dos que se convierten en uno.

La mayoría de los estudios realizados por psicólogos y sociólogos coinciden en que estos modelos sentimentales que se estructuran con la fórmula de fusión como la “pareja” representan un problema y un obstáculo

para el desarrollo y crecimiento personal, que requiere de individuación. La idea de fusión entre dos personas conlleva a una especie de despersonalización, a una confusión de la propia identidad personal, sobre todo en las etapas de formación y construcción de la persona en edades entre los veinte y treinta años, que es la época en que se está tratando de definir una vocación, explorando, buscando, experimentado en la elección de algún proyecto personal. Esta búsqueda puede verse obnubilada o estancada, lo cual lleva a una interrupción del crecimiento de los integrantes de la relación, lo cual se manifestará posteriormente como una crisis del desarrollo de la personalidad.

Para Alberto Orlandini la fusión empobrece la personalidad. Para Estela Troya, con la fusión se pierde la oportunidad de la individuación personal. Marcela Lagarde considera que la fusión lleva a una pérdida de la centralidad del yo. Para E. Fromm las personas fusionadas no llegan a desarrollarse integralmente, formándose una relación simbiótica, en donde se vuelve confusa la identidad de cada uno de los integrantes de la relación. Incluso como dice Teresa Doring en esta fusión con-fusión pierden hasta sus nombres de identidad, les llaman los Gómez, los Luisitos, los Suárez, etc., en donde se les considera una supraunidad.

La pareja, una supraunidad donde se mezclan gustos, pensamientos, sentimientos, donde se funde y confunde, derritiéndose, evaporándose ideas, necesidades, deseos, personalidades; subsumiéndose, deglutiéndose, borrando o intentado borrar las diferencias en una pretendida mezcla homogénea, en donde se supone hay un acuerdo total.

La psicoterapeuta Perla Ortiz Monasterio nos alerta sobre esta idea en la cual se pretende hacernos creer que el comportamiento de las parejas surge como una unidad indivisa. Se presentan ante los demás como un todo, con lo cual dan una gran superficialidad a las relaciones humanas que son interpersonales, de persona individual a persona individual. El juntamiento (togetherness) entre ellos no es una relación que siga los avatares y las fluctuaciones de una relación humana, sino que es más que una unión, una unificación, parecen estar cosidos.

Aspiran a enfrentar los problemas de la vida como unidad, con lo cual nunca pueden afrontar los requerimientos personales, por lo que se da un empobrecimiento de la vivencia y de las respuestas humanas.

Se renuncia al crecimiento autónomo, a la libertad de movimiento, a la posibilidad de estudiar, de trabajar y hasta de vacacionar en forma individual. En suma, de realizar actividades en forma independiente, por lo que se aplana y se acaban reprimiendo algunos deseos y necesidades personales.

En este sentido, la pareja acaba siendo muy opresiva al tratar de manipular, de mutilar necesidades o de incidir en planos muy íntimos de la personalidad. Todo debe realizarse en pareja, todo debe resolverse en pareja. Esta supraunidad, que funciona como un bloque de tiempo completo, acaba por conducir a los integrantes de la supraunidad al agobio y a la sofocación.

2. La supraunidad, la fusión con-fusión, una carga muy pesada:” Tú eres mi todo”.

Este modelo presenta también otro aspecto, otra faceta ilógica y contradictoria, que también obstaculiza el crecimiento y desarrollo de sus integrantes, ya que cada uno de ellos coloca sobre el otro, una exorbitante carga.

Se espera que la pareja satisfaga todas las necesidades, como si fueran la panacea que resuelve todas las problemáticas existenciales. La idea de supraunidad es que dependan en todo uno del otro, que se satisfagan totalmente el uno al otro, con la exclusión de todas las demás personas.

Marcela Lagarde señala que en la fusión con-fusión se espera que la pareja resuelva mágicamente todas las necesidades vitales, que se convierta en amante, proveedor, consejero, cuate, confesor, oidor, amigo, protector, benefactor.

Rafael Manrique agrega que existe también el deseo de que la pareja se convierta al mismo tiempo en: amigo íntimo, compañero de trabajo, consejero, pareja para el tenis, interlocutor para problemas vitales, soporte económico, compañero de diversión, persona seria en quien confiar, el más entretenido, el más inteligente, el más divertido. Además, que satisfaga todas las carencias propias en el terreno afectivo, creativo, imaginario, económico, etc.

3. En la pareja se funden y se suman deficiencias y carencias

¿Dónde estará mi media naranja, mi complemento, mi amor, mi cómplice, mi todo? En la fusión-confusión los integrantes aspiran a la unicidad de su otra mitad, su pareja, para que esta los compense de sus propias deficiencias, ya que ellos se fusionan sobre la base de sus propias

necesidades y carencias y lo que espera que el otro le proporcione, es aquello que vitalmente le hace falta. Le otorgan a la pareja el papel de una especie de salvavidas en la que se sostienen, de la que dependen para nadar; si no se hunden.

Perla Ortiz Monasterio nos dice que se espera que la pareja cubra todas las necesidades vitales, esto significa comprometer al otro a jugar un papel de tutor o tutora, lo que se convierte en una relación de dependencia, en una carga muy difícil de sobrellevar; cuando probablemente ni siquiera él o ella se encuentran en óptimas condiciones para poder llevar adelante su propio compromiso existencial, tanto en el terreno económico, como en el intelectual, etcétera. Coloco en la pareja y no en mí, la posibilidad de mi propia realización, por mi parte, me desocupo de atender mi crecimiento.

En este modelo de fusión confusión “la pareja”, en donde no hay individuación y crecimiento, en el que no se responsabilizan de su propio desarrollo autónomo. En esta suma de deficiencias, carencias y ausencia de responsabilidades, se les ocurre agregar a esta suma un tercero.

Teresa Döring expresa que cómo es posible pensar que a una fusión con-fusión, a una supraunidad se le pueda incluir un tercero: una hija o hijo. ¿Cómo podrá aprender a crecer un niño en un contexto en el que los padres han decidido no crecer, no resolver sus necesidades y carencias, no responsabilizarse de su propio desarrollo?

E. Fromm señala que los hijos requieren atención, cuidados, y es responsabilidad de la mamá y del papá satisfacer sus necesidades físicas, económicas, afectivas. “Ser responsable significa estar listo y dispuesto a responder”. ¿Cómo podrían hacerlo los integrantes de una

fusión confusión, si no están listos, ni pueden responder ante sus propias necesidades económicas, domésticas, intelectuales, sentimentales, etc.? ¿Si no han aprendido a vivir?

4. La pareja fusión y suma de dependencias: “No se vivir sin ti”

Este modelo “la pareja”, la fusión confusión, fomenta la dependencia de sus integrantes y no su autonomía, ni su autorrealización, ni la capacitación para la autosatisfacción de sus necesidades vitales.

Para Teresa Doring, la dependencia de la pareja se expresa con la idea de que “no puedo vivir sin ti”, aunque generalmente en esta lógica de cabeza, el contenido de esta idea se interpreta como expresión de amor; pero desde el punto de vista de los psicólogos y los sociólogos, es todo lo contrario. “Si no puedo vivir sin ti”, es que “tampoco se vivir conmigo, ni contigo”, “vivir se me dificulta y no he aprendido”.

En una parodia que hace el caricaturista Fontanarrosa sobre la dependencia y la fusión con-fusión, en esta lógica de cabeza, nos presenta a dos amigas platicando: ¿Qué crees? Mi compañero y yo iniciamos una terapia de pareja. Y llegamos a dos conclusiones muy esclarecedoras: primero, no podemos vivir juntos y segundo, no podemos vivir separados.

5. La pareja es “su guía y hasta el aire que respira”, de quien depende, el responsable de su vida.

Otro de los graves problemas que trae este modelo de fusión confusión: “la pareja”, es que cuando algo sale mal, cada miembro de la pareja responsabiliza al otro de los propios errores o fracasos, en ser la

razón de sus frustraciones, convirtiéndolo en el causante de todos sus males. “Se engañan a sí mismos e intencionalmente, engañan a su pareja” afirma Teresa Döring.

Y es que en esta ilógica fórmula sentimental quisieron convertir a la pareja en su guía, la que dirige, la que protege, que es su vida, su amor, su cómplice, su todo y hasta el aire que respira; por lo que si algo no funciona en esta lógica, la pareja es el responsable de todo. No se cuestiona que lo que puede estar fallando es la fórmula sentimental, el modelo “la pareja” que es lo que no funciona y hay que cambiar.

Se piensa que se trata de fallas personales, o de mala suerte, de elegir a la pareja equivocada. Así que sin aprovechar la experiencia, siguiendo con la misma fórmula “la pareja”, se ponen nuevamente a buscar afanosamente a su media naranja, para fusionarse con un nuevo complemento que ahora sí, satisfaga todas sus expectativas, colme sus necesidades, borre sus carencias y deficiencias; las cuales sólo se podrían satisfacer por medio del desarrollo de la autonomía, el proyecto creativo, la autorrealización, la autoestima, la autosuficiencia, etc.

CAPITULO III

1. Una educación que estimule: La autonomía, el proyecto creativo, la autorrealización, la autoestima, la autosuficiencia

“Es evidente que casi todo el mundo está a favor de la educación, de la misma forma que se está a favor de la paz, la igualdad, la libertad; el problema radica en cómo avanzar en un modelo educativo que ofrezca ideas prácticas sobre cómo establecer las relaciones interpersonales en la vida cotidiana, tanto en las esferas públicas como en las privadas”, señala el sociólogo australiano Boris Frankel, en su libro “Los utópicos postindustriales”.

En este texto se analiza el pensamiento de algunos autores que son en muchos aspectos representantes de distintas corrientes teóricas, los cuales expresan en mayor o menor medida parte de las ideas que los movimientos sociales y culturales de las últimas décadas vienen proponiendo sobre los estilos y prácticas de vida alternativos. Se centra principalmente en el análisis de las propuestas de R. Bahro, André Gorz, Barry Jones y Alvin Toffler, los cuales articulan una serie de visiones alternativas sobre las relaciones humanas y otros aspectos culturales. Algunos de ellos dedican su atención a analizar los diversos modelos educativos, cuestionándose cómo podría influir la educación para crear un mundo con personas más autónomas, cooperativas, solidarias e ilustradas.

En general los autores, coinciden en que el núcleo central de un modelo educativo, tendría que estar orientado a evitar la enseñanza de relaciones que reproduzcan la dependencia, la alienación, la represión, la falta de autonomía económica y doméstica. Una educación que promueva proyectos para el desarrollo autónomo, la creatividad intelectual, la capacitación para la autosatisfacción de las necesidades vitales.

En su libro “Complejidad y libertad en la relación amorosa”, Rafael Manrique señala la necesidad de esclarecer para una mejor comprensión, los conceptos de autonomía, proyecto de sí, autorrealización, autoestima y como se presentan estos aspectos en las relaciones humanas, por lo que hay que hacer énfasis en las definiciones que formulan algunos autores:

1.1. La autonomía personal: Es la capacidad de dirigirse a sí mismo, de orientar la propia vida, de actuar con independencia y libertad. Lo opuesto a la autonomía es la sumisión y la alienación del latín “alienare” que significa enajenar, privar. La enajenación en una relación sentimental consiste en privarse, en deshacerse, en renunciar, en abandonar el desarrollo de los proyectos personales, las ideas, relaciones, gustos, amistades, fantasías, etc. Es renunciar a la libertad de movimiento, a la posibilidad de estudiar, de trabajar, vacacionar, de realizar actividades en forma autónoma. Para T. Döring es pasar por encima de sí mismo, es dejar de ser, es mutilarse.

E. Fromm nos dice que para Hegel y Marx, la “enajenación” significa que el ser humano se pierde y deja de sentirse como el centro de su actividad.

Por lo que la educación estaría orientada a estimular el desarrollo pleno de una personalidad autónoma, que elige su vida y actúa según sus deseos y aspiraciones, que tiene la posibilidad de decidir, de cambiar, de crear, de arriesgarse, para lograr la realización de un proyecto personal creativo.

1.2. El proyecto creativo: Junto al concepto de autonomía está también el proyecto creativo para el desarrollo personal, ya que si se tiene autonomía, pero no hay proyecto hacia adonde dirigirse, no se puede pasar a la autorrealización y la autoestima.

E. Fromm señala que una actividad creativa es cuando hacemos uso pleno de nuestras facultades, es estar plenamente despiertos y sin duda no estar aburrido, ser activo en el pensamiento, en el sentimiento, con los ojos y los oídos”.

El proyecto creativo es la actividad, el quehacer en el mundo, la tarea con la que nos vinculamos íntima y afectivamente, con plenitud e intensidad; con el objetivo de satisfacer nuestros gustos, deseos, aspiraciones y valores desde el punto de vista intelectual, ético y estético.

Es un proyecto autónomo a través del cual las personas deciden qué quieren hacer y cómo y en qué quieren gastar su vida.

Es este proyecto creativo, íntimo, de un quehacer propio en el mundo, el que puede conseguir el crecimiento personal, señala Betty Friedman; por lo que no hay que confundirse en el sentido de pensar que “los hijos” son el proyecto creativo personal, por medio de los cuales se

logrará la autorrealización, a través de la vida de ellos. No, los hijos no son proyectos, son personas pequeñas, con individualidad y autonomía.

En las relaciones sentimentales cada uno de los integrantes requieren de sus propios proyectos creativos, nadie debe vivir en función del otro. Además del proyecto personal, se pueden realizar proyectos en común, como colaboraciones en el trabajo intelectual, en proyectos de tipo económico, lúdicos, etc.

¿Por qué tanta importancia por cultivar un proyecto creativo propio? Porque al desarrollarlo, por medio del trabajo, la perseverancia y la pasión, nos conduce a la generación de dos aspectos muy importantes: la autorrealización y la autoestima.

1.3. La autorrealización y la autoestima: Son dos conceptos muy importantes de enfatizar en la educación. Rafael Manrique indica que la autorrealización es fundamentalmente la puesta en práctica de las capacidades y potencialidades de la persona a través de la expresión, exteriorización o materialización de su trabajo creativo. El permanente aprendizaje, el continuo desarrollo de proyectos creativos representan algo muy valioso y perfeccionable para los seres humanos, porque tiende a proporcionar cada vez más frutos y más placer, además de ser la fuente que genera y produce autoestima y confianza en uno mismo

“Es el logro de una orientación predominantemente creativa en la que la persona ha superado la dependencia y ha adquirido confianza en sus propias capacidades para alcanzar el logro de sus fines vitales” afirma E. Fromm.

1.4. La autosuficiencia doméstica: el ensayo de vivir solo

La educación además de promover la autorrealización, requiere también poner énfasis en el aprendizaje y capacitación de habilidades que nos conviertan en personas autosuficientes, capaces de resolver nuestras necesidades desde un punto de vista físico y doméstico.

Necesitamos una educación que estimule el aprendizaje de los requerimientos mínimos para sobrevivir y no morir en el intento. Entre estos requerimientos, un aspecto fundamental es experimentar la soledad. Josef Vicent Márqués nos dice, que se requiere de la aceptación de cierto grado de soledad, la conciencia de experimentar la soledad o al menos el ensayo de vivir solo, para aprender a percibirnos razonablemente independientes, a la vez que razonablemente interdependientes.

E. Fromm, señala que tener la capacidad de poder estar solo es una condición indispensable para el desarrollo de una personalidad creativa. El tratar de vivir solo, aunque sea temporalmente, sobre todo mientras se está aprendiendo, ya que es la forma de poner a prueba la posibilidad de autosatisfacerse por lo menos en los requerimientos mínimos para sobrevivir físicamente sin morir en el intento.

Antonio Ramírez nos indica lo importante que es aprender a cubrir nuestras necesidades domésticas cotidianas, a ser uno mismo la fuente de

la satisfacción y no representar una carga para el otro, sino al contrario, establecer relaciones sentimentales cooperativas.

Se requiere aprender tareas que están íntimamente ligadas a la sobrevivencia física, además de la económica. Tareas que en la niñez y en la adolescencia, la mayoría de las veces eran proporcionadas por las mamás, las abuelitas o alguna otra persona cercana; como comprar los alimentos, cocinar, limpiar, lavar, atendernos si estábamos enfermas, etc. Habilidades que se supone se aprenderían cuando una fuera mayor, pero, como señala Cristina Carrasco, por diversas razones, ya sean económicas, sociales y sobre todo culturales, la mayoría de los hombres no aprendieron, pero esta falta de aprendizaje de los trabajos domésticos, se da también en algunas mujeres por diversas circunstancias. La mayoría de las veces había otras personas que se encargaban de todas las labores domésticas, generalmente las nanas o las personas que trabajaban en las casas. Tal vez por ese motivo algunas no aprendimos sino hasta edades muy tardías, a los treinta y tantos y otras con mucha dificultad lo aprendieron, como le sucedió a la escritora Rosario Castellanos, según lo relata Luis Enrique Ramírez en un artículo que le dedica.

En la narración de Rosario Castellanos, como de muchas otras escritoras, aparecen las nanas: “José, Chole, Mari o Agus, son nombres que evocan en nosotras profundas experiencias afectivas”, nos dice la escritora Carmen Villoro. Las nanas permanecen en la familia en algunas ocasiones hasta etapas tardías de la vida, prolongándose hasta la adultez, posiblemente es la razón por la que no se requería aprender estas fundamentales tareas, que te ayudarían a transformarte en una persona

más autosuficiente y no tan dependiente, como muchas de nosotras lo hemos sido en ciertas épocas de la vida.

Luis Enrique Ramírez se pregunta ¿Puede una persona ya sea hombre o mujer sentirse liberada (autónoma) cuando tiene una total incapacidad para la vida práctica?. El psiquiatra R. Manrique, afirma que esta incapacidad práctica en la que la persona no es autosuficiente para resolver su sobrevivencia física y doméstica, le produce fuertes sentimientos de impotencia, temor y abandono.

Aprender estas vitales tareas es un aprendizaje que continúa día a día, en las diferentes etapas durante toda la vida; de ahí la importancia de un artículo de Rocina Bucio sobre cómo conservar la autonomía en edades avanzadas, para personas de 80, 90 años y más, con la ayuda de Internet.

“Dame el password bisabuelita” ¿Quién no ha escuchado historias de niños haciendo maravillas con Internet? pero ¿cuántas hemos oído de bisabuelitos? Las personas de la cuarta edad son los usuarios calladitos de la Red Global, que sin aspavientos le han sacado jugo al Internet en los países de primer mundo, ya que tiene el potencial de convertirse en una herramienta para reducir la dependencia de terceros. Ya sea creando comunidades virtuales de apoyo, comunicándose con sus médicos, solicitando su despensa en los supermercados o solicitando servicios en los centros de lavado y planchado o comprando viagra aprovechando la discreción del comercio electrónico. En pocas palabras, utilizando este recurso logran acrecentar su autonomía e independencia. En la ciudad de Barcelona, el problema de la falta de acceso a las computadoras por carencia de recursos económicos o porque su uso es muy complicado se

resolvió creando kioscos públicos con asesores en internet atendiendo las necesidades de los adultos mayores.

1.5. La autonomía económica: Junto con el aprendizaje de la autosuficiencia domesticas es necesario promover una educación que estimule el aprendizaje para la autosatisfacción de los requerimientos mínimos para poder subsistir económicamente, principalmente dirigido a las mujeres.

Marcela Lagarde nos señala que la autonomía material es la capacidad de poder mantenerse, significa “la superación de la dependencia vital que sujeta a las mujeres a los otros. Dependencia que las tiene en un estado permanente de desprotección, de inseguridad, por lo que es necesario que las mujeres se capaciten para mantenerse y trabajar para ellas mismas, para lograr su transformación en seres autónomos e independientes”.

Margaret Mead escribió hace algunas décadas sobre la importancia de que las mujeres logren su autonomía económica, ya que al ser dependientes, al delegar en los otros la responsabilidad de su manutención económica, las ha convertido en el sexo inseguro, produciéndoles profundos sentimientos de desvalimiento.

Teresa Döring señala que en las relaciones sentimentales en que alguien se apoya totalmente en otro, como si fuera su tutor, resulta “una carga muy pesada y agobiante”. Lo más benéfico es enseñar a establecer relaciones sentimentales en donde se fomente la cooperatividad, la autonomía y la solidaridad, para poder realizar deseos comunes, lo que proporcionaría bienestar, tranquilidad y estabilidad.

Marina Castañeda, sicoterapeuta, señala que en algunas relaciones los integrantes juntan todos sus ingresos en forma común para cubrir gastos, diversiones, vacaciones, libros, etc., lo cual facilita las cosas, pero vulnera a la autonomía personal, por lo que es conveniente que cada quien separe cierta proporción de su ingreso para poder gastarlo libremente, como quiera.

1.6 La autonomía física, espacios privados y comunes:

Aprender a respetar la privacidad del otro es parte fundamental de la educación, por lo que es muy importante como lo señalan algunos psicólogos la necesidad de establecer en una relación afectiva, “zonas físicas individuales” que permitan a los integrantes un grado de soledad y de privacidad.

En el espacio de convivencia, es necesario tener espacios físicos individuales, reservando un espacio personal para cada quien, que permita tener momentos de soledad y recogimiento. Es posible que no se pueda disponer de una habitación para cada uno, pero si al menos un rinconcito diferenciado.

Las “zonas individuales” en las relaciones sentimentales, se extienden también a los espacios exteriores, en donde cada uno de los integrantes, pueda realizar en forma individual actividades personales, como salir al cine, a comer, a vacacionar, etcétera, ya que no es necesario que a todos les gusten las mismas cosas, que quieran ir a los mismos sitios o que se les tenga que imponer amistades o visitas familiares si el otro no lo desea.

También existen relaciones sentimentales donde se prefiere no vivir en un espacio común. A. Moncada, en su libro “La crisis de la pareja” comenta que las modalidades de relacionarse sin hogar común, es un fenómeno nuevo en la sociedad contemporánea.

Francoise Giround, coautora del libro “Hombres y mujeres”, comenta que respecto a este fenómeno tiene una opinión clara, bien definida: “Me muestro un tanto renuente a la idea de vivir bajo un solo techo, quisiera tener lo que con mayor frecuencia me ha ocurrido en la vida: disfrutar, amar y convivir con un hombre sin la necesidad de tener que compartir la vivienda con él”.

En los últimos años se ve una tendencia a las relaciones sentimentales sin cohabitación. En Francia desde 1985, esta fórmula se observaba en personas mayores de cuarenta y cinco años. La tercera parte de las mujeres y la cuarta parte de los varones tenía relaciones amorosas estables sin vivir en la misma casa.

Orlandini nos dice que los argentinos han creado la expresión coloquial y humorística de “cama afuera” o “cama sin armario”, para designar las relaciones sentimentales en que las personas prefieren verse en escenarios distintos a la gestión de la cocina y la lavadora.

Hay enamorados que residen en viviendas separadas, porque son novios, porque no tienen casa, porque es un romance secreto, porque les gusta vivir separados para conservar su privacidad, porque están estudiando o trabajando en lugares distintos y sólo se ven los fines de semana y en vacaciones, etc.

Algunos sicólogos y sociólogos señalan que aunque no se conviva en un espacio común, se pueden crear vínculos amorosos permanentes y estables por muchos años.

Marina Castañeda nos dice que en todas las relaciones hay cierta alternancia de acercamiento y alejamiento. “A los momentos de gran intimidad, siguen períodos de retraimiento, en los cuales cada uno recupera su propio espacio de soledad para luego, cuando las dos personas lo desean o lo necesitan, vuelven a acercarse en un movimiento cíclico que se ha descrito como la respiración natural de la relación. Esta alternancia sucede una y otra vez, es requisito para la subsistencia de las relaciones, sobre todo cuando uno de los miembros pasa por alguna etapa difícil.

A.Toffler defiende el pluralismo de las formas de relacionarse sentimentalmente, ya que esto abre la posibilidad de explorar otras maneras de convivir, de inventar, de alternar entre espacios comunes y espacios individuales, en cama afuera, cama adentro, armario fuera o adentro, vivir en distintas ciudades o en una casa común los fines de semana. Probar diferentes formas, respetando siempre la autonomía, la individualidad, la privacidad, los gustos, los sentimientos, la libertad del otro y de una misma.

CAPÍTULO III

Una lógica de cabeza: “patas arriba” la escuela del mundo al revés

Valores vitales como el respeto a los sentimientos, gustos, necesidades, tiempo, privacidad y libertad del otro; así como el respeto a la autonomía, al desarrollo del proyecto creativo personal, a la autorrealización del otro; en la escuela del mundo al revés, en el que se legitima el modelo sentimental de supaunidad: “la pareja”; con su ilógica fusión confusión; todos estos vitales valores humanos, erróneamente son vistos como falta de amor, de responsabilidad, compromiso, como signos de debilidad y egoísmo.

Marina Castañeda señala que “la pareja” mira la autonomía como una forma de traición, abandono y egoísmo; se le interpreta como un deseo de estar aislado, apartado del otro en reserva. Recordemos que el modelo de la supraunidad es de tiempo completo, hacerlo todo juntos, estar anexionados, pegados. R. Manrique nos dice que la pareja rechaza el desarrollo permanente y necesario de crecimiento personal que requiere de individuación, para formar seres autónomos.

Josef Vicent Márques, sociólogo español, trata de explicarles a sus alumnos la importancia de la autonomía, la autosuficiencia, el proyecto creativo personal, en una relación sentimental; pero como están influenciados por la escuela del mundo patas arriba, por el ilógico modelo de fusión con-fusión “la pareja”, interpretan también que la autonomía en una relación significa falta de amor. Por lo que al final de la clase, después de la incontinencia verbal, del rollo y de todas las explicaciones, se me acerca uno de mis alumnos y me pregunta: Maestro, ¿entonces, usted no cree en el amor? Si creo muchísimo, pero no en esa clase de unión-anexión, fusión-confusión, llamada “pareja”; por lo que nuevamente trato de hacer más intentos para lograr algún resultado, pero cuesta mucho trabajo, les saco nuevamente otro rollo para estimular su interés en convertirse en personas autónomas, lo que les ayudará en sus repetidas crisis sentimentales; así, nuevamente tengo otra incontinencia verbal en clase.

“Así pues, queridas y queridos alumnos, otra vez estáis en crisis. ¿Reflexionáis, cuestionáis?, ¿Os proponéis realmente la alternativa de una vida autónoma no necesariamente coprotagonizada o complementada?

Tan vagos sois y vagas sois, tanto miedo tenéis de encontrar otra forma donde el supuesto amor no sea otra cosa que el tira y afloja entre quien convierte a quien en su complemento. Y aquí aparece otra vez vuestro contumaz oportunismo. Calculáis con quien os la jugáis, y ¿Qué hacéis? ¿Vivir intensamente un pasión hermosa? No señor, no señora.

Empezáis de inmediato a hacer cosas muy feas, hacéis de vuestro supuesto amante: tutor, carabina, guía turístico, zurcador de calcetines y de desgarres emocionales, perro que os ladre y botones al que chillarle y pedirle el botijo. Utilizáis al otro como prótesis de vuestras carencias. Que

os compre la ropa, porque eso os molesta, que proteste en el restaurante porque eso os da apuro; que os preste sus opiniones porque no tenéis; que anime y acompañe vuestro aburrimiento, vuestro temor a estar solos. ¡No puedo estar solo! ¡No puedo vivir sin ti! decís: ¡Narices! Me da pereza vivir conmigo.

Maquinado como obtener su seguro sentimental a todo riesgo, ¿Tratáis de vivir solos? Intentáis más allá de unos meses. ¿Aprendéis a dormir en diagonal, a relacionaros de otra forma con las personas, a no medir las amistades por su capacidad de desembocar en pareja? ¿Al menos estáis desorientados en busca de camino, de una luz? No.

Ya estáis otra vez en situación de libres, separados o fuera de un rollo malo. Ejemplar comportamiento el vuestro. Vais a conferencias discutís en reuniones sobre el amor, leéis libros sobre la pareja Angelitos que gozada.

Buscáis un nuevo supuesto “amor” igualmente loco, igualmente calculado, igualmente irracional, igualmente utilizable como prótesis, igualmente maravilloso. Un poco más maravilloso para que borre la huella del otro un poco menos maravilloso porque ya tenéis michelines. Estáis al acecho, estáis a la espera.

Y mientras tanto, que mejor cosa que ir a conferencias y leer libros terriblemente críticos respecto a la pareja (como éste).

Sois un panda de morbosos. Os encanta oír hablar mal de la familia y de la pareja o cuestionar el amor. ¿Qué es la racionalidad o la crítica para vosotros y vosotras? Pura árnicia para las heridas, puro bálsamo para escorceduras que deseáis volver a experimentar. Puro barniz intelectual o

progresista. Entretenimiento y coartada. La racionalidad cuando no os coméis una rosca y la irracionalidad cuando hay plan.

Así pues queridas y queridos alumnos, dizque os “enamoráis”. A tenor de vuestras manifestaciones sois felicísimos. Luego, muy felices, felices, pero de nuevo todo va mal y nuevamente estáis en crisis.

¿Reflexionáis sobre vuestros pasados errores? ¿Cuestionáis la fórmula, el modelo sentimental que os llevo a daros el tortazo o acumular sofocos? ¿Cuestionáis sobre vuestras repetidas crisis? No, esto no hay quien lo aguante.

1.1 La educación de fusión confusión con una lógica de cabeza: “la pareja” un modelo de relación sentimental en crisis

Estudiar las crisis con el objeto de encontrar posible caminos para transitarla creativamente y transformarla satisfactoriamente, ha sido uno de los temas centrales en las diversas áreas del conocimiento. Si bien las crisis se han experimentado en diferentes épocas, tanto en forma colectiva, ya sea por un estrato o grupo de la sociedad, o en forma individual, y aunque se presentan en diferentes áreas y corresponden a distintos fenómenos ya sean políticos, económicos, biológicos, químicos, físicos, culturales y por supuesto sentimentales; por lo general, en las crisis se pasa por determinadas facetas en común y se experimentan sentimientos similares. Así lo señalan diversos investigadores que se han preocupado por estudiar las crisis, como T.S. Kuhn, historiador de la ciencia, quien nos proporciona elementos para reconocer los sentimientos característicos que

experimenta parte de la sociedad cuando la aplicación de un determinado modelo (como el de fusión confusión la pareja) está llevando a una crisis.

El preludio a la crisis

Hay un sentimiento de malestar indefinido, que se percibe como algo vago, difuso, nebuloso, confuso, no es un malestar completamente declarado sino algo latente, que puede estar acompañado de un sentimiento de aburrición de tedio, apatía, abulia, fatiga. Con una sensación de inmovilidad, de inercia, de inmodificabilidad. Hay el sentimiento de no saber que está sucediendo, que motiva el malestar, no hay claridad, es una etapa de bruma, de surmenaje, con la sensación de que algo anda mal.

Aparición de la crisis

Es la agudización del sentimiento de malestar, cuando este se acrecienta, se instala, un proceso de crisis. A los sentimientos de la fase anterior se suman nuevos sentimientos como desasosiego, inquietud, irritabilidad.

Se instala un creciente sentimiento de insatisfacción hacia el modelo tradicional, a sus prácticas, resultados, recetas y soluciones. Una gran parte de la comunidad percibe que el modelo (de fusión confusión) existente es inadecuado. Se tiene la sensación de que este modelo con el que se ha venido operando, sus teorías, los conceptos aprendidos, las formas de plantear los problemas, las posibles soluciones no funcionan, son insuficientes, que no responden a las necesidades de la sociedad y

que además la aplicación de este modelo (la pareja), es la causa de ese continuo estado de malestar que llevo a la crisis a la tensión y al conflicto.

Es un malestar que ha sido continuo y persistente, que ha penetrado profundamente, con la intensidad suficiente para producir desarmonía personal o social, que reclama acción individual y colectiva.

Tiempo de confusión, e inestabilidad, tiempo de dudas de enigmas, de orientación indeterminada

A partir del periodo de malestar, de confusión, se pasa a un periodo de cuestionamiento, de dudas, de incertidumbre.

T.S. Kuhn nos recuerda como ejemplo de esta fase, la crisis de la mecánica cuántica en los años veinte, en la que Wolfgang Pauli, escribió a un amigo: "Por el momento la física se encuentra terriblemente confusa, de cualquier modo es demasiado difícil para mí, desearía haber sido actor de cine o algo parecido y no haber oído nunca hablar de la física". Era el reconocimiento explícito de una crisis existencial, de una confusión

Einstein escribió: " Es como si le hubieran retirado a uno el terreno que pisaba (mover el tapete), sin ver en ninguna parte el punto firme sobre el que fuera posible construir".

Ante un fenómeno físico, químico, social, político, económico, cultural, sentimental (como el de fusión confusión: la pareja), que no se comprende a satisfacción, surge un sentimiento, un deseo, una voluntad de saber, de entender de qué se trata.

Las personas perplejas, asombradas, sorprendidas, tratan de entender, de descifrar los enigmas. Constantemente plantean hipótesis, prueban, buscan caminos para las soluciones, se extravían y vuelven a encontrar la vía. Esta búsqueda puede ser vivida como un sentimiento de duda, un sentimiento de "orientación indeterminada", que genera inestabilidad, incertidumbre, a partir de la cual surge la necesidad de la actividad cognoscitiva, del análisis, del examen, del juicio crítico, el deseo de saber, para pasar de un proceso de dudas a un proceso de certezas.

La actividad cognoscitiva; tiempo de reflexión, autocrítica, análisis, examen y revisión

En la actividad cognoscitiva, se requiere como una condición básica la permanente crítica, reflexión y análisis, de nuestros propios fundamentos, nos señala Ipola y Castells, así como también el replanteamiento y construcción de supuestas prácticas y soluciones que en el pasado se presentaban como verdades poco menos que indiscutibles. Modelos tradicionales (de fusión confusión la pareja), que se consideran "naturales", "normales", incuestionables. Creencias ultrageneralizadoras, que implican siempre comportamientos específicos: “por una parte asumimos estereotipos, analogías y esquemas ya elaborados; o por otra parte nos lo pega el medio en que crecemos y puede pasar mucho tiempo antes que atendamos con actitud crítica estos modelos (la pareja) recibidos, si es que se llega a producir esta actitud”, como lo señala Agnes Heller.

Este conjunto de creencias, aunados a los mitos, las supersticiones y toda una serie de falacias, actúan como barreras, como obstáculos cognoscitivos, lo que impiden una certera interpretación, comprensión y explicación de los fenómenos (sentimentales).

Por lo que se propone una crítica permanente y una revisión de los modelos con los que se ha venido operando y cuya aplicación llevaron a un malestar creciente, a una crisis, a gran parte de la sociedad. Este ejercicio tiene como objetivo analizar si estos modelos pueden replantearse, rediseñarse, reconstruirse en armonía o continuidad con los conocimientos anteriores; o al contrario se reconstruyen en oposición y conflicto con el modelo ya existente, haciendo un desmontaje crítico, de su cosmovisión, de su constelación de saberes, lo que lleva a una decisión de ruptura con el antiguo modelo (de fusión confusión: la pareja).

La desconstrucción creativa: entre la ruptura y la sutura, tiempo de ansiedad y tiempo de esperanza

La ruptura con un modelo se produce cuando surge la protesta y el cuestionamiento que lleva a la desconstrucción crítica de las teorías y las prácticas con las cuales se había estado operando. Es un intento de desarmar, revisar y tomar aquello que resulte valioso para la reconstrucción. Se trata de repensar los recursos conceptuales, con que se cuenta y tratar de reconstruir y rediseñar las herramientas. Es toda una labor de desconstrucción de los clásicos conocimientos (sentimentales) y la reconstrucción de otros nuevos. Se puede dar la desconstrucción de un modelo o partes de este y la reconstrucción creativa de otro.

Se pasa por un periodo de transición, que al mismo tiempo es un rompimiento y una tarea de reestructuración, se transita entre la ruptura y la sutura, entre la ansiedad y la esperanza.

Como nos relató Kuhn, en la fase anterior, sobre los sentimientos de confusión, de ansiedad, de inseguridad e inestabilidad que padecía Wolfgang Pauli, en la fase más crítica y confusa por la que estaba pasando la física, la mecánica cuántica. Tiempo después de una intensa y larga actividad cognoscitiva, de la comunidad científica, Pauli le escribió nuevamente a su amigo: " El tipo de mecánica de Heisenberg me ha devuelto la esperanza y la alegría de vivir. Indudablemente, no proporciona la solución del problema, pero creo que nuevamente es posible seguir adelante".

Los periodos de transición son periodos de intenso cambio, de reestructuración del conocimiento, sobre nuevas bases. Es la ruptura con toda una constelación de saberes (sentimentales) la transición a otras formas de ver el mundo, se rompe con la visión del modelo tradicional (de fusión confusión la pareja) a la que estaba ligada la sociedad.

Iluminación de los enigmas, cambios de visión cognoscitiva, nuevos ojos, nuevos tiempos

Después de un periodo de intensa actividad cognoscitiva, de reflexión, de análisis, de práctica, de ensayo, se puede confluir a una especie de iluminación repentina, que inundan enigmas previamente oscuros, como ráfagas de luz. El mundo queda iluminado de una manera diferente, al develar enigmas, el mundo se ve de una manera diferente, entonces los científicos hablan con frecuencia de "vendas que se les caen

de los ojos", permitiendo que sus componentes que se vean de una manera nueva que permite por primera vez su comprensión.

Frente a la misma constelación de objetos, la persona los encuentra no obstante transformados totalmente en muchos de sus detalles. Es un proceso que involucra manejar el mismo conjunto de datos anteriores, pero situándolos en un nuevo sistema de relaciones concomitantes al ubicarlos en un marco diferente. "En este cambio de visión las marcas sobre el papel que se veían antes como un pájaro, se ven ahora como antílope y viceversa".

Nos comenta Kuhn que estas sensaciones de que las vendas se caen de los ojos, o de la iluminación "repentina", que "inunda" un enigma previamente obscuro, permitiendo que sus componentes se vean de una manera nueva, se puede presentar durante el sueño y al despertar es como la de un renacimiento.

Es como si se volviera de un sueño pesado, de un surmenage, de un coma, nos señala Betty Friedan, en donde las cosas, las personas, una misma, se ven diferentes; por lo que al despertar podemos preguntarnos: ¿Dónde estoy? ¿Qué hago aquí? ¿Y tú quién eres?

Ensayo de un nuevo modelo en embrión: tiempo de desaprender y aprender

Los cambios de visión, traen consigo un universo de razonamientos diferentes, se introducen prácticas, hábitos sentimentales, relaciones diferentes, se rompe con el modelo tradicional, para introducirse en la construcción de uno nuevo.

El cambio a un nuevo modelo se le conoce también como una "revolución cognoscitiva". Es el momento que un modelo (de fusión confusión "la pareja") se cancela y otro se instaure. Es un momento de transición entre viejos conceptos e ideas y la presencia de nuevas formulaciones, se desarrollan nuevas teorías, se reconceptualizan las existentes, se inicia un proceso de ensayo, de experimentación que involucra todo un movimiento de **reeducación**. Es un proceso en el que hay que **desaprender y aprender**.

Empezando por "aprender a no estar aburrido ni aburrir a los demás, condición necesaria para desarrollar la capacidad de amar".

E.Fromm

"El arte de amar"

Ensayo VII

EDUCAR ES ENSEÑAR A NO ESTAR ABURRIDO

NI ABURRIR A LOS DEMÁS

- Los juegos de la creatividad –

CAPITULO I

1. Educar para enseñar a no estar aburrida ni aburrir a los demás.

Uno de los sentimientos más antiestéticos es la aburrición, porque no hace la vida hermosa sino tediosa. Eugenio Trías en su libro “El Tratado de la Pasión”, afirma que el tedio vital, la aburrición y el dolor son la misma cosa, que a veces se logra anestesiar, pero es como si se estuviera apagado en vida. Por lo que uno de los propósitos fundamentales de la educación es encender el gusto, el entusiasmo, la pasión, por el conocimiento. “El niño no es una botella que hay que llenar (de datos, fechas, leyes) sino un fuego que es preciso encender; así ante los ojos iluminados del discípulo, el maestro comienza a enseñar, el interior de las cosas, haciéndolas gustar, escoger, discernir por sí mismo, alumbrándole el camino a seguir”. Montaigne.

“El alumbramiento de creación realmente imperecedero es fecundar otras almas vivientes, iniciándolas en el goce del saber. Sembrar en los otros ideas que habrán de germinar en ellos para que a su vez fecunden otras almas, otros hijos espirituales”. Platón.

Iniciados en el goce del saber, al entrar en contacto con el conocimiento, con los libros, con la cultura humana, a lo largo de todo el proceso educativo se van formando los deseos, las aspiraciones, las ilusiones, los ideales, valores y convicciones, los gustos y pasiones.

Una de las tareas más importantes de la escuela, nos dice el pedagogo ruso A. Petrovski, es la formación de deseos profundos y de contenido, que estimulen la actividad cognoscitiva del estudiante. El papel de los deseos, la voluntad de saber en los procesos de aprendizaje es extraordinariamente grande, ya que impulsan a la persona a buscar activamente caminos y medios para satisfacer sus deseos de conocimiento.

La satisfacción del deseo no conduce a la extinción de éste, sino que transformándolo internamente, enriqueciéndolo y profundizándolo, origina la aparición de nuevos deseos de saber, que respondan a niveles más altos de la actividad creativa. El estudiante interesado por la historia, habiendo hecho un informe sobre la historia de su ciudad, no agota con esto el interés por determinados hechos que sirvieron de contenido, sino que éste se hace más profundo, se extiende a un radio más amplio que abarque no sólo el ámbito escolar, sino también su vida cotidiana, su íntima historia personal; de tal manera que los deseos juegan como impulsores permanentes del conocimiento.

Los deseos se expresan en forma de aspiraciones, las cuales adquieren el carácter de intenciones; a la par de éstas, surgen las ilusiones, que son imágenes creadas por la fantasía acerca de lo deseado y que impulsan a la persona no sólo a imaginar aquello que aún está por realizar, sino que la motiva para crear y construirlo; manteniendo y reforzando la energía de la persona.

Las ilusiones se relacionan con los ideales, valores y convicciones, que en conjunto poseen una gran fuerza y firmeza, y que constantemente como una brújula orientan la dirección de los pensamientos, impulsando a la persona a actuar de acuerdo a estos.

Alimentada por los deseos, valores y convicciones, surgen las pasiones. La pasión suscita agitadas emociones, un gran gusto y entusiasmo. Los gustos por su frecuencia adquieren un carácter apasionado. Un alma que se apasiona se ilumina y se enciende.

“Hay gente de fuego superficial que ni se entera del viento; gente de fuego sin sentido que llena el aire de chispas. Algunos son fuegos bobos, no alumbran ni queman, pero otros, arden la vida con tantas ganas que no se les puede mirar sin parpadear, y quien se acerca, se enciende”.

Eduardo Galeano.

2. El ser humano al jugar enciende el fuego de la creatividad.

Siendo el gusto y las pasiones, el juego y la creatividad, las fuerzas motrices que mueven a la humanidad, para poder hablar del género humano, no bastaba con las definiciones de Homo Faber y de Homo

Sapiens, se requería agregar además, la de Homo Ludens, del latín “ludere”, que significa jugar; derivado de juego, del latín “jocus”, “jocosus”: jocoso, alegre, gracioso, divertido, festivo. El ser humano que juega, que se divierte inventando palabras, números, sonidos, colores, sabores y saberes, para construir sus queridos juguetes.

De ahí que los juguetes son los inventos del ser humano, que al comienzo de la civilización diseñó y construyó para usarlos como prolongaciones del cuerpo. Poco a poco las comunidades humanas fueron poblando sus espacios con juguetes manufacturados, hasta llegar a los complejos juguetes electrónicos con nuevas tecnologías. Entre sus juguetes se encuentran instrumentos de labranza y cubiertos de mesa: cucharas, tenedores y cuchillos, complementos de las manos. Las raquetas de tenis y ping pong, prolongaciones del brazo; las aletas para nadar, que alargan los pies. Los automóviles, prolongaciones de sus piernas; los teléfonos, oídos más potentes que el de las orejas; el telescopio y el microscopio un añadido de los ojos. Los libros, prolongación de la memoria, los sueños y la imaginación humana.

Con estos juguetes la humanidad creció, jugó y se divirtió como lo ilustra el artículo “El juego y sus emblemas” de David Huerta: “En las ruinas y tumbas de la más profunda antigüedad, se han descubierto objetos que indudablemente son juguetes. Los juguetes están vivos, son una de las formas de constatar nuestra presencia en la tierra, y es una prueba que vivir para jugar vale la pena. Estos maravillosos objetos productos del juego de la imaginación creativa, han acompañado desde siempre a los seres humanos en su aventura sobre el planeta”.

3.- El planeta se convierte en un gran juguete

“No sé lo que le puedo parecer al mundo, pero yo me veo como si hubiera sido sólo un niño que juega en la playa y se divierte encontrando aquí y allá un guijarro liso o una concha más bonita que las otras, ante el gran océano de la verdad que yace aún sin descubrir frente a mí”

Isaac Newton

Para todos y todas las que juegan, el mundo se transforma en un gran juguete, en una diversión, como cuando Sor Juana Inés de la Cruz se ponía a jugar con el conocimiento, como lo narra en un fragmento de “La respuesta a Sor Filotea de la Cruz”:

“Lo que es notorio para todos es mi grandísimo amor a la verdad, desde que me cayó la primer luz de la razón, estudiaba continuamente diversas cosas, sin tener ninguna particular inclinación, sino para todas en general, por lo cual, el haber estudiado en unas más que en otras, no ha sido mi elección, sino que el acaso de haber topado más a mano libros de aquellas facultades les ha dado sin arbitrio mío, la preferencia. Y como no tenía límite de tiempo que me estrechase el continuado estudio de una cosa por la necesidad de los grados, casi a un tiempo estudiaba diversas cosas o dejaba unas por otras, bien que en eso observaba orden, porque a unas llamaba estudio y a otras diversión; y en éstas descansaba de las otras.

...Me hallo muy distante de los términos de la sabiduría y que la he deseado, aunque a lo lejos, pero todo ha sido acercarme más, que han llegado a solicitar que se me prohiba el estudio. Una vez consiguieron con una prelada muy santa y muy cándida que creyó que el estudio era cosa de

Inquisición me mandará que no estudiase. Yo la obedecí (unos tres meses que duró el poder de ella mandar) en cuanto a no tomar libro, que en cuanto a no estudiar (jugar) absolutamente, como no cae debajo de mi potestad, no lo puedo hacer, porque aunque no estudiaba en los libros, estudiaba todas las cosas, sirviéndome ellas de letras y de libro toda esta máquina universal.

Si veía una figura, estaba combinando la proporción de sus líneas y mediándola con el entendimiento y reduciéndola a otras diferentes. Paseamos algunas veces en el testero de un dormitorio observando que siendo las líneas de sus dos lados paralelas y su techo a nivel, la vista fingía que sus líneas se inclinaban una a otra y que su techo estaba más bajo en lo distante que en lo próximo; de donde se infería que las líneas visuales corren rectas, pero no paralelas, sino que van a formar una figura piramidal. Y discutía si sería ésta la razón que obligó a los antiguos a dudar si el mundo era esférico o no. Porque, aunque lo parece, podía ser engaño de la vista, demostrando concavidades donde pudiera no haberlas.

Estaban en mi presencia dos niñas, jugando con un trompo, y apenas yo vi el movimiento y la figura, cuando empecé, con esta mi locura, a considerar el fácil modo de la forma esférica, y cómo duraba el impulso ya impreso e independientemente de la causa, pues distante la mano de la niña, que era la causa motiva, bailaba el trompillo; y no contenta con esto, hice traer harina y cernerla para que, en bailando el trompo encima, se conociese si eran círculos perfectos o no los que describía con su movimiento; y hallé que no eran sino unas líneas espirales que iban perdiendo lo circular cuando se iba remitiendo el impulso. Jugaban otras los alfileres (que es el más frívolo juego que usa la puerilidad); yo ya

llegaba a contemplar las figuras que formaban; y viendo que acaso se pusieron tres en triángulo.

...Nada veía sin refleja, nada oía sin consideración, aún en las cosas más menudas y materiales; porque como no hay criatura que no pase el entendimiento, si se considera como debe. Así yo, vuelvo a decir, las miraba de tal manera que de las mismas personas con quienes hablaba y de lo que me decían, me están resaltando mil consideraciones: ¿De dónde emanaría aquella variedad de genios e ingenios, siendo todos de una especie? ¿Cuáles serían los temperamentos y ocultas cualidades que lo ocasionaban?

¿Qué os pudiera contar, de los secretos naturales que he descubierto guisando? Veo que un huevo se une y fríe en la manteca o aceite y, por el contrario se despedaza en el almíbar, ver que para que el azúcar se mantenga fluido basta echarle una muy mínima parte de agua en que haya estado membrillo u otra fruta agria; ver que la yema y la clara de un mismo huevo son tan contrarias que los unos que sirven para el azúcar, sirve cada una por sí y juntos no. Bien dijo Lupercio Leonardo, que bien se puede filosofar y aderezar la cena. Y yo suelo decir viendo estas cosillas: Si Aristóteles hubiera guisado, mucha más hubiera escrito”. Y podíamos agregar que mucho más se hubiera divertido, mucho más hubiera jugado y aprendido.

4 El trabajo creativo es un juego, un gozo, una diversión: A. Maslow

A diferencia de muchos de sus colegas, que centraban su atención en las neurosis o patologías de los individuos, Maslow se enfocó a otros

campos de la psicología, específicamente a estudiar a las personas que se caracterizaban por experimentar gozo al trabajar, como lo narra en su ensayo :“Un aspecto integral de la creatividad”.

“Mis estudios al inicio no pretendían ser una investigación científica y no comenzaron como tal, se iniciaron como el esfuerzo de un joven intelectual por comprender a dos de sus profesores que admiraba y quería mucho, Ruth Benedict y Max Wertheimer, quienes eran personas extraordinarias. No podía contentarme simplemente con admirarlas, si no que tenía que tratar de comprender porqué ellos eran diferentes al común de la gente. Aunque llegué recién doctorado a Nueva York, mis estudios de psicología no me habían preparado en absoluto para entenderlos, por lo que me dediqué a observarlos detenidamente, intentando comprenderlos. Después de largo tiempo de estudiarlos, al tratar de escribir acerca de ellos, maravillosamente me di cuenta que estos dos modelos podían ser semejantes a otras personas, por lo que me puse a leer diversas biografías, autobiografías, tanto de personajes contemporáneos como de otras épocas históricas”.

Entre las personas estudiadas, había grandes semejanzas, pero también marcadas diferencias, por lo que Maslow trató de extraer lo que tenían en común: “Son individuos que han desarrollado o están desarrollando al máximo sus potenciales humanos, que ofrecen pruebas evidentes de creatividad, de autorrealización, con un pleno disfrute de sus talentos y capacidades. Están dedicados a trabajar en algo que es muypreciado por ellos, en algo que aman y a lo que le dedican su esfuerzo; por tanto la dicotomía entre el trabajo y el placer no está presente. Su trabajo significa experimentar plenamente una gran concentración y abstracción,

están totalmente inmersos, flotando, en un abandono, dejándose llevar, fluir, absortos, encantados con su actividad”.

Son personas que se han pasado décadas de su vida, estudiando, observando, capacitándose, elaborando sus materiales, construyendo sus herramientas. Muchos de ellos se despiertan a media noche con un destello de inspiración, pero estos destellos no llegan solos, atrás hay una tremenda cantidad de trabajo acumulado, de perseverancia, de experimentos, de ensayos, de proyectos desechados, de obstinación y paciencia, que se traduce como lo señala Maslow en fuerza de carácter, en fuerza del yo.

Pero a pesar del esfuerzo, la dicotomía entre trabajo y diversión es trascendida totalmente, su trabajo es su diversión y su diversión es su trabajo. Si una persona ama su trabajo y lo disfruta está ansioso de regresar a él después de cualquier interrupción, entonces cómo podemos hablar de trabajo en el sentido de algo que uno se ve forzado a hacer por obligación o en contra de sus propios deseos.

Otra de las características de estas personas es que tienen cierto grado de independencia, de autosuficiencia, que les permite elegir su trabajo, o al menos si éste no les satisface, que deje tiempo libre suficiente, ya que se observa que en tales individuos durante los períodos que se encuentran completamente libres para escoger lo que quieran hacer, durante el tiempo en que no tienen obligaciones externas con nadie, es precisamente cuando se dedican felizmente y por completo a su propio trabajo, a su diversión, que es su entretenimiento, su esparcimiento, su juguete. Al mismo tiempo sienten una gran confianza en el valor que para ellos tiene la realización de su trabajo creativo, lo que les genera una gran fortaleza, seguridad y

autoestima, en que la aceptación social es una consideración muy secundaria.

Maslow que siempre había trabajado en el campo de la psicología, a medida que más conocía y aprendía, se volvía más filósofo, según él era imposible apartar de las interpretaciones psicológicas las cuestiones filosóficas, por lo que de la psicología pasó al campo de la filosofía, ya que desde ahí podía tener una mejor comprensión de las motivaciones, las necesidades, deseos, convicciones, aspiraciones y pasiones de las personas que estudiaba. Ya que esto lo involucraba necesariamente en la forma de vivir de estas personas, en su filosofía de la vida, en su cosmovisión, sus valores éticos y estéticos.

Observó en sus estudios que las personas capaces de autorrealización tienen invariablemente una tendencia a realizar algo importante, en un sentido vocacional, misional en la vida, que les hace vivir un mundo más complejo. “Estos individuos suelen tener alguna misión en la vida, alguna tarea que cumplimentar, algún problema que quieren resolver, que consume muchas de sus energías. En general, estas tareas no son sólo personales, sino que se relacionan con una colectividad más amplia. Con pocas excepciones, podemos decir que estas personas están ocupadas cotidianamente en cuestiones del tipo que hemos dado en llamar filosóficas, científicas, éticas o estéticas. Corrientemente viven en un armazón de referencia más amplio, trabajan dentro de un armazón de valores más universales y no locales en términos de siglos más que un momento”.

Sus tareas son amadas porque encarnan valores como el amor al conocimiento, a la verdad, a la belleza, a la novedad, a la bondad, a la

autenticidad, a la serenidad, a la paz, a el deleite, a el juego y otros semejantes.

Al poder realizar sus tareas por medio de su trabajo creativo estas personas experimentan sentimientos de regocijo, de alegría, de júbilo, de bienestar, lo que les hace vivir un mundo más rico, más gozoso, por lo que es difícil que mantengan sentimientos de irritación y enojo. “Tienen la capacidad de apreciar intensamente la vida con placer y maravilla o con pasmo, horror e incredulidad, e incluso con fascinación”

Maslow observó también que la gran mayoría de estas personas capaces de autorrealización, sólo cultivan aquellas relaciones humanas que generan sentimientos similares a los que acostumbran experimentar en su relación con su querido trabajo creativo. “Sólo establecen y aceptan relaciones sentimentales en que el trato personal cotidiano produzca bienestar, que proporcione regocijo, satisfacción y deleite. Relaciones humanas libres, suaves y espontaneas, que puedan ser creativas, graciosas y hasta juguetonas”.

5.- La creatividad para construir mundos más armoniosos y sutiles.

La bailarina Pilar Rioja construye mundos, sociedades más armoniosas por medio de su creatividad, como ella misma lo expresa: “Una artista tiene como misión ordenar desde el alma, desde el corazón, desde lo más profundo de su ser, temas, mundos que están desordenados, que están desafinados, que están mal hechos. Porque la sociedad, las normas sociales, el cómo vivimos y el cómo dicen que debemos vivir, desafinan nuestra cuerda más sensible; nuestra sociedad está desafinada,

decadente, sin brillo, no tiene tono muscular, no tiene voz propia. Entonces quien hace arte tiene la responsabilidad de agarrar esas cuerdas desafinadas y afinarlas”.

Si para Pilar Rioja el mundo está desafiando, y hay que reconstruirlo armoniosamente por medio de su arte, para Alfredo López Austin, el mundo, la sociedad está enredada, por lo que los historiadores quieren armonizarlo y desenredarlo. “A los investigadores nos competen estos asuntos porque somos los encargados de encontrar bajo el azar aparente los acontecimientos, toda una red de hilos casuales. Como si fuéramos técnicos de una compañía telefónica, indagamos el orden del cableado en el subsuelo social. Dictaminamos cuales son los cables maestros, las determinaciones en última instancia, y cómo los ramales se van convirtiendo en conductos cada vez más sutiles hasta llegar a una superficie colorida, rica en acontecimientos, pero insuficiente para explicarse por si misma. De donde nuestra función es descubrir que tanto lo que parece indeterminado como lo que parece una maraña de determinaciones no son sino madejas dendrológicas causales. En términos menos rebuscados, tenemos como función entender y explicar cómo y por qué se va transformando este fenómeno tan complejo que llamamos sociedad”.

López Austin nos comenta que interpretar, investigar, encontrar explicaciones, transformar los mundos enredados en otros más claros, es un trabajo de tiempo completo, toda la vida se la pasa uno buscando explicaciones, tratando de encontrar temas agradables, tratando de resolver problemas. No hay un día de asueto, ni sábado, ni domingo, ni horas que no sean de trabajo. “Está uno todo el tiempo metido en una

actividad que aunque sea muy pesada, que aunque sea muy mal pagada, lo hace cumplir a uno la ilusión central de su vida, además de otras ilusiones personales. Es una actividad en la que uno se lleva muchos golpes, cuando crea uno toda la hipótesis y se le viene abajo. A veces incluso llega uno a tener conflictos, porque es una actividad apasionante en todos sentidos, se mete demasiado en el corazón. en el hígado, en la mente. Pero de todos modos es la actividad de investigador, de reconstructor de mundos, una de las formas más bellas de vivir”.

Si para López Austin el mundo está enredado, para el escritor Carlos Montemayor, el mundo está oprimido y necesita liberarse. “El escritor como pensador crítico, para transformar este mundo, requiere de ir en busca de una verdad que libere, que desenmascare las mentiras morales, ideológicas, económicas con que se amordazan, atan y deprimen cerebros, cuerpos, grupos sociales, el planeta entero”

Copérnico, astrónomo y matemático, se encontró con que las teorías y explicaciones del mundo y del universo eran antiestéticas y no armoniosas, por lo que con su inteligencia y creatividad las quería transformar. Rechazaba el sistema de Ptolomeo por la misma razón que movía a otros a rechazar la obra de los escolásticos, por su falta de sencillez, de belleza y de unidad. La sencillez era un sentimiento estético que se le atribuía a las matemáticas, ciencia que estudia la belleza y armonía del universo: “Entre las muchas diversas ocupaciones literarias y artísticas de las cuales se nutre la inteligencia humana, pienso que principalmente deberíamos abrazar y estudiar con máximo empeño aquellas que se refieren a las cosas más elevadas y dignas de conocimiento. Estas son las que tratan de las divinas revoluciones del mundo y del curso de los astros, así como de

las magnitudes y distancias del otro, y de las causas de los demás fenómenos del cielo, sin dejar de explicar, por último, la forma total. Pues qué podría ser más hermoso que el cielo, que contiene todas las cosas hermosas, que nos permiten transformar las oscuras explicaciones del mundo y los astros, en luminosas, soleadas, sencillas y armoniosas teorías”, escribió Copérnico en su libro las Revoluciones del mundo.

Joan Manuel Serrat con su música y la poesía de Antonio Machado construyó con melodiosas armonías, hermosos “mundos sutiles, ingravidos y gentiles como pompas de jabón”.

James Tipton con su apetitosa poesía construye mundos de deleitosa sabrosura:

Saboreando el Mundo

Nací con la boca abierta
 entrando a este mundo jugoso
 de duraznos, limones y sol maduro
 Este mundo donde la cena está
 en el aliento del mar sutil
 en las especias del viento distante
 que flotan en el sueño por la noche.

Nací en alguna parte
 entre el cerebro y la granada
 saboreando el aroma

del chocolate.
Nací del guisado del corazón
para alimentarme de letras
piñones, flores y memorias
nací para caminar y saborear
esta tierra infinita.

Erich Fromm en su libro “el Arte de Amar” nos enseña con armoniosas ideas, como son las amorosas relaciones sentimentales: “El amor no sólo es una relación con una persona específica, es una actitud, una orientación del carácter que determina el tipo de relación de la persona con el mundo como totalidad. Si amo realmente a una persona es que también amo la vida, amo mi trabajo, amo el mundo”

Agnes Heller en su sociología de los sentimientos, nos convoca a construir pluriapasionados mundos: “El amor es pasión, es una disposición sentimental, un tipo de relación en el que la persona se dedica apasionada e intensamente a una tarea, a un proyecto, al logro de un deseo. Pero esto no significa que deja a un lado otras pasiones, se puede experimentar un apasionado gusto por la historia, por la medicina, por la naturaleza, por la música, y al mismo tiempo experimentar también un apasionado gusto por la compañía del amado. Este tipo de relaciones sentimentales donde convergen muchas pasiones, hacen la vida más polifónica, más polifacética y creativa, son el tipo de relaciones que desearíamos practicar en el mundo”.

Ensayo VIII

**LA AMOROSA AMISTAD ES UNA RELACIÓN SENTIMENTAL
PEDAGÓGICA, ÉTICA Y ESTÉTICA.**

-Una actividad que se disfruta y se afina practicando-

CAPITULO I

La amorosa amistad creativa es una relación pedagógica para “enseñarse los unos a los otros” con admiración y gozo

En la amorosa amistad creativa, como señala F. Alberonni, cada quien se nutre, se retroalimenta de la creatividad, conocimiento y sensibilidad de cada uno de los integrantes de la relación.

Una de las historias más representativas de esta forma de relacionarse fue la de Emilie Du Chatelet (1706-1749) y Voltaire, como lo ilustra Joseph Barry, en su artículo publicado en el tercer centenario del nacimiento de Voltaire (1694-1778).

Emilie Du Chatelet fue toda pasión, todo cerebro, Voltaire la consideraba genial y la comparaba con Newton. La primera pasión de Emilie fue el estudio, al que le dedicaba muchas horas al día. Aprendió latín, en el que no dejó de profundizar y que se convertiría en su segunda lengua, aprendió italiano y nociones de inglés. Apenas llegada a la adolescencia había traducido ya la Eneida. Y poco tardó en sumergirse en las estrellas, estudiando Física y Astronomía, familiarizándose trabajosamente con la Geometría y el Álgebra, hasta llegar a ahondar en la

alta Matemática. No tardó mucho en descubrir también su pasión por el teatro, especialmente la ópera, el canto, el ballet, así como por los pompons y los vestidos.

Mientras seguía estudiando Física y Matemáticas con distintos instructores, también tenía tiempo para jugar a las cartas, asistir a representaciones de ópera y vivir una tormentosa relación con el marqués de Guébriant. Emilie se relacionaba intensamente, pero según la historia que se contaba el marqués la dejó, por lo que ella desesperada al verse abandonada por quien insensatamente idolatraba, le escribió una carta despidiéndose para siempre, diciéndole que quería morir, puesto que él ya no vivía para ella. Guébriant, que le sabía dada a tales arrebatos, corrió a su casa. Al no franqueársele la entrada, la forzó, fue a su dormitorio y la encontró en la cama dormida, bajo los efectos de opio casi mortal. Pidió ayuda y le salvó la vida. Y ella, al no poderlo retener, pese a la equivocada y supuesta prueba de amor que acababa de darle, no podía consolarse ni sentirse feliz.

Emilie desconocía lo que era la amorosa amistad, una relación que se goza, se disfruta y a medida que se practica, da felicidad. Una forma de vivir que le faltaba aprender, conocimiento que no formaba parte de su prodigiosa sabiduría, y que pronto conocería con un maestro que gustoso le enseñaría, un filósofo, Voltaire, que pensaba que “lo más importante para vivir es aprender a ser feliz”. Este filósofo, librepensador y pacifista, autor del “Tratado de la Tolerancia”, conocería a Emilie, que a su vez sería su maestra, la que le introduciría al conocimiento de la física y las altas matemáticas de Newton.

Voltaire muchas veces censurado oficialmente por sus ideas y hasta encerrado durante una atenuada prisión en la Bastilla, por lo que escribía, especialmente por ser el autor de un largo poema épico, “La Henriade”, que causo gran enojo a la Iglesia. Este poema se refería a los crímenes que en nombre de la religión se habían cometido a lo largo de la historia, con especial énfasis en la Matanza del Día de San Bartolomé. Su obra tenía que ser impresa secretamente, la que una vez publicada, con gran curiosidad circulaba de mano en mano por los salones y la corte, además de ser traducido a varios idiomas, lo que lo situó entre los escritores más consentidos del continente.

Voltaire era un hombre mimado por los círculos sociales, toda una atracción de su época, tenía una lengua y una pluma talentosa, crítica y elegante; además de tener un fino talento para el baile lo que le valía frecuentes invitaciones a fiestas, en donde conoció a la marquesa de Bernieres, con quien tuvo relaciones más o menos cercanas. Salía también con Adrenne Lecouvre, la actriz más famosa de aquellos años, por quien estuvo a punto de ser obligado a batirse a duelo con su amante oficial, el caballero de Rohan-Chabot. Se pudo librar de este gracias a otra temporadita en la Bastilla, que se le permitió abandonar bajo la promesa de dejar Francia e instalarse en Inglaterra.

En el país vecino Voltaire encontró tal generosidad de espíritu, tal tolerancia hacia las excentricidades y la libertad de pensamiento, que a partir de entonces, Inglaterra pasó a ser su país de referencia. Durante casi tres años residió al otro lado del canal. Allí profundizó en la física de Newton, a cuyo entierro pudo asistir. Estudio sobre el empirismo de Locke, conoció a Pope, Gay, Swift y Congreve.

Añoraba París, la vida social de Francia y de la Corte. Le encantaba la exquisita educación inglesa, pero el clima le parecía horroroso y la comida incomedible.

En Inglaterra cimentó una perdurable independencia económica, la edición inglesa de la *Henriade* le reportó 150,000 francos. Posteriormente publicó las *Cartas Filosóficas* o *Cartas Inglesas*, que fueron las primeras andanadas de la Ilustración contra la Iglesia y la Corona. En varias de ellas, ponía desafiadamente a Newton por encima de Descartes, y a Locke por encima de la revelación divina, considerando la experiencia humana como fuente de todo conocimiento.

A su regreso a Francia, pocos intelectuales había con quien pudiese mantener siquiera una conversación sobre temas tan importantes. Los científicos y filósofos eran de un rígido cartesianismo y recelaban del nuevo pensamiento inglés. Conocer a Mme. De Chatelet, en tales circunstancias, fue como encontrar un oasis en un inexplorado desierto. Joven y apasionada, casi con veintisiete años y tres hijos, la marquesa lo impresionó con su sorprendente capacidad de penetración, con una mentalidad desusadamente metódica que sólo se regía por lo racional y lo científicamente observable. No se trataba solamente de que ella fuese capaz de comprender de que hablaba, sino que estaba en condiciones de ayudarlo con la física y el análisis de los principios newtonianos, que él conocía de una manera más bien elemental.

Mme de Chatelet se expresaba con gran pasión y contundencia, algo que le gustaba mucho a Voltaire, y al oírla hablar de Newton y de Locke, de alta Matemática y poesía latina, se enamoró de ella. “¡Qué afortunado soy!, exclamó. ¡Poder admirar a quien adoro!”.

En la primavera de 1733, cuando le presentaron a Mme de Chatelet en la Ópera, Voltaire sufría de fuertes dolores intestinales, un problema crónico que padecía. Semanas antes les escribió a unos amigos que se encontraba tan mal que apenas tenía ánimo para escribir. En ese tiempo Emilie se relacionaba con Pierre-Louis de Maupertuis, un atractivo joven de treinta y cinco años, científico y formidable matemático.

Mientras Voltaire seguía preocupado por su enfermedad y ocupado con los ensayos de una obra, un libreto para una ópera de Rameau, y escribiendo una nueva tragedia; Mme de Chatelet siguió con entusiasmo las lecciones de álgebra, con Maupertuis. Durante todo aquel invierno ella se prendó de su personalidad, él hizo todo lo posible por enamorarla, retirándose en cuanto la hubo conquistado. A Maupertuis no le importaba Emilie, ni su amistad, ni sus conocimientos, y mucho menos sus sentimientos, por lo que otra vez Emilie no se sentía feliz.

Voltaire al enterarse, le envió a Emile una aleccionadora carta: “Maupertuis es un verdadero científico, con un gran talento que admiro. Puede develar los secretos de las estrellas y los misterios de la naturaleza. Pero si no os ha enseñado el secreto de la felicidad, ¿qué ha podido enseñaros realmente?”.

Emilie tenía ansias de aprender a ser feliz, ella afirmaba “No puedo creer que haya nacido para ser desdichada” y corrió a reunirse con Voltaire para que le enseñara. No tardó en correr el rumor de que, en aquella noche de primavera, la marquesa se echó en brazos de Voltaire y lo besó apasionadamente en la boca. Él salió en su defensa, hablando en todas partes de la divina Emilie, por quien suspiraba. En lo que no cabe duda es que muy pronto iniciarían una creativa amorosa amistad.

En abril de 1734, Voltaire y Emilie fueron a Borgoña para asistir a la boda del duque de Richelieu, allí en la placidez del campo, pasando muchas horas juntos, descubrieron la similitud de sus objetivos, de sus deseos y de sus gustos. Ambos sentían la misma avidez de conocimientos, el deseo de estar juntos y de aprender el uno del otro.

Tiempo después decidieron irse al desvencijado Castillo de Cirey, propiedad de Emilie, el que trataron de reconstruir para poder vivir ahí. La vida en Cirey se organizaba en función del trabajo de ambos, dedicados a estudiar y a escribir.

Voltaire seguía avanzando en el “El siglo de Luis XIV”, aunque tardaría veinte años en terminar la obra. Emilie hizo rápidos progresos en Cálculo, Geometría y Física, enfocando todos los problemas con tal precisión que Voltaire llegó a decir que, ella “le enseñaba a pensar”, a razonar matemáticamente.

Durante diez años vivieron juntos en el castillo de Cirey, estudiando, trabajando, escribiendo codo a codo con sus respectivas obras, Emilie fue traductora y divulgadora de Newton, escribió un voluminoso manuscrito titulado “ Commentaries a propos des Principia Matemática de Newton”, que constituiría la gran obra de su vida.

Esos años en Cirey fueron un regalo, un gozo de la existencia, Voltaire seguía escribiendo sobre lo feliz que era con Emilie: “¡Oh prodigio, lo que me une a ella es que cada día a su lado, significa un nuevo descubrimiento, una nueva iluminación”.

Era la época del “siglo iluminado”, “el siglo de las luces”, en el que se trataba de iluminar los conceptos “oscuros y confusos”. Se alentaba al ser

humano para que tuviera la decisión y el valor de ilustrarse, de hacer uso de la razón. “Atrévete a saber”, “Aude sapere” era el lema de la Ilustración, cuya obra máxima es la “Enciclopedia o Diccionario razonado de las ciencias, artes y oficios”, que pretendía reunir todo el saber de la época. Publicado en 28 tomos, trabajándose en ella de 1751 a 1772, ofreciendo una compilación sistemática de los logros científicos de su tiempo. Entre los principales colaboradores figuran: Diderot, D’Alembert, Holbach, Helvecio, Montesquieu, Rosseau y por supuesto Voltaire. En los enciclopedistas existía un ímpetu pedagógico emancipador, coinciden en apoyarse en la razón y en la experiencia, basándose para ello en los avances de la ciencia, sobre todo la física. Además proclaman que todo ser humano tiene ciertos derechos naturales: su derecho a intervenir en el gobierno, a la igualdad ante la ley y el derecho de gozar de libertad. Escribieron a favor de la soberanía del pueblo y en contra del poder absoluto de los reyes.

CAPITULO II

1. La amistad creativa tiene el mejor instrumento de educación: la conversación.

La Enciclopedia del Siglo en forma de conversación es lo que se disfrutaba en los salones de Paris, como en el de Madame Geoffrin, en donde se reunía con sus amistades: literatos, filósofos, hombres de ciencia, los intelectuales más significativos de la época de Luis XV, entre ellos Voltaire, por supuesto.

Los salones de Paris constituían un mundo opuesto a la corte de Versailles, en ellos se encontraban gente más allá de las diferencias de clase, e intercambiaban ideas sobre los últimos adelantos culturales de la época. Además se realizaban lecturas de obras literarias y filosóficas antes de su publicación. Los participantes se desvivían por hacer accesible, atractivo y entretenido el saber humano: la ciencia, la geometría, la filosofía, la economía, las costumbres.

En los grandes salones de la época, en las reuniones de la marquesa de Lambert, de Madame Necker, de Madame de Tencin, Helvétius, D'Holbach y Julie de Despinasse se trataban temas que despertaban gran interés, como el amor y la amistad, les atraía la diversidad de costumbres,

la relatividad de las normas morales, los comportamientos, el análisis de la vida afectiva.

“Hay que observar todo lo que ocurre en el corazón y en la mente de las personas con las que se habla, para aprender pronto a reconocer los sentimientos y los pensamientos por medio de los signos casi imperceptibles que emiten”, decía Montesquieu.

Había un gran entusiasmo por aprender, en las reuniones se compartía con gran pasión y diversión el conocimiento. En este siglo de las luces, hombres y mujeres coleccionaban palabras, minerales y fósiles, montaban en sus casas gabinetes de química y observatorios astronómicos, se apasionaban con los experimentos de Mesmer y aplaudían el lanzamiento del primer globo aerostático. Tenían la serena convicción de que la ciencia y el progreso iban parejos con el ascenso de la razón y el refinamiento de las relaciones humanas, este era el espíritu de la Ilustración.

Con el advenimiento de la Ilustración, en los salones de París la conversación se concebía como una actividad de grupo que debía favorecer al progreso de la razón y el mejoramiento de la sociedad. “Los salones eran como un foro de la sociedad civil, con un público atento a los mejores argumentos, una asamblea libre a puerta cerrada, donde poder expresar sus opiniones. Así la palabra privada venía a suplir la ausencia de la palabra representativa y se abría a las formas igualitarias del diálogo y a la confrontación de las ideas, en el seno del Estado absolutista y en polémica más o menos explícita con éste”, señala la historiadora Benedetta Craveri.

El intercambio amistoso de opiniones con un continuo tono emancipatorio, se daba no solamente en los salones sino también en “El caffè”, el nuevo lugar de moda en Europa. En los cafés se conversaba, se leían las noticias más recientes, había entendimiento por encima de las diferencias sociales; aquí se daban cita literatos independientes, gente de las artes y las ciencias, autores versados en distintos asuntos. A pesar de los espías y policías, la conversación se había convertido en crítica abierta contra el absolutismo sin perder por ello su alegría, su viveza y elegancia.

Una de las figuras más representativas de la época ilustrada, era Madame de Staël, que con la fuerza de su palabra y su ágil pluma, escribía sobre la construcción de una nueva sociedad, más libre y más justa. Además que su inteligente conversación abarcaba todos los territorios del saber humano, la literatura, la política, la filosofía, la economía, la historia, la vida ética y moral de las personas y las naciones. En ella se conjugaba el gusto por la amistad, la intimidad, el deseo de divertirse, de aprender y disfrutar de la conversación, por medio del placer de la palabra.

“La cultura de la conversación”, en los salones de París era el mejor método educativo, en el que la palabra es un placer, un instrumento que a la gente le gustaba tocar para aprender y reanimar el espíritu, como hace la música en unos pueblos y las comidas fuertes en otros. ¿Pero cómo se escuchaba este placentero instrumento en otros lugares, en otras ciudades a finales del siglo XVIII y albores del siglo XIX?

1.1 El placer de la palabra en la Nueva España: nuevas luces y nuevas ilustradas amistades.

Termina el siglo XVIII, nuevas ideas circulan, hay avances en la ciencia y luces en la filosofía, la luz de la ilustración dio lugar a que en estas tierras surgiera una corriente de estudiosos, que produjeron tratados sobre geografía, botánica y matemáticas, historia y literatura, que atraían a los espíritus inquietos.

En el virreinato había inquietud, nuevas ideas empezaban a conocerse, gracias a los libros que a pesar de las prohibiciones y castigos, circulaban profusamente. En la Nueva España se lee a los franceses que escribían sobre la soberanía del pueblo, la limitación del poder real y los derechos del hombre.

La antigua corte virreinal, severa, ceremoniosa, estricta y siempre teñida de religiosidad, se transformó en una corte a la francesa. Se propago en la población urbana a través de los salones y tertulias literarias que entonces proliferaban y por medio de las representaciones teatrales y los aires musicales, el nuevo gusto de las cortes europeas. Se introdujo en la Nueva España la moda del pan francés, los cafés, una nueva moda de vestir, de divertirse, de pensar y por supuesto de conversar.

Al finalizar el siglo XVIII la ciudad de México tenía una población de poco mas de 130 mil habitantes, en donde las calles no solo servían para la circulación de las personas, sino que en ellas los habitantes trabajaban, compraban, comían, celebraban ceremonias religiosas, se paseaban, se divertían, era el lugar en donde se enteraban de los últimos acontecimientos sociales, políticos y económicos. La ciudad era el centro mismo de la vida social, un espacio privilegiado para conversar y tocar el instrumento máspreciado, la palabra, como lo hacia la Güera Rodríguez, una especie de Madame Staël, que además de conversadora, era una

verdadera cronista de la ciudad, como cuenta en su novela histórica Artemio del Valle Arizpe: “Muy popular, conocidísima no digo de las personas encumbradas, sino de la gente del estado llano. Su nombre andaba graciosamente en la boca de todos y por cantones y estados iban sus hechos y dichos. Sus agudos decires iban y venían por todo México, regocijantes, donairosos. Los cuentos, las anécdotas y agudezas de doña María Ignacia Rodríguez de Velasco no tenían par, por las sabrosas sales y especias, con que finamente las espolvoreaba. Estaba México entero lleno de su presencia en esos tiempos en que arribaron a la ciudad dos espíritus inquietos, uno de Europa y otro de Sudamérica, que trasladaron a estas tierras nuevas luces y saberes de la política y la ciencia. Es la ciudad de México, el escenario de nuevas amistades, y sabias conversaciones, de la famosa Güera Rodríguez con Alejandro de Humbolt y con el caraqueño Simón Bolívar.

El 10 de octubre de 1803, llegó Humboldt a la ciudad de México, lo hospedaron con toda comodidad y aseo en el viejo caserón que llevaba el número 3 de la calle de San Agustín. Allí se le tuvo con mucho regalo y le hicieron todo buen tratamiento. No sólo lo agasajaban con comidas magníficas en las casas de los ricos señores, sino que hasta el mismo virrey José de Iturrigaray lo sentaba a honrar la mesa. Fue con él a visitar en Huehuetoca las importantes e interminables obras del desagüe que iba a impedir las inundaciones que a menudo padecía la ciudad. A diario le enviaban al agasajado Barón, fuentes con la rica succulencia de guisos mexicanos de sabores de maravilla, o con esplendorosa variedad de dulces, o bien con frutas odorantes de estos climas, que trascendían a gloria.

El andarín Barón fue cierta tarde a cumplimentar a doña María Ignacia Osorio y Bello de Pereyra, y en su estrado, de plática en plática, sobre las bellezas sorprendentes de esta tierra de sol, maravillado por la benéfica suavidad de su clima, sus alrededores con lindos paisajes de campo y montaña y por ser la ciudad de México de admirables palacios; se vino a parar en que deseaba con interés ir a cierto lugar cercano donde le dijeron había una tupida nopalera en la que se creaba la purpúrea cochinilla.

De un extremo de la sala salió la límpida cadencia de una voz que llegó a sus oídos en sucesivas ondas, “Si quiere yo lo puedo llevar”, quedose Humboldt maravillado por la sorpresa inesperada de esta música halagadora y fina, No cabía en sí de admiración el Barón. Preguntó quién era la que hablaba así con acento tan grato que acariciaba el oído con su delicia armónica. La señora de Osorio le contestó con tierna sonrisa de madre satisfecha, que era su hija María Ignacia.

Desde esa tarde el barón de Humboldt y la gentilísima doña María Ignacia Rodríguez de Velasco quedaron bien amistados. Se juntó estrechamente aquella sabia aridez con este fuego donairoso que calentaba hasta la frialdad incorpórea de una ecuación algebraica. Humboldt quedó prendido, de aquel ingenio con permanentes chispazos de vivacidad e inteligencia.

Federico Enrique Alejandro, barón de Humboldt, dedicaba su vida con perseverante afán a estudiar plantas raras, estudiar minerales y piedras extrañas, determinar coordenadas y paralelos., hacer observaciones astronómicas y termo barométricas, sacar la posición geográfica de los lugares en que estaba, la longitud y latitud. Salió de Alemania a recorrer el globo terráqueo para gozar de otra luz, otro suelo y descubrir novedades.

Era un atento observador del mundo. Estaba lleno de ciencias naturales y de exactas matemáticas.

Era un gran caminador y gran estudioso, ocupaba su atención en variadas yerbas, en largas ringleras de números, fórmulas algebraicas y complicados cálculos astronómicos y geométricos, y en atisbar por los cristales de un antejo, teodolito o telescopio. Después de bajar y subir Humboldt cerros altísimos y elevadas cuestas, de andar en recorridos fatigosos por despoblados montes; por agrias sendas de cabras y picudos rollares; después de largas caminatas por escondidos andurriales; vericuetos y vaguadas; de errar por lugares desiertos y sin carril para informar el ánimo, siempre curioso e insaciable, en el estudio de las piedras, de árboles, de yerbas, de flores pinchudas de las de entre peñas; después de ejecutar largos, complicados cálculos algebraicos, de sacar niveles, de observar varias alturas de estrellas y distancias lunares; de asistir a los exámenes del Real Seminario de Minería; de estudiar en grande libros, robustos y copiosos tomos; de resolver en los desorganizados archivos porción de mamotretos polvorosos y arratonados; después de este constante ajetreo de cuerpo y espíritu, preparaba sus largos escritos y trabajos, entre éstos Las Tablas Geográfico-Político de México de donde salió más tarde el famoso Ensayo Político sobre el reino de la Nueva España. Cuando terminaba sus largas jornadas de estudio, visitaba a la güera, que era una delicia de amistad.

La Güera y Humboldt andaban juntos y solos por toda la ciudad, se les veía en los paseos muy del brazo en animadas pláticas, muy unidos o en las lentas chapulas que bogaban por el ancho canal, o hallábanse en el palco del Coliseo, muchas veces las manos en las manos.

Cuando él no tenía esas largas comidas a las que asistir, se sentaba a la mesa solo con la Güera en casa de ésta, quien ponía todos los medios posibles para conseguir el deleite y lo lograba muy a su sabor. Ella le hacía el regalo de platos magníficos, condimentados con vieja pericia, y en vajilla que denotaba el gusto de su dueña y cocinados al estilo de acá. O bien se los preparaba al modo francés, que Humboldt amaba tanto, y siempre con buenos y aromosos vinos de España de los que también gustaba mucho el sabio teutón. A estos banquetes agregaba otro regalo exquisito, el de la música. Tocaba la Güera en el clavicordio magníficas melodías, muy acordadas, que oyéndolas hacían blanda y fácil la digestión, más ardua. También cantaba a la guitarra las lindas canciones, con especial donaire, como la Gitanilla de Cervantes, con muy bonita voz, con cuya suavidad se recreaba el Barón, y le daba consolador alivio a sus trabajos. Tocaba la guitarra que la hacía hablar y sabía hacer de ella una jaula de pájaros. Si no tenían apetencia de música tramaban pláticas que eran siempre pasatiempo delicioso.

También gustaba mucho la Güera Rodríguez de ir a la casa de Humboldt para continuar plenteras conversaciones y que le satisficiera porción de curiosidades e ignorancias. Le mostraba el Barón sus libros, sus flores y matojos disecados, algunos todavía con el olor suavísimo que tuvieron en el campo; su multicolor colección de mariposas, sus brilladores minerales, animalejos con la exacta apariencia de cuando estaban vivos, y pájaros también de versicolor plumaje e innumerables conchas rosadas, azules, verdes, de vivos tornasoles y de todos los matices, todo ello recogido con incomparable paciencia en cuatro años de penosas expediciones por la América meridional.

Las explicaciones justas y sencillas que daba el Barón, la Güera las escuchaba con atento interés y hasta saboreándolas como si le estuviese diciendo delicadezas, gracias y divinidades. Esas enseñanzas no las encontraba aburridas doña María Ignacia ni intrincadas, ni oscuras, sino antes bien claras y transparentes. Lo arduo se volvía fácil y diáfano al pasar por los labios sapientes de Humboldt, pues deslindaba las cosas magistralmente. En todo iba mostrando las excelencias de su saber.

Igualmente le agradaba mucho a doña María Ignacia que su docto amigo le enseñase sus aparatos científicos y le diera pormenorizadas explicaciones para lo que servía cada uno de ellos y cuál era su manejo. Y como si la dama viese lindas joyas o leves encajes y telas suntuosas para sus vestidos, se deleitaba ante aquellas cosas de extraño mecanismo y para cada una de ellas tenía una clara lección aquel hombre sapiente. Eran los sextantes, niveles de todos tamaños con su inquieta burbuja, círculos repetidores de reflexión, teodolitos, cronómetros, anteojos, grafómetros, brújulas, magnetómetros, barómetros, higrómetros, cianómetros, termómetros, sondas termométricas, escuadras y cadenas de agrimensor, anemómetros, patrones métricos de cristal y de latón para verificar las medidas de longitud, pantógrafos, planchetas para sacar y medir ángulos.

Humboldt y doña María Ignacia casi no se apartaban. Experimentaban entre ambos soberanas dulzuras con estar juntos, bañábanse en los deleites de la vida y nadaban en las aguas de sus gustos propios. Sólo andaban en seguimiento de sus contentos y apetitos. El barón Federico Enrique Alejandro de Humboldt, salió de México, lo que fue fin ideal a sus gustosas y largas conversaciones con la Güera Rodríguez. Ambos se

echaron los dos brazos y al desenlazarse de aquel estrecho abrazo, se alejó el Barón a todo paso, ella lo seguía con los ojos hasta no perderlo de vista y él volvió atrás muchas veces la cabeza.

Poco tiempo después, arribó a la ciudad de México, Simón Bolívar, con buenas cartas comendatorias para el oidor don Guillermo de Aguirre y Viana, a quien aposentaba en el caserón, vasto y claro, de la calle de las Damas, de la marquesa de Uluapa, la entonada y seria doña María Josefa, hermana de la Güera Rodríguez. El Caraqueño, como cariñosamente lo llamaba en México todo el mundo, y que más tarde sería por antonomasia el Libertador, era un joven de elegante gallardía, apenas le sombreaba el labio una rubia esperanza de bigote, tenía muy suelta gracia, lozanía, atracción y desenfado de muchacho inteligente. La simpatía de este apuesto mozo, se llevaba a la gente tras de sí con fuerza gustosa, ágil de palabra y pronto en las respuestas, se encontraba encantado con la conversación de la Güera, la maestra de la palabra ágil y liviana, haciéndole pintorescas descripciones de lo que veían. Cuando la mano breve y delicada de ella, señalaba algo, parecía que lo que indicaba volvía al punto más hermoso, alegre y exquisito. Le producía un gran gozo pasear con la gentilísima señora, por esos caminos con hierba en las junturas de las piedras de su pavimento desigual, que es como florecer del olvido; calles formadas por largos tapiales musgosos de huertas y paredones traseros de las casas nobiliarias y en los que se remansa una paz aldeana, que fue interrumpida por el paso del carruaje del virrey don José Miguel de Azanza, que gustaba mucho conversar con el desenvuelto Bolívar; recibía placer oyéndolo discurrir, siempre con amenidad y soltura,

sobre todas las cosas, gustoso en sus palabras, iluminadas siempre por un mirar risueño, aclarado de alegría.

Pero una tarde en Palacio resbaló lo ameno de la conversación a cosas de la política y ¡qué ideas terribles fueron entonces las que Bolívar sacó a relucir de ese modo brillante! ¡Con qué habilidad y talento las desarrollaba ante los ojos asombrados, atónitos, de los pecatos tertulios! Criticó el régimen de gobierno; los enormes gravámenes para llevarse ese dineral a la Corte, no para emplearlo en nada útil para el pueblo, sino para derrocharlo en fiestas y en cosas baladíes y tirarlo a manos llenas; alababa los justos derechos de la independencia de América, de la libertad de pensamiento y otros temas vedados no sólo para decirse en público, pero ni en voz baja y tras el alto embozo de las capas y ni siquiera pensarlos a solas. Nadie en la ciudad se atrevía a comunicar esas ideas si por acaso las tenían, pues en ese México feliz no podíase discutir nada; aquí los vasallos del monarca, habían nacido sólo para callar y obedecer, no para discutir ni opinar en los altos asuntos del Gobierno.

Bolívar seguía dando su parecer con desaprensiva despreocupación, pero don Miguel de Azanza echó con habilidad la plática por otro apacible sendero y quedose horrorizado de que así pensara su joven amigo el Caraqueño. “Va este muchacho – se decía con dolor a sí mismo -, por caminos muy extraviados y malos, pues, ¿qué es eso de la independencia de América? ¡Vamos, que no está en sus cabales, no puede estarlo ese mozo de espíritu tan fino y tan ágil!”.

Pero a la tarde siguiente y ante muchas personas que acudían a la tertulia en una antecámara del Real Palacio, la conversación llevada con inconsciente timidez por alguien, volvió a caer en el sucio hondón de la

política. No le importó a Simón Bolívar ni mucho ni poco la entonada presencia del virrey Azanza, sino de nuevo, con el fácil desenfado de sus años mozos, puso todo su entusiasmo en alabar y justificar la conspiración que hacía poco se descubrió en Caracas y volvió a defender con más ardoroso fervor los justos anhelos de la independencia americana.

Todos los apacibles tertulios estaban sin alma, pasmados de la audacia y valor del Caraqueñito. Tenían helado el corazón. Se miraban los unos a los otros con asombro, removiéndose en los asientos de damasco. Los dedos tremulitos no podían coger las jícara de chocolate, ni siquiera partir los frágiles pasteles ni los encanelados rosquetitos. Tenían acaloro en el rostro que se les ponía lívido. Había toses discretas y discretos cuchicheos.

Bolívar continuaba hablando con exaltación candorosa. El virrey don Miguel de Azanza con mucha gentileza le cortó la palabra. Se disolvió en el acto la tertulia y todos los angustiados señores se fueron a sus casas, llevando muy alterados los pulsos. No podían concebir cómo ese mozo tenía esas terribles solturas de lengua.

El Virrey detuvo al manso y asustado oidor, don Guillermo de Aguirre y Viana sin hacer aspavientos, pero arqueando las cejas, clara e inequívoca señal del enfado muy quemante que le andaba por dentro, y dijo a Su Señoría que cuanto antes lo despachara para Veracruz, el sabría cómo, a ese inquieto mancebo de quien ya se habían dado cuenta que era harto peligros, y, sobre todo, era arriesgado que permaneciera más tiempo en la ciudad por la que pronto, sin duda alguna, se pondría a desparramar sus malas y dañinas ideas, que al soltarlas de seguro que lo echarían a la

cárcel o fuera del reino como era merecedor, si andaba con esas fantasías de iluso, porque era indiscutible la política sabia y benévola del buen rey.

Cuando esto supo la Güera Rodríguez reía y reía interminablemente de sólo imaginarse las aflicciones, sudores, congojas, temblorinas y espantosos asombros por lo que pasaron los tertulianos de Azanza, a quienes bien conocía, gentes tímidas, indecisas, encogidas.

Se burlaba con mucha risa de esos timoratos y también le retozaban mil carcajadas al pensar en el circunspecto y pecato don Guillermo de Aguirre y Viana. Igualmente Bolívar daba en lo risueño demostraciones de gozo. Le reventaban los ojos de alegría. Contó, además, la Güera con el saladísimo donaire que acostumbraba, algunas historias e historietas de esos entonados señores cuyas faltas andaban de mano en mano por cantones y estrados.

El oidor Aguirre y Viana, muy espantado, indicó al fogoso Simón Bolívar, con los más suaves y largos circunloquios que encontró, que ya era tiempo de que dejara México y se fuese a tomar un navío a Veracruz, porque según fieles noticias, el San Ildefonso, el barco que llegó a estas playas, iba a anticipar la partida levando anclas en unos cuantos días y que sólo yéndose enseguida podría alcanzarlo, pues ya en las semanas en que había estado en México había visto lo que encerraba esta ciudad de más hermoso y principal.

Bolívar, como no era torpe, entendió al punto que había vehementes deseos de que se fuese y que por eso era la premura grande con la que lo acuciaba su huésped el Oidor. Comprendió bien que echábanlo del país,

aunque con dulce amabilidad cortesana, se despidió y se marchó de México, sonriente y afable.

Quedó la Güera en perpetua memoria de él, tuvo presente las cosas con las cuales ambos se deleitaron. A lo largo de sus años la Güera siempre mantuvo en sí, el espíritu, los hechos y las palabras del joven libertador Caraqueño, pues años más tarde, ella apoyaría al movimiento de independencia.

Si los alegres devaneos, siempre de mucho brío, de la Güera Rodríguez, no eran mal vistos en aquella sociedad exigente y pecata o, al menos, se les tenía suave tolerancia. En cambio, la alta sociedad virreinal no le toleró nunca a doña María Ignacia Rodríguez de Velasco el desentono de ser libre propagadora de la independencia. ¿Cómo una señora de tan altas prendas y elevada prosapia que tenía allegado parentesco o al menos era muy de la amistad de lo más encumbrado de la nobleza mexicana, amiga predilecta del virrey, sin faltar a ninguno, de sus lúcidos saraos, cómo se atrevía, sin recatarse de nadie, a ser del partido de los insurrectos que deseaban malamente la separación de México y España?

No salía la bulliciosa María Ignacia de las espléndidas casas de los marqueses, de los condes, de los duques, de las de los oidores, de los oficiales reales, de todas las de los ricos, caballeros. El señor virrey la recibía con agrado; era deudo suyo un inquisidor: el arzobispo se recreaba gozosamente en su amistad; frecuentaba a varios canónigos, a los prelados de las religiones, a una infinidad de frailes y clérigos, unos de mucho brío y sapiencia; y delante de todos estos personajes, así como en cualquier parte, celebraba siempre con el brillante desenfado que le era

ingénito, las hazañas de los insurgentes y les cantaba entusiastas loores en los oídos de todos.

Mirábanla con asombro y admirábanse de verla que sacase de su boca esas amplísimas alabanzas. Eso era el espanto de todo el mundo. Decir mal de los realistas era ser despreciado. Era extraordinario el pasmo que causaba semejante proceder de la Güera Rodríguez, pues todos los ricos y los de alto linaje, eran realistas por firme convicción; como pensar que podía tener amistad con los insurgentes.

Es cosa bien sabida que el cura Hidalgo era de gran sociabilidad, amigable con todos, poseía buena conversación y un exquisito don de gentes, todo lo cual hacía lo conquistar buenos, excelentes amigos por todas partes. Es casi seguro que en sus viajes a la capital, no dejaba de hacer interesadas visitas a esta dama como las hacía a muchos otros señores de casas principales, y que con su perspicaz e ingeniosa habilidad, procuró atraerla a la noble causa de la que sería principal caudillo, toda vez que doña María Ignacia Rodríguez de Velasco empezó a dar buena ayuda en dinero antes de la proclamación de la independencia, la que causó tantísimo alboroto en todo el reino”.

La Güera siempre estuvo a favor de la independencia de México, desde que el cura don Miguel Hidalgo y Costilla la proclamó, hasta que fue consumada por su amigo Agustín de Iturbide.

Si bien, nuestros ilustres antepasados, pudieron independizarse políticamente de España, no podían independizarse, ni librarse de la “triple alianza”.

CAPITULO III

La amistad creativa comparte una pedagogía de “buenos modales, para no ofender la delicadeza del otro”

Los manuales de buenos modales surgen en la Italia del Renacimiento, floreciendo posteriormente en Francia a lo largo de todo el siglo XVII, XVIII y principios del XIX. El motivo principal de estos tratados de pedagogía de buenos modales era evitar “ofender la delicadeza del otro”. Pero la triple y cuádruple alianza, no daba reposo a nuestros ilustres antepasados, que sin ningún decoro y delicadeza, desde las capas inferiores de la atmósfera, bajaban hasta sus camas, con la desagradable costumbre y los malos modos de inmiscuirse en medio de la noche “lastimando a los que quieren dormir y no perdonan a nadie, ni a rey ni a Papa”.

Esta combatiente alianza: mosquitos, pulgas, chinches y piojos, inspiraron parte de los manuales de buenos modales, acompañados de las primeras enseñanzas higienistas. A falta de insecticidas, como el DDT, que aún no se inventaba, los manuales recomendaban los antipiojos de zumo de acelga, zumo de tabaco, lociones de agua de cenizas, raíz de helecho, ungüentos hechos con orujo mezclado con una libra de mantequilla y un puñado de salvia finamente picada, fricciones con una decocción de centáurea o una mezcla de mantequilla con un preparado de bulbos de cólico desecados y macerados en vinagre, precedieron a los remedios actuales.

Contra los mosquitos proponía atraerlos con la luz de un farol cuyos vidrios se embadurnaban con miel y polvos, y colgar del techo un gran

ramo de fresco perejil o de matricaria (manzanilla). En caso de picadura se recomendaba frotarse con zumo de perejil, saliva – si estaba en ayunas – o aceite de azucena.

La chinche para ser echada, requiere de verdaderos azotes: desarmar las camas, limpiar todos los recovecos, los ángulos, las muescas, los machos, rellenar todas las aberturas de las murallas del techo, despegar los zócalos, levantar el papel pintado, lavar las paredes... A este precio, dicen los manuales de higiene se vence la invasión.

Contra la pulga, insecto salteador hecho para picar, se recomendaba “apretar bien los cofres, mantas, sábanas y ropa, para que las pulgas no tengan luz ni aire; así desaparecerán y morirán al instante”.

También se podía “encantar pulgas” tomando un buen trago antes de acostarse, para que, como explica Oudin en 1640, “por medio de esto no sintamos las pulgas que nos muerden”, o, tal como recomendaba el Ménafier de París (El jornalero de París), armarse de paciencia siguiendo un tratamiento poético de este tipo:

Toda la naturaleza dormita.
 Más no: me equivoco; veo
 Que en este hermoso lecho donde velo
 Conmigo velan las pulgas.

La madera de este augusto lecho
 Es de antigua factura carpintera,
 Y su cabecera toda se embellece

Con carteles de cofradía.

La pulga le inspiró a John Donne una oda de admiración porque en ella se encerraba a la vez su sangre y la de su amante y por lo mismo era un vivo testigo de la unión amorosa. En el siglo XVII y XVIII se señalaban con estrellas negras las posadas que tenían enorme población de pulgas en la cama. Samuel Pepys hizo una especie de guía antiturística de los albergues más pulguientos: “En tal lugar, en la cama con Lord y Lady, las pulgas se dieron buen almuerzo”.

La pulga, que acompañó al ser humano dondequiera que iba, hizo que se escribiera en los manuales de buenos modales que era “indecoroso y poco honrado rascarse la cabeza en la mesa, tomarse del cuello y de la espalda y matarla delante de la gente”

Los buenos modales, no ofender la delicadeza del otro, tener higiene y decoro son ingredientes salutíferos y primordiales, para cultivar y mantener las buenas amistades, como la que se dio entre Leonardo da Vinci y Ludovico Sforza, “El Moro”, gobernador de Milán, protector y mecenas de Leonardo, entre 1482 y 1499. Estas relaciones de mecenazgo, como señala F. Alberoni, también son formas de amistad.

Leonardo da Vinci, pintor, escultor, arquitecto, músico, escritor, diseñador, ingeniero, fue un verdadero polígrafo y un humanista polifacético. También un apasionado gastrónomo a la vez que un cocinero tan refinado y sensible como visionario y a veces incomprendido.

En 1482, Leonardo viaja a Milán, llevando una carta de presentación para El Moro: “No tengo par en la fabricación de puentes, fortificaciones y otros muchos dispositivos secretos que no me atrevo a confiar en este

papel. Mis pinturas y esculturas pueden compararse ventajosamente a las de cualquier otro artista. Soy maestro en contar acertijos y atar nudos. Y hago pasteles que no tienen igual”.

Ludovico se siente intrigado cuando lee esta modesta auto presentación. Concede audiencia a Leonardo y queda tan impresionado que Leonardo abandona la sala de audiencias, como consejero de fortificaciones de El Moro y maestro de festejos y banquetes de la corte de los Sforza. Le asignan sus propios ayudantes y le instalan su taller. Fue precisamente entonces durante su estancia en el palacio de los Sforza, cuando Leonardo proyectó toda suerte de ingenios mecánicos (símiles de modernos electrodomésticos) con vistas a mejorar el ambiente de las grandes cocinas, agilizar el trabajo, simplificar la realización de ciertas tareas, reducir los malos olores y acrecentar el grado de limpieza en los lugares de trabajo.

Asadores automáticos, extractores de humos, picadoras de carne, cortadoras de berros e incluso, extintores de incendios integraban algunos de los artefactos cuya construcción algunas veces se vieron coronadas por el éxito. Leonardo que realizaba sus maquetas en pasta de mazapán, y a quien se atribuye la invención de una máquina para moldear los espaguetis, se considera asimismo responsable de haber añadido la tercera púa al tenedor veneciano para facilitar la ingestión de estos spago giabile (cordeles comestibles).

Leonardo se muestra muy ingenioso en sus observaciones sobre la comida y los hábitos alimenticios y sobre todo, en las modificaciones que inventa para las cocinas. Es entonces cuando empieza a escribir las anotaciones de sus cuadernos que forman el Codex Romanoff que es un

tratado de gastronomía, una guía de urbanidad y un manual de usos y costumbres. Ciertas notas jocosas, y desconcertantes ponen de manifiesto la arbitrariedad del protocolo que imperaba en las mesas de entonces y en muchos aspectos incluso la refinada crueldad del Renacimiento.

Como maestro de festejos y banquetes, Leonardo desea que la gran corte de Milán: consejeros, sabios famosos, cardenales, cortesanos, representantes de potencias extranjeras y soldados de fortuna; aprendieran que el refinamiento y la sensibilidad, la higiene y el decoro; son cualidades fundamentales para conservar la buena compañía, la amistad, la salud y el disfrute gastronómico. Deseos prácticamente imposibles de lograr, como lo describe en su cuaderno de anotaciones.

De los modales en la mesa de mi señor Ludovico y sus invitados.

Las costumbres de mi señor Ludovico de amarrar conejos adornados con cintas a las sillas de los convidados a su mesa, de manera que puedan limpiarse las manos impregnadas de grasa sobre los lomos de las bestias, se me antojan impropia del tiempo y la época en que vivimos. Además cuando se recogen las bestias tras el banquete y se llevan al lavadero, su hedor impregna las demás ropas que se lavan.

Tampoco apruebo la costumbre de mi señor de limpiar el cuchillo en los faldones de sus vecinos de mesa. ¿Por qué no puede, como las demás personas de su corte, limpiarlo en el mantel dispuesto con ese propósito?

De una alternativa a los manteles sucios

Al inspeccionar los manteles de mi señor Ludovico, luego que los comensales han abandonado la sala de banquetes, hállome contemplando

una escena de tan completo desorden y depravación, más parecida a los despojos de un campo de batalla que a ninguna otra cosa, que ahora considero prioritario, antes que pintar cualquier caballo o retablo, la de dar con una alternativa.

Ya he dado con una. He ideado que a cada comensal se le de su propio paño, que después de ensuciado por sus manos y su cuchillo, podrá plegar para de esta manera no profanar la apariencia de la mesa con su suciedad. ¿Pero cómo habré de llamar a estos paños? ¿Y cómo habré de presentarlos?

Leonardo diseña diferentes modelos de servilletas y las estrena en un banquete de la corte, en donde estaba invitado Pietro Alemanni, embajador florentino en Milán, enviado por la Signora de Florencia, para tener noticias frescas de lo que ahí acontecía.

Con fecha julio de 1491, informa lo siguiente: “Sus Señorías me han solicitado que les ofrezca más detalles de la carrera del maestro Leonardo en la corte del señor Ludovico, así lo hago. Últimamente ha descuidado sus esculturas y geometría y se ha dedicado a los problemas del mantel del señor Ludovico, cuya suciedad – según me ha confiado – le aflige grandemente. Y en la víspera de hoy presentó en la mesa su solución a ello, que consistía en un paño individual dispuesto sobre la mesa frente a cada invitado destinado a ser manchado, en sustitución del mantel. Pero con gran inquietud del maestro Leonardo, nadie sabía cómo utilizarlo o qué hacer con él. Algunos se dispusieron a sentarse sobre él. Otros se sirvieron de él para sonarse las narices. Otros se lo arrojaban como por juego. Otros, aún envolvían en él las viandas que ocultaban en sus bolsillos y faltriqueras. Y cuando hubo acabado la comida, y el mantel

principal quedó ensuciado como en ocasiones anteriores, el maestro Leonardo me confió su desesperanza de que su invención lograra establecerse.

Y además, en esta misma semana, el maestro Leonardo ha sufrido otro contratiempo en la mesa. Había ideado para un banquete un plato de ensalada, con la intención de que el gran cuenco fuera pasado de una persona a otra, y que cada una tomara una pequeña cantidad de éste. En el centro había huevos de codorniz con huevas de esturión y cebolletas de Mantua, cuyo conjunto estaba dispuesto sobre hojas de lechuga de aspecto succulento provenientes de Bolonia y también rodeado por ellas. Pero cuando el sirviente lo presentó ante el invitado de honor del señor Ludovico, cardenal Albufiero de Ferrara, éste agarró todo el centro con los dedos de ambas manos y con la mayor diligencia se comió todos los huevos, todas las huevas, todas las cebolletas; luego tomó las hojas de lechuga para enjugar su cara de salpicadura, y volviolas a colocar, así deslustradas, en el cuenco; el cual, al no ocurrírsele otra cosa al sirviente, se ofreció luego a mi señora d'Este. El maestro permanecía junto a él grandemente agitado por lo ocurrido y se me ocurre que su cuenco de ensalada no se presentará en la mesa en muchas más ocasiones”.

Muy afligido el maestro Leonardo escribe en su cuaderno de anotaciones: “ Esto que se extiende sobre la mesa de mi señor Ludovico es un escándalo a mis ojos. Cada plato es de una confusión monstruosa. Todo es cantidad. Así es como comían los bárbaros. Más, ¿cómo convencerlo de que esto es así cuando desdeña mi plato de nobles brotes de col y tampoco encuentra lugar en su mantel para mis ciruelas pasas con hermosas zanahorias? Porque hay más belleza en un solo brote de

col, y más dignidad en una pequeña zanahoria, que en una docena de sus cuencos dorados llenos a rebosar de carne y huesos; hay más sutileza en una vieja ciruela, más alimento en dos judías verdes. ¿Qué he de hacer para mostrárselo así a mi señor? Es la cualidad de la sencillez a que ha de redescubrir. Y no sólo él, sino las gentes de todo el país. Porque, ¿qué hacen las gentes de Lombardía cuando preparan un pastel de conejo? Disfrazan el sabor del conejo con otras cuatro carnes, con una docena de hierbas, con los zumos de una veintena de frutas. De la misma forma, su pastel de conejo podría ser un pastel de alondra, un pastel de zorzal, un pastel de cerdo. Y las gentes de Todi, cuando sirven lo que ellos llaman su plato de ranas, ¿cuánto de rana hay en él? Apenas una décima parte de rana, y el resto es sopa de cerdo, hierbas, aceites, cremas, raquílicas frutas muertas y setas que no conservan su sabor, sino el del cerdo y la rana, así como el cerdo y la rana saben a ellas; y todo completamente envuelto en una pesada costra de polenta como si las gentes de Todi se sintieran culpables de tal plato y quisieran esconder lo que les avergüenza a aquéllos a quienes se lo ofrecen. Yo digo que si servís rana, dejad que parezca una rana y que sepa como una rana. Si servís un conejo dejad que parezca un conejo y que sepa a conejo. Y en cuanto a mi señor Ludovico, si desea su plato de carne y huesos, entonces que éste se presente como tal, no como una masa irreconocible sofocada por una salsa indestructible, sino la carne sola en trozos y líneas ordenadas, con los huesos agradablemente dispuestos a su alrededor. Pues en las cocinas de mi señor hay hombres que disfrazarán el sabor y la forma de toda cosa pura que crezca sobre la tierra, y hasta que las cocinas de mi señor no se vean libres de estos descendientes de bárbaros, o hasta que llegue el día en que yo pueda demostrarles lo equivocado de sus

procedimientos e instruirles sobre la nobleza de un solo brote de col, una sola zanahoria, incluso un solo hueso sin adorno, la mesa de mi señor seguirá siendo el revoltijo que ahora es.

Mi señor desdeña las comidas sencillas que yo le ofrezco para sus festines y prefiere en verdad sus platos bárbaros. Es mi obligación hacer todo lo que pueda para aderezarlos; plantas de dulce olor, libélulas y fuentes por doquier; el sonido de los grillos desde fuera; agua de rosas para las manos de sus comensales y polvo de oro para los nabos; estatuas de mazapán del más claro y pasteles con peanas; gelatinas coloreadas en forma de palacios; músicos con trompetas y timbales, y avestruces que se pasean ocasionalmente. Todo esto ha de tenerlo. También he preparado una lista de los hábitos indecorosos que un invitado a la mesa de mi señor Ludovico no debe cultivar, baso esta relación en mis observaciones de aquellos que frecuentaron la mesa de mi señor el año pasado.

De las conductas indecorosas en la mesa de mi señor

Ningún invitado ha de sentarse sobre la mesa, ni de espaldas a la mesa, ni sobre el regazo de cualquier otro invitado.

Tampoco ha de poner la pierna sobre la mesa.

Tampoco ha de sentarse bajo la mesa en ningún momento.

No debe poner la cabeza sobre el plato para comer.

No ha de tomar comida del plato de su vecino de mesa a menos que antes haya pedido su consentimiento.

No ha de poner trozos de su propia comida de aspecto desagradable o a medio masticar sobre el plato de sus vecinos sin antes preguntárselo.

No ha de enjugar su cuchillo en las vestiduras de su vecino de mesa.

No utilizar su cuchillo para hacer dibujos sobre la mesa.

No ha de limpiar su armadura en la mesa.

No ha de tomar la comida de la mesa y ponerla en su bolso o faltriquera para comerla más tarde.

No ha de morder la fruta de la fuente de frutas y después retornar la fruta mordida a esa misma fuente.

No ha de escupir frente a él.

Ni tampoco de lado.

No ha de hacer ruidos de bufidos ni se permitirá dar codazos.

No ha de poner los ojos en blanco ni poner caras horribles.

No ha de poner el dedo en la nariz o en la oreja mientras está conversando.

No ha de hacer figuras modeladas, ni prender fuegos, ni adiestrarse en hacer nudos en la mesa.

No ha de dejar sueltas sus aves en la mesa.

Ni tampoco serpientes ni escarabajos.

No ha de tocar el laúd o cualquier otro instrumento que pueda ir en perjuicio de su vecino de mesa.

No ha de cantar, ni hacer discursos, ni vociferar improprios ni tampoco proponer acertijos obscenos si está sentado junto a una dama.

Una persona de educación no se suena la nariz con el mantel.

Tampoco ha de prender fuego a su compañero mientras permanezca en la mesa.

No ha de golpear a los sirvientes.

Y si ha de vomitar, entonces debe abandonar la mesa.

No ha de conspirar en la mesa.

De las costumbres en las comidas de otras personas que he conocido en altos lugares

Observación:

Resulta imposible sentar a la mesa al señor Maximiliano Sforza si no es cerca de una puerta abierta, pues nunca se muda su ropa interior, y, además, cuando está comiendo, tiene la muy sucia costumbre de soltar sus hurones en la mesa, para que roan la comida de las otras personas.

Observación:

En la Cuaresma, Su Santidad come poco y mantiene una devota expresión en su semblante, pero luego abandona la mesa temprano y se encamina a esa otra mesa que tiene en sus alojamientos privados (con una cocina completa, cocineros y también buenos manjares) y allí se atiborra de capón, codorniz y focha.

Observación:

Mi señora Beatriz tiene las costumbres más delicadas: usa guantes blancos en sus manos y se los cambia tres veces cada comida. Yo desearía que todos fueran como ella.

Observación:

Mi señor Cesare Borgia tiene tantos catadores en su séquito que sus comidas se enfrían mientras las están catando. Dudo que nunca haya tomado un plato que esté siquiera templado.

Del nombramiento de un nuevo catador

Mi señor Ludovico ha anunciado que busca un nuevo catador, y los que escuchan su demanda piensan que ésta sólo puede significar una cosa: el anterior catador cumplió con su obligación demasiado bien. Pero no es contra los venenos artificiales que acaso encuentre añadidos en sus comidas por lo que mi señor tiene necesidad de un catador, sino contra los envenenadores que hay en sus cocinas, esos supuestos cocineros que le sirven las carnes putrefactas y frutas descompuestas.

A la muerte del catador Sergio Canallati, este es sustituido por Gentio Ciccani, famoso envenenador florentino. En esa época, había luchas, guerras a muerte por el poder, había conspiraciones, intrigas,

envenenamientos, asesinatos, muchos de ellos perpetuados durante las comidas, una escena cotidiana que se vivía en la mesa y en los manteles de la corte, por lo que Leonardo, también buscaba resolver el problema ante estos sanguinarios hechos.

Para limpiar la sangre de los manteles

La sangre de un mantel, que puede deberse a un accidente con el cuchillo de trincar o a un asesinato, no ha de ser motivo de preocupación, ni hay necesidad de molestar a los presentes mudando todo el mantel como antaño, si inmediatamente se trata la parte afectada frotándola fuertemente con agua de brotes de col templada.

Platos para los que sufren peste

Leonardo también escribe observaciones médicas y de higiene para conservar la buena salud de la corte de Milán, y apartarla de posibles contagios como la peste.

Cualquier plato que se ofrezca, en buena hora, a una persona apestada puede ser su última comida, y, por tanto, mientras algunos dirán que nada desperdiciéis en ellos, yo recomiendo que la comida sea de la mejor calidad. Os aconsejo que salgáis a atrapar un colimbo con vuestro lazo y que le ofrezcáis muslo de colimbo hervido, con un poco de nabo amasado; pues plato mejor que éste, como antes he escrito, no lo hay. Esto, o un plato de nudillos mezclados, pero después debéis destruir el cuenco del que haya comido, para evitar que se extienda el contagio.

Leonardo da Vinci, (1452-1519), es uno de los grandes precursores de los manuales de higiene y de buenos modales, “para no ofender la delicadeza del otro”. Esta tendencia higienista fue uno de los aspectos relevantes del pensamiento del humanismo renacentista, en especial de Erasmo de Róterdam, quién tenía ideas antisépticas para evitar el contagio de infecciones en el ambiente mal ventilado de las tabernas atestadas, en el confesionario y en la pila de agua bendita. “Abandonemos las tazas y los platos comunes, que todo el mundo esté afeitado y tenga limpia las sábanas de su cama, no nos besemos para saludarnos”, aconsejaba a la población. Piensa que los olores difunden las infecciones, hace un rodeo para evitar la calle maloliente, recomienda la limpieza en el cuerpo y en la casa, piensa que éstas deben contar con corrientes de aire fresco que permitan una gran ola de ventilación y purificación de la vivienda.

Su higiene consistía en limpieza, buenos modales y aire fresco, este último tomado con moderación. A su querido amigo Pedro Gilles, enfermo, le aconseja “No tomes demasiadas medicinas, reposa pero sobre todo, no riñas, no discutas, no te enfurezcas”.

Delicadeza, buenos modales, buen trato, amabilidad, suavidad, tranquilidad, armonía y paz, sin enojos ni disputas, son salutíferos ingredientes para el bienestar del cuerpo, del “alma” y de las creativas relaciones de amistad.

CAPITULO IV

En la amorosa amistad creativa se disfruta la armonía, la paz, la sabiduría y la concordia; lo opuesto a la agresión y la disputa.

“Mi mente está hecha de tal modo que nada puede apreciar más en esta vida que la amistad, el valor más importante para atesorar, son los amigos” afirma Erasmo de Róterdam. Con ellos leía, conversaba y bromeaba; con ellos se escribía cuando no estaban juntos: “Me complace el recuerdo de los amigos tan sabios y tan amables que dejé en esa tierra, de entre los cuales, eres tú, querido Tomás Moro, el primero que acudía siempre a mi memoria. Tal recuerdo, no me deleitaba menos en la ausencia de lo que acostumbra a deleitarme tu compañía, que es la cosa del mundo y bien puedo asegurarlo, que me produce un gran contento. Gracias a la increíble dulzura y afabilidad de tu condición, con todos te avienes, con todos tratas, con todos te llevas bien y con todos te diviertes...”

La amistad, una relación sentimental donde mora la serenidad y la armonía, el intercambio cordial, el humor, la vivacidad, la amable cortesía, las maneras cultas y afables, la paz y la concordia; aparece como un sueño, como un ideal, recreada en las obras de Erasmo, (1469-1536), Moro, (1478-1535), y Montaigne, (1533-1592). Ese ideal de vida que se

presentaba a su pensamiento como un espléndido sueño, formaba parte del sueño del humanismo renacentista.

En la obra de Erasmo, ese ideal aparece constantemente en la forma de un paseo amistoso seguido de una merienda en un jardín, un intercambio reposado, alegre y sin embargo serio, de los sabios amigos, a la sombra fresca de una casa donde mora la serenidad y la armonía bajo los árboles.

Los humanistas anhelaban la sencillez, la paz y la libertad: “Para mí una sencilla casa rural, un nido, es más agradable que cualquier palacio, porque ahí se vive mejor que cualquier rey, ahí eres libre y se vive de acuerdo a tus ideales,” decía Erasmo. En él se conjugaba un fuerte anhelo de una creencia noble y sencilla, el deseo de ser un buen cristiano; con la necesidad intelectual y estética del buen gusto, de la armonía, de la expresión clara y exacta de los antiguos grecorromanos, el desagrado por lo complicado y lo recargado.

Junto a los términos “reivindicación” y “reflorecimiento” aparece repetidas veces en sus escritos la palabra “renacimiento”. “El mundo vuelve a la vida como si despertase de un profundo sueño. Hay todavía algunos que se aferran pertinazmente, con manos y pies a su vieja ignorancia. Temen que, si renace la literatura y si el mundo se vuelve más sabio, se descubrirá su ignorancia”. Para Erasmo, el mejoramiento de la sociedad era una cuestión de ética personal y de ilustración intelectual.

El confiaba en la educación, la buena voluntad y la razón. Concordia, paz y benevolencia era lo más valioso. Siempre escribió en defensa de la paz. “Quarela pacis”, la lamentación de la paz. “El adagio Dulce bellum

inexpertis”, la guerra es dulce para quienes no la conocen”, “Oratio de pace et discordia”, y otras obras pacifistas. Uno de los personajes de los Coloquios dice de su creador: “Este polígrafo que nunca deja de combatir la guerra con su pluma”. Según una tradición recogida por Melanchton, el Papa Julio lo llamó para hablar con él acerca de sus consejos relativos a la guerra con Venecia, exigiéndole airadamente que dejara de escribir de los asuntos de los príncipes, “Usted no comprende de esas cosas”. Pero Erasmo no abandona su idea de paz y sigue escribiendo en contra de la guerra y la violencia: “Resistamos pero no con insultos y amenazas, no con la fuerza de las armas, ni con la injusticia, sino mediante la discreción, la cortesía y la tolerancia”.

La paz, la libertad, la concordia, la aversión a las disputas, y la armonía en la amistad, le importan a Erasmo, más que otras consideraciones, el afirma que estos son los principales valores que guían sus acciones. “Si pudiera conservar siempre a mis amigos, a ninguno de ellos privo de mi amistad”. Basta pensar cuantos fueron los que jamás lo abandonaron, o los que después de un alejamiento temporal, regresaron a él. Moro, Gilles, Fisher, y muchos más, afirmaban: “es el más constante de los amigos, siempre capaz de inspirar los más sólidos afectos”.

Su ideal era una sociedad donde se cultivaran sólidos afectos como la amistad, un lugar donde no se fomentara la disputa, lo sórdido y la mezquindad. En donde more la benevolencia, la concordia y la paz, que es lo opuesto a la guerra, la agresión y el ataque.

Estos ideales se reflejan también en la obra humanista de Montaigne, en sus ensayos escribe: “Todo guardián tiene cara de guerra. Alguien se lanzará, si Dios lo permite, contra mi casa; pero ocurrirá sin que yo lo

llame; en esta época de guerras civiles la defensa atrae el ataque y la desconfianza la agresión. He debilitado el propósito de los soldados, quitando a su empresa el azar y todo motivo de gloria militar que habitualmente les sirven de acicate y de excusa. Lo que se hace con coraje siempre se hace con honra, en tiempos en que la justicia ha muerto. Yo hago que la conquista de mi casa se les torne cobarde y traicionera. No está cerrada para nadie que llame a ella. No tiene más guarda que un portero de modales y cortesía a la antigua, que no atiende tanto a defender mi puerta como a ofrecerla más cordial y amablemente. No tengo guardián ni centinela aparte de los que me ofrecen los astros.

Nuestros padres no pensaron construir fortalezas frontales. Los métodos de acometer, quiero decir sin baterías ni ejércitos, y de sorprender nuestras vivienda, aumentan diariamente más allá de los métodos de defenderse. Los espíritus generalmente se aguzan en aquel sentido. La invasión afecta a todos. Mi casa era fuerte en la época de su construcción. Nada hice para consolidarla, y temería que su fuerza se volviese contra mí; y pudiera perderla. Es difícil estar seguro, porque en cuestiones de guerras intestinas, vuestro vecino puede ser del partido que teméis. Y donde la religión sirve de pretexto, los mismos parientes se vuelven sospechosos, bajo cobertura de justicia. El erario no sostendría a nuestros guardianes domiciliarios, se agotaría. No tenemos cómo sostenerlos sino a costa de nuestra ruina y la del pueblo. La pérdida de mi situación no sería peor. Por otra parte, vuestros mismos vecinos se solazan, más que en compadeceros, en acusaros de falta de vigilancia, imprevisión e ignorancia. El hecho de que tantas casa defendidas se hayan perdido, mientras ésta se conserva, me hace sospechar que aquéllas se han perdido por lo mismo

que estuvieron defendidas. Lo cual provoca el antojo y el designio en el atacante.

Esta guerra se complace en cambiar aspectos, en multiplicarse y diversificarse en nuevos partidos; en cuanto a mí, no me muevo. Entre tantas casas bien defendidas, que hay en Francia, me parece que yo sólo he confiado al cielo, exclusivamente, la protección de la mía. Es mi retiro para descansar de las guerras. Procuro sustraer este rincón de la tempestad pública, lo mismo que hago con otro rincón en mi alma”.

En ese sensible rincón del alma de Montaigne, florece el recuerdo de la amorosa amistad, relación sentimental que es lo opuesto a la guerra, al ataque, a la agresión, como bellamente lo expresa en sus ensayos: “En la amistad, el calor es general y universal, templado y constante; un calor seguro y tranquilo, todo dulzura y suavidad, que nada tiene de áspero ni de punzante”

En el libro primero de sus ensayos, en el capítulo XXVIII, Montaigne lo dedica a la hermosa relación de amistad que le inspiró Esteban de la Boétie, autor de un magnífico libro en contra de “la servidumbre voluntaria”, y en alabanza a la libertad.

“Estoy particularmente obligado a esa obra que sirvió de medio para que nos conociéramos. Pues me fue mostrada mucho tiempo antes de que yo viese a su autor, y me dio a conocer su nombre, preparando así la amistad que hemos mantenido, tan cabal y perfecta, que no es fácil encontrarla semejante, tal vez en tiempos pasados, no entre nuestros contemporáneos se ve parecida. Tantas circunstancias se precisan para

una amistad como la nuestra, que es mucho si se da una vez cada tres siglos.

Nos buscábamos antes de que nos hubiéramos visto y por lo que oímos decir el uno del otro, nos encariñaba más que el mismo trato, como designio providencial y nos abrazábamos por nuestros nombres. En nuestra primera entrevista, que tuvo lugar casualmente en una gran fiesta de una ciudad, nos encontramos tan prendados, tan conocidos, tan obligados el uno del otro, que nada nos interesó tanto como estar juntos. Escribió él una excelente sátira latina, que se ha impreso, en la cual explica la precipitación de una amistad que llegó con tal rapidez a ser perfecta. Habiendo de durar tan poco tiempo su vida y habiendo comenzado tan tarde a conocernos. En verdad nada nos reservamos que nos fuera peculiar, ni que fuese suyo o mío. Desde entonces tan unidas marcharon nuestras almas, tan cálidas, con cariño se amaron y con efectos tan intensos se descubrieron hasta lo más hondo de las entrañas, que no sólo conocía yo su alma como la mía, sino que mejor hubiera fiado en él que en mí mismo. El nombre de hermano es verdad hermoso, lleno de dilección por eso así nos llamamos La Boétie y yo.

En sus Ensayos, libro segundo, nos habla de la amistad que surgió entre él y la Señorita de Gournay, María de Jars, la cual sintió gran admiración por el autor al conocer sus Ensayos, como lo narra Montaigne:

“...El juicio que se formó de los primeros Ensayos, mujer de este siglo, tan joven, y tan sola en su habitación y la notoria vehemencia con que me animó y me deseó largo tiempo; la gran estima que tomó por mí antes de haberme visto, es un acontecimiento de dignísima consideración”.

En los últimos años del autor, no se sabe por qué generosa atracción, esta joven María de Jars, ingresa en la familia, se hospeda en su casa y se convierte en una gran alegría. Ella apenas sabe un poco de latín, pero habla con él un lenguaje de amor que en su casa nadie comprende: idioma con el que soñó toda su vida. Además, ella se encarga de preparar, ordenar y hacer imprimir para su publicación la edición póstuma de los Ensayos de Montaigne. Las páginas más tiernas de sus Ensayos se refieren a ambas amistades, Maria de Jars, señorita de Gournay, albacea para la publicación definitiva de su obra; y Esteban de la Boétie, de quien hereda sus libros. El alma de Montaigne, florece con estas amistades, se levanta e ilumina a su contacto y su recuerdo; uno su hermano espiritual y la otra su hija adoptiva.

“Me ha complacido publicar en numerosos sitios la esperanza que tengo en María de Gournay de Jars, mi hija adoptiva, por cierto amada por mí mucho más que paternalmente, encerrada en mi retiro y soledad, como una de las mejores porciones de mi propio ser. La sinceridad y la solidez de sus costumbres son ya suficientes, su afecto hacia mí más que superabundante y tal, en suma, que nada hay que desear, sino que la aprensión que tiene de mi fin, por los cincuenta y cinco años en que me ha encontrado, no lo experimentara tan dolorosamente.

Sólo a ella contemplo en el mundo. Si de la adolescencia puede presagiarse, esta alma será capaz algún día de las más bellas cosas, entre otras de la perfección de esta bellísima amistad.”

CAPITULO V

La amorosa amistad es una relación sentimental ética y estética

En la antigüedad, las relaciones sentimentales eran fundamentalmente una cuestión ética. La ética es uno de los componentes centrales de la filosofía, que estudia las acciones del alma, los hábitos del corazón, los modos en que se relacionan los seres humanos; a partir de cierto criterio de valoración, se determina y se selecciona los hábitos sentimentales que hay que rechazar o cambiar, así como los que hay que cultivar, para tener una existencia más bella y hermosa.

En la antigua cultura griega, como afirma Michael Foucault: “el concepto de ética, estaba íntimamente ligado a la estética, el principal propósito de los griegos, era la construcción de una ética que fuera una estética de la existencia”. Por lo que las relaciones sentimentales bellas, estéticas, eran las que tenían mayor valor ético, como las relaciones de amistad.

“Más no sólo es la amistad algo necesario, sino algo hermoso, y así alabamos a los que la cultivan, sobre todo a la más bella relación que

existe, que es la amistad entre los buenos, porque son los que marchan juntos para las bellas y bondadosas acciones” afirmaba Aristóteles.

Sócrates llega a la conclusión de que lo bueno, lo bondadoso es lo que dirige al amor. Para Platón, el amor es el deseo constante de lo bueno, lo que él denomina el bien, o la belleza absoluta. Para los griegos, la belleza era una función de la armonía, surgía de una relación armoniosa entre las partes, que podían relacionarse si era buena una para la otra. De ahí que Platón, como nos ilustra Irving Singer, llegue a la conclusión de que lo que es verdaderamente bueno ha de ser bello, porque el bien es lo bello.

Aristóteles en su “Ética Nicomaquea”, dedica dos capítulos a la amistad:

“El alma bella es la de los hombres con integridad de ánimo y bondad de vida. La amistad por excelencia es, la de los hombres bondadosos, porque lo que es absolutamente bueno o agradable es amable y deseable. Queriendo a un amigo quieren los hombres su propio bien, porque el hombre bueno que ha llegado a ser un amigo, se convierte en un bien para aquel de quien es amigo. Cada uno, por ende, ama lo que es un bien para él y devuelve otro tanto deseando el bien del otro y dándole contento, porque de la amistad se dice ser igualdad, y ambas cosas se encuentran señaladamente en la amistad de los buenos.

Los hombres de bien se aman recíprocamente, se dan mutua y reconocida afección. Las mismas cosas se reciben de una y otra parte, se complacen el uno al otro, y ambos se comparten los bienes que corresponden al fundamento de su amistad. Cada parte recibe de la otra los mismos o semejantes bienes, como es entre amigos. Y el

proverbio: "Todo es común entre amigos", es correcto, puesto que en hacer comunidad consiste la amistad.

Nada es más propio de los amigos que el convivir. Si los necesitados desean el socorro de sus amigos, los felices a su vez anhelan pasar juntos los días, la amistad entre ellos será durable y excelente.

Consistiendo, la amistad sobre todo en amar, y siendo objeto de alabanza los que aman a sus amigos, la virtud de los amigos consiste, al parecer, en el amar, de modo que aquellos en quien este sentimiento se produce proporcionando al mérito, esos son amigos duraderos y su amistad también.

Por este medio, más que por otro alguno, pueden ser amigos aún los desiguales entre sí, porque así pueden igualarse, porque igualdad y semejanza son amistad, y sobre todo la semejanza en la virtud. A cada hombre en efecto, le son causa de placer las acciones que le son familiares y sus semejantes; ahora bien las acciones de los buenos son las mismas o semejantes, por eso la amistad perfecta es la de los hombres de bien y semejantes en virtud, porque estos se desean igualmente el bien por ser ellos buenos, y son buenos en sí mismos.

Los que desean el bien a sus amigos por su propio respeto, son amigos por excelencia. Por ser ellos quienes son, observan esta disposición, y no por accidente. La amistad de estos hombres permanece mientras ellos son buenos, ahora bien, la virtud es algo estable. Cada uno de ellos, además, es bueno en absoluto y con respecto al amigo, porque los buenos son buenos en absoluto y provechosos los unos a los otros. Y

asimismo son agradables, porque los buenos son agradables tanto absolutamente como en sus relaciones mutuas.

Esta amistad, por tanto, como puede con razón suponerse, es durable. Vincúlanse en ella todas las cosas que pueden concurrir en los amigos. Toda amistad es por un bien y por un placer, y se funda en ciertas semejanzas. Ahora bien, en esta amistad reúnen todas las características antes especificadas como atributos primordiales de los amigos, porque en este caso los amigos son también semejantes en las otras cualidades. Y siendo lo absolutamente bueno también absolutamente placentero, y siendo estos atributos los más amables de todos, síguese que el amor y la amistad existen en su más plena y perfecta forma entre estos hombres.

1.1 Hay una falsa amistad que es remedo de la amistad:

No es la amistad de los buenos, sino una fingida amistad, la falsa amistad, la utilitaria que es cosa de mercaderes, la que coloca la utilidad por encima de todas las consideraciones, que sólo buscan lo que puede serles ventajoso. Solo quieren el provecho pero no a la persona. Por consiguiente, estos supuestos amigos, fingen sus afectos, para alcanzar un bien para sí mismos. De ese modo se acercan por interés y provecho y no por el ser mismo de la persona, sino cuanto les es útil. Son en suma fingidas amistades por accidente, porque no se quiere a la persona por lo que ella es, sino en cuanto proporciona beneficio.

Los que por la utilidad fingen ser amigos, en cesando el interés se separan, porque no eran amigos del otro, sino de aquel provecho. Estas fingidas amistades fácilmente se desatan, con sólo que los amigos no

permanezcan con lo mismo que tenían, y así dejan de frecuentarlos desde que ya no les son útiles. La utilidad, en efecto, no es constante, sino que según los tiempos, múdase en otra distinta. Caducando, pues, el motivo porque eran amigos, disuélvase también la supuesta amistad, ya que no era amistad sino por aquel motivo. Los utilitarios nada tienen de estable, porque ni aún a si mismos perseveran semejantes. Los amigos por utilidad duran poco, es decir mientras puedan proporcionarse servicios, que tengan una ganancia, que les venga alguna ventaja.

Esta fingida amistad, la utilitaria es quejumbrosa. Como a los amigos se frecuentan en razón del propio interés, reclama siempre para sí mismo lo mejor de la transacción, y se imaginan obtener menos de lo que se les debe. Y así, se quejan y calumnian al amigo, por no obtener todo lo que desean y que creen merecer, mientras que los bienhechores no pueden jamás satisfacer a todas las demandas de los agraciados.

La amistad de los buenos no está expuesta a la calumnia y es permanente, porque no es fácil dar a nadie crédito contra aquel que por largo tiempo tiene uno experimentando. Entre la gente de bien hay confianza, así como la seguridad de que jamás se harán injusticia, y todas las otras cosas requeridas en la verdadera amistad. En las otras, al contrario, nada impide que lleguen a surgir esos males.

En la falsa amistad que se funda en el provecho, hallánse quejas, calumnias y reproches, en cambio los que son amigos ponen su empeño en hacerse bien recíprocamente, pues esto es lo propio de la virtud y de la amistad, entre ellos no hay recriminaciones ni querellas.

En cambio los que son fingidos amigos por utilidad, nunca están satisfechos, son personas de condición áspera, fría y quejumbrosa que no producen amistad, porque hay en ellos poco que sea placentero, y nadie puede pasar los días con quien anda con enfado o quién por su mal humor no es agradable, ya que la naturaleza parece huir de lo que causa malestar y ceder a lo que da placer, porque el trato fácil y la sociabilidad, tienese por las señales y factores, más característicos de la amistad.

Dividiéndose las relaciones en estas dos especies, los utilitaristas serán fingidos amigos por provecho, pues en esto son semejantes; mientras que los buenos lo serán por sí mismo, porque en tanto que son buenos se asemejan. Tales amistades son por supuesto raras, porque los hombres buenos son pocos.

La reciprocidad afectiva implica elección, en cuanto a los que rápidamente entran en relaciones de amistad, quieren seguramente ser amigos, pero no lo son aún. El deseo de amistad nace pronto, la amistad no. Es preciso, además haber cobrado experiencia mutua y alcanzado familiaridad, lo cual es sobremanera difícil. Hace falta, además tiempo y trato, pues según el proverbio, no pueden conocerse mutuamente los hombres antes de haber consumido justamente la sal, ni recibirse o darse por amigos antes de que cada uno se muestre al otro amable y haya obtenido su confianza, porque no todo es amado, sino sólo lo amable, la amistad se dirige a los que son buenos, a los bondadosos.

Es dicho común que al amigo se le ha de desear todo bien y por su propio respeto. A quienes de esta suerte desean bienes a otros, los llamamos benévolos y si hay de parte de los otros reciprocidad, cuando la benevolencia es correspondida, es ya amistad.

CAPITULO VI.

Valores éticos vitales para cultivar la amorosa amistad: benevolencia, creatividad, solidaridad, gratitud, compartir y dar.

En sus obras “Ética y Psicoanálisis” “¿Tener o ser?”, “Del tener al ser”, “El arte de amar”, “El amor a la vida”, E. Fromm, concluye que la capacidad de relacionarse amorosamente, depende del desarrollo de la personalidad, presupone el logro de una orientación creativa, en que se ha adquirido confianza en si mismo, en las propias capacidades, superando la dependencia; rechazando la omnipotencia, la soberbia, el utilitarismo, la explotación a los demás, la avaricia, la codicia y el egoísmo.

Es una personalidad en la que se han desarrollado como valores centrales de la acción amorosa: la benevolencia, la voluntad de dar y compartir solidariamente, como parte de sus ideales y convicciones éticas.

E. Fromm señala que estos valores éticos, se remontan hasta los antiguos cristianos: “la característica de los ideales cristianos primitivos era

una plena solidaridad humana, a veces expresada en la idea de un reparto comunal espontáneo de todos los bienes terrenales”.

Aquellos cristianos como afirma Buenaventura: “Habían renunciado a la mentira, a las truhanerías, a la codicia, al hurto, a la ira y a la maledicencia; deseando instaurar en su comunidad: la bondad, la justicia y la verdad. Lo que tenían era común y se repartían entre todos según las necesidades”.

La filosofía cristiana, que tiene como fundamento el amor: “Amarse los unos a los otros”, representó históricamente, una verdadera revolución amorosa, afirma la antropóloga Marcela Lagarde. En la concepción cristiana, el amor se experimenta, se vive, se actúa y se demuestra. No solamente se siente, sino que tiene que hacerse visible en las acciones. No se trata sólo de sentir amor, sino de hacer amor, de ser benevolente con las personas que amamos, amar a alguien es hacer cosas por el bien de alguien. El cristianismo asocia el amor a la voluntad y al deseo de hacer cosas buenas, considerando que el amor hace bondadosas a las personas.

Esta forma de amor no nace de la carencia sino de la abundancia se da y se comparte amor porque se siente amor en abundancia y no porque se carezca de amor. La bondad, la gratitud, la solidaridad, la generosidad, son componentes centrales en el amor cristiano; porque nada une más que dar y compartir.

¿Pero qué significa dar en la amorosa amistad creativa? Para E. Fromm este dar no significa renunciar a algo, privarse de algo, sacrificarse, dar posee un significado totalmente distinto: “Dar constituye la más alta

expresión de potencia. En el acto mismo de dar, experimento mi vitalidad me experimento a mi mismo como desbordante, pródigo, vivo y por tanto dichoso. Dar produce felicidad, alegría, porque en el acto de dar esta la expresión de mi vitalidad. ¿Qué le da una persona a otra? Da de sí misma, de lo más precioso que tiene, de su propia vida. Ello no significa necesariamente que sacrifica su vida por la otra, sino que da de lo que esta vivo en ella, da de su alegría, de su comprensión, de su conocimiento, de su tristeza, de todas las expresiones y manifestaciones. Al dar así de su vida, nutre a la otra persona, realza el sentimiento de vida de la otra, al exaltar el suyo propio. Dar y compartir es una dicha exquisita, compartir el pan, una idea, una pintura, una celebración, una alegría y también una pena. Algo nace en el acto de dar y las personas involucradas se sienten agradecidas por lo que mutuamente reciben”.

La gratitud es el sentimiento correspondiente a la buena acción recibida. Dar y corresponder, “es trocar benevolencia por benevolencia” dice Séneca. “Es un amor reciproco” afirma Spinoza. Hacer el bien aquel que nos lo ha hecho, devolver el bienestar recibido, con enorme gratitud. La gratitud designa un afecto benévolo hacia la persona de quien hemos recibido algún favor o prueba de estimación. Gratitud es el sentimiento de recibir ese don inesperado y percibir que el otro es causa de nuestra alegría. “La gratitud hace bueno a quien la siente, porque reconoce que existe el bien y que hay personas que lo hacen”.

Madame de Lambert, en el siglo de las luces, enseñaba a su hijo que solo por medio de la amistad, la gratitud y la solidaridad, se alcanza la felicidad: “Si queréis ser feliz solo, no lo seréis nunca, si queréis que todos lo sean con vos, todos acudirán en vuestra ayuda”.

CAPITULO VII.

1. La amorosa amistad es el encuentro de dos mundos, que son al mismo tiempo cercanos y distantes, con valores éticos semejantes y distintos

La amorosa amistad surge de la afinidad, es elegida, motivada por el descubrimiento de estimaciones, aficiones y valores éticos semejantes; pero también es al mismo tiempo, el descubrimiento de otro mundo distante y distinto, con valores éticos desconocidos, con diferentes formas de relacionarse sentimentalmente, con otro lenguaje y otra educación.

Los antropólogos, los sociólogos, los filósofos, los historiadores y por supuesto también los enamorados, observan, investigan tratan de comprender la educación de la persona con quien se relacionan sentimentalmente; ya que la orientación y el contenido de la educación varía enormemente de una matriz cognoscitiva a otra de una cultura a otra. Por lo que con asombro han observado la gran diversidad de la condición humana, confirmando con perplejidad lo que a la antropóloga Margaret

Mead humorísticamente señala: la antropología es la ciencia social que nos dice que cualquier costumbre que puede parecernos desconocida, rara, opuesta o extraña a la de una, es lo natural o normal para él otro.

En cada época, en cada lugar geográfico, en cada estrato social y cultural se ha enseñado una variedad de modos de orientarse, de vincularse, de relacionarse sentimentalmente con el mundo, la comunidad, con el trabajo, con el conocimiento, con la naturaleza, con las mujeres, con los hombres, consigo mismo, con el cuerpo, etc.

Bajo el mismo rotulo de educación se acogen formulas muy distintas de orientación, de guía, de brújula, de ideal de vida, de proyectos, de acuerdo a los diversas filosofías que nutren su universo simbólico, su constelación de saberes, por lo que encontramos diversas orientaciones en la educación, muy distintas, coincidiendo simultáneamente en la misma ciudad.

También podemos observar grandes diferencias entre una generación y otra, sobre todo cuando ocurren procesos de transición política y cultural, que se caracterizan por intensos cambios en la sociedad. Así como en las transiciones en las que se dan acelerados cambios inéditos, en donde se requiere aprender los códigos, los signos de los nuevos tiempos, así sucede también, cuando arribamos no a nuevos tiempos, pero si a nuevos mundos desconocidos, nunca antes vistas, en que se requiere aprender de nuevo.

Hay que “aprender de nuevo”, ya que las formas de relacionarse varían considerablemente, según la sociedad, la generación, el estrato social y cultural. Por ello es importante aprender de los nuevos mundos

sentimentales cuando arribamos a ellos, ya que de no ser así, como señala Agnes Heller: “No podemos movernos en el nuevo entorno, nos perdemos, hacemos el ridículo, como sucedió en la transición al renacimiento, cuando estaba en proceso de desintegración una sociedad guiada por las tradiciones medievales, en que una de las fuentes principales de conflictos trágicos y cómicos, era que la gente empieza a no comprender el significado de los signos sentimentales, ya que estos eran interpretados tradicionalmente. Por lo que en esa época aparece en el drama, el teatro y la novela, una necesidad, un deseo por interpretar, por entender las nuevas formas de relaciones sentimentales que estaban surgiendo”.

En un mundo nuevo, se tiene dificultad para situarse, para orientarse, porque hay nuevas formas de relacionarse casi desconocidas, aparecen nuevos códigos, nuevos lenguajes, nuevos signos amorosos, que se interpretan erróneamente. Hay confusión parece que todo estuviera de cabeza, y se interpreta al revés, en donde el norte es el sur, el cielo es el agua, donde una se desorienta al arribar a ellos, porque todo se confunde, como le sucedió a la desconcertada paloma.

“La paloma”

(Rafael Alberti-J.M Serrat)

Se equivoco la paloma

se equivocaba,

para ella el norte era el sur

creyó que el trigo era el agua
que el mar era el cielo
que la noche la mañana
se equivocaba,
que las estrellas roció
que la calor la nevada
Se equivocaba
ella se durmió en la orilla,
no en la cumbre de una rama
se equivocaba
para ella el norte era el sur
el mar era cielo
se equivocaba, se equivocaba

Esta confusión, para Carmen Villoro, es como un viaje de iniciación: “El amado es la puerta de entrada a un mundo desconocido, la visitante de otro cuerpo y de otra alma, mirará sorprendida, dudosa, a su paso se abrirán veredas singulares, atajos reveladores y corredores claros. Se encontrara con senderos cruzados, que obstaculizan la llegada al centro, rutas oscuras, circulares, arterias dudosas que con suerte le mostraran la

salida por los recodos de la sinuosa geografía, en donde convive al mismo tiempo lo extraño y lo conocido”.

Este viaje al mundo íntimo del otro, para la psicóloga Estela Troya es como la metáfora de migración, una nueva situación que exige un aprendizaje acelerado: interpretar el idioma, porque aunque la lengua es la misma, los modismos son diferentes, algunas palabras habituales hay que cambiarlas, otras no significan lo mismo. Innumerables detalles que hay que aprender, costumbres de todo tipo, hábitos, horarios, reglas de cortesía, caminos, calles, rutas de transporte, nombre de los alimentos, de los utensilios. Es inimaginable todo lo que parece igual, pero es diferente, y sino esta correctamente interpretado puede producir abismos de confusión, desencuentros y extravíos.

1.1 En la amorosa amistad para no extraviarse se requiere aprender a interpretar.

Todo proceso de aprendizaje comienza con un primer momento de inexperiencia, de confusión y extravió. El sabernos perdidas e inexpertas, es fundamental para poder aprender, si no hay atribución de ignorancia, no habrá posibilidad de aprender ni tampoco posibilidad de enseñar. Para poder aprender tenemos que partir de un grado de conciencia de que no sabemos, de que carecemos de experiencia. Nuestro primer esfuerzo consiste en reconocernos como seres capaces de equivocarnos en nuestra capacidad para atribuir a los demás seres humanos determinadas costumbres, creencias, sentimientos, pensamientos. Estos equívocos surgen porque ignoramos que aprender consiste en interpretar los signos que emiten las personas.

Aprender es ser capaz de interpretar esos signos y aprender a singularizar a los seres por los signos que emiten. Sin embargo en este proceso de interpretación de signos que emiten las personas hay inicialmente confusión, extravío. Es la vez en que más agudamente nos enfrentamos a nuestra ignorancia, a nuestra incapacidad de distinguir el signo que cabe develar de quien lo emite. Por eso en el aprender hay un momento de confusión, que se expresa como frustración ante el fracaso de nuestra interpretación seguido de otro momento en que se realiza un nuevo intento de interpretación y de comprensión.

Para Joan Carlos Mélich, aprender es considerar una materia, un objeto, un ser, como si emitieran signos por descifrar. La tarea de aprender es una tarea de interpretación, una acción de desciframiento de signos o jeroglíficos. El aprendiz de médico aprende a ser médico haciéndose sensible a los signos que emite el enfermo; la aprendiz de amante solo aprende haciéndose sensible a los signos que emite el amado. Si no hay sensibilidad, atención y consideración, no hay aprendizaje, sin tacto no podemos ser invitadas a conocer el mundo del otro.

1.2 La amorosa amistad es una invitación para aprender y enseñar con “tacto”, que es lo opuesto a la invasión, la intolerancia y la dominación.

Gracias al tacto podemos acceder a la experiencia y al mundo del otro, porque es un modo suave de aproximación de acercamiento sosegado y plenamente receptivo, que nos aproxima al otro con lentitud, con quietud y hermosa calma; por medio del tacto podemos interpretar los signos que emite el amado. En su libro “La educación como acontecimiento

ético”, J.C Mélich nos dice que el “tacto” (en la amorosa amistad) produce una auténtica relación de aprendizaje.

El tacto, del latín “tactus”, que significa “tocar”, es un término relacionado con aquello que no se quiere dañar, sino dejar intacto”. Deriva también de “contacto”, “contingere”, que significa “tocar estrechamente”, “estar conectado”. El tacto implica un tocar pero en sentido sensible y estético, se toca por así decir, “acariciando”, como notando el “tono”, la “textura del alma”, las cualidades internas de lo tocado.

El tacto implica una forma de proceder que esta “atento” al espacio del otro, que busca preservar y no violentar. El tacto es un proceder desde la paciencia, desde la no invasión, desde una cierta finura del espíritu, que mantiene una cierta distancia, inspirada en el respeto al otro, pero que al mismo tiempo provoca y produce una profunda cercanía. Como el tacto es el lenguaje de la caricia, acerca y convoca la capacidad de respuesta.

Lo opuesto al tacto es la intolerancia, la invasión y la dominación, como señala José Antonio Marina, en su diccionario de los sentimientos, en el que define al intolerante como “exaltado, impaciente, intemperante, intransigente y altanero con las peculiaridades ajenas. Alguien que rechaza con una seguridad exagerada las creencias distintas a las suyas, los gustos o las conductas. Carece de flexibilidad, tiene listos para disparar los sistemas de ataque y defensa. Se irrita o cierra sus líneas de comunicación ante él o la diferente. Juzga con el mismo juicio severo y sumarísimo con que ejerce la antipatía.

Joan Carlos Mélich, señala que para el intolerante, su pensamiento es el único válido, fuera de este, lo otro no existe o es irrelevante. Por lo

que es un pensar que no mira a los ojos del otro, sino que ordena desde la prepotencia del que todo lo sabe, lo organiza y lo decide, es un pensar sin el otro, incluso contra el otro. Es un pensamiento que tiene pretensiones de control, modelamiento, deseos de dominar e invadir al otro, exactamente lo opuesto a la amorosa amistad.

La amorosa amistad, afirma el filósofo Julián Marías, no es invasora, está hecha de sutileza y prudencia, que busca una distancia considerada y atenta, para poder aprender, interpretar, traducir y comprender.

1.3 En la amorosa amistad se requiere traducir para comprender.

Agnes Heller señala que el que aprende a traducir, a leer el lenguaje del otro, está adquiriendo un sensible conocimiento de los seres humanos.

En este esfuerzo de traducción, nos dice Esther Seligson, se requiere que el traductor empaticé y no solo simpatice con el sujeto de su traducción. Es decir, que no fuese únicamente cuestión de “sentir con” (del griego *simpatheia*, estado afectivo compartido con), sino también tratar de “sentir desde”, su traducción cultural, su filiación simbólica, desde sus propios conceptos, imágenes y lenguajes.

David Le Breton en su libro “Antropología de los sentimientos”, nos dice que no se puede traducir ni comprender a una persona si se le aísla de su contexto, impensable cercenar un aspecto sin perder de vista su estructura de conjunto. No se puede captar el movimiento de su lenguaje sin vincularlo estrechamente en una situación precisa, ponerla en su perspectiva concreta, que da valor y sentido a sus formas, que refleja sensiblemente esa mezcla social y cultural con que ha constituido su historia personal. Biografía íntima donde se manifiestan sus hábitos del

corazón, derivados de un determinado tipo de educación, que expresan una forma específica de comunicación sentimental.

Traducir al otro, como afirma Esther Seligson, es indagar, descifrar, leer por detrás del signo, del símbolo, sus polivalencias, las resonancias que revelan su lenguaje como un todo en constante transmutación. Un mundo de palabras que trascienden lo concreto y su representación, un universo poblado de una ancestralidad compleja que constituye su personalidad actual.

Aprender a leer, a traducir al otro, el que ahora es un niño más viejo, es penetrar en su ancestral cultura, a su infancia, su adolescencia, a la educación que lo guió, que orientó su alma, la que alimentó su expresión, las líneas de su rostro, su comunicación sentimental, su estilo, la que moldeó sus movimientos, expresado en el lenguaje más íntimo de su ser, es lo que nos permite comprender.

Para el filósofo Julián Marías, la amorosa amistad es el más fino instrumento de educación mutua, en el sentido que los amigos se descubren e interpretan, permitiendo el conocimiento de dos mundos con realidades profundamente distintas, que se comunican, se comprenden, se nutren y se enseñan.

“Demasiado Amor”

(fragmento)

Sara Sefchovich

“Y te ame porque me enseñaste tu país, con toda su alegría y todo su amor, con sus colores tan vivos y sus artesanías, con sus edificios y sus comidas.

Por ti empecé a querer este país, porque tu me llevaste por ruinas prehispánicas y por edificios coloniales, por construcciones del siglo pasado y de este siglo también. Te detuviste en cada poblado y en cada rincón para explicarme, enseñarme, comprarme y regalarme todas las artesanías que se hacen en este país.

Contigo conocí sus frutas, flores y árboles, me enseñaste sus bosques que olían a pino, los bosques de encinos, ahuehuetes, guayacanes, tabachines y jacarandas. Vimos palmeras llenas de cocos, palmeras llenas de plátanos y palmeras datileras en San Ignacio y San Isidro. Me enseñaste ceibas en Tabasco, sauces en Michoacán, eucaliptos en Durango, magueyes en Apan.

Recogimos flores silvestres en San Miguel Regla que durante días conservaron su olor a campo. Cortamos flores azules en los árboles de Guadalajara y rojas en los de Jiutepec. Vimos flores amarillas el día de muertos en Janitzio, arcos de flores de muchos colores afuera de las iglesias y otros arriba de las chalupas en Xochimilco.

Un mes de agosto vimos tapetes de flores en Huamantla, un día de no se que mes vimos lluvia de flores en la Iglesia del Chico, un cirio de flores en San Martín Texmelucan y tres lirios solitarios en el estanque de una hacienda de Amatitlán. Había flores en patios, en cestas, en latas. Azaleas y geranios, rosas y claveles, mercadela y orquídeas, alcatraces y

cempazúchitl, crisantemos y nubes, nardos y violetas, gladiolas y tulipanes, flores de azar, flor de huele de noche y flor de nochebuena.

Disfrutamos la cascada de Uruapan, los lagos de Pátzcuaro, Chapala, Zirahuén y Cuitzeo, las lagunas de Jalapa y Villahermosa. Estuvimos a orillas de Tamiahua, de Necaxa y de Tequesquitengo, en San Miguel Regla y en Guelatao que parecía estanque. Y en todas partes las lagunas se llamaban de las Ilusiones, Ensueño, Encantada.

Tú detienes el auto y sacas un libro grueso con pastas de color verde para leerme la historia de Maximiliano y Carlota. Así me leíste la de Sor Juana, metidos en una tina enorme de una casa de Cuernavaca, entre el agua vaporosa y recargados contra un vidrio que dejaba ver plantas muy verdes. Me llevaste a Ixcateopan para contarme de Cuauhtémoc, a Guelatao para hablarme de Juárez y a Veracruz para recordar al músico poeta Agustín Lara. Me enseñaste en Jerez la casa de López Velarde, en Tepic la de Nervo y en Yucatán me contaste la historia de amor de la Peregrina y Carrillo Puerto.

En todas partes comíamos frutas: mandarinas y mangos, guayabas y guanábanas, mameyes, capulines y tejocotes, jícamas y papayas, zapotes de tres colores y chicozapotes de color café, membrillos y limas, naranjas y manzanas, plátanos, sandias, piñas y melones.

Enamorada de ti y de la comida de tu país, enamorada los tres días en Puebla y el día y medio en Tehuacan, enamorada mientras comíamos chiles en nogada en los portales.

Enamorada mientras me enseñabas los tres colores del pozole; los cuatro tipos de mole; enamorada cuando me enseñaste todas las

variedades de tortillas, peneques, tostadas, sopos, enchiladas y quesadillas.

Me diste a probar: chongos zamoranos, cajetas de Celaya, cocadas, ate, natillas y capirotada. Así dulcemente estuve contigo, deleitándome, viviendo sin tiempo, siempre abrazada, enamorada de tu sonrisa, de tu mirada, de tu palabra, y también del cielo, el agua, el clima, los sabores y los colores de tu país”.

CAPITULO VIII.

1. La amorosa amistad es el encuentro entre dos mundos libres y autónomos con una ética del bien común.

En su libro, “La educación como acontecimiento ético”, Barcenas y Mélich, señalan que uno de los objetivos fundamentales de la educación es sensibilizar e inculcar la necesidad humana de establecer relaciones sentimentales con una ética de respeto a la libertad y autonomía del otro.

Para el filósofo Julián Marías, la amorosa amistad es una relación hecha de respeto, no solamente a la persona, requisito indispensable de toda relación humana, sino de respeto a su mundo interno, a sus pensamientos, sentimientos, ideas, respeto a su libertad de movimiento, a sus ritmos, espacios y tiempos.

La amorosa amistad respeta ante todo la libertad y la autonomía del otro, y si hace el menor esfuerzo por obstaculizarla, cesa en ese instante de ser amistad verdadera, dice F. Alberonni. La amistad es libre, serena y

abierta, ahí no caben carceleros, patrones, ni tiranos; porque la amistad es lo opuesto a una relación de jerarquía, dominio y tiranía. El amigo se encuentra con la amiga en pie de igualdad. Los griegos grandes teóricos de la amistad, decían: “philotes-isóstes”, “amistad-igualdad”. E. Fromm afirma, que el amor solo puede florecer en la igualdad, la espontaneidad, y la libertad.

Como un gorrión

(Joan Manuel Serrat)

Nació libre como el viento,
no tiene amo ni patrón
y se mueve alegre
como un gorrión.

Es menuda como un soplo
y tiene el pelo marrón
y un aire entre tierno y dulce
como un gorrión.

Le gusta andar por las ramas
y de balcón en balcón,
se tutea con las nubes
como un gorrión.

No le vende al alpiste
su color ni su canción
por ahí busca su lechuga
como un gorrión.

Nació libre como el viento
no tiene amo ni patrón
y se mueve alegre
como un gorrión.

Petra Kelly señala que al respetar la libertad de nuestro propio ser,
aprendemos a respetar también la de los demás.

1.1 La amorosa amistad: no es por presión, tiranía o mandato, no es por obligación, ni por pacto, ni contrato.

La “obligación”, dice el diccionario de los sentimientos: “es la circunstancia de estar alguien obligado a hacer cierta cosa por un contrato o imposición. “Obligar significa exigir que alguien realice cierta acción usando por ello la fuerza o la autoridad, presionando para que no tenga otro remedio que hacerlo”.

“No habiendo tenido hasta este momento comandante ni amo obligatorio, siendo extremadamente libre, por naturaleza y por dedicación. Rehuyo el mando, la obligación y la compulsión. Aquello que hago fácil y naturalmente, si me obligo a hacerlo por expresa y prescrita orden, no lo sé hacer. El cuerpo mismo, los miembros que tienen alguna libertad y jurisdicción más particular sobre sí, me niegan a veces su obediencia, cuando lo destinó y aplicó a determinado lugar y momento de servicio necesario. Esta orden previa, conminatoria y tiránica, los desaíra...”

Montaigne.

“El acto más liberador que podemos realizar por los otros, es llevar a cabo lo que para nosotros es más liberador. Las acciones más liberadoras, siempre serán las más placenteras y agradables para todos”.

David Cooper.

“La comunión afectiva es el mejor de los tratados y las personas están más íntima y más fuertemente unidas por la voluntad de hacerse recíprocamente el bien, que por los pactos, más vinculados por el corazón que por los contratos. Es lamentable que el uso de ratificarlo todo por un

contrato se haya enraizado en las costumbres, como si dos personas separadas por un ligero espacio, no estuviesen unidas por lazos sociales fundados en la propia necesidad afectiva; pues esta práctica hace creer a las personas que han nacido para ser adversarios o enemigos y que tienen el deber de trabajar en su perdición recíproca, a menos que se lo impidan los contratos.”

Tomás Moro.

1.2 La amorosa amistad es por motivación, gusto, placer y agrado

La palabra motivación es moderna, aparece tímidamente en la segunda mitad del siglo XIX, con Shopenhauer, quien definió la “**motivación**” como el resorte fundamental de la acción humana, el movimiento hacia alguna cosa o persona que aparece como buena y atrayente. La aparición de algo o alguien despierta en el espectador un sentimiento de armonía, alegría, agrado y placer, que quiere continuar, repetir. La palabra **placer** es muy antigua, de uso común en la edad Media, única expresión de este sentimiento en castellano. Un sinónimo de placer aparece hasta el siglo XV con la palabra **agrado**. En los albores del renacimiento en el siglo XVI aparece **gustar**. En el XVIII, en el siglo de las luces, el significado de placer se amplía: es **alegría, contento, regocijo, diversión, disfrute**.

CAPITULO IX.

La amorosa amistad es una actividad que se disfruta y se afina practicando

La amorosa amistad es una acción, una voluntad, una atención, una actividad consiente que se realiza en el proceso de interacción humana, por lo que E. Fromm y otros estudiosos coinciden en la importancia de poner énfasis en no confundir las acciones, las actividades y los procesos, con cosas concretas. Señalan que existe una fuerte tendencia a la cosificación, en que se transforman en sustantivos las actividades que se expresan con verbos, lo cual obscurece la interpretación de los fenómenos sentimentales.

Debido a esta confusión, Erich Fromm realizó una investigación sobre los cambios idiomáticos, encontrando un uso creciente de sustantivos y el empleo cada vez menos frecuente de verbos en los idiomas occidentales, en los últimos siglos. Esta nominalización es un proceso por el cual los verbos se transforman en sustantivos, es decir las acciones o procesos, quedan convertidos en cosas. Un sustantivo es la denotación adecuada de

una cosa, la denotación adecuada de una actividad sentimental, es un verbo, el cual es la parte de la oración que expresa una acción.

Hasta los sustantivos que denominan cosas, como mesa, lámpara son engañosos, nos advierte Erich Fromm; las palabras indican que nos referimos a sustancias fijas, aunque las cosas solo son procesos de energía que causan ciertas sensaciones en nuestro sistema corpóreo, pero estas sensaciones no son percepciones de cosas específicas, como una mesa o una lámpara, sino resultado de un proceso cultural de aprendizaje, proceso que hace que ciertas sensaciones adquieran la forma de representaciones mentales, el nombre parece garantizar su realidad absoluta, como una cosa fija e inmutable que se posee. Sin embargo cada vez con más frecuencia una actividad amorosa se expresa como una cosa que se tiene, una posesión, usándose un sustantivo en vez de un verbo, esto nos dice Erich Fromm, es valerse mal del idioma, porque los procesos y las actividades no pueden poseerse.

¿Es posible poseer al amor? Nos pregunta Erich Fromm. Si se pudiera el amor necesitaría ser una cosa, una sustancia susceptible de tenerla o poseerla. La verdad es que no existe una cosa concreta llamada amor, en realidad solo existe la acción de amar.

El amor es una acción, una actividad, escribió Aristóteles. Amar a alguien no es simplemente “estar”, escribió Ortega, sino “actuar” hacia lo amado, con gusto, esmero, atención, prontitud y cuidado; por lo que José Antonio Marina en su diccionario de los sentimientos, afirma que la actividad amorosa no es nada perezosa, sino más bien diligente; antiguamente la palabra “diligente”, significaba “amante”.

Ser una amistosa y amorosa amante, implica cuidado y atención activa por la vida y crecimiento de quien amamos; sin descuidar las necesidades vitales del cuidado y crecimiento de una misma; respetando siempre nuestra propia libertad, deseos, gustos y valores, ya que estos son los componentes fundamentales para poder realizar la acción amorosa.

La acción de cuidar al otro como señalan Barcenas y Melich, es cuando le presto atención, cuando le doy relevancia suficiente a su historia, a su pasado. Es una actividad humana que se constituye en la escucha y en la respuesta atenta de la palabra del otro.

Atender es “disponer los sentidos y la mente para enterarse de algo que se dice, se hace u ocurre en su presencia”. Significa también prestar atención, mirar, reflexionar. La amorosa mirada es la antesala de la consideración.

Consideración: esta amable palabra, deriva de “sideral”, que significaba “examinar los astros en busca de agúeros”, se registra también como tratar con atención, pensar bien las cosas reparando en ellas.

Reparar en algo: esta bella expresión supone no dejarse llevar por la prisa o la agitación, sino detenerse ante la persona amada, fijarse en ella, “acampar a su lado”.

Miramiento es la atención con que se trata al amado, es el acto de considerar a alguien respetuosamente.

Respetar: de acuerdo con la raíz de la palabra, respeto deriva de “respicere” que significa mirar. E. Fromm señala que es la capacidad de mirar, de ver a una persona como es, tener conciencia de su individualidad

única. Respetar significa mirar, que la otra persona crezca y se desarrolle en la forma que le es propia, como desea ser, no como yo quiero que sea, sino respetándola en sus propios términos, al igual que me respeto a mí mismo.

“El acto de amar es una actividad creativa que implica respetar, cuidar, conocer, responder, gozar de una persona, es un proceso que produce placer y agrado, que se disfruta y retroalimenta; significa dar vida, energía, belleza,” E. Fromm

Entre las actividades más bellas y amorosas que podemos realizar son las de alegrar, calmar, serenar, tranquilizar, sosegar, consolar, animar, alentar, aliviar, avivar, dulcificar.

Alegrear: significa por su raíz etimológica, “aligerar”, hacer más leve, menos pesada una carga. “Frente al pesar, la alegría da ligereza. Tomando como metáfora el vocabulario marino, “alegrar un braco”, es quitar peso, aliviarlo para que no trabaje mucho por causa del mar. La pesadez produce opresión y agobio, un pesar es un sufrimiento pues el peso no solo pesa sino que también duele, por lo que “alegrar al amado”, es quitarle un pesar, es calmar, sosegar, serenar, tranquilizar.

Calmar: es la cesación o suspensión de cualquier cosa, como calmar los nervios, los ruidos, las agitaciones de cualquier naturaleza que sean. “Después de la tempestad viene la calma”. Siguiendo con las metáforas marinas: “La mar está en calma, el buque está quieto, no camina ni se mueve, porque no se agitan los vientos”. El alma ya se encuentra serena y en calma.

Serenar: deriva del latín “serenus”: sereno, apacible, suave, sin nubes. “Hay claridad sin nubes que oscurecen el sol, nada turba o altera el aire”. También se refiere a la suave caída de la tarde, momento oportuno para cantar serenatas. “Tiempo sereno, el cielo está despejado, no se agitan los vientos, hay tranquilidad y firmeza”. “El barco está estable, el amado se cree al abrigo del peligro, con certidumbre y confianza que permite un abandono sereno y tranquilo”.

Tranquilizar: es “calmar” el alma, para quedar como un mar tranquilo, sosegado, pacífico, sin agitación”.

Sosegar: procede del latín “sessicar”, reposar, apaciguar, aquietar, aliviar el ánimo.

Consolar: El consuelo es el alivio aportado por el amado, que mitiga una pena y proporciona alegría, dulzura, suavidad, solaz del alma y del cuerpo con afán de aliviar la desdicha. “El consuelo dado al que padece, resulta un consuelo real y verdadero al que se le socorre. Placer suave que la imaginación aumente con la idea de que ha hecho un bien, de que con este beneficio tiene cariño y gratitud y de que ha obrado, de un modo que manifiesta que posee un corazón tierno y sensible”, afirma Holbach. Consolar es dulcificar, mitigar el dolor del otro, disminuirle el cansancio y fatiga del cuerpo, las penas y aflicciones del ánimo.

Animar y alentar: “alitus es el aliento de vida”, “dilatar el ánimo”. Ánimo es una derivación de ánima, alma, principio vital, que ha pasado a significar “brío”, empuje, energía, capacidad de moverse, desarrollar actividades y emprender cosas”. “Dar ánimo y aliento es alegrar, aliviar, aumentar la vitalidad.

Aliviar: procede de alegrar y aligerar, significa, moderar disminuir la carga, sea corporal o espiritual. “Es confortar, tonificar, avivar, dar mayor vigor y alegría. Se opone a la angustia, a ese encogimiento y obturación del alma que no permite respirar, porque la alegría ensancha el ánimo. Alegría (laetitia) se dice por la dilatación del corazón, como si se dijese amplitud, (latitia). La alegría es propio de dilatar, que como nace de la consecución del deseo, se ensancha y abre el corazón para recibir la cosa amada.” Alegrar un color, alegrar el fuego, alegrar a una persona son sinónimos de “avivar”, de dar aliento, ánimo y vitalidad.

Avivar con ternura y cariño produce un efecto sanador, es la mejor cura, incluso más que ningún fármaco. “La actitud cariñosa que se comunica al amado mediante la palabra o el gesto, es la expresión, la señal y demostración con que se manifiesta el amor, el afecto y la calidez hacia el amado”

Dulcificar: “Quieto, a cien kilómetros de distancia, y aun sin que pensemos en él, si lo amamos estaremos emanando hacia él, una fluencia indefinible de carácter dulce y cálido”.

“En la amistad el calor es general y universal, templado y constante, un calor seguro y tranquilo, dulce y suave que no tiene nada de áspero ni punzante”. Montaigne

“Placer y agrado produce la presencia del amado, porque es buena y atractiva, su llegada infunde una impresión tonificante, que trae alegría y dulzura, que nos produce vivo afecto, estima e inclinación hacia él”.

Estimar, apreciar, palabras que lingüísticamente abren el mundo de los valores, las que con su significado y definición, nos ayudan a hacer un

reconocimiento de las cualidades de una persona. **Estima**, palabra derivada del latín “aestimare” que significa “valorar, apreciar, reconocer el merito”. “Querido, caro, amado, valioso”. Descartes designaba con la palabra “estima”, el deseo de que le suceda un bien a alguien, suscitado por la buena acción recibida. “Estima es el reconocimiento del bienestar producido por el talento y cuidado recibido”.

Reconocer: es identificar, distinguir a una persona por sus acciones, tener en la memoria las buenas obras recibidas. Es el reconocimiento de un bien recibido, por eso está emparentado con el agradecimiento. Epicuro recomienda a sus discípulos que para vivir bien el presente, había que tener buena memoria de quienes produjeron nuestro gozo en el pasado. . El “re” del “recuerdo”, es el mismo “re” del “reconocimiento” palabra que procede de “cor”, “corazón”. “Reconocer es aunar en nuestro corazón la alegría recibida y al causante de esa alegría”

Enternecer: es el sentimiento que nos inspira aquel que es benevolente, que tiene acciones de amorosa amistad con nosotros. La persona que produce el enternecimiento, dice el diccionario de los sentimientos, inspira el deseo de ser “cuidable, acariciable, protegible, porque la ternura es acogedora, protectora, risueña”. Este sentimiento lo despierta el amado, al que percibimos indefenso y entregado, que provoca ternura cuando devela su rostro profundo y vulnerable, por lo que inspira dulzura y el gusto por usar diminutivos; pero que al mismo tiempo nos provoca una gran admiración por ser de alma noble y digno de estimación.

Admirar: implica respeto, reconocimiento, estimación y consideración por una persona que sobresale, nos dice Arnoldo Krauss. Admirar conlleva también ideas como el deseo de imitar o el gusto de relacionarse o formar

parte del grupo de personas a quien se respeta y admira. Frecuentemente las personas a quien se admira son también amigos de la crítica y de la autocrítica, ya que la ausencia de autocrítica impide el crecimiento de las personas y mina la posibilidad de admirar. La admiración invita a creer en las mejores posibilidades humanas, admirar conlleva optimismo, disfrute y gozo.

Admirar, agradecer, reconocer, estimar, apreciar, alegrar calmar, serenar, tranquilizar, sosegar, consolar, animar, alentar, avivar, dulcificar, son en su conjunto, acciones de amorosa amistad, actividades que se aprenden, se disfrutan y se afinan practicándolas durante toda nuestra vida.

CAPITULO X.

La amorosa amistad creativa siempre florece no se jubila.

El alma que habita el cuerpo, nos dice la escritora Bárbara Jacobs, florece más allá de los setenta, ochenta, noventa años, florece cuando las personas son capaces de sorprenderse y de emocionarse. En efecto no hay edad para emocionarse ni para transmitir esa emoción; y está en el espíritu con que se enfrenten los temas, uno como autor, uno como lector, donde florece la juventud.

La juventud no es cuestión de edades, es un estado mental, una fase de la voluntad, una claridad de la imaginación, un vigor de las emociones, una frescura de los profundos arroyos de vida. Los años arrugan la piel pero al olvidar el entusiasmo se arruga el alma. No se envejece sólo por haber vivido determinado número de años, la gente llega a la vejez si abandona su creatividad. El pintor japonés Hokusai a la edad de setenta y cinco años expresó: “Desde los seis años aprendí a dibujar la forma de los objetos. Al tiempo de haber alcanzado cincuenta años, había publicado una infinidad de dibujos. A los setenta y tres aprendí a dibujar la estructura de la naturaleza, plantas, aves, peces e insectos. Cuando tenga ochenta por consiguiente, habré hecho mejor progreso, a los noventa penetraré en

el alma de las personas y cuando tenga ciento diez, todo lo que aprenda ya sea una línea, un punto, estará vivo”.

Una de las formas de florecer, de acrecentar la vitalidad, la creatividad y la amorosa amistad, es nutriéndonos con el conocimiento, aprendiendo a lo largo de toda la vida. Paracelso afirmaba: "cuanto mayor sea el conocimiento más grande es el amor, porque quien no conoce nada, no ama nada, no comprende nada. Pero quien comprende también ama, observa, ve...".

Ver, estar plenamente despierto nos dice E. Fromm, es estar activo con el pensamiento, con el alma, los brazos y los ojos abiertos.

“Con los ojos abiertos”

Diálogos con Marguerite Yourcenar a sus ochenta y tres años de edad

- ¿Qué edad tienen sus amigos?

- Todas las edades, ya que la edad no es una cuestión que me preocupe. Mis amigos más queridos tienen entre veinticinco y noventa y dos años. Se puede, además tener como amigos a los animales, a las plantas, o a las piedras, ahí también hay reciprocidad; los animales nos aman con un afectuoso gusto, por lo que les damos. Las plantas también practican la reciprocidad, nos agradecen nuestros cuidados con la bella manera que tienen de crecer o de florecer; y quien se ha abrazado a una roca para protegerse del viento y del frío, quien se ha sentado en una roca calentada

por el sol, apoyando las manos para recibir sus cálidas y radiantes vibraciones, tendrá mucha dificultad en no creer sinceramente en la amistad de las piedras.

-¿Cómo puede florecer y perdurar la amistad?

- Toda amistad auténtica es una relación duradera, pero creo que para que florezca, la amistad, como el amor, del cual participa, necesita tanto arte como una figura de baile bien hecha. Se necesita mucho impulso y mucha moderación, muchos intercambios de palabras y muchos silencios, y sobre todo, mucho respeto.

- ¿Qué entiende por respeto en la amistad?

- La aceptación del otro por ser tal como es, la aceptación y respeto a su libertad en todos los sentidos, libertad de movimiento, de ir y venir. Pienso en unas palabras encantadoras de un libro de Montherlant. Causa sorpresa que una joven no haya puesto un nombre a su amado gato: “¿Cómo hace usted para llamarlo? No lo llamo, viene cuando quiere”. Así vienen libremente los amigos, cuando desean y quieren compartir conmigo.

- La amistad se asocia con la simpatía ¿Cuenta mucho para usted?

- Enormemente, porque está unida a la bondad.- ¿Qué es la bondad en la amistad?

- En su forma sencillamente negativa, es la ilustre frase: “No hagas a otro lo que no quieres que te hagan a ti”, pero es más que eso, sin lo cual la bondad se detendría en la justicia, se trata de desear al amigo tanto bien como una se lo desea a sí misma. Desde que hay simpatía, esa palabra

tan bella que significa “sentir con...”, comienzan a la vez el amor y la bondad”.

Ensayo IX

EDUCAR EL CUERPO Y EL ALMA CON DULZURA Y LIBERTAD

CAPITULO I.

1. Los padres protestaban: “Es un atentado a la libertad”

La enseñanza y el aprendizaje de la libertad, como señala Paul Fayerabend solo puede hacerse claro por medio de las mismas acciones que suponen libertad, entre ellas, una fundamental: el cuerpo liberado, con bienestar y comodidad.

La libertad, gran valor ético y estético, no ha sido respetada en sus diferentes aspectos a lo largo de la historia de la humanidad; como en el siglo XVII y principios del XVIII, en que las niñas y niños eran tratados con extremo rigor impidiendo su libertad corporal, al reducir con crueldad su movilidad física. Aproximadamente durante los primeros cuatro meses de vida se les envolvía con vendas, quedando inmovilizados por completo, como lo narra el historiador inglés Lawrence Stone.

“Como un bulto de ropa vieja, a la más pequeña molestia que surja, al pequeño lo cuelgan de un clavo, mientras la nodriza atiende, sin prisa sus asuntos, el infortunado permanece crucificado. Todas las criaturas que

hemos encontrado en estas situaciones tenían la cara púrpura, el pecho estaba tan violentamente comprimido que no permitía que circulara la sangre. Se creía que el niño estaba tranquilo, pero al estar tan comprimido no tenía fuerza suficiente para llorar”.

Una vez que crecían los niños quedaban libres, no así las niñas a las que se encerraba en corpiños y corsés reforzados con acero y ballena para asegurarse que sus cuerpos se moldearan de acuerdo con la moda de la época. Vestidas en ropa de adulta en miniatura, se esperaba que se ajustaran a las formas y portes femeninos ideales y en especial que se mantuvieran en una postura recta y caminaran con lentitud y gracia. Los aparatos que utilizaban para estos fines a menudo las frustraban, provocando por el contrario la deformación o el desplazamiento de los órganos y algunas veces hasta la muerte.

Cuando en 1665 murió Elizabeth de doce años, el doctor le dijo a su padre que el corpiño de hierro fue su tortura y había impedido que sus pulmones crecieran; el cirujano examinó el cuerpo y encontró que el hueso del pecho le presionaba, que dos de sus costillas estaban rotas y que la presión del corpiño sobre los órganos vitales habían ocasionado la dificultad para respirar y su muerte.

William Law contaba la historia de una madre que vestía a sus hijas tan apretado como fuera posible, a las que privaba de sus comidas y a las que constantemente le daba purgas y enemas para que conservaran una complexión pálida, como era la moda. Como resultado, no solo eran “criaturas, pálidas, enfermizas, débiles que se evaporan a través de la falta de ánimo, sino que la hija mayor murió a la edad de veinte años. En la autopsia se encontró que sus costillas habían crecido en su hígado y que

sus otras entrañas estaban muy dañadas al estar comprimidas por el sostén, que la madre había ordenado que se le apretara tanto, que a menudo había lágrimas en sus ojos cuando la vestían.”

El que se cultivara la debilidad femenina tenía el mismo significado simbólico que el estrujar los pies de las jóvenes chinas. Las familias de la clase alta creían que se perjudicaría seriamente la oportunidad de sus hijas en el mercado matrimonial a menos que tuvieran el cuerpo y figura correctos, la complexión débil y tuvieran aire de languidez y que estuvieran preparadas para desmayarse a la más pequeña provocación.

A fines del siglo XVII se asociaba con el sexo femenino la frágil salud provocada en estos cuerpos limitados a dietas frugales. En general se estaba de acuerdo con que el ideal era una cara pálida y una lánguida y débil figura, ya que el “aire de robustez y fuerza es muy perjudicial para la belleza”. El doctor Gregory aconsejaba: “que una mujer prudente goce de buena salud en un silencio agradecido, pero nunca se jacte de poseerla”.

Las muchachas competían entre si en un mercado abierto en el que los atributos físicos y personales ocupaban un grado parecido al papel que antes representaba el tamaño de la dote. Ahora se pensaba que una espalda recta era tan importante como una sustancial dote en efectivo, en la lucha por atrapar al esposo más pudiente.

Una víctima de estas creencias fue Mary Butt, hija de un pastor, quien creció muy rápido y a sus trece años tenía una tendencia a encorvarse. En esa época se pensaba que era absolutamente esencial crear los atributos físicos necesarios para que las jóvenes pudieran atrapar marido, por lo que Mary, como cuenta en su diario, fue sometida a una gran tortura: “Era

entonces la moda de que las niñas usaran collares de acero alrededor del cuello, con un respaldo amarrado alrededor de los hombros, por lo que fui sometida a uno de ellos, de los seis a los trece años. Me lo ponían en la mañana y rara vez lo quitaban sino hasta muy tarde, en las noches y por lo general hacia mis lecciones de pie, en cepos con este duro collar, alrededor de mi cuello”.

Aproximadamente durante el mismo periodo Lucy Aikin sufrió la misma experiencia: “Había respaldos, collares de acero, cepos para los pies y una espantosa clase de columpio para el cuello en que se nos suspendía cada mañana, mientras que una de nuestras maestras abrochaban nuestro corsé; artefactos todos ideados e imaginados para mejorar la figura y el porte. Se pensaba que no había nada más vulgar y torpe que el encorvarse. “Levante la cabeza, señorita”, era el grito constantemente. Me sorprende que cualquiera de nosotros conservara su salud”.

No solo se imponían corsés y aparatos a las muchachas para que estuvieran a la moda, sino que además del ideal de belleza femenina que era la delgadez extrema y la complexión pálida, se les exhortaba a tener lentos y lánguidos movimientos, todo esto se inculcaba en forma deliberada en los internados más costosos.

Cuando la querida hija de Arthur Young enfermó, su padre responsabilizó a la directora del internado por el inadecuado régimen de alimentación, a la carencia de aire fresco, a la prohibición de correr o de realizar movimientos rápidos, lo que además era imposible con los corsés,

por lo que protestó enérgicamente condenando esas costumbres como “un atentado a la libertad”.

John Locke protestó también en forma vigorosa contra el encierro de los jóvenes cuerpos en apretados corsés reforzados con metal y hueso de ballena.

Posteriormente a mediados del siglo XVIII, se hizo una severa crítica a las diferentes prácticas tradicionales de educación y crianza, que representaban “un atentado a la libertad”. El escritor británico Richardson, en su novela Pamela, atacó directamente estas prácticas, mientras que en Francia, Rousseau en Emile y Buffón en su Historia Naturelle de L’Home, difundieron una fuerte crítica que se prolongó durante todo el siglo. “Solo se puede pensar que este abuso que se lleva en Inglaterra a un punto inconcebible, causará al final la degeneración de la raza. No es grato ver a una joven encerrada en un corsé, partida en dos como una avispa”.

Entre otras de las crueles costumbres que estaban siendo cuestionadas por los filósofos, intelectuales y médicos en Inglaterra y América, era la de envolver al niño como momia, práctica que data desde los tiempos de la Roma Antigua. Se objetaba con firmeza el que los niños permanecieran fuertemente atados y se tenía dudas al respecto a que estuvieran envueltos en pañales. “Apenas ha dejado el niño vientre de su madre y comienza a mover y estirar sus miembros, cuando se le priva de esta libertad. Se le enreda en bandas de pañales, se le acuesta con su cabeza fija, las piernas extendidas y los brazos a los lados y se le envuelve en ropa y vendas de todo tipo, para que no se pueda mover”.

El doctor Buchan denunció esta práctica con términos que no dejaban la menor duda: “al pobre niño, tan pronto llega al mundo, se le aplican tantas envolturas en su cuerpo, como si se hubiera fracturado todos los huesos al nacer. Es necesario dejar a un lado la práctica de enrollar a los niños con tantas vendas”. Observación que también apoyaba Jonas Hanway en 1762.

Para fines del siglo el consejo común era dejar a los niños pequeños que ejercitaran y utilizaran sus piernas desde temprana edad. No es muy clara la rapidez con que se siguió en Inglaterra este nuevo consejo. En 1767, Mme. de Maintenon expresó su aprobación al hábito inglés de quitar las vendas después de tres meses. Al parecer se admite generalmente que la práctica ya estaba pasando durante el tercer cuarto de siglo. En 1762, Rousseau señaló que en Inglaterra ya era “casi obsoleta” y en 1785 *The Lady's Magazine* pensaba que la mayor parte de sus lectoras ni siquiera sabían como hacerlo.

Al parecer Inglaterra se puso a la vanguardia del resto del continente al abandonar una práctica que había sido común por milenios, gracias a la gran influencia de algunos trabajos muy populares sobre el cuidado del niño, por el doctor William Cadogan, publicado en 1748 (diez ediciones en los siguientes 25 años) y el doctor William Buchan, publicado en 1769 (veinte ediciones en los siguientes cincuenta años) y el de William Law, cuyo manual sobre crianza de niños llegó a diez ediciones entre 1729 y 1772. Todos estos textos tenían la intención de liberar a los pequeños.

En 1784, Von Archenholz se sorprendía al encontrar que en Inglaterra “no se envuelve en pañales a los niños, se les cubre con ropa ligera, lo que les da libertad de movimiento”. Y un año después, un doctor inglés admitía

que la bárbara costumbre de envolver al niño como momia viviente casi había desaparecido. Por fin a los pequeños se les dejó respirar y moverse con dulce libertad.

CAPITULO II

Enseñar a consentirse y a sentir-con, para construirse un libre, dulce y amoroso hábitat

La enseñanza y aprendizaje de las formas de relacionarse funcionan por vía del ejemplo: los adultos humanos reclaman la atención de sus crías y escenifican ante ellos, las maneras dulces y libertarias de la humanidad, para que las aprendan. Es una pedagogía íntima, nos dice Fernando Savater, son humores compartidos, con los que se forman los primeros hábitos del corazón.

Uno de los principales propósitos de la educación, como afirma la pedagoga N. Noddings, es enseñar a las niñas, niños y jóvenes a consentirse, a cuidar de sí mismos, de sus semejantes próximos y lejanos, cuidar del planeta y de la naturaleza. Aprendizaje que les proporcionará elementos necesarios para construirse un amoroso hábitat.

La escritora Isabel Allende, nos dice que para poder ser feliz, una necesita aprender a construirse su propio recipiente amoroso con las enseñanzas que nos brindan los seres que más queremos. Mis seres más queridos, mi papá y mi mamá, en mi infancia y adolescencia, construyeron un recipiente amoroso, cálido y dulce para mí.

Mi mamá como son muchas mamás, significaba algo más que una persona, era todo un medio ambiente, un hábitat, era como una amorosa pecera que contenía el liquido vital, el alimento, lo necesario para sobrevivir cómodamente.

Mi mamá era como el ambiente parecido al que a fines de los años cincuenta y sesenta se vivía en Morelia, un ambiente de aguas serenas, tranquilas y placidas. Aunque mi mamá tenía sus cuestionamientos y hasta sus crisis existenciales, como muchas mamás de esa generación, siempre nos tapaba a mi papá y a mí, con sus aguas dulces y suaves, rebosantes de esmerados cuidados.

Mi papá se parecía a la Morelia que visitábamos en los días de vacaciones, siempre sonriente, muy alegre y animado. Mi papá permanentemente introducía al recipiente amoroso un gran entusiasmo y un interminable sabor a fiesta; siempre alumbrando nuestras vidas, como la canción “farolito” de Agustín Lara, con la que me arrullaba. De la conjunción de esas dos aguas, se formó mi hábitat natural, el que yo reconocía como mi casa, en que me sentía como pez en el agua.

Cuando acababa de cumplir diecinueve años mi mamá murió en forma súbita, repentina, totalmente inesperada; entonces nuestro amoroso

hábitat se partió y como las peceras que se rompen, el agua salió y se evaporó.

Un año después, cuando cumplí veinte años, mi papá y yo decidimos que cada quien libremente tomaría su propio camino, él escogió el suyo y yo el mío. Con su siempre amoroso apoyo, emprendí un muy largo camino rumbo a lo desconocido, en donde como “Alicia la del país de las maravillas” al pasar “al otro lado del espejo”, me encontré con un mundo totalmente al revés, “Patatas Arriba”, como certeramente lo define el escritor Eduardo Galeano en su libro “la Escuela del Mundo al Revés”.

“Si Alicia la del cuento nos visitara, no necesitaría atravesar ningún espejo, le bastaría con asomarse a la ventana y escuchar lo que ahí se pregona: “¡Vayan pasando!, ¡Que se alce la linterna mágica! ¡Imagen y sonido! ¡Entren a la escuela del mundo al revés! ¡Para ilustración del público presente y las generaciones venideras!”. ¡Aquí en vez de enseñarles amarse los unos a los otros, somos expertos en enseñarles atormentarse los unos a los otros!.

Aunque con pasmo observaba en el mundo “Patatas arriba” como se atormentaban siguiendo las enseñanzas del mundo al revés, yo siempre trataba de aplicar lo que desde niña, mi mamá y mi papá me enseñaron para construir mi amoroso y no tormentoso hábitat. Enseñanza que consistía en que yo misma aprendiera a consentirme, a estar siempre pendiente de mi bienestar y mi comodidad; constantemente me formulaban preguntas para que yo estuviera atenta a todas mis necesidades. Me preguntaban si tenía frío, si tenía calor, si mi ropa estaba cómoda y si no me rozaba, raspaba o apretaba, si tenía hambre, si la comida estaba buena, si me sentía bien, si no estaba enferma, pero sobre

todo me preguntaban si estaba contenta. Todo para que yo aprendiera a esta pendiente de todo lo que mi cuerpo y mi alma necesitaran para estar sonrientes y alegres. Pero además, al mismo tiempo mi papá le formulaba preguntas similares a mi mamá, para saber si estaba contenta o necesitaba algo. Mi mamá a su vez también le preguntaba a mi papá preguntas parecidas, pensando siempre en su bienestar y cuidado. Por lo que con el ejemplo, no sólo, puedes aprender a consentirte, sino también a sentir-con, a mirar también por el cuidado y la comodidad de las personas que queremos y están a nuestro alrededor, estar atento a las necesidades de uno mismo como del otro. Aprendes que “amarse los unos s los otros”, significa “cuidarse y consentirse los unos a los otros”.

Culturalmente existen ciertas ideas, creencias desfavorables, en torno a ser consentido, a consentir, a sentir con; algunas personas consideran que es algo erróneo, sin embargo estas ideas están equivocadas, ya que consentirse a sí mismo forma parte de los ingredientes vitales para la autoconstrucción de nuestro amoroso hábitat. E. Fromm señala: “que es una creencia común que amar a los demás es una virtud y amarse a si mismo es egoísmo. Se supone que en la medida en que me amo a mi mismo, no amo a los demás, que el amor a si mismo es lo mismo que egoísmo, pensamiento difundido por la tradición calvinista puritana desde la época de la reforma protestante. Debemos destacar la falacia que implica la noción de que el amor a los demás y el amor a uno mismo se excluyen recíprocamente. Si es una virtud amar al prójimo como a uno mismo, debe serlo también que me ame a mí mismo, puesto que también yo soy un ser humano. La idea de amar a tu prójimo como a ti mismo implica que el respeto por la propia integridad, el amor y la comprensión

del propio si mismo, no pueden separarse del respeto, el amor y la comprensión del otro individuo. El amor a si mismo esta inseparablemente ligado al amor a cualquier otro ser. No existe una división del trabajo de amar, si se ama al prójimo no se puede ser indiferente con uno mismo”.

El gran humanista renacentista, Erasmo de Róterdam en su obra “Elogio a la Locura”, cuestionaba a sus lectores: “Pero ahora decidme ¿Puede deleitar a los demás, él que para sí mismo se es molesto e insoportable? ¿Puede divertir a los demás, él que esta desesperado por su propio tedio? ¿Es posible acaso que este de acuerdo con otro, quien no lo ésta consigo mismo? ¿Puede por ventura amar a alguien, aquel que a si mismo se aborrezca? Tan cierto es que cada uno debe quererse así mismo y preocuparse de su estimación antes de buscar la ajena.”

El amor a una misma, el autocuidado (el autoconsentirse), es una de las claves principales de la autoestima, señala la antropóloga Marcela Lagarde, ya que significa afirmar y dirigir nuestros esfuerzos vitales a una misma, a nuestra vida, a nuestros proyectos, a nuestro cuerpo. Sin embargo, culturalmente se desvalorizan esas importantes claves para la autoestima, ya que los autocuidados y la autoatención a las necesidades propias, se les considera como una actitud egoísta y de mal gusto. Esta expresión de rechazo se manifiesta por ejemplo en algunos de los personajes de la novela de Paloma Villegas, “La Luz Oblicua”, los cuales consideran muy desagradable a una persona que ha sido consentida por sus papás y que al mismo tiempo se consiente a sí misma.

“Que muñequita de azúcar se busco Julio. Tan grande que es él, dijo Ángela. A ver si no se desencanta la princesa, esa Alicia en el país de las maravillas, siguió Toni. Así que de inmediato nos comunicamos que Alicia

no nos gustaba y que como grupo, íbamos a hacerle difíciles las cosas. No había simpatía para ella. No era como nosotras y además no quería ser como nosotras. Viéndolo bien, es curioso que en los comentarios de esa noche todos insistiéramos en una supuesta incorporeidad añorada e inocente de Alicia. Se prestaba atención sin cesar, como si esperara con ansias noticias urgentes de si misma. Si hacia frío era la primera en notarlo, si hacía rato que había pasado la hora de comer, era la primera en manifestar que tenía hambre, si estaba cansada, nada la hacía distraerse de ese hecho. Recibía continuas señales de su cuerpo y de su ánimo y no estaba dispuesta a perderse ninguna de ellas”.

En este relato se puede observar que Alicia solo estaba reproduciendo las enseñanzas que de sus padres recibió, todo un condicionamiento que se convirtió en algo casi automático, que forma parte de sus hábitos que desde niña aprendió.

Enseñar y aprender a consentirse y a sentir-con, para poder construirse un dulce, libre y amoroso hábitat, es un aprendizaje que inicia desde la infancia y continúa a lo largo de toda nuestra vida. Estas enseñanzas, con el paso del tiempo, las seguí recibiendo de mi papá, hasta el último minuto, a sus jovencísimos ochenta años el siguió siendo mi queridísimo amigo y compañero de juegos del conocimiento, mi dulce y libertario maestro de la vida, y al mismo tiempo el gran maestro de muchas generaciones, como lo describen estos fragmentos tomados de un discurso pronunciado por mi hermano Porfirio García de León Campero Calderón, en homenaje a mi papá en el panteón de Morelia, en octubre de 1991, nueve meses después de su fallecimiento.

“Estimados parientes y amigos, nos congregamos hoy para recordar al ingeniero Porfirio García de León González, en este homenaje para un hombre sencillo pero grande, a quien alguien llamó enamorado del amor, de la ciencia y de la vida. En efecto de él fluía como manantial el sentimiento amoroso, el optimismo, la alegría y la bondad humana. En este sentido compartía con los cristianos tal sentimiento, pero el que ama al prójimo no puede aceptar la injusticia, por tanto fue siempre un rebelde con causa.

De este rebelde voy a hablar, a pesar de que se que ustedes están aquí por el cariño y respeto a Porfirio García de León y no por avalar su filosofía y menos aún lo que yo diga.

Los deseos de mi padre fueron que sus cenizas fueran esparcidas desde la cima del cerro del Punhuato al que ascendió para establecer en 1955 un vértice de triangulación para el plano de Morelia. Ascendió hasta la cima pese a sus limitaciones físicas, con sus muletas con las que volaba y su enorme tacón que lo ligaba a la tierra michoacana. Sin embargo sus familiares pensamos que también hubiera deseado estar aquí junto a su padre, el ingeniero Porfirio García de León Segura, en la tumba donde sus hijos grabaron “Ciencia, bondad y Justicia tu recuerdo simboliza”. Al igual que mi padre, también es recordado por quienes lo conocieron por su sabiduría, honestidad, rectitud y bondad.

Mi abuelo fue revolucionario maderista y luego constitucionalista. Fue diputado, senador y gobernador interino del estado de Michoacán. Era ingeniero egresado del Colegio Militar, pero de acendrado espíritu civilista y liberal, de acuerdo con la tradición liberal heredada de mi tío bisabuelo Porfirio García de León Trujillo; quien en la época de Juárez y Ocampo,

luchó por el proyecto de Reforma liberal que propugnaba por la separación de la Iglesia y el Estado; por la ruptura del monopolio de la educación por el clero; por la libertad de expresión y pensamiento; por la reforma de la enseñanza.

Mi abuelo siempre entusiasta y comprometido con la enseñanza, fundó en 1915, la primera y efímera escuela de Ingeniería de Michoacán y en 1930 con el apoyo del general Cárdenas, la que es actualmente la facultad de Ingeniería Civil de la Universidad Michoacana.

Mi abuelo trabajó como ingeniero para su Estado y su ciudad. Fue director y profesor en la escuela de Ingeniería, querido y respetado por sus alumnos. Fue también pionero de la fotogrametría en México, uno de sus libros de estudio preferido, titulado “An Elementarie Treatise on Phototopografic Methods and Instruments”, de J.A. Ferrer, fue adquirido el día y el año en que nació su primer hijo.

Porfirio García de León González, a quien hoy recordamos nació el 10 de septiembre de 1910, cuando el cometa Halley, majestuoso asombró al mundo. Desde muy pequeño estuvo encamado, no asistió a la escuela primaria, su padre fue su maestro, entonces y siempre. Pese a sus dolencias por su pierna corta, gracias a su férrea voluntad, el apoyo de sus padres y hermanos y también a su tacón y a sus muletas, que siempre lo acompañaron, pronto pudo valerse por sí solo y se fue al Colegio San Nicolás y fue auténtico nicolaita como pocos durante su vida. Ser nicolaita decía es poner todo el esfuerzo para transformar y mejorar la sociedad en que vivimos.

Fue maestro por vocación su vida entera, inició como profesor a los 18 años y siguió siéndolo 63 más, hasta los 80 años; al morir era profesor activo en la Escuela Nacional Preparatoria. Antes lo había sido en el Colegio de San Nicolás en la Facultad de Ingeniería; en la Normal de Morelia y de México, en escuelas Secundarias y Preparatorias en el D.F.

Participó en varios movimientos estudiantiles en la Universidad Nicolaita, uno en contra de las acciones del rector Gustavo Corona, con quien después le unió larga amistad, y el segundo en el que en buena lid y aclamado como líder, llegó a la Rectoría de su entrañablemente querida Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, a partir del 18 de julio de 1946 al 20 de octubre de 1949. Como rector encabezó un movimiento para que se incrementara el subsidio, ya que el gobierno del Estado tenía en gran penuria a la universidad.

Otra faceta fundamental de Porfirio García de León González fue su participación en la Reforma Agraria, apenas terminó su carrera de ingeniero topógrafo en 1935, ocupó el cargo de Secretario de la Comisión Agraria Mixta. Con gran pasión y entusiasmo entregó las tierras a quienes las trabajaban, incluso repartió las de su propia familia. Era la gran época cardenista, colaboro con los gobernadores Magaña (heredero de Zapata), Sánchez Tapia e Ireta y desde luego con el presidente Cárdenas. Se trabajo día y noche, las resoluciones presidenciales de dotación de tierra a los campesinos eran inmediatamente tramitadas. Mi padre salía al campo a trabajar, a entregar ejidos, resolver litigios. Algunos pocos, terratenientes osaron por interpósitas personas ejercer el soborno, terrible atrevimiento. Varios campesinos quisieron agradecer con gallinitas. Mi padre nunca acepto nada.

Desde 1955 se había trasladado a la ciudad de México, sin embargo sus lazos con su tierra natal y su Alma Mater, la Universidad Michoacana nunca se rompieron, siempre estuvo en los aconteceres michoacanos y nicolaitas, procuraba asistir a las fiestas del 8 de mayo o del 27 de febrero, aniversario de la fundación de su escuela de Ingeniería. Se le veía en varios de los informes de gobierno en el mes de septiembre, así como en los principales acontecimientos familiares.

En 1965, el doctor Ignacio Chávez, rector de la UNAM, uno de sus maestros intelectuales, lo lleva como Director fundador de la Preparatoria Insurgentes. En ella ensaya con éxito nuevamente su política democrática como lo hizo anteriormente en la rectoría de la Universidad Michoacana.

Como rector, como director y maestro, siempre confió en los jóvenes, los escuchó y aceptó sus ideas, lo mismo hizo con profesores y trabajadores, sus compañeros todos, como él los llamaba, pero jamás fue manejado por nadie. Ayudo a cuantos pudo y solo empleo la fuerza de la razón, siempre tuvo por costumbre convencer, razonar, actuar por convicción, de acuerdo con sus ideales socialistas, demócratas y pacifistas.

Partidario de la paz mundial, afirmaba “que uno de los propósitos fundamentales de las universidades es enseñar a su alumnado que la guerra es un fenómeno evitable y consecuencia solo de intereses económicos en pugna. Se requiere educar al estudiante como un ciudadano universal, integrante no de un grupo nacional, racial o religioso, sino como una célula del organismo social, que constituye la humanidad entera. Con este aprendizaje, se habrá adelantado un gran paso, para ayudar a evitar las absurdas e interminables guerras, en que los hombres engañados, se destruyen los unos a los otros”.

Estaba convencido de la necesidad de transformar este ineficaz sistema económico capitalista, injusto y cruel, en el que una minoría prepotente, autoritaria y rapaz, se apropia de la riqueza del planeta y la inmensa mayoría vive sumida en la pobreza. “Necesitamos construir una gran comunidad social, en la que el ser humano pueda vivir sin temor, pacíficamente, sin ser explotado, ni explotar a nadie, sin hambre y con amor a la vida plena”.

Mi padre siempre creyó en el amor y lo enalteció en voz alta por convicción. Siempre amoroso con mi madre, se les veía frecuentemente tomados de la mano. Solo una vez en mi vida lo vi llorar, en la inesperada y prematura muerte de mi madre, en 1972. Todos quienes le conocieron lo recuerdan con cariño y agradecimiento, he tenido la satisfacción de escucharlo cientos de veces: “El me ayudo, o me apoyo, fue mi Rector, mi primer director, un gran maestro, lo quisimos mucho”.

Hoy he querido recordar a mi padre ante ustedes, lo he hecho sin pretensiones de objetividad o imparcialidad, al contrario cargado de un gran sentimiento e inmenso amor filial. El fue un hombre bondadoso, rebosante de amor, que desbordaba a su alrededor, hizo el bien a todos los pudo, tuvo grandes ideales, luchó y creyó en ellos, fue honrado y pulcro, actuó como pensaba, era incorregible optimista, su espíritu lo mantuvo siempre juvenil, con su rectitud y congruencia filosófica se ganó el respeto de muchos. Fue un rebelde y por ello muchas veces marginado. Pero sobre todo fue grande como maestro y como ser humano, muy humano. Le gustaba pregonar su pensamiento, polemizar y enseñar. Fue gran orador y por ello en su memoria pido para él un aplauso.

Muchas gracias queridos amigos y parientes, esta vez en nombre de mi familia nuestro agradecimiento por su presencia en este acto de cariño y fraternidad, en homenaje y memoria de Porfirio García de León González, este gran maestro de puertas abiertas, sonriente, amable y dulce siempre”.

CAPITULO III

"Educar el alma con dulzura y libertad": Michel de Montaigne.

"Hablaré de lo que fue puesto en práctica en mí mismo, la cualidad primera que mi padre buscaba en mis educadores era la benignidad y bondad de carácter. Mi padre hizo cuantos esfuerzos estuvieron en su mano para informarse entre gentes sabias y competentes cuál era la mejor educación para dirigir la mía con mayor provecho.

Fue advertido, desde luego, del dilatado tiempo que se empleaba en el estudio de las lenguas clásicas, lo cual se consideraba como causa de que no llegásemos a alcanzar la grandeza de alma ni los conocimientos de los antiguos griegos y romanos. No creo yo que esta causa sea la única. Sea de ello lo que quiera, el expediente de que mi padre echó mano para librarme de tal gasto de tiempo, fue que antes de salir de los brazos de la nodriza, antes de romper a hablar, me encomendó a un alemán, que más tarde murió en Francia siendo famoso médico, el cual ignoraba en absoluto nuestra lengua y hablaba el latín a maravilla. Este preceptor a quien mi

padre había hecho venir expresamente y que estaba muy bien retribuido, tenía-me de continuo consigo. Había también al mismo tiempo otras dos personas de menor saber para seguirme y aliviar la tarea del primero, las cuales no me hablaban sino en latín. En cuanto al resto de la casa, era precepto inquebrantable que ni mi padre, ni mi madre, ni criado, ni criada, hablasen delante de mí otra cosa que las pocas palabras latinas que se les habían pegado hablando conmigo. Fue portentoso el fruto que todos sacaron, mis padres aprendieron lo suficiente para entenderlo y disponían de todo el suficiente para servirse de él en caso necesario. Lo mismo acontecía a los criados que se separaban menos de mí. En suma, nos latinizamos tanto que la lengua del Lacio se extendió hasta los pueblos cercanos, donde aún hoy se sirven de palabras latinas para nombrar algunos utensilios de trabajo.

Contaba yo con más de seis años y así había oído hablar en francés o en el dialecto de Perigord como en el habla de los árabes. Así que sin arte alguno, sin libros, sin gramática, ni preceptos, sin disciplinas, sin palmetazos y sin lágrimas, aprendí el latín con tanta pureza como mi maestro lo sabía, pues yo no podía haberlo mezclado ni alterado.

Me enviaron a los seis años al colegio Guiena, en muy floreciente estado por aquella época y el mejor de cuantos había en toda Francia. Allí fui objeto de los cuidados más exquisitos, no es posible hacer más de lo que mi padre hizo, rodeóse-me de competentísimos preceptores y de todo lo demás concerniente al cuidado material al que contribuyó con toda clase de miras; muchas de estas apartábanse de la costumbre seguida en los colegios. Más de todas suertes no dejaba de ser colegio el sitio donde me llevaron.

La primera inclinación que tuve por los libros me vino del placer por las fábulas de la Metamorfosis de Ovidio. A la edad de siete u ocho años, me privada de todo otro placer por leerlas, tanto más cuando estaban escritas en mi lengua materna y además, porque era el libro más fácil que conocí y el que mejor se acomodaba a mi tierna edad por el asunto. Los Lancelote del Lago, los Amadís, los Hunos de Burdeos y demás fárrago de libros con que la infancia se regocija, no los conocía ni de nombre, ni hoy mismo los he leído. Todavía era más indiferente al estudio de las otras materias. Toleró mi inclinación a la lectura un preceptor inteligente que supo diestramente conllevar mis desarreglos y algunas otras faltas.

Gracias a él devoré de una sentada la Eneida de Virgilio; después Terencio; después Plauto y las comedias italianas, atraído por el encanto de los asuntos. Si mi maestro hubiera cometido la imprudencia de detener bruscamente el furor de mis lecturas, no hubiera sacado otro fruto del colegio que el odio a los libros, como le ocurre a casi toda nuestra nobleza. Mi preceptor procedió con ingenio. Fingiendo no advertirlo, dejándome al descuido, exigiéndome suavemente en los estudios obligatorios.

Cuando me daban un tema, según es usanza en los colegios, el profesor lo escribía en mal latín y yo lo presentaba correcto; a los demás se lo daban en francés. Los preceptores domésticos de mi infancia, que fueron Nicolás Grouchy, autor de *Comitiis Romanorum*; Guillermo Guerente, comentador de Aristóteles; Jorge Buchanam, gran poeta escocés y Marco Antonio Muret, a quien Italia y Francia reconocen como el primer orador de su tiempo. Me contaban que temían hablar conmigo en latín por lo bien que yo lo poseía, teniéndolo presto y a la mano en todo momento.

Buchanam, a quien vi más tarde al servicio del difunto mariscal de Brissac, me dijo que estaba escribiendo un tratado sobre la educación de los niños y que tomaría ejemplo de la mía.

Quiero manifestaros la sola opinión que acerca de educación profeso, contraria al común sentir y uso. Es cuanto puedo hacer en vuestro servicio en este punto. El método será su instrumento, no la violencia. Sócrates se colocaba al nivel de su escolar para mayor provecho, facilidad y sencillez de su doctrina. "La autoridad de los que enseñan perjudican a los que quieren aprender". (Cicerón),

Que la cabeza del escolar no se albergue a nada por la simple autoridad y crédito. Debe el maestro acostumbrar al discípulo a pasar por el tamiz todas las ideas que le transmita. Hallándome en Pisa, tuve ocasión de hablar familiarmente con una persona excelente, tan partidaria de Aristóteles, que profesaba con cabal firmeza la creencia de que el toque y la regla de toda verdad e idea sólida era su conformidad con la doctrina aristotélica y que fuera de tal doctrina todo era quimera y vacío, que Aristóteles lo había visto todo y todo lo había dicho.

Los principios de Aristóteles, como los de los estoicos o los de los epicúreos, no deben ser para él doctrina incontrovertible; propóngasele semejante diversidad de juicios, él escogerá si puede, y si no, permanecerá en la duda: "De la propia suerte que saber, también el dudar es meritorio", (Dante). Si abraza, después de reflexionarlas, las ideas de Jenofonte y las de Platón, estas ideas no serán ya las de esos filósofos serán las suyas. Es preciso que se impregne del espíritu de los filósofos; no basta con que aprenda los preceptos de los mismos; puede olvidar si quiere cuál fue la

fuentes de enseñanza, pero a condición de sabérsela apropiar. La verdad y la razón son patrimonio de todos y ambas pertenecen por igual al que habló antes que al que habla después. Tanto monta decir según el parecer de Platón que según el mío, pues los dos vemos y entendemos. Las abejas extraen el jugo de diversas flores y luego elaboran la miel, que es un producto suyo y no tomillo ni mejorana: así las nociones tomadas de otro, las transformará y modificará para con él ejecutar una obra que le pertenezca, formando de este modo su saber y su discernimiento.

Hay que enseñarle a no entrar en discusiones ni disputas más que cuando haya de habérselas con un estudioso digno y así mismo enseñarle a escoger los argumentos que puedan ayudarlo mejor. Tiene que elegir con tacto sus razones, ser congruente y lacónico. Acostumbrarse sobre todo a rendirse ante la verdad, luego que la advierta, ya nazca de su adversario, ya surja de sus propios argumentos por haber dado con ella de pronto. Pues no estará obligado a defender ninguna tesis prescrita. Sin ligarse a nada, sino a lo que aprueba, no tomará partido por lo que se vende por dinero y que priva de la libertad de arrepentirse y de ser reconocido.

Que se permita a su mente una curiosidad legítima que le haga informarse de todas las cosas; todo aquello que haya de curioso en derredor suyo debe verlo: un edificio, una fuente, un hombre, el sitio de una antigua batalla, el paso de César o de Carlomagno. Qué región está entumecida por el frío o abrasada por el sol; qué viento propicio empuja las naves a Italia. Se informará de las costumbres, estas cosas son muy placenteras y útiles de saber. Al hablar del trato de los hombres incluyo de modo principal a los que no viven sino en la memoria de los libros. Debe

frecuentar los historiadores que relataron de las grandes almas en los mejores siglos.

He oído asegurar a personas inteligentes, que los colegios donde reciben la educación de los cuales hay tantísimo número los embrutececen y adulteran. Los procedimientos que se emplean en la mayor parte de estos me han disgustado siempre; con mucha mayor cordura debiera emplearse la indulgencia. Los colegios son una verdadera prisión de la juventud cautiva, a la cual se convierte en relajada castigándola antes de que lo sea.

No quiero que se aprisione al niño, no quiero que se le deje a la merced del mal humor de un furioso maestro de escuela; no quiero que su espíritu se corrompa teniéndole aherrojado, sujeto al trabajo durante muchas horas, como un mozo de cordel. No quiero que se inutilicen las felices disposiciones del adolescente a causa de la incivilidad y la barbarie de los preceptores.

Visitad un colegio a la hora de las clases y no oiréis más que gritos de niños a quienes se martiriza; y no veréis más que maestros enloquecidos por la cólera. ¡Buenos medios de avivar el deseo de saber en almas tímidas y tiernas, de guiarlas así con el rostro feroz y el látigo en la mano! Quintiliano dice que tal autoridad imperiosa junto con los castigos, acarrea, andando el tiempo, consecuencias peligrosas. ¿Cuánto mejor sería ver la escuela sembrada de flores, que de trozos de mimbres ensangrentados? Yo colocaría en ellas los retratos de la Alegría, el Regocijo, Flora y las Gracias, como los colocó en la suya el filósofo Speusipo, así se hermanaría la instrucción con el deleite. La educación saludable al alma del niño para que sea un deleite tiene que dulcificarse y las formas amargas y dañinas

apartarse. Es maravilla ver que Platón siempre se muestra en pro del deleite y la alegría, y cómo se detiene en hablar de sus carreras, juegos, canciones, saltos y danzas, de los cuales dice que la antigüedad concedió la dirección a los dioses mismos.

Tiene que presidir a la educación una firme dulzura, no como se practica generalmente; en lugar de invitar a los niños al estudio de las letras, se les brinda sólo con el horror y la crueldad. Que se alejen la violencia y la fuerza, nada hay a mi juicio que bastardee y trastorne tanto una naturaleza bien nacida.

Las mismas han sido mis ideas siendo niño, joven y viejo, en la materia que voy hablando (sobre la educación de los hijos), como lo aprendí de mi padre, cuando intentó hacerme aprender el griego, por arte, más de un modo nuevo, por un procedimiento de distracción y ejercicio. Estudiábamos las declinaciones a la manera de los que sirven del juego de damas para aprender la aritmética y la geometría; pues entre otras cosas habían aconsejado a mi padre que me hiciera gustar la ciencia por espontánea voluntad, por mi individual deseo, al par que educar mi alma con toda dulzura y libertad, sin trabas ni rigor. Y de hasta qué punto se cumplía conmigo tal precepto, puede formarse una idea considerando que, porque algunos juzgan nocivo el despertar a los niños por la mañana con ruidos violentos, por ser el sueño más profundo en la primera edad que en las personas mayores, despertábanme con el sonido de algún instrumento.

Tal ejemplo bastará para juzgar de los cuidados que acompañaron mi infancia y también para recomendar la afección y prudencia de tan

excelente padre, del cual no hay que quejarse si los resultados no correspondieron a una educación tan exquisita".

Ensayos
"Montaigne"
1533-1592

Ensayo X

PENSAR, FILOSOFAR PARA

EL CULTIVO Y CUIDADO DE SÍ

-actividades solidarias para con uno mismo-

Pensar, filosofar para cultivar el alma.

“Los hombres tienen todo el deseo de llevar la mejor vida, saben que no hay nada mejor para la vida que el cultivo del alma, sin embargo la descuidan. Y no obstante quien quiere tener una vista penetrante tiene que cuidar los ojos que sirven para ver, si se quiere ser ágil en la carrera, hay que cuidar los pies que sirven para correr... Lo mismo sucede con las partes del cuerpo de la que cada uno tiene que cuidar según su preferencia. Esto todos lo ven claramente y sin dificultad, de modo que no me canso de preguntar con asombro legítimo, porqué no cuidar y cultivar también el alma con el ejercicio de la razón y la luz del conocimiento”

Apuleyo

La educación en la antigüedad grecorromana estaba orientada al cultivo del “alma”. Este concepto “alma”, “psyche” en griego se refería al “yo”, al cultivo del propio mundo interior, al desarrollo y conocimiento de uno mismo.

El desarrollo, formación y cultivo del alma, era un aprendizaje que tenía que continuar a lo largo de toda la vida, era una práctica, una

actividad, que los antiguos filósofos griegos y romanos, denominaban: el “cultivo del sí”, “la aplicación a uno mismo”, “ser artífice de su propia vida”; lo que requería todo un conjunto de ocupaciones. Se recurre a muchas fórmulas, se puede dar un tiempo por la noche o por la mañana, para reservar algunos momentos al recogimiento, al examen, a la escritura, a la conversación con uno mismo.

Séneca, Epicteto y Marco Aurelio hacen referencia a esos momentos para dedicarse, para volverse sobre uno mismo. Se puede interrumpir de vez en cuando las actividades ordinarias y hacer lo que Musonio, entre tantos otros, recomendaba vivamente: “Permitir estar a solas con uno mismo, recoger el propio pasado, colocar ante la vista el conjunto de la vida transcurrida, familiarizarse por medio de la lectura, con los preceptos y los ejemplos de que deseamos inspirarnos y volver a encontrar los principios fundantes de una vida racional”.

Ocuparse de uno mismo, no es algo pasivo, este tiempo no está vacío, está poblado de ejercicios, de tareas prácticas, de actividades diversas. Están las meditaciones, las lecturas, las notas que se toman de los libros o de las conversaciones escuchadas y que se releen más tarde, la rememoración de las verdades que se saben ya, pero que hay que apropiarse aún mejor, por medio del estudio y la escritura. Marco Aurelio decía que es un largo trabajo de reactivación de los principios generales y de los argumentos racionales.

La aplicación a uno mismo, como señala M. Foucault en su ensayo “La inquietud de sí”, toma la forma de una actitud filosófica, de una manera de comportarse, que impregna las formas de vivir, que desarrolla procedimientos, prácticas que se meditan, que se perfeccionan y se

enseñan. Una práctica que da lugar posteriormente a intercambios y comunicaciones, que da lugar finalmente a cierto modo de conocimiento y a la elaboración de un saber. Para Séneca ocuparse de uno mismo, requiere de mucha atención para lo que es necesario renunciar a otras ocupaciones: “Así podría uno quedar vacante para sí mismo, pero esta vacancia, toma la forma de una actividad filosófica múltiple, que requiere de un tiempo, para no escatimar esfuerzos, para hacerse uno mismo”.

El historiador Paul Veyne señala que entre los antiguos grecorromanos, tener una actitud, una actividad filosófica, significaba que practicaban el cultivo de sí, los ejercicios del alma, que consistían en reflexionar, analizar, pensar.

Pensar es filosofar

Filosofar es pensar. Pero ¿qué es pensar? Pensar es como decía el maestro de filosofía José Ortega y Gasset, una tarea, algo que el ser humano hace por algo y para algo, una ocupación y no sólo algo que en él pasa. La mente del ser humano intenta por distintos caminos saber a qué atenerse respecto al mundo y a sí mismo. Uno de esos caminos es el saber filosófico.

El pensar en forma filosófica, es como señala Gramsci, un método intelectual, que pretende formarse una concepción coherente del mundo, que no sea fragmentaria, inconexa, acrítica, ocasional y dispersa, compuesta de fragmentos de diversas concepciones, con frecuencia contradictorias.

Pensar, razonar correctamente es una habilidad que suele llamarse “lógica como arte”, nos dice la filósofa Adela Cortina. Se trata de tener un

razonamiento en que las personas establezcan relaciones lógicas de causa y efecto, que incorpore operaciones como la deducción, la inducción, la síntesis, que analice la interconexión dialéctica de los hechos.

Pensar es una actividad que pretende desarrollar el sentido del razonamiento lógico, la capacidad crítica, el análisis, la curiosidad que no respeta dogmas ni ocultamiento. Pensar es fomentar el uso de la razón: para observar, abstraer, deducir, para obtener una visión de conjunto ante el panorama del saber. Así como sensibilizarse, para apreciar las más bellas realizaciones del espíritu humano; motivado por el entusiasmo, la pasión, el amor al conocimiento, como afirma F. Savater en su libro “El valor de educar”.

Pensar por amor, admiración, gusto por saber

Pensar es filosofar. La filosofía es en su origen histórico y etimológico: “amor a la sabiduría”, “philos”- “sophia”.

Adela Cortina nos recuerda que la filosofía occidental nace en Grecia, concretamente en Mileto (Asia Menor), en el siglo VI a.C. En textos de Heródoto, Tucídides y Heráclito aparecen términos relacionados con el “filosofar”, (hos philosophéon) en conexión con otros como “sabiduría” (sophie).

El filósofo, el pensador, aspira al saber, gracias a esta actitud se pone en marcha un motor impulsado por el sentimiento de amor, admiración y gusto por el conocimiento. Como lo ilustra un historiador de la antigüedad con las siguientes palabras con las que Creso saluda a Solón: “Han llegado

hasta nosotros muchas noticias tuyas, tanto de tu sabiduría como de tus viajes, y de que, movido por el gusto del saber, has recorrido muchos países para examinarlos”.

La admiración, el asombro, se produce ante un mundo que plantea toda suerte de interrogantes. Aristóteles dice que:”los hombres comienzan y comenzaron siempre a filosofar movidos por la admiración, al principio admirados ante los fenómenos sorprendentes más comunes; luego, avanzando poco a poco y planteándose problemas mayores...”.

Adoptar ante el universo la actitud descrita da lugar al saber filosófico: la filosofía se caracteriza por ser un amor a la sabiduría, una aspiración al conocimiento motivada por la admiración.

La admiración era definida por el filósofo Descartes como asombro, descubrimiento, conocimiento emocionante: “la súbita sorpresa del alma que la lleva a considerar con atención los objetos que le parecen raros o extraordinarios”.

El filósofo Bertrand Russell nos dice que el conocimiento en sus inicios fue debido a hombres que tenían amor al universo. Percibían la belleza de las estrellas y del mar, de los vientos y de las montañas. Porque amaban todas esas cosas, sus pensamientos se ocupaban de ellas y deseaban entenderlas más íntimamente que lo que la mera contemplación exterior hacía posible. “El mundo- decía Heráclito- es un fuego siempre vivo”. Los filósofos griegos sintieron una gran inclinación hacia el conocimiento, percibían la extraña belleza del mundo, eran hombres de un intelecto titánico y de una intensa pasión.

La pasión por saber, por entender el mundo y el deseo de transformarlo para el mejoramiento de la humanidad, son grandes motores que impulsan el avance del conocimiento.

Pensar, saber, conocer, es motivado por un deseo

El filósofo Luis Villoro nos dice que el afán por el conocimiento es motivado por un deseo: "Todo saber responde a deseos concretos que varían en cada caso, además, por distintos que sean esos deseos particulares, responden también a un interés general. Ese interés, no por ser general, en sentido benéfico para la especie, deja de ser profundamente personal, ni de estar ligado a las necesidades de nuestra vida práctica, cotidiana. El deseo que nos impulsa a saber, es la urgencia de vivir una vida realizada y con sentido. Es nuestra necesidad concreta de participar activamente en la vida (con una práctica cotidiana protagonizada) y no sólo su visión contemplativa; es por lo que deseamos conocer".

El deseo de saber tendría como uno de sus principales objetivos: "Vivir una vida socialmente libre y plenamente consciente. Y no aquella en que la vida se hace cargo de nosotros, sin que siquiera nos demos cuenta de ello; las mil actitudes que prosperaron y se remontan por sí mismas y con respecto a las cuales nadie le es preciso tomar una decisión, que suceden sin que seamos plenamente conscientes de ellas. Como si la humanidad se hallara semisumergida en innumerables conductas acumuladas confusamente, repetidas de manera infinita hasta nuestros días, las que nos encierran y deciden por nosotros durante nuestra existencia. Modelos, formas u obligaciones de actuar que se remontan a veces, y más a

menudo de lo que suponemos, a la noche de los tiempos, esa vida más bien soportada que protagonizada, en oposición a la vida consciente y pensante en que se involucra de manera protagónica la voluntad y el conocimiento humano”, como afirma Fernando Braudel.

“El conocimiento humano surgió de la necesidad y el deseo de saber, sobre todo entre los filósofos griegos de la antigüedad. Las necesidades y los deseos más importantes para la vida humana están conectados y unidos por cierto principio de crecimiento, por una urgencia que los conduce en cierta dirección, como los árboles en busca de la luz. Estos son los deseos que tienden a la afirmación y mejoramiento de uno mismo y de los demás, que están dirigidos a una actividad creativa, a la salud, a la felicidad”. B. Russell.

Pensar para saber y saber para vivir feliz

La filosofía en Grecia desde sus orígenes tenía una doble finalidad: saber para conocer y saber para vivir feliz. Los filósofos se enfrentaban a una doble tarea: desentrañar los secretos del universo y de la vida humana; descubrir su verdad, para aprender a orientar la vida de una forma tan inteligente, que se lograra vivir bien, ser feliz.

Se dice que fue Sócrates, en el siglo V a. de C. quien dirigió prioritariamente su atención a las cuestiones humanas y no tan sólo a las cósmicas. Los filósofos empezaron a interesarse por saber no sólo por el

afán de saber, sino también por averiguar cómo ser felices, en ese universo que iban descubriendo.

Ya Aristóteles, al plantearse tan vital cuestión, había señalado que ser feliz era el fin natural de la existencia humana, y también él como Séneca, recomendaba recurrir a la reflexión, al pensamiento, para investigar, orientar y dar sentido a tan crucial cuestión. Se decía que para ser una persona sabia era preciso aprender a ser feliz.

Pensar para saber y saber para vivir feliz, estuvo en el centro de la reflexión filosófica de la antigüedad. Desde entonces se han creado distintas y sugerentes propuestas, modelos que varían considerablemente, planteamientos sobre la felicidad desde diversas perspectivas. Propuestas que han sido elaboradas en forma de manual de conducta, de guía ética, con un sistema de valores, en el que está contenida una filosofía, una visión del mundo y de la vida, con su praxis y su teoría.

Pensar, filosofar para llevar la teoría a la praxis

La actividad filosófica es reflexión teórica y praxis (práctica) cotidiana; señala Luis Villoro: “el pensamiento filosófico invita a elegir una forma de vida, la práctica de esa vida corrobora el pensamiento”.

Cicerón afirma que Sócrates fue el primero que hizo descender a la filosofía del cielo y le buscó acomodo práctico en las ciudades, e incluso la introdujo en los hogares, para pensar, filosofar sobre la vida y costumbres de las personas.

Sin embargo como señala el gran filósofo Adolfo Sánchez Vázquez, hay personas que no quieren pensar, filosofar, que limitan la forma de su pensamiento y su interpretación del mundo, viven al margen de toda filosofía, de toda reflexión teórica. Los nexos con el mundo y consigo mismos aparecen ante las personas en un plano ateórico. “No sienten la necesidad de pensar, examinar, analizar sus hábitos mentales y lugares comunes que encierran su práctica cotidiana, abordan el mundo desde un pensamiento mecánico, reiterativo”. No se cultiva el pensamiento crítico, no hay una orientación lógica, ni ética, se camina sin brújula, sin sentido, sin filosofía.

Cuando las personas no tienen una teoría, una filosofía que practicar, señala Adela Cortina, experimentan su vida como un caos en el que se pierden, como en un océano en el que se sienten náufragos, no hay puerto de llegada ni de salida. La vida se presenta como una serie de incidentes inconexos, sin rumbo y sin unidad. La falta de una teoría y una praxis filosófica genera una desorientación vital, que impide navegar rumbo a la serenidad.

Pensar, reflexionar, teorizar, practicar una filosofía es fuente de serenidad, de alivio y seguridad, es como una terapéutica, como una brújula que guía, como un candil que ilumina el camino, que lo hace más claro y preciso. Por ello la actividad filosófica ha solido representarse con imágenes que expresan con distintas variantes un tema común: la negación de una situación enajenada, el acceso a la razón, a la liberación. Las metáforas son prisioneros atados en una caverna que escapan por fin hacia la luz solar, es iluminación interior, descubrimiento, curación, terapia, alivio del cuerpo y del alma.

Pensar, filosofar para serenar las tempestades del alma y atender las perturbaciones del cuerpo

En la antigüedad grecorromana, pensar, filosofar era un ejercicio, una práctica permanente que tenía entre sus principales objetivos el cultivo y el cuidado de sí: formarse y cuidarse eran actividades solidarias para con uno mismo. “Voltear y volverse hacia uno mismo, para ser objeto de los propios cuidados”. Por medio de un corpus de saber y el propio ser razonable, se definía una manera de vivir, un modo de relación meditada con uno mismo, con el propio cuerpo, con los alimentos, con la vigilia, con el sueño, con las diferentes actividades y con el medio ambiente.

Había que precisar las relaciones entre el calendario y los cuidados dedicados a uno mismo. Ateneo aconsejaba que para afrontar la estación invernal en la calle como en la casa, se buscarán lugares cubiertos y calientes; se llevarán vestidos gruesos, se respirará poniéndose delante de la boca una parte del vestido. En cuanto a la alimentación, se escogerá la que “puede calentar las partes del cuerpo y disolver los líquidos cuajados y espesados por el frío. Las bebidas consistirán en hidromiel, en vino enmielado, en vino blanco, viejo y oloroso, en general en sustancias capaces de atraer toda la humedad, pero se disminuirá la cantidad de bebida; el alimento seco será fácil de elaborar, bien fermentado, bien cocido, puro, y se mezclará con hinojo y con biznaga. En lo que hace a las hortalizas, se comerá col, espárragos, puerros, cebolla tierna hervida y rábano blanco hervido; en cuanto a pescado, peces de roca, que se distribuyen fácilmente en el cuerpo; en cuanto a carnes, aves de corral, y entre las otras especies, cabrito y lechón; en cuanto a salsas, las que se

preparan con pimienta, mostaza, jaramago, garo y vinagre. Conviene las fricciones bastante vigorosas y sobre todo las que se da uno a sí mismo junto al fuego. Es bueno también recurrir al baño caliente, en la piscina o en una pequeña bañera.

Para el verano se recomienda la caminata, esta es más ventajosa en un terreno que no sea enteramente liso, pues las subidas y bajadas, al imprimir al cuerpo movimientos variados, son más favorables, a menos que el estado de debilidad sea extremo. La caminata es más saludable al aire libre que bajo techado; al sol, si la cabeza puede soportarlo, que a la sombra; a la sombra de los muros y del follaje que a la de los techos; en línea recta que en línea sinuosa, el ejercicio irá seguido de una unción ya sea al sol, ya sea junto al fuego; o también de un baño, pero en una habitación que sea en lo posible alta, bien iluminada y espaciosa.

Séneca en sus cartas recomienda una dedicada atención a la salud, al régimen, a los malestares, a todas las perturbaciones que pueden circular entre cuerpo y alma. El cuerpo de que ha de ocuparse el adulto cuando se preocupa de sí mismo, no es ya el cuerpo joven, es un cuerpo más bien frágil y sensible, que requiere de ejercicios físicos sin exceso, de la satisfacción tan mesurada como sea posible de las necesidades.

En su correspondencia Frontón y Marco Aurelio, se ocupan de las prácticas del cuidado de uno mismo, recomiendan la economía de régimen, la escucha de las perturbaciones, la atención detallada al disfuncionamiento, la consideración de todos los elementos: estación, clima, alimentación, modo de vida.

En los textos se señala la insistencia, la atención que conviene concederse a uno mismo a propósito de todas las perturbaciones. Es necesario respetarse a sí mismo no simplemente en el estatuto propio, sino en el propio ser razonable; ya que los males del alma pueden perturbar el cuerpo, y los males del cuerpo a el alma, comunicándose entre ellos e intercambiar sus malestares.

“Para ocuparse de la salud del alma, no es para nadie ni demasiado pronto ni demasiado tarde. Ni el joven dilate en filosofar, ni el viejo de filosofar se fastidie; pues a nadie es intempestivo ni por muy joven ni por muy anciano el solicitar la salud del ánimo. Y quien dice, o que no ha llegado el tiempo de filosofar, o que ya se ha pasado, es semejante a quien dice que no ha llegado el tiempo de buscar la felicidad, o que ya se ha pasado. Así que deben filosofar viejos y jóvenes: aquellos para florecer en el bien a beneficio de los nacidos; éstos para ser juntamente jóvenes y ancianos, careciendo del miedo de las cosas futuras. Conviene, pues, cuidar lo que produce felicidad, siendo así que con ella lo tenemos todo, y no teniéndola, lo ejecutamos todo para conseguirla. Practica por tanto, y solicita las cosas que te he enseñado, repetidas veces, teniendo por cierto los principios para vivir. Que nadie siendo joven, tarde en filosofar, ni siendo viejo se canse de la filosofía. No hay pues edad para ocuparse de uno mismo. No es nunca ni demasiado pronto ni demasiado tarde para ocuparse de la propia alma”, afirmaba Epicuro.

Aquellos a quienes Séneca o Plutarco proponen sus consejos sobre el cuidado del alma, no son ya en efecto los adolescentes ávidos o tímidos a quienes el Sócrates de Platón o el Jenofonte invitaba a ocuparse de sí mismo. Son hombres maduros. Sereno es un joven pariente protegido de

Séneca: pero nada parecido a un muchacho en curso de estudios. En cuanto a Lucilio, sólo tenía al parecer unos años menos que Séneca; cuando era procurador de Sicilia intercambiaban apretada correspondencia en la que Séneca le expone los principios y las prácticas de su sabiduría, le cuenta sus propias debilidades y sus combates todavía inacabados y le pide incluso a veces ayuda. Por lo demás, no se ruboriza de decirle que a los sesenta años pasados ha ido el mismo a seguir la enseñanza de Metrónaz.

Los corresponsales a quienes Plutarco dirige unos tratados sobre las virtudes y los defectos, sobre la felicidad del alma y los infortunios de la vida, son también hombres maduros. Hermótimo, anda por las calles analizando las lecciones que no debe olvidar; es sin embargo bastante mayor: desde hace ya veinte años, ha decidido no confundir más su vida con la de los humanos desdichados, y estima todavía en diez años más para seguir aprendiendo a ser feliz; él ha decidido velar por sí mismo, bajo la dirección de un maestro. Toda esa actividad de orientación de conciencia es el deseo de los adultos de continuar con la educación y cuidado de su alma.

“Se puede sin deshonra ignorar tocar la cítara, pero hay que saber afinar la propia alma con ayuda de la razón”, señalaba Apuleyo.

En sus ensayos sobre la cultura grecorromana, Michel Foucault señala que es un empeño de los adultos ocuparse de su alma, es su deseo como escolares ir a buscar a los filósofos para que los orienten hacia el camino de la felicidad.

El que los filósofos recomienden el cuidado de la propia alma, el preocuparse de uno mismo no quiere decir que esté reservado a aquellos que escogen una vida semejante a la de ellos, o que semejante actitud no sea indispensable sino durante el tiempo que se pase junto a ellos. Es un principio válido para todos, todo el tiempo, durante toda la vida. El caso de Plinio puede servir de ejemplo concreto: alejado de toda pertenencia doctrinal estricta, recorriendo la carrera regular de los honores, ocupado en sus trabajos literarios, no se encuentra en absoluto en instancia de ruptura con el mundo. Y sin embargo no cesa de manifestar a todo lo largo de su vida que se propone seguir aprendiendo. Se entrega a la lectura, a la composición, al cuidado de la salud, a la conversación consigo mismo y con sus propios escritos. Cuando es enviado a Siria, su primer deseo es presentarse ante Éufrates para seguir sus enseñanzas, “hacerse querer de él, y beneficiarse de un maestro que sabe combatir los errores sin atacar a los individuos”.

Pensar para cultivar, innovar, reformar y podar errores

Desde Sócrates la actividad filosófica ha pretendido ser “reforma del entendimiento e innovación de vida”.

Innovar, reformar, podar errores, requiere como un jardín un cuidado delicado, que consiste no solamente en riego continuo sino también quitar la maleza, las hierbas que perjudican, que impiden un sano crecimiento. Agnes Heller señala que es responsabilidad de cada quien que cultiva, que siembra, que poda. Una persona puede cortar, olvidar, desaprender

sentimientos, pensamientos, creencias, conceptos. Así también puede plantar nuevos conceptos aprendidos, para innovar su entendimiento.

Esta innovación puede realizarse mediante la siguiente actividad filosófica, con tres operaciones ligadas entre sí, como nos ilustra Luis Villoro. Primero: el análisis de los conceptos permite rechazar los conceptos (sentimentales e intelectuales) oscuros y alcanzar conceptos cada vez más precisos; esto requeriría de la reforma de nuestro marco conceptual (categorías, significados, símbolos). Segundo: el examen de las razones en que se fundan los enunciados que expresan nuestras creencias, permite rechazar las opiniones infundadas y llegar a creencias fundadas en razones; esto requeriría la reforma de nuestras creencias (sentimentales e intelectuales). Tercero: la reforma de nuestra capacidad interrogatoria, para formularnos preguntas cada vez más iluminadoras.

La crítica de la razón conduce inevitablemente al rechazo u olvido de conceptos oscuros sin fundamento y a la formulación de nuevos conceptos y conocimientos, lo cual libera el entendimiento, así sea parcialmente, de ciertos saberes aceptados sin discusión, lo que permite reformar el marco conceptual en que se basan los conocimientos que guían las acciones de nuestra vida.

Para Roger Bartra, la reforma del entendimiento, el cultivo del jardín significa podar y corregir pensamientos e ideas. “Es como sembrar la cepa espinosa del mismo rosal, previamente podado; en este trabajo de jardinería intelectual he ido cortando muchos tallos que me parecían marchitos o torcidos: expresiones dogmáticas, calificativos arbitrarios, adjetivos excesivos y afirmaciones con las que ahora estoy inconforme. Los tallos de la planta son espinosos y me he lastimado los dedos al

podarla, como si los agudos recuerdos de viejas equivocaciones se hubiesen endurecido en la memoria”.

El cultivo de un rosal es como el cultivo del alma nos dice E. Fromm, requiere de delicados cuidados para actualizar todo su potencial, que sus hojas se desarrollen bien, que su flor sea una rosa sana. “El rosal necesita un tipo especial de tierra, de humedad, de temperatura, de sol y sombra, hay que procurárselos, si se quiere conseguir buenas rosas. Pero incluso si no es posible, el rosal tratará de satisfacer al máximo sus necesidades, aunque no pueda modificar en nada la tierra y la humedad, puede inclinarse vitalmente hacia el sol, para continuar floreciendo siempre.

“Entre las almas y entre las rosas hay semejanzas maravillosas, almas que perfuman con su fragancia y alegran la vida con vivos colores”, dice una hermosa canción chiapaneca.

El autocultivo del propio jardín sentimental se convierte en gozo y autodisfrute, nos dice Agnes Heller, porque no sólo se riega, se quitan, se seleccionan, se podan ramas, sino que se siembra, se pone el propio estilo, el sello personal, mediante un permanente y delicado trabajo de jardinería intelectual, basado en el cultivo del conocimiento, el análisis, la lógica y el razonamiento, a partir de pensar, jugar, filosofar.

AGRADECIMIENTO

Mi reconocimiento, agradecimiento y admiración a mi maestro, mi amigo y doctor Alfonso Eguía Lis, que cura a sus pacientes con la belleza de su alma, su humanismo y gran sabiduría, producto de su profundo amor al conocimiento y a la investigación científica. Por lo que durante décadas, con su dulce, delicada e inteligente medicina homeopática, ha podido curar diversas y graves enfermedades que la medicina alopática no ha podido enfrentar. Gracias a sus generosos cuidados y a las sorprendentes fórmulas magistrales que ha inventado, mis ojos que durante años han sufrido complejos problemas, actualmente han tenido vitales avances e inmensa mejoría; lo que ha permitido a mis ojos

comodidad para terminar esta colección de ensayos y para realizar mi querido trabajo cotidiano: leer y escribir, que es un gran valor para mí, un hábito que al practicarlo encanta e ilumina la vida. Así también el doctor que tiene el hábito de sanar, al practicar la medicina y curarnos nos ilumina y encanta la vida, nos amplía la sonrisa, la confianza y la serenidad, con un dulce chochito homeopático a la 30 centesimal.

Bibliografía

Alberoni; Francesco

1991 La Amista. Gedisa, Barcelona, España

1979 Enamoramiento y Amor, Gedisa; México

1986 El Erotismo, Gedisa, Barcelona, España

Alborch, Carmen

2002 Malas, Santillana, Madrid

1999 Solas

Álvarez Z., María Edmée

1967 Literatura mexicana e hispanoamericana, Porrúa México

Isabel Allende

1997 Afrodita. Cuentos, Recetas y otros afrodisiacos. Plaza y Janés, México

Anderson, Michael

1980 Sociología de la Familia. Fondo de Cultura Económica, México.

Aristóteles

1998 Ética Nicomaquea. Sepan Cuentos Num. 70, Porrúa, México

Arreola Cortes, Raúl

1982 Historia del Colegio de San Nicolás. Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.

Bárcena Fernando y Joan-Carlos Mélich

2000 La educación como acontecimiento ético. Natalidad, narración y hospitalidad. Paidós. Barcelona, España.

Breton, David le

1999 Las Pasiones Ordinarias-Antropología de Las Emociones. Ediciones Nueva Visión. Buenos Aires.

Bartra, Roger

1996 Las redes imaginarias del poder político. Océano, México.

Blanco, José Joaquín

1990 Un Chavo Bien Helado Ediciones ERA

Boétie, Etienne de la

2003 Discurso de la servidumbre voluntaria. Editorial Sexto Piso, México

Brom, Juan

1981 Esbozo de Historia Universal. Tratados y manuales. Grijalbo, México.

Burin, Mabel

1994 El malestar de las mujeres. La tranquilidad recetada. Paidos, Buenos Aires.

Careaga, Gabriel

1993 Mitos y fantasías de la clase Media en México. Océano. México.

1994 Biografía de un joven de la clase media, Cal y arena México.

Carrol, Lewis

1989 Al otro lado del Espejo. Editorial Porrúa, México.

1989 Alicia en el país de las maravillas, Editorial Porrúa México

Caro, LucrecioTito

1985 De la Naturaleza, Sepan Cuantos Núm. 485. Porrúa, México.

Castañeda, Marina

2003 La Experiencia Homosexual. Editorial Paidos.

Castelles Manuel y De Ipola E.

1986 Práctica Epistemológica y Ciencias Sociales. Universidad Autónoma de Sinaloa, México

.

Cooper, David

1985 La muerte de la familia, Ariel Barcelona.

Cortina, Adela

2000 Filosofía, Editorial Santillana. España.

De la Cruz, Sor Juana Inés

1988 Respuesta a Sor Filotes de la Cruz, Hispánicas, México.

Darwin, Charles

1985 El origen de las especies. Consejo Nacional de Ciencias Y Tecnologías. México.

Delius, Christoph (Coordinador) 2000 Historia de la Filosofía Editorial Könnemann, Alemania.

Dibie, Pascal

1989 Etnología de la Alcoba. El dormitorio y la gran aventura del reposo del ser humano. Gedisa, Barcelona, España.

Dieterich, Heinz

1986 Lecturas sobre el desarrollo del pensamiento científico. Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, México.

Döring, Ma. Teresa

1994 La pareja o hasta que la muerte nos separe. ¿Un sueño imposible? Fontamara, México.

Duby Georges y Aries Philippe

1990 Historia de la vida privada, Imperio romano y antigüedad tardía. Buenos Aires. Argentina, Taurus.

Duncan, Isadora

1992 Mi vida. Fontamara, México

Engels, Federico

1999 El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado. Ediciones Peña Hermanos, México.

Fernández Christlieb, Pablo

2000 La efectividad colectiva. Taurus, México.

Frankel, Boris

1989 Los Utópicos Postindustriales Ediciones Alfons el Magnamin Valencia, España.

Friedan, Betty

1974 La Mística de la Feminidad. Jucar, España

Fromm, Erich

1987 El arte de amar. Paidós, México

1992 El amor a la vida. Paidós Studio México.

1993 ¿Tener o ser?. Fondo de Cultura Económica, México

Fontanarosa

1992 La pareja. Promexa, México.

Foucault, Michel

1993 Historia de la sexualidad 3. La Inquietud de sí. Siglo XXI, México.

1991 Saber y Verdad. Genealogía de Poder, La piqueta, Madrid, España.

Galeano, Eduardo

2003 Patas Arriba, La Escuela del Mundo Al Revés, Editorial Siglo XXI

2002 El libro de los Abrazos, Siglo XXI Editores.

Gallo, Miguel Ángel

1986 De Cuauhtémoc a Juárez y de Cortes a Maximiliano. Quinto Sol, México

1986 De la Prehistoria a la Historia, Quinto Sol, México.

García de León González, Porfirio

1992 Universidad y Ciencia. Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Morelia Mich. México.

Gonzalbo, Pilar

1985 La Educación de la mujer en la Nueva España. El Caballito. SEP Cultura, México.

González Marmolejo, Jorge René

1992 Amor y desamor. Vivencia de parejas en la sociedad Novo Hispana. Correspondencia de Clérigos del siglo XVIII. Instituto Nacional de Antropología e Historia.

González; Pedrero 1989

La riqueza de la pobreza. Editorial Joaquín Mortiz

González Ruiz, Edgar

2002 Los Abascal, Editorial Grijalbo México.

Gramsci, Antonio

1967 La formación de los Intelectuales. Grijalbo, México.

Heller, Agnes

1993 Teoría de los Sentimientos. Distribuciones Fontamara Barcelona-México.

1980 La división emocional del trabajo. Nexos 29-38, México.

Kollontai; Alejandra

1972 La mujer nueva y la moral sexual. Juan Pablo, México

Kuhn, T.S.

1986 La estructura de las revoluciones científicas. Fondo de Cultura Económica, México.

Laercio, Diógenes

1985 Epicuro, Sepan Cuantos Num. 485 Porrúa, México

.

Lagarde y de los Ríos, Marcela

2001 Claves feministas para la autoestima cuadernos inacabados 39, Horas y Horas, Madrid.

1990 Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas. Universidad Nacional Autónoma de México.

Lavrin, Asunción

1989 Sexualidad y matrimonio en la América hispánica. Siglos XVI-XVIII. Los noventa, Grijalbo, México.

Manrique, Rafael

1996 Sexo, erotismo y amor. Complejidad y libertad en la relación amorosa. Ediciones Libertarias Prodhufi, Madrid

1994 La psicoterapia como conversación crítica. Ediciones Libertarias Prodhufi, Madrid

Maradones J.M. y Ursua N.

1988 Filosofía de las ciencias sociales y humanas. Materiales para una fundamentación científica. Fontamara, México.

Marías, Julián 1994

La educación sentimental: un profundo estudio de una de las dimensiones decisivas de la vida humana, la de los afectos. Alianza, Ediciones del Prado, España.

Marques, Joseph Vicent

1991 Curso Elemental para varones y machistas recuperables. Ediciones Tema de Hoy, Valencia, España.

1983 Artículos Varios, El Viejo Topo, España.

Maslow, Abraham H.

1999 La amplitud potencial de la naturaleza humana. Trillas, México.

Moncada; Alberto

1992 La Crisis de la Pareja. Libertarias, Prodhufi, España.

Montero, Rosa

1999 Pasiones, Ediciones Santillana México.

Montaigne

1999 Ensayos, Conaculta, Océano, España.

Morán Alvarés, Julio Cesar

1990 El Pensamiento de Vasco de Quiroga génesis y trascendencia. Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.

Moreno, Hortensia

1990 El amor como género literario. Debate feminista, México.

Moro, Tomás

1985 Utopía, Sepan Cuantos Núm. 282 Porrúa, México.

Orlandini, Alberto

1998 El enamoramiento y el mal de amores. La ciencia para todos. Núm. 164, Fondo de Cultura Económica, México.

Ortega, Sergio

1985 De la Santidad la Perversión. Teología novohispana sobre el matrimonio y comportamientos sexuales, 1519-1570. Grijalbo, México.

1985 El Placer de pecar y el afán de normar. El discurso teológico de Santo Tomás de Aquino sobre el matrimonio, la familia y los comportamientos sexuales. Grijalbo, México.

1992 Amor y desamor. Vivencia de parejas en la sociedad Novohispana. De amores y desamores. Instituto Nacional de Antropología e Historia

Palozzi, Leticia

1982 El Amor, Los Amores. Ediciones del Serbal S.A.

Pasternac, Nora

1996 Escribir la Infancia, El Colegio de México.

Petrovski, A

1980 Psicología General, Manual Didáctico para los institutos de Pedagogía. Progreso Moscú.

Piaget, Jean

1985 Seis estudios de Psicología. Planeta, Barcelona, España.

Padro Galán, Javier S.J.

2001 Ética sin disfraces, una aproximación a la antropología, la cultura y la ética de nuestro tiempo. Universidad Iberoamericana ITESO México.

Ramos Soriano, José Abel

1985 El placer de pecar y el afán de normar. Criterios inquisitoriales en la prohibición de literatura relacionada con la comunidad doméstica en la Nueva España, Grijalbo, México.

1985 De la Santidad a la Perversión. Una senda de la perversión en el siglo XVIII: el imaginario erótico en la literatura prohibida en Nueva España, Grijalbo, México.

Ramírez Hernández, Felipe Antonio

2000 Violencia masculina en el hogar. Editorial Pax, México.

Reardon, Betty A.

1999 La tolerancia: umbral de la paz. Ediciones UNESCO.

Rivera Garretas, María Milagros

1994 Nombrar el mundo en femenino. Pensamiento de las mujeres y teoría feminista. ICARIA, Barcelona.

Rodriguez, Maria J.

1995, La Mujer Azteca

Romero Flores, Jesús

1980 Biografías de Nicolaitas distinguidos. Gobierno del Estado de Michoacán

Róterdam, Erasmo de

1998 Elogio de la Locura, Sepan Cuantos Núm. 440, Porrúa; México.

Rowbotham, Sheila

1978 Feminismo y Revolución. Debate, Valencia, España.

Russell, Bertrand

1976 Matrimonio y Moral. Siglo XX Buenos Aires.

2001 La conquista de la Felicidad. Editorial Debate, Madrid.

2000 Antología de Bertrán Russell. Siglo XXI Editores, México.

1982 La Perspectiva Científica. Ariel, Barcelona-Planeta México.

Ruiz Martínez, Cristina

1985 De la Santidad a la Perversión. La moderación como prototipo de santidad: una imagen de la niñez. Grijalbo, México.

Sánchez Vázquez, Adolfo

1989 Filosofía de la Praxis. Editorial Grijalbo, México.

Savater, Fernando

1997 El valor de educar, Ariel. Barcelona, España.

1997 Ética para Amador, Ariel Barcelona, España.

Seed, Patricia

1999 Amar, honrar y obedecer en el México colonial. Conflictos en torno a la elección matrimonial 1574-1821. México, Alianzas Editorial, colección los noventas núm .72

Sefhovich, Sara

1990 Demasiado Amor Editorial Planeta Mexicana

1993 La Señora de los Sueños Editorial Planeta Mexicana.

1999 La Suerte de la Consorte Editorial Océano de México.

Shcheglov, A.V.

1946 Historia de la Filosofía. Ediciones Pavlov, México.

Semo, Enrique

1982 México un pueblo en la historia. Universidad Autónoma de Puebla. Nueva Imagen, México.

Simonnet, Dominique

2003 La más bella historia del amor. Fondo de cultura económica, México.

Singer, Irving

1992 La naturaleza del amor 1. De Platón a Lutero. Siglo XXI Editores, México.

1992 La naturaleza del amor 3, El Mundo moderno. Siglo XXI Editores, México.

Sobel, Dava

1999 La hija de Galileo. Una nueva visión de la vida y obra de Galileo. Debate, España.

Stone, Lawrence

1990 Familia, sexo y matrimonio en Inglaterra 1500-1800. Fondo de Cultura Económica, México.

Swift, Jonathan

1990 Los viajes de Gulliver. Sepan Cuantos Num. 196 Porrúa, México.

Trattener, Ernest

1945 Arquitectos de Ideas. Historia de las grandes teorías de la

humanidad, Losada, Buenos Aires.

Trías, Eugenio

1991 Tratado de la Pasión. Los noventa Grijalbo, México.

Troya, Estela

2000 De que está hecho el amor. Organizaciones de la pareja occidental entre el siglo XX y el siglo XXI, Lumen, Buenos Aires-México.

Tuñón Pablos, Julia

1987 Mujeres en México, una historia Olvidada. Planeta, México.

Valle Arizpe, Artemio

1960 La Güera Rodríguez, Porrúa México.

Villegas, Paloma

1995 La Luz Oblicua, Era, México.

Villoro, Carmen

1997 El oficio de amar, Fax, México.

Villoro, Luís

1989 El concepto de ideología y otros ensayos. Fondo de Cultura Económica, México

Vinci, Leonardo

1999, Notas de Cocina, Editorial Temas de Hoy, Madrid España

Watts, Alan

1992 El juego de la vida, IBIS, España.

Yourcenar, Marguerite

1985 Con los ojos abiertos. Emecé Editores, Buenos Aires, Argentina

Zavala, Silvio

1987 Recuerdo de Vasco de Quiroga. Editorial Porrúa, México.

Un breve Curriculum Vitae

Estudie sociología de la educación en la Universidad Autónoma Metropolitana. Estudie historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Guadalajara. Áreas de investigación: historia de las ideas, de la educación, de la ciencia; historia de la medicina, terapias y fármacos. Me dedico a leer, investigar, escribir, enseñar, pensar, filosofar, criticar por gusto y vocación. Nací en Morelia Michoacán en 1953. Vivo en la ciudad de México

Carmina García de León C.C.

carminagarciadeleon@hotmail.com